CHERIE
PRIEST

BONESHAKER

«Una aventura que mezcla zombis y naves espaciales, de ritmo endiablado y ambiciosas proporciones, y llena de truculentos detalles. Esta novela es totalmente irresistible.»
—Scott Westerfeld

Novela ganadora del premio Locus.
Finalista del Nebula y nominada al H

Durante la guerra civil, el inventor Leviticus Blue creó un ingenio capaz de atravesar el hielo de Alaska, donde se rumoreaba que se había encontrado oro. Nació así la increíble máquina taladradora Boneshaker.

Sin embargo, la Boneshaker no funcionó adecuadamente, y destruyó el centro de Seattle, provocando un estallido de gas venenoso que convirtió a quienes lo respiraban en muertos vivientes.

Pasan dieciséis años, y un muro rodea la tóxica y devastada ciudad. Al otro lado vive la viuda Briar Wilkes, con una reputación arruinada y un hijo, Ezekiel. El joven se embarca en una cruzada secreta y su búsqueda lo llevará tras el muro, a una urbe repleta de voraces zombis, piratas aéreos, hampones y guerrilleros. Y solo Briar puede salvar a su hijo.

Cherie Priest ha alcanzado un notable éxito con su novela Boneshaker, avalada por numerosos premios. La mezcla de géneros y los personajes bien definidos la acercan a autores como P. Bacigalupi, por sus desoladores futuros alternativos, o al trepidante S. Westerfeld.

Cherie Priest

Boneshaker

El siglo mecánico 1

ePUB v1.0
Dirdam 22.03.12

Título original: «Boneshaker»
Traducción: Álvaro Sánchez-Elvira Carrillo
Fecha de publicación original: septiembre de 2009
Editorial: La Factoria de Ideas, Solaris
Fecha de publicación en España: 15 de febrero de 2012
ISBN: 978-84-9800-746-6

Quiero dedicar este libro al Equipo Seattle:
Mark Henry, Caitlin Kittredge,
Richelle Mead y Kat Richardson.
Ellos son el alma de este lugar.


EL MURO
EL MURO
A
B
C
D
E
F
G
H
N
O
E
S
BAHÍA DE ELLIOTT
A. Túnel del desagüe (entrada de Zeke)
B. Estación de compresión de aire (entrada de Briar)
C. El mercado
D. El hotel Scabbard
E. Maynard's
F. Las criptas
G. Torre Smith
H. Estación de tren de King Street
MAPA DE
SEATTLE
TERRITORIO DE WASHINGTON
- 1879 -

En esta época de descubrimientos, la ciencia armamentística ha hecho grandes progresos. De hecho, los inventos más notables han sido los conseguidos desde que sucedieran las largas guerras en Europa a principios del siglo, y la corta campaña italiana de Francia en 1859 sirvió para ilustrar el brutal poder de destrucción que estas máquinas pueden infligir.

—THOMAS P. KETTELL, *History of the Great Rebellion. Desde su principio a su final, ofrece un relato del origen, de la secesión de los estados del Sur, la formación del gobierno confederado, la concentración de recursos militares y financieros del gobierno federal, el desarrollo de su enorme poder, la aparición, organización y equipamiento de los ejércitos; así como precisas, lúcidas y vívidas descripciones de las batallas y los bombardeos, del sitio y la rendición de los fuertes, de las armas capturadas, etcétera; de los inmensos recursos financieros y las medidas del gobierno, del entusiasmo y las contribuciones patrióticas de los ciudadanos, junto con esbozos de las vidas de los estadistas, dirigentes militares y comandantes navales más importantes, y un índice completo y exhaustivo. De fuentes oficiales (1862)*

De *Episodios improbables de la historia de Occidente*
Capítulo 7: «El curioso estatus amurallado de Seattle»
Trabajo en curso, de Hale Quarter (1880)

Irregulares senderos sin pavimentar hacían las veces de carreteras, y unían las costas de la nación entre sí como los cordones de un zapato, con nudos entrelazados y dedos cruzados. Y sobre el gran río, en las llanuras, por los pasos de las montañas, los colonos se dirigían hacia el oeste, atravesando las Rocosas a pie, en carros y en vagones.

Así es como empezó, al menos.

En California había lingotes grandes como nueces tirados por el suelo, o eso se decía, y la verdad sale a flote lentamente cuando los rumores tienen alas de oro. La humanidad conformó un flujo incesante y espléndido. Las resplandecientes orillas de la costa oeste se llenaron de buscadores de oro, que jugaron sus bazas en los riachuelos, esperando que la fortuna les sonriera.

Pasó el tiempo, y pronto hubo más hombres que terreno, y las reclamaciones de este o aquel pedazo de tierra fueron cada vez más tenues. El oro surgía de la tierra en un polvo tan fino que los hombres que lo extraían podrían haberlo inhalado.

En 1850, otro rumor, reluciente y alado, llegó desde el norte.

Y hablaba del Klondike. Venid, atravesad el hielo que encontréis a vuestro paso. Una fortuna en oro aguarda a un hombre lo bastante voluntarioso.

La marea cambió de signo, y se dirigió hacia el norte. Eran muy buenas noticias para la última parada fronteriza antes de llegar a Canadá, un pueblo de molinos en el estrecho de Puget llamado Seattle en honor del jefe nativo de las tribus locales. La embarrada aldea se convirtió en un diminuto imperio casi de la noche a la mañana, cuando los exploradores y los buscadores de oro comenzaron a detenerse allí para hacerse con suministros y comerciar.

Mientras los legisladores de la nación debatían si comprar o no el territorio de Alaska, Rusia quiso cubrirse las espaldas y reconsideró el precio que pedirían a cambio. Si esa tierra estaba de veras repleta de oro, la cosa cambiaría por completo; pero, aunque se encontrara realmente una fuente de oro, ¿podría extraerse? Un canal potencial, detectable de manera intermitente, pero enterrado en su mayor parte bajo treinta metros de hielo permanente, sería un lugar perfecto para realizar las pruebas pertinentes.

En 1860, los rusos anunciaron un concurso, ofreciendo un premio de 100.000 rublos al inventor que ideara o creara una máquina capaz de atravesar el hielo en busca de oro. Y de este modo comenzó una carrera de ciencia armamentística, a pesar de una guerra civil que ya por entonces comenzaba.

Por toda la costa norte del Pacífico aparecieron artefactos grandes y pequeños. Se trataba de artificios diseñados para soportar el terrible frío y atravesar un terreno de hielo tan duro como el diamante. Funcionaban con vapor y carbón, y se lubricaban por medio de soluciones especiales que protegían sus mecanismos de los elementos. Eran máquinas construidas para que los hombres las dirigieran como si fueran carros de caballos, o diseñadas para cavar por sí mismas, controladas por mecanismos de relojería e ingeniosos dispositivos guía.

Sin embargo, ninguna de ellas logró alcanzar el canal enterrado, y los rusos estaban a punto de vender Alaska a los americanos por un precio muy bajo… cuando un inventor de Seattle acudió a ellos con planos para construir una máquina sorprendente. Sería el mayor vehículo de minería nunca construido, de quince metros de largo y totalmente mecanizado, con un motor de vapor comprimido. Incluiría tres cabezales de perforación y corte, situados en la parte delantera del vehículo; además, un sistema de dispositivos de excavación espirales colocados en la parte trasera y los costados apartaría el hielo, la tierra o las rocas de la ruta de excavación. Con meticulosos refuerzos y los debidos blindajes, el artefacto sería capaz de excavar en una ruta casi perfectamente vertical u horizontal, dependiendo de los deseos del que ocupase el asiento del conductor. Su precisión sería algo nunca visto, y su capacidad establecería los estándares futuros de los artefactos que lo siguieran.

Pero aún no había sido construido.

El inventor, un hombre llamado Leviticus Blue, convenció a los rusos para que le anticiparan una cantidad suficiente para reunir las piezas y financiar la fabricación de la fabulosa máquina de excavación Boneshaker del doctor Blue. Pidió seis meses, y prometió una prueba de exhibición pública.

Leviticus Blue cogió el dinero, volvió a su casa en Seattle y comenzó a construir la formidable máquina en su sótano. Pieza a pieza ensambló el artefacto, lejos de los ojos de sus conciudadanos, y cada noche los sonidos de las misteriosas herramientas del doctor sobresaltaban a sus vecinos. Pero por fin, mucho antes de agotar el plazo acordado de seis meses, el inventor declaró que su gran obra estaba terminada.

Lo que sucedió a continuación sigue siendo objeto de debate.

Puede que solo fuera un accidente, una terrible avería o una pieza mal ensamblada, o quizá no fuera nada más que una confusión, o una mala elección de los tiempos, o cálculos mal hechos. Pero también es posible que se tratara de algo premeditado, diseñado para hacer saltar por los aires el corazón de la ciudad con una desmedida violencia y una avaricia mercenaria.

Puede que nunca sepamos qué motivó al doctor Blue.

A su modo, era un hombre avaricioso, pero no más que cualquier otro; y es posible que solo deseara ganar la recompensa y salir corriendo, con un poco de dinero extra en el bolsillo para financiar una huida a mayor escala. El inventor se había

casado recientemente (y se rumoreaba que su esposa era alrededor de veinticinco años menor que él), y hubo muchas especulaciones respecto a si ella tuvo algo que ver en las decisiones tomadas por su marido. Quizá lo animó a huir, o quizá quería casarse con un hombre más joven. O quizá, como ella misma mantuvo durante mucho tiempo, no sabía nada en absoluto.

Lo que sí sabemos es esto: la tarde del 2 de enero de 1863, algo terrible surgió del sótano y provocó el caos en su camino desde el domicilio en Denny Hill al distrito financiero del centro, y después regresó a casa de nuevo.

Los testigos no se ponen de acuerdo, y muy pocos pudieron ver la increíble máquina perforadora Boneshaker con sus propios ojos. Su rumbo la llevó bajo tierra y colina abajo, atravesando los terrenos situados más allá de los lujosos hogares de los acaudalados marinos y los magnates de la minería, bajo las llanuras embarradas donde descansaban los aserraderos, bajo los depósitos de los grandes almacenes y los comercios de productos femeninos, bajo las farmacias, y sí… también los bancos.

Cuatro de los mayores bancos, que estaban situados en fila, todos juntos… los cuatro fueron derruidos cuando sus cimientos se convirtieron en papilla. Sus muros temblaron, se abombaron y cayeron. Sus suelos se colapsaron, y de repente su espacio lo ocuparon los tejados en su caída. Entre los cuatro bancos, tenían más de tres millones de dólares, acumulados gracias a los mineros de California, que habían canjeado sus lingotes por efectivo y se habían dirigido hacia el norte en busca de más.

Muchos inocentes murieron bajo los escombros mientras esperaban para hacer depósitos o retirar dinero. Muchos otros murieron fuera, en la calle, aplastados por los muros, cuando estos cedieron y se derrumbaron.

Los ciudadanos trataron de ponerse a salvo, pero ¿cómo? La misma tierra se abrió y los engulló en todos los puntos donde el túnel creado por el artefacto era demasiado poco profundo para mantener en pie el suelo. La calle se dobló sobre sí misma como una alfombra que uno agita para limpiarla. Se desplazaba de un lado a otro, a latigazos. Y en todos los puntos por los que pasó la máquina se oían los ruidos de derrumbes subterráneos provocados por su paso.

Decir que la escena fue catastrófica sería quedarse corto. Nunca se conoció el número total de fallecidos, pues solo Dios sabía cuántos cadáveres habían quedado sepultados bajo los escombros. Y además, no hubo tiempo para ponerse a excavar.

Porque, después de que el doctor Blue recuperara de nuevo su máquina, después de que los heridos fueran atendidos y las primeras preguntas airadas fueran formuladas desde los tejados, una segunda oleada de terror golpeó la ciudad. Para los residentes de Seattle, no fue sencillo aceptar que esta segunda oleada no guardara relación alguna con la primera, pero los detalles de sus sospechas nunca han sido solucionados de manera satisfactoria para todos.

Solo nos quedan ya los hechos comprobados; quizá más adelante un futuro

analista nos pueda proporcionar una respuesta mejor y más detallada de la que disponemos hoy en día.

Esto es lo que sabemos: después de que el artefacto del doctor Blue pusiera fin a su orgía de destrucción, una extraña enfermedad afectó a los que trabajaban en las tareas de reconstrucción cerca de las ruinas de los bancos. Según todos los datos disponibles, esta enfermedad pareció originarse en los túneles creados por el artefacto, y más concretamente en un gas que surgió de ellos. Al principio, este gas parecía inodoro e incoloro, pero con el tiempo llegó a ser discernible para el ojo humano, siempre que se mirara a través de un pedazo de cristal polarizado.

Mediante el método de ensayo y error, se determinaron algunos detalles relativos al gas. Se trataba de una sustancia espesa, que se desplazaba lentamente y mataba por contaminación, y podía ser detenida por medio de sencillas barreras. Comenzaron a establecerse medidas de detención temporal al mismo tiempo que se empezaban a organizar las evacuaciones. Se desmontaron las tiendas y se trataron con pez para formar falsos muros.

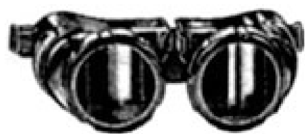
Cuando estos muros comenzaron a derrumbarse, uno a uno, y a medida que cada vez más ciudadanos caían enfermos, fueron necesarias medidas más severas. Se redactaron y establecieron apresurados planes, y un año después del incidente con la increíble máquina perforadora Boneshaker del doctor Blue, toda la zona del centro de la ciudad estaba rodeada de un gigantesco muro de ladrillos y mortero.

El muro tiene aproximadamente sesenta metros de alto, una cantidad variable en función de las distintas características geográficas de la ciudad, y su grosor medio es de cuatro a seis metros. Rodea por completo las manzanas derruidas, y contiene un área de casi tres kilómetros cuadrados. Sin duda, es una maravilla de la ingeniería.

Sin embargo, dentro de este muro hay una ciudad desierta, totalmente muerta a excepción de las ratas y los cuervos que supuestamente la habitan. El gas que sigue surgiendo del suelo arruina todo lo que toca. Lo que en un tiempo fue una bulliciosa metrópolis es ahora una ciudad fantasma, rodeada por la población superviviente, que se ha establecido de nuevo en el exterior de la ciudad. Estas personas son fugitivas, y aunque muchos de ellos se reubicaron en el norte, en Vancouver, o en el sur, en Tacoma o Portland, muchos de ellos han preferido quedarse junto al muro.

Viven en las llanuras embarradas y junto a las colinas, en una ciudad provisional referida a menudo como las Afueras; y allí han comenzado sus vidas de nuevo.

Capítulo 1



Ella lo vio, y se detuvo a pocos metros de las escaleras.

—Lo siento —dijo él rápidamente—. No quería alarmarla.

La mujer del deslucido abrigo negro no parpadeó, ni se movió.

—¿Qué quiere?

El hombre había preparado un discurso, pero no podía recordarlo.

—Hablar. Hablar con usted. Quiero hablar con usted.

Briar Wilkes cerró los ojos con fuerza. Cuando los abrió de nuevo, preguntó:

—¿Es por Zeke? ¿Qué ha hecho ahora?

—No, no es por él —insistió—. Señora, esperaba que pudiéramos hablar de su padre.

Los hombros de la mujer se relajaron un tanto, y negó con la cabeza.

—Cómo no. Lo juro por Dios, todos los hombres que han pasado por mi vida… —No terminó la frase. Después, dijo—: Mi padre era un tirano, y todas las personas a las que él quería lo temían. ¿Es eso lo que quería oír?

El hombre se mantuvo inmóvil mientras ella ascendía los peldaños torcidos que llevaban a la entrada de su casa, y también al que la aguardaba. Cuando llegó al pequeño porche, el hombre preguntó:

—¿Es cierto?

—Hay más de verdad que de mentira.

Briar estaba ante él, con los dedos entrelazados en un aro repleto de llaves. Su coronilla estaba a la misma altura que la barbilla del hombre. Las llaves apuntaban a su cintura. Entonces comprendió que estaba delante de la puerta, y se apartó de su camino.

—¿Cuánto tiempo lleva esperándome? —preguntó ella.

Consideró muy seriamente la posibilidad de mentir, pero la mujer no dejaba de mirarlo con fuego en los ojos.

—Varias horas. Quería estar aquí cuando volviese usted.

La puerta crujió, traqueteó, y se abrió apenas una rendija.

—Trabajé un turno extra. Podría haber venido usted más tarde.

—Señora, ¿puedo entrar?

Ella se encogió de hombros, pero no dijo que no, y no cerró la puerta tras de sí, así que el hombre la siguió, cerró la puerta y se quedó de pie junto a ella mientras Briar buscaba una lámpara y la encendía.

Llevó la lámpara a la chimenea, donde los leños habían dejado ya de arder. Junto al manto había un atizador y un fuelle, además de una cesta plana de hierro con más leños. Briar atizó los leños consumidos y encontró unos pocos rescoldos aún encendidos en el fondo de la chimenea.

Tras unos golpes más, y después de añadir un par de leños nuevos, una pequeña llama apareció, y se mantuvo.

Briar se quitó el abrigo, primero un brazo y después el otro, y lo dejó colgado de un gancho. Sin el abrigo parecía más delgada, como si hubiera trabajado durante demasiado tiempo, y hubiera comido demasiado poco. Sus guantes y altas botas marrones estaban cubiertos de la suciedad de la planta, y llevaba pantalones, como un hombre. Llevaba su largo cabello oscuro atado en la nuca, pero tras dos duros turnos de trabajo, varios mechones habían escapado, y caían lacios por su frente.

Tenía treinta y cinco años, y no parecía ni un segundo más joven.

Ante el fuego, aún naciente, había una silla grande y vieja de cuero. Briar se dejó caer sobre ella.

—Dígame, señor… lo siento. No me ha dicho su nombre.

—Hale. Hale Quarter. Si me permite decirlo, es un honor conocerla.

Por un instante creyó que la mujer se iba a echar a reír, pero no lo hizo.

La mujer extendió el brazo hacia una pequeña mesa situada junto a la silla y cogió una talega.

—Bien, Hale Quarter. Dígame, ¿por qué ha estado esperando tanto tiempo con este horrible clima? —Sacó un pequeño papel de la talega y un pellizco de tabaco. Se puso manos a la obra hasta liar un cigarrillo, y utilizó la llama de la lámpara para encenderlo.

Quarter había llegado tan lejos diciendo la verdad, así que se decidió a hacer otra confesión.

—Vine cuando sabía que no estaría usted en casa. Alguien me dijo que si llamaba a la puerta, me dispararía usted por la mirilla.

Ella asintió, y dejó reposar la cabeza en el cuero de la silla.

—Yo también he oído esa historia. La verdad es que no es tan efectiva para mantener alejada a la gente como parece.

Quarter no sabía si hablaba en serio, o si estaba negando esa versión.

—Entonces le doy las gracias doblemente, por no dispararme y por dejarme entrar.

—No hay de qué.

—¿Puedo… puedo sentarme? ¿Le parece bien?

—Haga lo que quiera, pero no va a quedarse aquí mucho tiempo —anunció la mujer.

—¿No quiere usted hablar?

—No quiero hablar de Maynard. No tengo ninguna respuesta sobre lo que le ocurrió. Nadie la tiene. Pero puede hacer todas las preguntas que quiera. Y se marchará cuando yo me canse de usted, o cuando usted se canse de oír «no lo sé», lo que ocurra antes.

Hale cogió una silla de madera de respaldo alto y la arrastró hacia delante, colocándose justo delante de Briar. Abrió su cuaderno; en la primera hoja había unas cuantas anotaciones en la parte superior.

Mientras se colocaba, la mujer le preguntó:

—¿Por qué le interesa Maynard? ¿Por qué ahora? Lleva quince años muerto. Casi dieciséis.

—¿Y por qué no ahora? —Hale echó un vistazo a sus notas y se sentó por fin, con el lápiz apuntando ya a la siguiente parte en blanco del cuaderno—. Pero, para responder a su pregunta, estoy escribiendo un libro.

—¿Otro libro? —dijo ella, sin pensárselo.

—No es un artículo sensacionalista —aclaró él enseguida—. Quiero escribir una biografía en condiciones de Maynard Wilkes, porque creo que no se le ha hecho justicia. ¿No está de acuerdo?

—No, no estoy de acuerdo. Lo que le ocurrió era de esperar. Se pasó treinta años trabajando para nada, y solo recibió maltratos por parte de la ciudad a la que servía. —Jugueteó con el medio cigarrillo que le quedaba—. Él dejó que ocurriera. Y lo odié por ello.

—Pero su padre creía en la ley.

—Como todos los criminales —respondió ella rápidamente.

Hale se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿cree usted que era un criminal?

Antes de responder, la mujer dio una larga calada al cigarrillo.

—No tergiverse mis palabras. Pero tiene usted razón. Creía en la ley. Hubo veces en que pensé que no creía en nada más, pero sí, creía en la ley.

Los chisporroteos del fuego llenaron el corto silencio que siguió. Por fin, Hale dijo:

—Estoy intentando averiguar cómo ocurrió, señora, eso es todo. Creo que debió de tratarse de algo más que una fuga…

—¿Por qué? —lo interrumpió Briar—. ¿Por qué cree usted que lo hizo? ¿Qué teoría tiene para su libro, señor Quarter?

Hale vaciló, porque no sabía qué pensar, aún no. Decidió exponer la teoría que esperaba que Briar encontrara menos ofensiva.

—Creo que estaba haciendo lo que creía correcto. Pero me gustaría saber qué piensa usted. Maynard la crió a usted solo, ¿no es así? Debió de conocerlo usted mejor que nadie.

El rostro de Briar esbozó un gesto inexpresivo por unos segundos.

—Se sorprendería. No estábamos tan unidos.

—Pero su madre murió…

—Cuando yo nací. Es cierto. Él fue el único padre que tuve, y no fue gran cosa. No sabía qué hacer con una hija, igual que no sabía qué hacer con un mapa de España.

Hale comprendió que se acercaba a un callejón sin salida, de modo que decidió probar otro método para ganarse su confianza. Inspeccionó con la mirada la estancia, con sus muebles recios y sin adornos, y el suelo limpio pero maltratado. Se fijó en el pasillo que llevaba a la parte trasera de la casa. Desde donde estaba sentado podía ver que las cuatro puertas de esa parte de la casa estaban cerradas.

—Creció usted aquí, ¿verdad? ¿En esta casa? —fingió estar conjeturando.

Briar no suavizó el tono ni un ápice.

—Todo el mundo sabe eso.

—Sin embargo, lo trajeron aquí. Uno de los chicos que se fugaron, y su hermano… lo trajeron aquí y trataron de salvarlo. Buscaron un médico, pero…

Briar tomó el anzuelo y tiró de él.

—Pero había inhalado demasiado de la Plaga. Murió antes de que el médico recibiera el mensaje, y, francamente… —Golpeó con el dedo el cigarrillo, haciendo caer la ceniza al fuego—. Mejor así. ¿Se imagina lo que le hubiera pasado si hubiera sobrevivido? Lo habrían juzgado por traición, o al menos por grave insubordinación. En el peor de los casos, lo habrían fusilado. Mi padre y yo no estábamos de acuerdo en todo, pero no se merecía eso. Fue lo mejor —dijo, y contempló el fuego.

Hale tardó unos segundos en preparar una respuesta. Por fin, dijo:

—¿Lo vio usted antes de que muriera? Sé que fue una de las últimas personas en marcharse de Seattle, y sé que vino usted aquí. ¿Lo vio por última vez?

—Lo vi —asintió Briar—. Estaba echado en la cama, él solo, bajo una manta empapada del vómito que terminaría por asfixiarlo. El médico no estaba allí, y por lo que yo sé, no llegó a acudir. No sé si realmente hubiera sido posible encontrar uno esos días, en mitad de la evacuación.

—Entonces, ¿estaba solo? ¿Murió solo en esta casa?

—Estaba solo —confirmó la mujer—. La puerta delantera estaba rota, pero cerrada. Alguien lo había dejado en la cama con cuidado. Eso sí lo recuerdo. Alguien lo había tapado con una manta, y había dejado su rifle en la cama, junto con su placa. Pero estaba muerto. La Plaga no lo despertó de nuevo, gracias a Dios. Al menos tuvo esa suerte.

Hale estaba anotándolo todo, y de cuando en cuando murmuraba algo para animarla a seguir hablando.

—¿Cree que lo hicieron los prisioneros?

—Usted sí lo cree —dijo ella, aunque no parecía estar acusándolo directamente.

—Sospecho que así pudo ser —respondió él, aunque estaba totalmente seguro de ello. El hermano del presidiario le había contado que se marcharon de casa de Maynard sin robar nada. Le contó que lo dejaron en la cama, con el rostro tapado. Nadie había mencionado antes esos detalles, ni siquiera en la investigación sobre la gran fuga. Y se había debatido mucho sobre ese asunto a lo largo de los años.

—Y después… —Hale trató de animarla a seguir hablando.

—Lo saqué y lo enterré bajo el árbol, junto a su viejo perro. Un par de días después, dos agentes vinieron y lo desenterraron de nuevo.

—¿Para asegurarse?

Briar gruñó.

—Para asegurarse de que no había huido de la ciudad, hacia el este; para asegurarse de que la Plaga no lo había despertado de nuevo; para asegurarse de que estaba donde yo decía. Lo que más le guste.

Hale terminó de anotar las palabras de la mujer y la miró.

—Lo que acaba de decir de la Plaga… ¿sabían, ya entonces, lo que podía hacer?

—Lo sabían. Lo averiguaron enseguida. No todos a los que mató la Plaga echaron a andar de nuevo, aunque los que lo hicieron despertaron enseguida, en apenas unos días. Pero, sobre todo, la gente quería cerciorarse de que Maynard no había huido. Y cuando se convencieron de que estaba más allá de su alcance, lo volvieron a dejar aquí. Ni siquiera se molestaron en enterrarlo. Lo dejaron ahí, junto al árbol. Tuve que enterrarlo dos veces.

Tanto el lápiz de Hale como su barbilla oscilaban sobre el cuaderno.

—Lo siento, ¿ha dicho que…? ¿Quiere decir…?

—No se sorprenda tanto. —Briar se removió en la silla, y el cuero chirrió bajo su piel—. Al menos no llenaron el agujero. La segunda vez tardé mucho menos. Deje que le haga una pregunta, señor Quarter.

—Llámeme Hale.

—Hale, como quiera. Dígame, ¿qué edad tenía cuando apareció la Plaga?

El lápiz estaba temblando, así que lo dejó sobre el cuaderno y respondió:

—Casi seis años.

—Eso pensaba. Era usted un crío. Ni siquiera lo recuerda, ¿verdad? No recuerda cómo eran las cosas antes del muro.

Hale negó con la cabeza; no, no lo recordaba.

—Pero recuerdo el muro, cuando lo erigieron. Recuerdo ver cómo lo construían, poco a poco, alrededor de las manzanas contaminadas. Sesenta metros de altura, hasta llegar a los vecindarios evacuados.

—Yo también lo recuerdo. Lo vi desde aquí. Se podía ver desde esa ventana, junto a la cocina. —Gesticuló con la mano hacia la estufa, y un pequeño portal

rectangular tras ella—. Durante siete meses, dos semanas y tres días, de día y de noche, trabajaron para construir ese muro.

—Cuánta exactitud. ¿Suele llevar un registro de esas cosas?

—No —dijo Briar—. Pero resulta muy fácil recordarlo. Terminaron de construirlo el día que nació mi hijo. Solía preguntarme si no lo oiría, el ruido que hacían para construirlo. Era todo lo que oía mientras lo gestaba: los martillos, las herramientas… y en cuanto el niño nació, el mundo guardó silencio.

Pareció recordar algo, y se enderezó en su asiento. La silla silbó contra el suelo.

Miró hacia la puerta.

—Hablando de él, se está haciendo tarde. Me pregunto qué estará tramando. A estas horas normalmente ya está en casa. —Se corrigió a sí misma—: La mayoría de las veces. Hace mucho frío ahí fuera.

Hale se recostó en el duro respaldo de madera de su silla.

—Es una lástima que no llegara a conocer a su abuelo. Estoy seguro de que Maynard hubiera estado orgulloso.

Briar se inclinó hacia delante con los codos sobre las rodillas. Se llevó las manos al rostro y se frotó los ojos.

—No lo sé —dijo. Se enderezó y se limpió la frente con el antebrazo. Se quitó los guantes y los dejó sobre la mesa redonda colocada entre la silla y la chimenea.

—¿No lo sabe? Pero no hay más nietos, ¿verdad? No tuvo más hijos, ¿verdad?

—No que yo sepa, pero no hay manera de saberlo. —Se inclinó hacia delante y comenzó a desabrocharse las botas—. Espero que me disculpe —dijo—. No me he quitado estas botas desde las seis de la mañana.

—No se preocupe —dijo Hale, mirando a la hoguera—. Lo siento, estoy molestándola.

—Es cierto, pero yo le he dejado entrar, así que es culpa mía. —Se quitó una de las botas, y se puso a trabajar en la otra—. Y no sé si Maynard y Zeke se hubieran llevado bien, la verdad. No se parecen en nada.

—Zeke… —Hale se estaba adentrando en terreno peligroso, y lo sabía, pero no pudo contenerse—. ¿Quizá se parece demasiado a su padre?

Briar no hizo gesto alguno. Mantuvo su cara de póquer firme mientras se quitaba la otra bota y la dejó junto a la primera.

—Es posible. Después de todo, solo es un niño. Aún tiene tiempo para enderezarse. Pero, en cuanto a usted, señor Hale, me temo que voy a tener que decirle adiós. Se hace tarde, y no tardará en amanecer.

Hale suspiró y asintió. Había ido demasiado lejos, sin duda. Debería haber seguido hablando del padre fallecido, no del marido fallecido.

—Le pido perdón —dijo mientras se ponía en pie y guardaba su cuaderno bajo el brazo. Se puso el sombrero, se abrochó el abrigo y añadió—: Y gracias por su tiempo.

Le agradezco todo lo que me ha contado, y si me publican el libro, la citaré en los agradecimientos.

—Seguro —dijo ella.

Acompañó a Hale a la puerta, y la cerró tras dejarlo marchar. Hale echó a caminar en la fría noche de invierno, protegiéndose con la bufanda y los guantes del gélido viento.

Capítulo 2

Junto a la esquina de la casa, una sombra se ocultó. Después, susurró:

—Oye. Oye.

Hale se quedó inmóvil y aguardó mientras una cabeza peluda y parda asomaba. A la cabeza le siguió el cuerpo delgado pero pesadamente abrigado de un adolescente de mejillas hundidas y ojos inquietos. La luz de la hoguera del interior asomaba por la ventana delantera, e iluminaba la mitad de su rostro.

—¿Estabas preguntando por mi abuelo?

—¿Ezekiel? —Hale estaba seguro de que se trataba de él.

El muchacho avanzó, con cuidado de mantenerse alejado del claro que habían dejado las cortinas, para que no pudieran verlo desde el interior de la casa.

—¿Qué te ha dicho mi madre?

—No mucho.

—¿Te ha dicho que fue un héroe?

—No —dijo Hale—. No me ha dicho eso.

El muchacho resopló, y recorrió con una mano enguantada su pelo enmarañado.

—Claro que no. Ella no lo cree, y si lo cree, no le importa una mierda.

—No sabría decirte.

—Yo sí —dijo el chico—. Actúa como si mi abuelo no hubiera hecho nada. Como si todo el mundo tuviera razón, y él hubiera provocado una fuga en la cárcel porque alguien le pagó. Pero, si le pagaron, ¿dónde está el dinero? ¿Te parece que tenemos mucho dinero?

Zeke le dio al biógrafo tiempo de sobra para responder, pero Hale no sabía qué decir.

Zeke prosiguió.

—Cuando la gente comprendió lo que hacía la Plaga, evacuaron a todos, ¿verdad? Vaciaron el hospital e incluso la cárcel, pero había mucha gente aún en comisaría… gente que estaba arrestada, pero que aún no había sido acusada de nada. A esos los dejaron allí, encerrados. Y no podían salir. La Plaga estaba llegando, y todos lo sabían. Todas esas personas iban a morir.

Sorbió por la nariz y se frotó con el dorso de la mano el labio superior. Puede que estuviera resfriado, o quizá solo tenía la nariz entumecida por el frío.

—¿Sabes lo que hizo mi abuelo Maynard? El capitán le dijo que sellara todas las salidas de la ciudad, pero él no quería hacerlo mientras quedara gente dentro. Y era gente pobre, como nosotros. No eran mala gente, no todos. La mayoría estaban encerrados por tonterías, por pequeños robos y cosas así.

»Y mi abuelo no estaba dispuesto a hacerlo. No pensaba dejarlos encerrados para que murieran ahí dentro. El gas de la Plaga iba a por ellos; y ya había ocupado el

camino más corto para llegar a la comisaría. Pero él corrió hacia allí, cubriéndose la cara lo mejor que pudo.

»Cuando llegó allí, cogió la palanca que mantenía todas las celdas cerradas y se apoyó en ella, con todo su peso, porque era lo que había que hacer para mantener las puertas abiertas. Así que, mientras todos huían, él se quedó atrás.

»Y los últimos en salir fueron dos hermanos. Comprendieron lo que mi abuelo había hecho, y lo ayudaron. Pero ya estaba enfermo a causa del gas, era demasiado tarde. Así que lo trajeron a casa, tratando de ayudarlo, aunque sabían que, si alguien les veía, los volverían a arrestar. Pero lo hicieron igualmente, igual que Maynard hizo lo que hizo. Porque nadie es tan malo. Quizá Maynard era un poco malo, por eso actuó así; y quizá esos dos eran un poco buenos.

»Pero lo que ocurrió fue esto —dijo Zeke, levantando un dedo y mostrándoselo a Hale—: Había veintidós personas en esas celdas, y Maynard las salvó, a todas. Le costó la vida, y no recibió nada a cambio.

Mientras el muchacho se dirigía hacia la puerta y tomaba el pomo, añadió:

—Y nosotros tampoco.

Capítulo 3

Briar Wilkes cerró la puerta tras el biógrafo.

Apoyó la frente en la puerta por un instante y regresó de nuevo junto a la hoguera. Allí, se calentó las manos, recogió sus botas y comenzó a desabrocharse la camisa y quitarse la faja que la mantenía bien ceñida.

Pasillo adelante, pasó junto a las puertas de la habitación de su padre y la de su hijo. Ambas puertas podrían haber estado selladas con maderos y clavos, puesto que apenas las abría. No había entrado en el cuarto de su padre en varios años, y no había entrado en el de su hijo… ni siquiera podía recordar un momento concreto, por mucho que se esforzara. Y tampoco recordaba qué aspecto tenía.

Se detuvo ante la puerta de Ezekiel.

Su decisión de abandonar el cuarto de Maynard había sido provocada por una necesidad filosófica; sin embargo, no había ningún motivo real para evitar la habitación de su hijo. Si alguien preguntara (y naturalmente nadie lo hacía nunca), quizá hubiera puesto una excusa, diciendo que prefería respetar su privacidad, pero la verdad era mucho más sencilla, y también mucho peor. No entraba en la habitación porque no sentía ninguna curiosidad respecto a ella. Esa falta de interés podría haberse interpretado como una carencia de estima, pero era únicamente un efecto secundario de un permanente agotamiento. Incluso sabiendo esto, sintió una punzada de culpabilidad, y dijo en voz alta, porque no había nadie que pudiera oírla, o darle la razón o quitársela:

—Soy una madre horrible.

Era solo un comentario, pero sintió la necesidad de refutarlo de alguna manera, de modo que tomó el pomo y lo giró.

La puerta se abrió hacia dentro, y Briar acercó su linterna a la oscuridad que reinaba en el interior.

Había una cama con una cabecera plana de aspecto familiar en un rincón. Era la misma en la que ella había dormido de niña, y era lo bastante grande para un hombre adulto, pero solo la mitad de ancha que su propia cama. Sobre los listones había un viejo colchón de plumas que había sido aplanado hasta tener apenas dos o tres centímetros de grosor. Una pesada y sucia colcha reposaba sobre el colchón, doblada y enredada.

Junto a la ventana, al pie de la cama, había un mueble marrón de cajones y un montón de ropa sucia que incluía varias botas desparejadas.

—Tengo que lavar toda esta ropa —murmuró, sabiendo que tendría que esperar hasta el domingo, si no quería estar toda la noche haciendo la colada, y sabiendo también que Zeke probablemente se hartaría y la haría él mismo antes. Nunca había oído hablar de un adolescente que hiciera tantas tareas de la casa, pero las cosas

habían cambiado mucho para las familias desde la Plaga. Las cosas eran distintas para todos, desde luego. Pero eran especialmente distintas para Briar y Zeke.

Le gustaba pensar que su hijo comprendía, al menos en parte, por qué ella lo veía con tan poca frecuencia. Y ella prefería suponer que no la culpaba demasiado por ello. Los chicos de su edad querían libertad, ¿no? Querían tener independencia, para ellos era una señal de madurez, y si lo veía de ese modo, desde luego su hijo era un muchacho muy afortunado.

Se oyó un golpe seco procedente de la puerta principal.

Briar se sobresaltó. Cerró la puerta del dormitorio y caminó rápidamente por el pasillo.

Desde la seguridad de su propio dormitorio terminó de quitarse sus ropas de trabajo, y cuando oyó las pisadas de su hijo, gritó:

—Zeke, ¿has vuelto?

Se sintió un poco tonta por preguntar, pero era un saludo tan bueno como cualquier otro.

—¿Qué?

—He dicho que si ya has vuelto.

—He vuelto —gritó él—. ¿Dónde estás?

—Salgo en un segundo —le dijo. Un minuto después salió con ropa que olía menos a lubricante industrial y polvo de carbón—. ¿Dónde has estado? —preguntó.

—Fuera. —Zeke ya se había quitado el abrigo y lo había dejado colgado en el perchero junto a la puerta.

—¿Has comido? —preguntó Briar, tratando de no fijarse en lo delgado que estaba su hijo—. Ayer me pagaron. Ya sé que tenemos la despensa un poco vacía, pero eso pronto cambiará. Y aún nos queda algo por aquí.

—No, ya he comido. —Siempre decía eso. Y Briar nunca sabía si decía la verdad. Para evitar más preguntas al respecto, Zeke dijo—: ¿Has llegado a casa tarde? Hace mucho frío. Supongo que acabas de encender el fuego.

Briar asintió, y fue a la despensa. Estaba hambrienta, pero lo estaba tan a menudo que había aprendido a no pensar en ello.

—He trabajado un turno extra. Uno de los chicos se puso enfermo. —En el estante superior de la despensa había un guiso ligero formado por una mezcla de judías y granos de maíz secos. Briar lo cogió y deseó tener algo de carne para acompañar, pero de poco valía desearlo.

Puso un poco de agua a hervir y cogió algo de pan que había bajo un paño. El pan estaba tan rancio que apenas podía comerse, pero lo masticó y lo tragó rápidamente.

Ezekiel se sentó en la silla que Hale había usado y la acercó a la hoguera para calentarse un poco las manos.

—Lo he visto marcharse —dijo Zeke, lo bastante alto para que su madre lo oyera

desde la cocina.

—¿Ah, sí?

—¿Qué quería?

Una mezcla de sopa cayó con un chapoteo en el cazo.

—Hablar conmigo. Ya sé que es tarde. Supongo que no da muy buena impresión, pero ¿qué van a hacer los vecinos? ¿Ponernos verdes por la espalda?

Cuando su hijo respondió, le pareció como si estuviera sonriendo:

—¿De qué quería hablar?

No le respondió. Terminó de masticar el pan y preguntó:

—¿Seguro que no quieres comer nada? Hay de sobra para dos, y deberías mirarte en el espejo. Estás en los huesos.

—Te he dicho que ya he comido. Come tú. Estás más delgada que yo.

—No es cierto —dijo ella.

—Claro que sí. ¿Qué quería ese hombre? —preguntó de nuevo.

Su madre apareció en el umbral y se apoyó en el muro, con los brazos cruzados y el cabello ya más suelto que atado.

—Está escribiendo un libro sobre tu abuelo —dijo—. O eso dice.

—¿Crees que es mentira?

Briar miró fijamente a su hijo, tratando de decidir a quién se parecía cuando ponía esa cara inocente, cuidadosamente inexpresiva. Desde luego, no se parecía a su padre, aunque sí había heredado su mata de pelo. No lo tenía tan oscuro como el de su madre, ni tan claro como el de su padre, y no había manera de peinarlo ni engrasarlo de manera que se estuviera quieto. Era exactamente el tipo de pelo que, de tenerlo un bebé, las señoras lo despeinarían con agrado mientras hacían galletas. Sin embargo, cuanto más crecía Zeke, más ridículo parecía.

—¿Madre? —Zeke lo intentó de nuevo—. ¿Crees que ese hombre mentía?

Ella negó con la cabeza rápidamente, no a modo de respuesta sino para aclarar sus ideas.

—No lo sé… puede que sí, puede que no.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo ella—. Solo… te estaba mirando, eso es todo. Últimamente apenas te veo. Deberíamos, no sé… deberíamos hacer cosas juntos, de vez en cuando.

Zeke frunció el ceño.

—¿Cómo qué?

Briar no pasó por alto la reacción de su hijo. Casi se arrepintió de haberlo sugerido.

—Nada en concreto. Quizá no sea buena idea. Puede que… bueno… —Se giró y fue de nuevo a la cocina, para poder hablar con él sin tener que ver sus reacciones mientras le confesaba la verdad—. Probablemente sea lo más cómodo para ti, que

haya cierta distancia. Supongo que no habrá sido fácil para ti ser mi hijo. A veces pienso que lo mejor sería dejarte fingir que no existo.

Siguió un silencio, hasta que Zeke dijo:

—No es tan malo ser tu hijo. No me avergüenzo de ti ni de nada, ¿sabes? —Sin embargo, no se acercó a la cocina para decírselo a la cara.

—Gracias —dijo Briar, mientras removía con una cuchara de madera el guiso.

—Es cierto, no me avergüenzo. Y tampoco me avergüenzo de ser nieto de Maynard. En ciertos círculos no está tan mal visto —añadió Zeke, y Briar se fijó en que dejó de hablar algo bruscamente, como si temiera haber dicho demasiado.

Pero ella ya sabía todo eso.

—Ojalá tuvieras otras compañías —dijo Briar, aunque sabía perfectamente, por mucho que no quisiera saberlo, que un hijo suyo no podría encontrar amigos de otra manera. ¿Quién iba a querer tener algo que ver con él, salvo los que consideraban a Maynard Wilkes un héroe del pueblo, y no un granuja con suerte que murió antes de ser llevado a juicio?

—Madre…

—No, escúchame. —Abandonó el cazo y se apoyó de nuevo en el muro del salón, junto a la hoguera—. Si esperas poder llevar una vida normal en el futuro, vas a tener que evitar los problemas, y eso significa mantenerte lejos de esos lugares, lejos de esa gente.

—¿Una vida normal? ¿Y cómo crees que va a ocurrir eso? Podría pasarme toda la vida siendo pobre pero honesto, si eso es lo que quieres, pero…

—Sé que eres joven y no me crees, pero tienes que confiar en mí: es mejor que la alternativa. Mejor ser pobre pero honesto, si eso te proporciona un techo y te mantiene lejos de la cárcel. No hay nada tan estupendo que compense… —No tenía claro cómo seguir, pero creía haber dejado claro lo que opinaba, de modo que dejó de hablar. Se dio media vuelta y volvió a la cocina.

Ezekiel la siguió. Se quedó en el extremo opuesto de la cocina, bloqueando la salida y obligándola a mirarlo directamente.

—¿Que compense qué? ¿Qué puedo perder, madre? ¿Todo esto? —Con un gesto abarcó toda la cocina, y la gris casa que habitaban—. ¿Los amigos, el dinero?

Briar golpeó con la cuchara el borde del cazo y cogió un cuenco para servirse un plato de guiso medio cocinado, y poder de ese modo dejar de mirar al hijo que era carne de su carne. No se parecía a ella en absoluto, pero cada día que pasaba se parecía más a dos hombres. Dependiendo de la luz y dependiendo de su estado de ánimo, se parecía al padre o al marido de Briar.

Briar se sirvió un poco de guiso y trató de no derramarlo cuando pasó junto a él.

—¿Preferirías escapar? Lo entiendo. No hay nada que te retenga aquí, y quizá cuando seas un hombre te marcharás —dijo Briar, dejando reposar el cuenco de

piedra en la mesa y sentándose ante él—. Sé que cuando me miras no crees que valga la pena ser honesto y trabajar duro, y también sé que crees que te han arrebatado la posibilidad de una vida mejor, y no te culpo por ello. Pero aquí estamos, y esto es lo que tenemos. Es lo que nos ha tocado, nuestras circunstancias.

—¿Circunstancias?

Briar tragó una cucharada de guiso y trató de no mirar a su hijo.

—De acuerdo —dijo—, las circunstancias y yo. Puedes culparme si quieres, igual que yo puedo culpar a tu padre, o a mi padre, si me apetece. Eso no tiene importancia. No cambia las cosas. Tu futuro estaba arruinado antes de que nacieras, y no queda nadie vivo a quien puedas culpar más que a mí.

Con el rabillo del ojo, vio a Ezekiel cerrar y abrir los puños. Aguardó. En cualquier momento perdería el control, y entonces el fantasma de su padre ocuparía su cuerpo, y ella tendría que cerrar los ojos para apartarlo de sí.

Pero no llegó a ocurrir, y la locura no lo invadió. En lugar de eso, dijo, con voz impasible, un calco del gesto inexpresivo con el que la había mirado antes:

—Pero eso es lo más injusto de todo: tú no hiciste nada.

Esas palabras la sorprendieron.

—¿Eso es lo que crees?

—Es lo que he podido sacar en claro.

Briar resopló amargamente.

—Así que ya lo has averiguado todo, ¿no?

—Apuesto a que más de lo que crees. Y deberías haberle dicho a ese escritor lo que Maynard hizo, porque si lo supiera más gente, y lo comprendiera, quizá entonces la gente respetable sabría que no fue un criminal, y no tendrías que vivir como si fueras una leprosa.

Briar tomó un par de cucharadas más de guiso y aprovechó el respiro para pensar qué iba a decir a continuación. Era evidente que Zeke había hablado con Hale, pero prefirió no sacar ese tema.

—No le conté al biógrafo nada sobre Maynard porque ya sabía muchas cosas, y ya tenía una opinión formada. Si te hace sentir mejor, está de acuerdo contigo. Él también cree que Maynard fue un héroe.

Zeke alzó las manos y dijo:

—¿Lo ves? No soy el único. Y en cuanto a mis compañías, puede que mis amigos no sean aristócratas, pero saben reconocer a los buenos cuando los ven.

—Tus amigos son delincuentes —dijo Briar.

—No puedes saberlo. Ni siquiera los conoces, nunca has conocido a ninguno, salvo a Rector, y es un buen amigo, incluso tú lo dijiste. Y deberías saber una cosa: el nombre de Maynard es como un saludo secreto. Lo pronuncian como cuando se escupe uno en la mano para jurar por algo. Es como jurar por la Biblia, salvo que

todo el mundo sabe que Maynard sí que hizo algo.

—No hables así —lo interrumpió Briar—. Te estás buscando problemas, intentando reescribir la historia, intentando cambiar de sitio todas las piezas para que signifiquen otra cosa.

—¡No estoy intentando reescribir nada! —Esta vez lo oyó, el matiz aterrador en su voz recién rota, casi de hombre—. ¡Solo estoy intentando hacer lo correcto!

Briar tragó la última cucharada del guiso demasiado rápido, y casi se abrasó la garganta al hacerlo. Quería terminar de comer enseguida, para poder concentrarse en la pelea… que era, al fin y al cabo, en lo que se estaba convirtiendo esta discusión.

—No lo entiendes —dijo, y las palabras le quemaron la garganta—. Te voy a decir cuál es la terrible verdad, Zeke, y si decides que a partir de ahora no vas a escuchar una sola palabra más que te diga, escucha esto al menos: no importa que Maynard fuera un héroe. No importa que tu padre fuera un hombre honesto con buenas intenciones. No importa que yo nunca hiciera nada para merecer lo que ocurrió, y no importa que tu vida fuera arruinada antes incluso de que supiera que existías.

—¿Cómo que no? Si todos lo supieran, si todos comprendieran la verdad sobre mi abuelo y mi padre, entonces… —No terminó la frase, quizá porque ni él mismo tenía una respuesta.

—¿Entonces qué? ¿De repente serías rico, respetado, y feliz? Eres joven, pero no eres tan estúpido como para creer eso. Quizá dentro de unas cuantas generaciones, cuando haya pasado el suficiente tiempo, y nadie recuerde ya el caos o el miedo, y tu abuelo haya tenido tiempo de convertirse en una leyenda, entonces puede que los historiadores como el señor Quarter tengan la última palabra…

De repente se quedó sin voz, aterrorizada, cuando comprendió que su hijo apenas había estado hablando de Maynard. Respiró profundamente, cogió el cuenco de la mesa, fue hacia el pilón y lo dejó allí. En ese momento no se sentía con fuerzas para bombear más agua para poder fregarlo.

—¿Madre? —Ezekiel supo que había cruzado una línea invisible, pero no sabía exactamente cuál—. ¿Madre, qué pasa?

—Tú no lo entiendes —le dijo Briar, como si tuviera la sensación de haberlo dicho mil veces en la última hora—. Hay muchas cosas que no entiendes. Te conozco mejor que nadie, porque conocí a los hombres a los que quieres parecerte incluso cuando no te das cuenta de ello. Incluso cuando no tienes ni idea de qué has hecho para molestarme.

—Madre, no entiendo nada de lo que dices.

Briar se golpeó el pecho con la mano.

—¿No lo entiendes? Eres tú el que me está hablando de una persona a la que nunca conoció, eres tú el que siente la necesidad de disculpar a un muerto porque

crees, porque no sabes la verdad, que si redimes a un muerto, podrás redimir al otro. Te has traicionado a ti mismo, nombrándolos a ambos hace un segundo. —Ahora que contaba con su atención, antes de perder el elemento sorpresa que hacía callar a su hijo, siguió hablando—: De eso se trata, ¿verdad? Si Maynard no fue del todo malo, ¿quizá tu padre tampoco? ¿Si puedes reivindicar a uno, quizá también al otro?

Lentamente, y cada vez con mayor vigor, Zeke asintió.

—Sí, pero no es tan estúpido como haces que suene. No, escúchame. Deja que hable: si, durante todo este tiempo, alguien en las Afueras se ha estado equivocando respecto a ti, entonces…

—¿Se han equivocado en qué sentido? —preguntó Briar.

—¡Creen que todo fue culpa tuya! La fuga, la Plaga, y también la Boneshaker. Pero eso no fue culpa tuya, y la fuga no fue solo un altercado sin ningún sentido. —Hizo una pausa para tomar aire, y su madre se preguntó dónde habría oído una frase como esa—. Así que se equivocaron respecto a ti, y yo creo que se equivocan respecto al abuelo. Son dos de tres. ¿Por qué es tan absurdo pensar que también pueden haberse equivocado respecto a Levi?

Era exactamente lo que Briar temía.

—Tú… —intentó decir, pero la tos la impidió seguir. Trató de tranquilizarse, a pesar de las terribles palabras que había pronunciado su hijo—. Escúchame. Entiendo por qué crees eso, y por qué piensas que debes limpiar el nombre de tu padre. Y… quizá tengas razón respecto a Maynard; es posible que solo estuviera intentando ayudar. Quizá hubo un momento, durante la fuga, cuando comprendió que podía cumplir lo que dice la ley o hacer honrar el espíritu de la ley… y quizá actuaba para defender unos ideales, cuando se metió de lleno en la Plaga, y en su tumba. Puedo creerlo, y puedo aceptarlo, incluso puedo estar un poco enfadada por la manera en la que se le ha recordado.

Zeke extendió las manos en un gesto de incredulidad, como si quisiera zarandear a su madre, o estrangularla.

—Entonces, ¿por qué nunca has dicho nada? ¿Por qué dejas que pisoteen su memoria si crees que estaba intentando ayudar?

—Ya te lo he dicho, no importaría. Y además, aunque la fuga nunca hubiera sucedido, y hubiera muerto de otra manera menos extraña, eso no habría cambiado las cosas para mí. No lo habría recordado de manera diferente por ello, y, además… —añadió otra feroz diatriba—: ¿Quién iba a escucharme? La gente me evita, y la verdad es que no es culpa de Maynard. Nada de lo que yo pueda decir en su defensa cambiaría la opinión de nadie en las Afueras, porque ser su hija ni siquiera es la peor maldición que pesa sobre mi cabeza.

Había alzado la voz de nuevo, a causa del miedo, y eso no la agradaba. Trató de tranquilizarse, contó sus respiraciones, e intentó hablar sin alterarse para vencer a

Ezekiel en esta peculiar lucha.

—No elegí a mis padres; nadie lo hace. Se me podrían perdonar los pecados de mi padre. Pero sí elegí a tu padre, y por eso nunca me dejarán descansar.

Sintió algo en su pecho, algo salado y brillante, como si unas garras se estuvieran abriendo paso por su garganta. Tragó saliva, y la contuvo dentro de sí. Cuando su hijo se apartó de ella, de vuelta a su dormitorio, donde podría evitarla, Briar lo siguió.

Zeke cerró la puerta en su cara. La habría cerrado con llave, pero la puerta no tenía cerrojo, de modo que apoyó todo su peso contra ella. Briar podía oír cómo presionaba con su cuerpo, prestando una obstinada resistencia.

Briar no giró el pomo, ni siquiera lo tocó.

Dejó reposar su frente en el lugar donde pensaba que estaría la de Zeke y dijo:

—Intenta salvar a Maynard, si eso te hace feliz. Que esa sea tu misión, si eso te ayuda y sirve para que no sientas tanta rabia. Pero por favor, Zeke, por favor. Olvídate de Leviticus Blue. No hay nada para ti allí. Si vas demasiado lejos, se te romperá el corazón. A veces, todo el mundo tiene razón. No siempre y ni siquiera la mayoría de las veces, pero, de vez en cuando, todo el mundo tiene razón.

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no decir nada más. En lugar de eso, dio media vuelta y fue a su propio dormitorio, para seguir maldiciendo en paz.

Capítulo 4

El viernes, Briar se levantó antes de amanecer, como siempre, y encendió una vela.

Su ropa estaba donde la había dejado. Eligió una camisa limpia, pero se puso el mismo par de pantalones, y metió los bajos dentro de las botas. La faja de cuero colgaba del poste de la cama. La cogió y se la abrochó alrededor de la cintura con fuerza. Cuando su cuerpo se acostumbrase a ella, estaría más cómoda.

Después, se abrochó los cordones de las botas y buscó un chaleco de lana gruesa que se puso por encima de la camisa. Por último, cogió el abrigo del otro poste de la cama y se lo puso.

Cuando pasó junto al dormitorio de su hijo, no oyó nada al otro lado de la puerta, ni siquiera un leve ronquido o un movimiento bajo las sábanas. Aunque hoy fuera al colegio, y por lo general no se molestaba en hacerlo, aún estaría durmiendo.

Briar ya se había encargado de enseñarle a leer, y sabía contar y sumar mejor que la mayoría de los chicos de su edad, de modo que el hecho de que no fuera al colegio no la preocupaba demasiado. En el colegio evitaría algunos problemas, pero el mismo colegio podía ser una fuente de conflictos. Antes de la Plaga, cuando la ciudad era lo bastante boyante para permitírselo, había varios colegios. Sin embargo, después del desastre, con una enorme proporción de la población diezmada o exiliada, los profesores preferían marchar, y los alumnos no recibían la disciplina que necesitaban.

Briar se preguntó cuándo terminaría la guerra, allá en el este. Los periódicos hablaban de la guerra con grandiosas palabras. Una guerra civil, una guerra entre los Estados, una guerra de independencia o una guerra de agresión. Hacían que pareciera épico, y tras dieciocho años de interminables combates, quizá lo fuera. Pero si terminara de una vez, quizá entonces mereciera la pena tomarse las molestias de recorrer el país hacia la costa este. Si ahorraba un poco y trabajaba duro, quizá pudiera reunir el suficiente dinero para comenzar de nuevo en otro lugar, donde nadie supiera nada de su padre o de su marido. E incluso Washington podía llegar a convertirse en un verdadero estado, y no tan solo un territorio apartado del resto. Si Seattle formara parte de un estado, el gobierno tendría que enviar ayuda, ¿no? Con ayuda podrían construir un muro mejor, o quizá hacer algo respecto al gas atrapado en su interior. Podrían enviar médicos para que buscasen maneras de tratar el envenenamiento por gas. Quizá incluso curarlo, con la ayuda de Dios.

Deberían ser pensamientos alegres, pero no lo eran. No a las seis de la mañana, y no cuando Briar se disponía a comenzar su paseo de tres kilómetros en dirección a las llanuras.

Empezaba a amanecer, y el cielo estaba adquiriendo ese matiz entre grisáceo y lechoso que ya no abandonaría hasta que llegara la primavera. La lluvia caía lateralmente, agitada por el viento, y llegó a calar el ancho sombrero de cuero de

Briar, las mangas de su camisa y sus botas, incluso a congelar sus pies y hacer que sus manos parecieran un pedazo de piel de gallina cruda.

Cuando llegó a la planta depuradora, tenía el rostro adormecido por el frío, pero el hedor del agua proporcionaba al menos algo de calor.

Caminó hacia la parte trasera del enorme complejo que se erigía orgulloso junto al estrecho de Puget. Veinticuatro horas al día giraba y bombeaba; recogía agua de lluvia y agua subterránea, la llevaba a la planta y la procesaba, la limpiaba hasta que era apta para el consumo y para la higiene. Era un proceso lento y laborioso, que implicaba mucho trabajo, pero que tenía una cierta lógica. El gas de la Plaga había envenenado los sistemas naturales hasta el punto de que el caudal de los riachuelos y los arroyos era prácticamente amarillo. Ni siquiera podía fiarse uno de la perenne lluvia. Las nubes que la provocaban podían haber ascendido desde la ciudad amurallada, y quizá hubieran absorbido suficientes toxinas para blanquear la pintura y quemar la piel.

Sin embargo, era posible hervir la Plaga hasta hacerla desaparecer; podía filtrarse el agua, hervirse y filtrarse de nuevo. Tras diecisiete horas de tratamiento, podría ser potable.

Enormes carros tirados por grandes caballos Clydesdale sacaban el agua de los depósitos y la repartían por todos los sectores de la ciudad, desviándola a contenedores colectivos que después podían bombear las familias.

Pero antes había que procesarla. El agua tenía que pasar por la planta de tratamiento, donde Briar Wilkes y un centenar más de trabajadores pasaban entre diez y quince horas al día colocando y retirando cilindros y depósitos de bronce, y desplazándolos de puesto a puesto, de filtro a filtro. La mayor parte de los depósitos estaban colocados en alto, y podían moverlos por medio de conductos y raíles de un sitio a otro, pero algunos estaban incorporados al suelo y había que cambiarlos de sitio como si fueran piezas en un puzle.

Briar ascendió los peldaños y levantó la palanca que permitía la entrada a los trabajadores.

Parpadeó cuando notó en el rostro el habitual resoplido de aire calentado por el vapor. Al otro extremo de la estancia, en el lugar donde los trabajadores guardaban sus pertenencias en armaritos, cogió sus guantes. No eran de pesada lana, como los que llevaba fuera del trabajo, sino de un espeso cuero que protegía sus manos del metal supercalentado de los tanques.

Ya se había puesto el guante izquierdo cuando se fijó en la pintura. En la palma de la mano, en los dedos, y entre los nudillos del guante, había manchas azules. Fuera quien fuera el responsable de la tropelía, había hecho lo mismo con el guante derecho.

Briar estaba sola en esa parte de las instalaciones. Había llegado temprano, y la

pintura estaba seca. Le habían gastado la bromita anoche, después de que se marchara a casa. No había nadie allí a quien pudiera acusar.

Suspiró y se puso el guante derecho. Al menos esta vez no habían llenado el interior de pintura. Aún podía ponérselos, y no tendría que reemplazarlos. Más tarde podría limpiarlos.

—Una nunca se cansa de todo esto, ¿verdad? —se dijo a sí misma—. Después de dieciséis años, todo sigue igual.

Dejó sus guantes de lana en el estante que solía tener su nombre escrito. Al principio escribió «Wilkes», pero alguien lo había tachado y había escrito al lado «Blue» mientras ella no miraba. Ella había vuelto a escribir «Wilkes» al lado, y el juego siguió hasta que no quedó espacio para que nadie escribiera nada más, pero todos sabían a quién pertenecía el estante.

Nadie había tocado sus anteojos; al menos había tenido esa suerte. Los guantes ya habían sido demasiado caros, y habría tenido que gastarse la paga de toda una semana para reemplazar los lentes, puesto que se los había facilitado la empresa.

Todos los trabajadores llevaban anteojos con cristales polarizados. Por motivos que nadie comprendía del todo, esas lentes permitían al que las llevaba ver la temida Plaga. Incluso cuando solo estaba presente en pequeñas trazas, aparecía como una viscosa neblina de color amarillo verdoso. Aunque la Plaga era técnicamente una sustancia gaseosa, era muy densa, y se desplazaba casi como un sólido, como una especie de baba.

Briar se abrochó las gruesas lentes al rostro y dejó su abrigo en una percha. Cogió una llave inglesa que era casi tan grande como su brazo y salió a la plataforma principal para comenzar su jornada de trasladar crisoles al rojo vivo de ranura en ranura.

Diez horas después, se quitó los guantes y los anteojos, y lo dejó todo en el estante.

Abrió la puerta metálica de atrás y vio que aún estaba lloviendo; no le sorprendió. Se ató el ancho sombrero alrededor de la barbilla. No quería más mechones naranjas en su cabello oscuro cortesía de la nefasta lluvia. Con el abrigo bien abrochado y las manos en los bolsillos, se marchó a casa.

El camino de vuelta era casi en su totalidad cuesta arriba, pero tenía el viento a la espalda, procedente del mar. El paseo en sí era bastante largo, pero estaba acostumbrada a él, y lo recorría sin prestar demasiada atención al viento o a la lluvia. Llevaba tanto tiempo viviendo en ese clima que ya era tan solo una música de fondo, desagradable pero fácil de ignorar, salvo cuando los dedos de sus pies se entumecían y tenía que golpear fuertemente el suelo para recuperar la sensibilidad.

Solo empezaba a anochecer cuando llegó a casa.

Eso la hizo sentirse mucho mejor. Durante el invierno era tan poco frecuente que

regresara a casa antes de la puesta de sol que la sorprendió descubrirse a sí misma ascendiendo los peldaños de piedra gastados mientras aún quedaba un matiz rosado entre las nubes de lluvia.

Quizá fuera una minúscula victoria, pero tenía ganas de celebrarla.

Pero antes, pensó, le pediría disculpas a Ezekiel. Se sentaría con él para charlar, si es que estaba dispuesto a escucharla. Podría contarle unas cuantas historias, incluso. Aunque no todo, claro.

Zeke no conocía los peores detalles, aunque probablemente creía que sí. Briar sabía lo que se comentaba en la calle. Ella misma había oído esas historias, y cientos de veces había tenido que responder a las preguntas al respecto de policías, periodistas y supervivientes enojados.

De modo que también Zeke las había oído. En el colegio, cuando aún era lo bastante pequeño para echarse a llorar, se habían burlado de él a cuenta de todas esas cosas. Una vez, hace años, cuando apenas le llegaba a la cintura a su madre, preguntó si todas esas historias eran ciertas. ¿Creó realmente su padre la infernal máquina que hizo saltar la ciudad en mil pedazos? ¿Realmente provocó él la Plaga?

—Sí —tuvo que decirle—. Sí, ocurrió así, pero no sé por qué. Nunca me lo dijo. Por favor, no me lo preguntes más.

Y Zeke no volvió a preguntar, aunque Briar a veces deseaba que lo hiciera. Si preguntara, podría contarle algo agradable. No todo fue miedo y caos. Hubo un tiempo en que Briar amó a su marido, y con motivos. No se trató tan solo de que Briar fuera una jovencita estúpida, y desde luego no era a causa del dinero.

Naturalmente, Briar sabía que era rico, y quizá, en cierto modo, el dinero hizo que le resultara más sencillo ser una jovencita estúpida. Pero no fue solo por el dinero.

Podía contarle a Zeke historias de flores enviadas en secreto, de cartas escritas con tinta que era casi mágica, por el modo en que brillaba, se consumía y desaparecía. Hubo regalos preciosos y juguetes encantadores. Una vez, Leviticus le regaló un adorno que parecía un botón de abrigo, pero que, cuando se giraban los rebordes afiligranados, hacía sonar una preciosa melodía gracias a sus engranajes ocultos.

Si Zeke le hubiera preguntado, Briar podría haberle contado un par de anécdotas que habrían hecho que ese hombre no pareciera tan monstruoso.

Comprendió entonces que había sido una estúpida por esperar a que fuera su hijo el que preguntara. Ahora le resultaba obvio: debería contarle todas esas cosas ella misma. Que el muchacho supiera que también hubo buenos momentos, y que hubo buenos motivos o, al menos, motivos que parecieron buenos en su momento, para que Briar huyera de casa y de su estricto y distante padre para casarse con el científico cuando tenía aproximadamente la misma edad que la que tenía su hijo en la actualidad.

Además, anoche debería haberle dicho: «Tú tampoco hiciste nada. También se equivocan respecto a ti, pero tú aún tienes tiempo para demostrarlo. Aún no has tomado el tipo de decisiones que arruinarán tu vida del todo».

Esa determinación animó aún más su espíritu que la luz moribunda del sol, y deseó que Zeke estuviera en casa. Podía comenzar de inmediato, subsanando sus errores pretéritos. Aún estaba a tiempo de hacerlo.

La llave crujió en el cerrojo y la puerta se abrió hacia dentro, donde solo había oscuridad.

—¿Zeke? ¿Zeke, estás en casa?

La chimenea estaba apagada. La linterna estaba en la mesa junto a la puerta, así que la cogió y buscó una cerilla. No había ni una sola vela encendida dentro de casa, y la irritó necesitar iluminación extra. Habían pasado meses desde la última vez que llegó a casa y solo tuvo que correr las cortinas. Pero el sol se había ocultado ya casi por completo, y todas las habitaciones estaban a oscuras, excepto los lugares en que su linterna ahuyentaba las sombras.

—¿Zeke?

No estaba segura de por qué pronunció su nombre de nuevo. Ya sabía que no estaba en casa. Y no se trataba tan solo de la oscuridad; era el modo en que la casa parecía vacía. La sensación reinante reflejaba la imposibilidad de que hubiera un adolescente encerrado en su cuarto.

—¿Zeke? —El silencio era intolerable, y Briar no sabía por qué. Había regresado para encontrarse la casa vacía muchas veces antes, y eso nunca la había puesto nerviosa.

Su buen humor se desvaneció.

La luz de la linterna recorrió toda la casa. Algunos detalles fueron visibles en la penumbra. No era tan solo su imaginación. Algo iba mal. Uno de los armaritos de la cocina estaba abierto; era donde guardaba productos extra, cuando los tenía, como galletas saladas y copos de avena. Alguien lo había desvalijado. En medio del suelo, ante el gran sofá de cuero, un pequeño pedazo de metal relució cuando lo iluminó la luz de la linterna.

Una bala.

—¿Zeke? —Lo intentó de nuevo, pero esta vez no fue tanto una pregunta como un jadeo.

Cogió la bala y la inspeccionó; y mientras estaba allí, examinando el pequeño pedazo de metal, sintió como si la estuvieran vigilando.

No era como si la estuvieran observando, sino más bien como si fuera vulnerable a un ataque.

Como si hubiera algo que la amenazara, y pudiera encontrarla.

Las puertas. Al otro extremo del pasillo, cuatro puertas… Una que daba a un

armario y tres que daban a sendos dormitorios.

La puerta de Zeke estaba abierta.

Estuvo a punto de dejar caer tanto la linterna como la bala. Un intenso miedo se instaló en su pecho, y se quedó inmóvil donde estaba.

La única manera de librarse de ese terror era moverse, de modo que lo hizo. Movió los pies hacia delante, hacia el pasillo. Quizá debería buscar intrusos, pero un instinto primario le decía que no había ninguno. La sensación de vacío era absoluta, al igual que el eco. No había nadie en casa, nadie que debiera estar y nadie que no debiera estar.

La habitación de Zeke tenía exactamente el mismo aspecto que había tenido cuando entró anoche. No estaba limpia, pero tampoco parecía muy desordenada, debido a que Zeke tenía muy pocas cosas.

Solo que ahora había un cajón en medio de la cama.

No había nada dentro, y Briar no sabía qué había contenido hasta entonces, de modo que se dirigió hacia el resto de cajones, que seguían en su lugar. Estaban todos vacíos, a excepción de un calcetín solitario con tantos agujeros que era ya incapaz de cubrir un pie.

Zeke tenía una bolsa. Briar lo sabía; la llevaba al colegio, cuando se dignaba a ir. Se la había hecho ella misma, tejiendo pedazos sueltos de cuero y lona, hasta que fue lo bastante grande y resistente para contener los pocos libros que podía permitirse comprar. Hace no mucho, Zeke le había pedido que la reparara, así que aún la usaba.

Y no podía encontrarla.

No la encontró tras poner patas arriba el pequeño dormitorio, y tampoco encontró señal alguna que indicara adónde podía haber ido el muchacho o su bolsa… hasta que se arrodilló y levantó el borde de la colcha. No había nada bajo la cama, pero bajo el colchón, entre este y el somier, algo hacía un extraño bulto de forma geométrica. Introdujo la mano bajo el colchón y sacó un paquete de algo suave que crujió entre sus dedos.

Papeles. Un pequeño montón de papeles, de distintos tamaños y formas.

Y entre ellos…

Dio la vuelta al montón y miró la parte frontal, y la trasera, y sintió un temor tan frío en los pulmones que apenas pudo respirar…

… Un mapa del centro de Seattle, partido en dos.

La mitad que faltaba hubiera mostrado el viejo distrito financiero, donde la máquina Boneshaker había causado un catastrófico terremoto en su primera prueba… y donde, pocos días después, el gas de la Plaga había comenzado a filtrarse por primera vez.

¿De dónde lo había sacado?

En un lado, el mapa tenía una fisura limpia que le hizo pensar que el mapa formó

parte de un libro alguna vez. Sin embargo, la pequeña biblioteca de la ciudad nunca había vuelto a reabrir sus puertas al otro lado del muro. Además, había muy pocos libros, y eran muy caros. Zeke no podría haberlo comprado, pero quizá lo había robado, o…

Olía raro. Llevaba sosteniéndolo medio minuto cuando se dio cuenta de ello, y además el olor era familiar, tanto que casi lo pasó por alto. Sostuvo el pedazo de papel ante su rostro y lo olió. Quizá solo fuera su imaginación. Había una manera de averiguarlo.

Corrió por el pasillo hacia su dormitorio, y rebuscó en su alto armario hasta que lo encontró: un fragmento de sus viejas lentes, de esos días terribles en que la orden de evacuación acababa de ser anunciada, imprecisa y terrible. Nadie sabía de qué estaban huyendo, o por qué; pero todos comprendieron que podrían verlo si contaban con unos anteojos de cristal polarizado.

A esas alturas no se habían producido más pruebas. Los buhoneros vendían lentes en la calle a precios ridículos, y no todas eran verdaderas. Algunas las habían extraído de máscaras industriales rotas y gafas protectoras, pero los artefactos más baratos eran poco más que monóculos ordinarios y fondos de botella.

En ese tiempo el dinero no era problema. El pedazo de lente de Briar, del tamaño de la palma de una mano, era genuino, y funcionaba perfectamente, tanto como los anteojos con los que trabajaba en la planta.

Encendió dos velas más y las llevó al dormitorio de Zeke. Ayudándose de ellas, además de la luz de la linterna, sostuvo el pedazo arañado de lente y lo utilizó para inspeccionar las cosas que había encontrado bajo el colchón. Y todas ellas (el mapa, los panfletos, los restos rotos de pósters) relucían con un enfermizo halo amarillento que las identificaba tan claramente como si llevaran una advertencia impresa.

—La Plaga —gruñó. Los papeles estaban empapados de ella.

De hecho, estaban tan completamente contaminados que había muy pocos lugares de los que podían haber salido. Briar no concebía que su hijo pudiera haber conseguido todos esos documentos al otro lado del muro. Algunas de las tiendas locales vendían artefactos y artículos que algunos evacuados se habían llevado consigo al huir, pero solían ser bastante caros.

—Malditos sean sus amigos y ese maldito jugo de limón —dijo en voz alta—. Malditos sean todos y cada uno de ellos.

Se puso en pie y fue de nuevo a su dormitorio, donde esta vez cogió una máscara de muselina. Se la puso y la ató detrás de su cabeza. Después, dejó lo que había encontrado bajo el colchón de Zeke en su cuarto, sobre la cama. Era un botín extraño, como poco. Además del mapa, encontró viejos billetes y entradas, páginas arrancadas de novelas y recortes de periódicos mucho más viejos que Zeke.

Briar deseó tener sus guantes de cuero. En lugar de ellos, usó el calcetín

agujereado abandonado para tocar los documentos, ordenarlos e inspeccionarlos. Mientras lo hacía, vio su nombre escrito. O al menos, su viejo nombre.

9 de agosto, 1864. Las autoridades registraron el domicilio de Leviticus y Briar Blue, pero no encontraron ninguna pista relativa al incidente de la Boneshaker. Los indicios de crimen aumentan, pero Blue sigue desaparecido. Su esposa no puede explicar las pruebas del artefacto que estuvieron a punto de arrasar toda la ciudad y que acabaron con la vida de al menos treinta y siete personas y tres caballos.

11 de agosto, 1864. Briar Blue está siendo interrogada por el derrumbe del cuarto banco de Commercial Avenue y la desaparición de su marido. Su participación en los sucesos del desastre de la Boneshaker aún no está clara.

Briar recordaba esos artículos. Recordaba intentar comer algo mientras los leía, sin apenas apetito, y sin saber que había algo más detrás de sus náuseas que la tensión de la investigación policial. Pero ¿de dónde había sacado Ezekiel los recortes, y cómo los había conseguido? Esos artículos habían sido redactados y distribuidos hace dieciséis años, en una ciudad que llevaba ese mismo tiempo muerta y enterrada.

Arrugó la nariz y cogió la almohada de Zeke. Apartó la funda y metió los documentos en su interior. No debían de ser demasiado peligrosos, puesto que Zeke dormía encima de ellos, pero cuanto más los cubriera, mejor. No quería tan solo ocultarlos o contenerlos; quería enterrarlos. Pero no tenía sentido.

Zeke aún no había regresado. Briar sospechó que no tenía ninguna intención de volver a casa esta noche.

Ya pensaba eso incluso antes de encontrar la nota que le había dejado Zeke en la mesa del comedor. Antes había pasado junto a ella sin verla. La nota era breve y directa. Decía: «Mi padre era inocente, y puedo demostrarlo. Lo siento mucho, por todo. Volveré lo antes posible».

Briar aplastó la nota con el puño y se estremeció hasta estallar en un grito frenético y furioso que sin duda asustó a los vecinos, pero su opinión le importaba tan poco que lo hizo de nuevo. No hizo que se sintiera mejor, pero no pudo evitar gritar una tercera vez, tras lo cual cogió la silla más cercana y la tiró al otro lado de la habitación, contra la repisa de la chimenea.

La silla se rompió en dos al golpear la piedra, pero antes de que tuviera tiempo de caer en pedazos al suelo, Briar estaba ya en el porche, bajando las escaleras con una linterna en la mano.

Se ató el sombrero mientras corría, y se puso el abrigo. La lluvia prácticamente se había detenido, y el viento soplaba con la misma intensidad de siempre, pero Briar siguió adelante, colina abajo, más allá de las llanuras, hacia el único lugar donde había encontrado a Ezekiel en las raras ocasiones en que el muchacho se ausentaba tanto como para hacer que su madre se preocupara.

Junto al mar, en un edificio de ladrillos de cuatro pisos que fue primero un

almacén y después un burdel, un grupo de monjas había establecido un albergue para los niños que habían quedado huérfanos a causa de la Plaga.

Las hermanas del Hogar de la Gracia Divina para huérfanos habían criado a toda una generación de chicos y chicas que habían logrado escapar de algún modo del gas y llegar a las Afueras sin ayuda. Ahora, los más jóvenes de sus primeros ocupantes empezaban a tener edad suficiente para vivir por su cuenta o aceptar un empleo en la iglesia.

Entre los muchachos mayores había uno llamado Rector *Quebrantahuesos* Sherman, un chico de diecisiete años conocido por ser uno de los proveedores del ilegal pero muy deseado jugo de limón. Era una droga barata, una sustancia pastelosa, amarillenta y arenosa destilada del gas de la Plaga cuyos efectos eran placenteros pero devastadores. El jugo se hervía y después se inhalaba para lograr un colocón algo apático. El uso crónico terminaba por matar… pero muy lentamente.

El jugo no se limitaba a dañar el cerebro; además, la necrosis comenzaba a afectar al cuerpo, empezando por las comisuras de los labios y extendiéndose a las mejillas y la nariz. Al cabo de un tiempo los dedos de manos y pies se caían, y, más adelante, todo el cuerpo podía llegar a convertirse en una parodia del de los no muertos que sin duda seguían paseándose de un lado a otro de la ciudad amurallada.

A pesar de los evidentes efectos perjudiciales de la droga, la demanda era muy alta, y por eso Rector tenía siempre a mano un arsenal de pipas y papelinas de jugo de limón.

Briar había intentado que Zeke no se juntara con Rector, pero no había gran cosa que pudiera hacer para evitarlo. Al menos, Rector no parecía tener interés en que Zeke consumiera la droga. Fuera como fuera, lo que a Zeke le interesaba era la camaradería, la oportunidad de ser uno más en un grupo de muchachos que no iban a tirarle tinte azul o a gritarle cosas horribles mientras lo mantenían inmóvil en el suelo.

Briar lo comprendía, desde luego, pero eso no significaba que le gustara, y tampoco significaba que le gustara el muchacho larguirucho y pelirrojo que respondió a su llamada impaciente y poco educada.

Briar pasó junto a una monja vestida con un pesado hábito gris y arrinconó a Rector, cuyos ojos eran demasiado grandes y estaban demasiado abiertos, casi proclamando su culpabilidad.

—Tú —comenzó Briar alzando un dedo y colocándolo bajo la barbilla del muchacho—. Tú sabes dónde está mi hijo, y vas a decírmelo, o te arrancaré las orejas y te las haré comer, pequeña rata. —Pronunció esas palabras sin llegar a gritar, pero cada una de ellas fue tan pesada como un yunque.

—¿Hermana Claire? —gimoteó el muchacho. Había retrocedido tanto como podía, y ya no tenía adónde ir.

Briar miró a la hermana Claire con fuego en los ojos y se concentró de nuevo en

Rector.

—Si tengo que preguntártelo dos veces, lo lamentarás el resto de tu vida, dure lo que dure.

—Pero no lo sé. De verdad. No lo sé —tartamudeó.

—Pero seguro que tienes alguna idea, así que más te vale ayudarme si no quieres que te rompa todos los huesos del cuerpo. Te lo aseguro, cuando termine contigo no te reconocerán las monjas, los curas ni nadie que sirva a Dios. Cuando vean lo que queda de ti, los ángeles se echarán a llorar. Ahora, habla.

El muchacho miró por turnos, con ojos frenéticos, a Briar, a la hermana Claire, que tenía la boca abierta, y a un cura que acababa de entrar.

Briar comprendió por qué no hablaba justo antes de darle un buen puñetazo al chico en la tripa.

—Vale, ya veo. —El chico no quería hablar delante de sus caseros.

Briar lo cogió del brazo y echó a andar, mientras decía:

—Perdónenme, Hermana, Padre, pero este joven y yo vamos a tener una pequeña charla. Será solo un momento, se lo prometo. Lo tendrán de vuelta antes de la hora de acostarse. —Y después, entre susurros, añadió mientras arrastraba al muchacho hacia los peldaños de la entrada—: Espero que se haya fijado, señor Quebrantahuesos, en que no he prometido traerle de vuelta sano y salvo.

—Me he fijado —dijo él. Chocó contra un muro y tropezó en los peldaños mientras Briar lo empujaba.

Briar no sabía adónde lo llevaba, pero estaba oscuro y reinaba el silencio, y solo un par de lámparas en los muros, además de la linterna de Briar, iluminaban los peldaños lo suficiente para no caer.

Junto al sótano, abajo, había un descansillo entre los peldaños.

Se detuvo y obligó a Rector a mirarla a la cara.

—Aquí estamos —le dijo en un gruñido que habría aterrorizado a un oso—. Nadie puede oírnos. Habla, y rápido. Quiero saber adónde ha ido Zeke, y quiero saberlo ahora.

Rector se estremeció y golpeó la mano de Briar, tratando de librarse de ella. Briar, sin embargo, no lo dejó marchar, sino que apretó su brazo con mayor fuerza, hasta que el muchacho se quejó en voz alta y reunió la suficiente fuerza para librarse por fin de su opresora.

—¡Solo quiere demostrar que Leviticus no estaba loco, y que no era un criminal!

—¿Qué le hace pensar que podrá hacerlo? ¿Y cómo piensa hacerlo?

El muchacho respondió, con una cautela que parecía traicionar su supuesta inocencia:

—Quizá oyera un rumor por ahí.

—¿Qué rumor? ¿Dónde lo oyó?

—Bueno, se hablaba de un libro de registros o algo así, ¿no? ¿No dijo Blue que los rusos le pagaron para que ocurriera algo raro durante la prueba?

Briar entrecerró los ojos.

—Lo dijo Levi. Pero nunca hubo ninguna prueba. Y aunque hubiera pruebas, seguiría siendo indemostrable… porque nunca se lo enseñó a nadie.

—¿Ni siquiera a usted?

—A mí menos que a nadie —dijo Briar—. Nunca me dijo ni una palabra de lo que hacía en ese laboratorio, con esas máquinas. Y desde luego nunca me habló de asuntos de dinero.

—¡Pero usted era su esposa!

—Eso no significa nada —dijo Briar. Nunca llegó a saber si su marido no le contaba nada porque no confiaba en ella o porque creía que era estúpida. Probablemente ambas cosas.

—Mire, señora, usted debió de imaginarse que Zeke tenía algo en la cabeza cuando empezó a hacer preguntas.

Briar golpeó la barandilla de las escaleras con la mano que tenía libre.

—¡Nunca me hizo preguntas! Ni una sola vez, desde que era un niño, me preguntó por Levi. —Y añadió, en voz más baja—: Pero me preguntó por Maynard.

Rector seguía mirándola, aún arrinconado, aún tan lejos de Briar como se lo permitía la situación. En ese momento debería haber dicho algo útil, pero guardó silencio hasta que Briar golpeó de nuevo la barandilla metálica con el puño.

—No haga eso —dijo el chico, extendiendo las manos—. Señora, no haga eso, por favor. No se preocupe por Zeke. Es un chico listo. Sabe arreglárselas solo, y sabe lo de Maynard. Todo irá bien.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Sabe lo de Maynard? Todo el mundo sabe lo de Maynard.

El muchacho asintió, bajando las manos y acercándoselas al pecho, listo para defenderse si llegaba a ser necesario.

—Pero Zeke es su nieto, y la gente lo sabe. Bueno… —Se detuvo, y comenzó de nuevo—: No todo el mundo, claro, pero al sitio al que va… allí se encontrará con gente que sabe lo de Maynard, y que cuidará de él.

—¿De qué sitio hablas? —preguntó Briar, y al pronunciar la última palabra tragó saliva, porque lo sabía. Aunque era imposible, y una locura, lo sabía. Sabía adónde iba, aunque no tenía ningún sentido.

—Se ha ido… a… —Rector alzó el dedo índice y lo apuntó en dirección a la vieja ciudad.

Briar tuvo que hacer un supremo esfuerzo para no abofetearlo; pero no pudo evitar gritar:

—¿Cómo piensa hacer eso? ¿Y qué va a hacer cuando atraviese el muro y no

pueda respirar, ni ver nada…?

Rector levantó las manos de nuevo, y reunió el coraje suficiente para dar un paso adelante.

—Señora, tiene que dejar de gritar. Pare, por favor.

—… y allí no queda nadie más que los podridos, que lo cogerán y lo matarán…

—¡Señora! —dijo el muchacho en voz lo bastante alta para interrumpirla, y casi lo bastante alta para ganarse una bofetada. Sin embargo, logró hacerla callar, solo por un instante, y el chico aprovechó el respiro para decir—: ¡Hay gente viviendo ahí dentro!

A esas palabras siguió un largo silencio.

—¿Qué has dicho?

Temblando, retrocediendo de nuevo, y deteniéndose cuando sus hombros tocaron la pared de ladrillos, dijo:

—Hay gente viviendo allí. Dentro.

Briar tragó saliva.

—¿Cuánta gente?

—No muchos. Pero más de los que imagina. La gente que conoce su existencia los llama «fiambres», porque para el resto del mundo están muertos.

—Pero ¿cómo…? —Briar negó con la cabeza—. Eso no es posible, no puede ser. No hay aire en la ciudad. Ni comida, ni sol, ni…

—Señora, aquí fuera tampoco hay sol. Y encontraron una manera de solucionar lo del aire. Sellaron algunos de los edificios, y bombean el aire por encima del muro, del otro lado, donde el aire es limpio. Si alguna vez va por allí, verá los tubos saliendo del muro, al otro extremo de la ciudad.

—Pero ¿por qué querría alguien hacer eso? ¿Por qué tomarse tantas molestias? —Y entonces un pensamiento terrible se abrió paso a su percepción y tomó la forma de palabras—. Dime que no están atrapados ahí dentro.

Rector rió nerviosamente.

—No, señora, no están atrapados. Solo… —Se encogió de hombros—. Se quedaron allí.

—¿Por qué? —preguntó Briar, ya próxima a la histeria.

Rector trató de calmarla de nuevo, gesticulando con la mano, pidiéndola que bajara la voz.

—Algunos no querían marcharse de sus casas. Otros se quedaron atrapados, y otros pensaron que todo iba a estallar en mil pedazos.

Sin embargo, el muchacho no le estaba contando todo. Briar lo notó: parecía nervioso de repente.

—¿Y los demás? —preguntó Briar.

El muchacho bajó la voz hasta casi un susurro:

—Es el jugo, señora. ¿De dónde cree que proviene?

—Sé que proviene del gas —gruñó Briar—. No soy estúpida.

—Nunca dije que lo fuera, señora. Pero ¿cómo cree que se consigue el gas? ¿Sabe cuánta arena contaminada se produce en las Afueras? Mucha. Más de la que nadie podría conseguir a partir del agua de lluvia.

Briar tuvo que admitir que siempre había supuesto que así era como se sintetizaba la droga. Así, o a partir de los desechos producidos por las plantas de depuración de agua. Nadie parecía saber adónde iban a parar los contenedores de la resina de Plaga procesada después de que se enfriaran. Briar siempre había sospechado que alguien se los llevaba para venderlos, pero según Rector no era así:

—Tampoco proviene de los productos de las plantas de depuración. He conocido a un par de químicos que trabajaban con la resina, pero me dijeron que no se podía hacer nada con ella. Me dijeron que era inservible, puro veneno.

—¿Y el jugo de limón no lo es?

—Jugo de limón. Madre mía —gruñó el muchacho con un resoplido despreciativo—. Supongo que así lo llamáis los adultos.

Briar entornó los ojos.

—Me importa una mierda cómo lo llaméis vosotros, sé lo que es y lo que hace, y he visto cómo hacía cosas peores que envenenar a la gente. Si mi padre aún viviera… —No sabía cómo terminar la frase—. Nunca lo habría permitido —dijo en un hilo de voz.

—Maynard está muerto, señora. Quizá no le hubiera gustado, no lo sé, pero es lo más parecido a un santo patrón que tenemos muchos de nosotros.

—Le habría hecho enloquecer —dijo Briar lacónicamente.

Ahora fue el turno de Rector de preguntar:

—¿Por qué?

—Porque creía en la ley —dijo Briar.

—¿Eso es todo? Era su padre, señora, ¿es eso todo lo que sabe de él?

—Cierra la boca si no quieres que te la parta.

—Maynard era un hombre justo. ¿No lo entiende? Los chicos y chicas que están en la calle, vendiendo droga, y consumiéndola, y los ladrones, las putas, los que están arruinados y los criminales… todos los que saben, por las malas, que la vida no es justa, todos creen en Maynard, porque él sí lo era.

Briar interrogó a Rector respecto de los detalles de la huida de Zeke. Para cuando aparecieron un cura francamente fornido y más monjas para expulsar a Briar, ya había averiguado lo suficiente. Y todo lo que sabía apuntaba a un hecho terrorífico.

Su hijo había entrado en la ciudad amurallada.

Capítulo 5

Ezekiel Wilkes se estremeció a la entrada del viejo sistema de desagües. Contempló la oscuridad como si fuera a engullirlo, o como si quisiera que lo hiciera; a decir verdad, estaba reconsiderando todo este asunto. Sin embargo, sus terceros pensamientos eran insistentes. Había llegado hasta aquí. Solo le quedaban unos metros, a través de un amplio túnel, hasta llegar a una ciudad que llevaba muerta más tiempo del que él había existido.

La linterna que sostenía temblaba a causa de las oscilaciones de su mano. En el bolsillo llevaba un mapa arrugado, plegado. Era tan solo una formalidad, pues se lo sabía de memoria.

Pero había una cosa que no sabía, y que lo inquietaba profundamente.

No sabía dónde vivieron sus padres. No exactamente.

Su madre nunca había mencionado una dirección, pero Zeke estaba seguro de que vivían en Denny Hill, y eso le daba al menos un punto de partida. La colina que daba nombre a esa parte de la ciudad no era demasiado grande, y Zeke sabía más o menos qué aspecto tenía la casa. Cuando era joven, a la hora de acostarse, a veces su madre se la describía como si fuera un castillo. Si aún estaba en pie, sería de un color entre lavanda y crema, de dos pisos y con un torreón. Tenía un porche en el frontal de la casa, y en ese porche había una mecedora pintada como si fuera de madera.

En realidad era metálica, y contaba con un mecanismo conectado al suelo. Al girar una manivela, la silla se mecía mecánicamente.

Zeke encontró irritante saber tan poco del hombre que la había construido. Al menos, creía saber dónde buscar respuestas. Lo único que tenía que hacer era atravesar el túnel y ascender la colina, hacia el costado izquierdo; allí encontraría Denny Hill.

Deseó poder preguntarle a alguien, pero no había nadie cerca.

No había nada, a excepción del hedor proveniente de las emisiones de un misterioso gas que seguía filtrándose del mismo suelo, al otro lado del muro.

Era un momento tan bueno como cualquier otro para ponerse la máscara.

Suspiró profundamente antes de deslizar el arnés por su rostro y abrocharlo. Cuando exhaló, el interior se empañó, y enseguida se aclaró.

El túnel parecía aún más distante y sobrenatural al contemplarlo a través del visor de la máscara. Parecía extrañamente alongado, y la oscuridad se tambaleaba y retorcía cuando giraba la cabeza. Las cintas de sujeción de la máscara le irritaban la piel, y también debajo de las orejas. Deslizó un dedo bajo el cuero y lo movió de un lado a otro.

Comprobó la linterna por enésima vez; sí, todavía tenía aceite. Comprobó la bolsa; sí, aún contenía los suministros que se había llevado consigo. Estaba tan

preparado como podría llegar a estarlo, y eso debía bastar.

Zeke movió la mecha para contar con la mayor iluminación posible.

Cruzó el umbral, obligándose a atravesar la frontera entre la noche y algo aún más oscuro. La linterna iluminó el interior de la caverna de ladrillos creada por el hombre con una luz dorada.

Su plan era marchar más temprano, por la mañana, justo después de que su madre se fuera a trabajar, pero había tardado todo el día en reunir los suministros que necesitaba, y Rector no había sido demasiado claro respecto a los detalles.

De modo que ahora la oscuridad era casi total fuera, y absoluta en el interior del túnel.

La linterna derramaba un halo burbujeante que lo guiaba hacia delante, hacia lo desconocido. Rodeó los pedazos de techo derrumbado, y los zarcillos colgantes de musgo, más gruesos que algas, y se agachó para evitar las telas de araña que colgaban, oscilantes, de muro a muro.

Aquí y allá vio señales de que alguien ya había pasado antes por el túnel, pero no supo si eso debería hacerle sentir mejor. En los muros vio marcas negras donde se habían encendido cerillas, o donde se habían apagado cigarrillos; y vio pedazos diminutos e informes de cera que eran ya demasiado pequeños para servir de velas. Las iniciales W. I. estaban escritas en el muro de ladrillos. Pedazos de cristal rotos relucían entre las rendijas gastadas por el clima.

Lo único que podía oír era el rítmico taconeo de sus pisadas, sus jadeos apagados y el crujido de las bisagras oxidadas de la linterna en su continuo oscilar.

Y entonces oyó algo más, un ruido que le hizo pensar que lo estaban siguiendo.

Se dio media vuelta, pero no vio a nadie. Y no había ningún lugar para esconderse, puesto que había caminado en línea recta desde que entró en el túnel. Hacia delante, el camino no era tan inequívoco. Hasta donde podía ver, en los límites de la luz de la linterna, no había nada en absoluto.

El camino comenzó a inclinarse. Estaba ascendiendo, aunque muy levemente. Los huecos sobre su cabeza, donde los ladrillos habían caído, no permitían ver el cielo, puesto que estaban cubiertos de tierra. Los ecos de los pequeños ruidos del túnel sonaban ahora más próximos y ahogados. Zeke ya lo esperaba, pero le hizo sentirse más incómodo de lo que creía. Sabía que la geografía se alejaba de la costa, y que el túnel expuesto albergaba un sendero que circulaba por debajo de la ciudad.

Si Rector estaba en lo cierto, al final de la vía principal el camino se dividiría en cuatro. El situado más a la izquierda llevaba al sótano de una pastelería. El tejado de ese edificio sería un lugar lo bastante seguro como para permitirle inspeccionar los alrededores.

Bajo tierra, y en la oscuridad, el sendero pareció girar a la izquierda, y después a la derecha. Zeke no creía haber descrito un círculo completo, pero desde luego estaba

desorientado. Esperaba ser capaz de ubicar Denny Hill cuando saliera al exterior.

Y tras lo que le parecieron kilómetros, pero sin duda fue mucho menos, el sendero se ensanchó y ramificó tal como Rector le había prometido. Zeke tomó el agujero más a la izquierda y lo siguió durante otros treinta metros antes de que terminara abruptamente, o eso le pareció, hasta que hubo retrocedido unos pasos y encontró el pasaje secundario. Este nuevo túnel no parecía haber sido construido, sino cavado. No parecía reforzado, ni demasiado seguro. Parecía temporal, improvisado, y listo para derrumbarse en cualquier momento.

Lo siguió de todos modos.

Los muros eran más de barro que de piedra o ladrillos, y estaban muy húmedos. También lo estaba el suelo, que era en su mayor parte una mezcla en descomposición de serrín, suciedad y raíces de plantas. Se aferraba a sus botas y trataba de detenerlo, pero siguió adelante trabajosamente y, por fin, tras tomar otro recodo y después otro, encontró una escalera.

De un salto escapó del fango y se aferró a la escalera. Ascendió hasta salir a un sótano tan cubierto de polvo que incluso los ratones y las cucarachas dejaban un rastro visible sobre él. Y también había huellas de pisadas, en gran número.

A simple vista contó al menos diez parejas de huellas. Se dijo a sí mismo que eran buenas noticias, que debía alegrarse de que más gente hubiera sobrevivido al trayecto sin problemas, pero la verdad es que le hizo sentir un cierto desasosiego. Había esperado, casi planeado, encontrar una ciudad vacía pero llena de peligros. Todo el mundo sabía lo de los podridos. Rector le había hablado a Zeke de las silenciosas sociedades que vivían bajo tierra, ocultos del mundo, pero Zeke esperaba poder evitarlos.

Y en cuanto a las huellas…

Las huellas implicaban que podía encontrar a más gente.

Mientras inspeccionaba el sótano y llegaba a la conclusión de que no contenía nada de valor, tomó la determinación de actuar con la mayor de las cautelas. Ascendió las escaleras del recodo y decidió mantenerse entre las sombras y tener su arma siempre preparada.

A decir verdad, todo esto casi empezaba a gustarle. Le agradaba la idea de enfrentarse al mundo en una grandiosa aventura, aunque fuera a durar tan solo unas pocas horas. Se movería como un ladrón en la noche, y sería invisible como un fantasma.

En el primer piso, todas las ventanas estaban tapiadas con tablas, reforzadas y protegidas en toda su extensión. Un mostrador de cristal agrietado reunía polvo apoyado en el muro, y había un montón de viejos toldos a rayas en un rincón. Cantidad de sartenes oxidadas rebosaban en una pila, y por todo el suelo había desperdigados pedazos de una vieja caja registradora.

Encontró una escalera en una despensa vacía. En la parte superior, había una trampilla sin cerrojo. La empujó con la mano, con la cabeza, con el hombro, hasta que se abrió. Un momento después se encontró en el tejado.

Y entonces sintió algo frío y duro en la nuca.

Se quedó inmóvil, con un pie aún en el peldaño superior de la escalera.

—Buenas.

Zeke respondió, sin darse la vuelta:

—Hola.

Trató de que su voz sonara amenazante, pero estaba asustado, y la palabra fue pronunciada en un tono algo más agudo de lo que le hubiera gustado. Ante sí no veía nada más que las esquinas de un tejado vacío; lo único que sabía por su visor y su visión periférica era que estaba solo, a excepción de quienquiera que estuviese a su espalda, apuntándolo con el cañón de un arma.

Dejó la linterna en el suelo con toda la precisión y cautela que pudo.

—¿Qué haces aquí, chico?

—Lo mismo que tú, supongo —dijo Zeke.

—¿Y qué estoy haciendo yo, si puede saberse? —preguntó su interlocutor.

—Sea lo que sea, no te ha gustado que te pillen haciéndolo. Mira, déjame en paz, ¿vale? No tengo dinero ni nada. —Zeke abandonó por fin el último peldaño, tratando de no perder el equilibrio, con las manos levantadas inútilmente.

Sin embargo, el tacto amenazante y frío del arma no abandonó su nuca indefensa.

—¿No tienes dinero?

—Ni un centavo. ¿Puedo darme la vuelta? Me siento estúpido hablando así. Te resultará igual de fácil dispararme de frente. No voy armado. Venga, déjame. No te he hecho nada.

—Déjame ver tu bolsa.

—No —dijo Zeke.

La presión en su nuca se intensificó.

—Sí.

—Solo son papeles. No valen nada. Pero si me dejas, te enseñaré algo chulo.

—¿Algo chulo?

—Mira esto —dijo Zeke, tratando de retorcerse milímetro a milímetro sin demasiado éxito—. Mira —dijo de nuevo, tratando de conseguir algo de tiempo—. Soy un hombre pacífico —exageró—. Respeto la paz de Maynard. No busco problemas.

—¿Así que sabes algo de Maynard, eh?

—Más me vale —gruñó Zeke—. Era mi abuelo.

—Y una mierda —dijo la voz a su espalda, que pareció más sorprendida que recelosa—. No lo eres. Si lo fueras, habría oído hablar de ti.

—Es cierto. Puedo demostrarlo. Mi madre es…

El hombre lo interrumpió.

—¿La viuda Blue? Ahora que lo pienso, tuvo un hijo, ¿no? —Guardó silencio.

—Sí. Me tuvo a mí.

Zeke sintió cómo el frío metal contra su nuca se desplazaba lentamente, así que se arriesgó y dio un paso adelante, con las manos aún alzadas. Se dio media vuelta lentamente, y después bajó los brazos, quejándose en voz alta.

—¿Ibas a dispararme con una botella?

—No. —El hombre se encogió de hombros. Era una botella de cristal con los restos de una etiqueta blanca y negra en el costado—. Que yo sepa, nunca han disparado a nadie con una botella. Solo quería asegurarme.

—¿Asegurarte de qué?

—De que lo entendías —dijo, de manera imprecisa, y se sentó contra el muro de un movimiento lento que implicaba que estaba recuperando la postura que había estado ocupando hasta que Zeke lo interrumpió.

El hombre iba enmascarado por pura necesidad, y llevaba al menos un jersey grueso y dos abrigos, uno de los cuales, el más exterior, era de un color azul muy oscuro, quizá negro. En el frontal tenía una fila de botones, y bajo los abrigos llevaba un par de pantalones oscuros que le quedaban algo grandes. Sus botas no casaban; una era alta y marrón, la otra negra y más corta. A sus pies había una especie de bastón de forma extraña. Lo cogió y lo giró en la mano, tras lo cual lo dejó reposar en su regazo.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó Zeke—. ¿Por qué me has asustado de esa manera?

—Porque estabas ahí —dijo el otro, y no parecía haber burla ni arrogancia en su voz—. ¿Y por qué?

—¿Por qué qué?

—¿Por qué estabas ahí? Es decir, ¿por qué estás aquí? Este no es lugar para chavales, aunque sean nietos de Maynard. Joder, te puedes meter en problemas si vas por ahí diciendo esas cosas, sean o no verdad. Supongo que has tenido suerte —dijo el hombre.

—¿Suerte? ¿Por qué?

—Tienes suerte de que te encontrara yo, y no otro.

—¿Y por qué es eso buena suerte? —preguntó Zeke.

El hombre jugueteó con la botella que aún sostenía en la mano.

—No usé nada que pudiera hacerte daño.

El hombre no parecía tener nada encima que pudiera hacerle daño, pero Zeke no dijo nada. Cogió la linterna de nuevo, se ajustó la bolsa a la espalda y frunció el ceño.

—Y tú tienes suerte de que no haya desenfundado mi arma.

—¿Tienes un arma?

—Sí —dijo Zeke, enderezándose.

—¿Dónde está?

Zeke golpeó la bolsa.

—Eres un estúpido —dijo el hombre sentado, con su botella y sus ropas demasiado grandes. Después, se llevó el cuello de la botella a la boca, y golpeó con ella su máscara de gas.

Miró con tristeza la botella y agitó las últimas gotas que quedaban en el fondo.

—¿Yo soy estúpido? Le dijo la sartén al cazo, como dice mi madre.

El hombre pareció estar a punto de decir algo poco halagador de la madre de Zeke, pero no lo hizo. En lugar de ello, dijo:

—¿Cuál era tu nombre, chico?

—No te lo he dicho.

—Pues dímelo ahora —dijo el hombre. Había un cierto tono amenazador en sus palabras.

A Zeke eso no le hizo ninguna gracia.

—No. Primero dime tú el tuyo, y luego quizá te diga el mío. No te conozco, y no sé qué estás haciendo aquí. Y yo… —Sacó de la bolsa el viejo revólver de su abuelo. Tardó unos veinte segundos en hacerlo, y en todo ese tiempo el hombre no movió ni un músculo—. Tengo un arma.

—Ya lo veo —dijo el otro, pero no pareció demasiado impresionado—. Al menos ahora la tienes a la vista. ¿No tienes un cinto o una pistolera?

—No la necesito.

—Vale —dijo el hombre—. Bien, ¿cómo te llamas?

—Zeke. Zeke Wilkes. ¿Y tú? —exigió Zeke.

El hombre sonrió bajo su máscara, es de suponer que porque había conseguido que Zeke le dijera su nombre antes de conocer el suyo. Zeke solo pudo ver la sonrisa porque sus ojos se arrugaron tras el visor.

—Zeke Wilkes. De los Wilkes, nada menos. —Antes de que Zeke pudiera decir algo, añadió—: Me llamo Alistair Mayhem Osterude, pero puedes hacer lo que el resto del mundo y llamarme Rudy, si quieres.

—¿Mayhem[1] es tu segundo nombre?

—Lo es si yo digo que lo es. Y si no te importa que te lo pregunte, Zeke Wilkes, ¿qué estás haciendo en este lugar? ¿No deberías estar en la escuela, o trabajando, o algo así? ¿Y sabe tu madre que estás aquí? He oído que es una mujer de armas tomar. No creo que le gustara mucho saber que estás aquí.

—Mi madre está trabajando. Estará fuera varias horas, y para entonces ya habré vuelto. Lo que no sepa no le hará daño —dijo Zeke—. Y estoy perdiendo el tiempo hablando contigo, así que con tu permiso, seguiré mi camino.

Guardó el arma de nuevo en la bolsa y le dio la espalda a Rudy. Respiró lentamente a través de los filtros de su máscara y trató de recordar exactamente dónde estaba, y exactamente adónde quería ir.

Aún sentado, Rudy preguntó:

—¿Adónde vas?

—No es asunto tuyo.

—Es verdad. Pero si me dices qué estás buscando, quizá pueda decirte cómo encontrarlo.

Zeke caminó hasta el borde y miró hacia abajo, pero no vio nada a través de la espesa neblina. Su linterna no reveló nada más que esa niebla amarillenta en todas direcciones.

—Podrías decirme cómo llegar a Denny Hill —dijo.

—Podría, sí —dijo el otro, y después preguntó—: ¿Adónde exactamente? Denny Hill es muy grande. Espera, ya lo sé. Quieres volver a casa.

Antes de que se le ocurriera una evasiva o una negativa, Zeke dijo:

—No es mi casa. Nunca lo fue. Nunca la he visto.

—Yo sí —dijo Rudy—. Era una bonita casa.

—¿Era? ¿Ya no existe?

El hombre negó con la cabeza.

—Que yo sepa sí. Supongo que aún está allí, pero ya no es bonita. Nada aquí dentro lo es. La Plaga se come la pintura y hace que todo se vuelva amarillo.

—Pero ¿sabes dónde está?

—Más o menos. —Rudy descruzó las piernas y se puso en pie, apoyándose en el bastón—. Podría llevarte allí, si es adonde quieres ir.

—Sí, es adonde quiero ir. —Zeke asintió—. Pero ¿qué quieres a cambio de ayudarme?

Rudy reflexionó, o quizá solo estaba esperando a que se le aclarara la cabeza.

—Me gustaría echar un vistazo dentro. Tu padre era rico, y no sé si la han desvalijado ya o no.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Exactamente lo que he dicho —replicó Rudy bruscamente—. Esas casas, y los comercios… ya no pertenecen a nadie, o al menos nadie vuelve ya a reclamarlos. La mitad de la gente que vivía allí ha muerto, así que… Los que quedamos aquí… —Buscó una palabra que pareciera menos directa que la verdad—. Hurgamos. Recuperamos. No hay más remedio.

Había algo extraño en ese razonamiento, pero Zeke no sabía exactamente de qué se trataba. Rudy estaba negociando, pero Zeke no tenía nada que ofrecerle a cambio. Esta podría ser una espléndida oportunidad, si sabía aprovecharla.

—Supongo que es justo —dijo—. Si me llevas, podrás quedarte con algunas de

las cosas que encuentres allí.

Rudy resopló.

—Me alegra contar con su permiso, señor Wilkes. Es muy amable por su parte.

Zeke sabía cuando le estaban tomando el pelo, y no le gustaba.

—Muy bien. Si así están las cosas, puede que no necesite un guía. La encontraré yo mismo. Te lo he dicho, tengo mapas.

—Ya, y un arma. Creo que lo mencionaste antes. Eso te convierte en todo un hombre, preparado para enfrentarse a la Plaga, a los podridos, y a los proscritos como yo. Sí, estás listo, seguro. —Se sentó en el borde del tejado, como si hubiera cambiado de opinión.

—¡Puedo encontrarla yo mismo! —insistió Zeke, en voz demasiado alta.

Rudy le hizo callar con un ademán y dijo:

—Baja la voz, chico. Te lo digo por tu propio bien, a mí ni me va ni me viene. Baja la voz. Hay cosas mucho peores que yo ahí fuera, y te aseguro que no querrías encontrarte con ninguna de ellas.

Capítulo 6

Había dos maneras de atravesar la muralla sin fisuras que contenía los distritos del centro de Seattle. Todo el que quisiera cruzar al otro lado tendría que hacerlo por encima o por debajo del mismo muro. Según Rector, Zeke había optado por esta última opción.

Rector no sabía todo lo que Zeke se había llevado consigo en su viaje, pero estaba casi seguro de que tenía algo de comida, munición y el viejo revólver de su abuelo, que robó del cajón de la mesilla de noche de Maynard, donde llevaba dieciséis años acumulando polvo. También se había llevado algunas baratijas de Maynard para canjearlas: un par de gemelos, un reloj de bolsillo y una corbata de bolo. Rector lo había ayudado a conseguir una vieja máscara de gas.

Una de las últimas cosas que Rector le había dicho a Briar antes de que la echaran a patadas del orfanato fue:

—Mire, le apuesto un dólar a que volverá en menos de diez horas. Tiene que hacerlo. La máscara no lo protegerá durante más tiempo, y si no logra encontrar un lugar seguro ahí dentro, sabe que tiene que darse media vuelta y salir de nuevo. Solo tiene que esperar un poquito más. Espere hasta esta noche, y si no ha vuelto, entonces empiece a preocuparse por él. No va a morir ahí dentro, se lo aseguro.

Mientras se alejaba del orfanato bajo la lluvia, Briar quiso gritar, pero necesitaba todas sus energías para caminar. Estaba agotada por la rabia y la inquietud, y trató de decirse a sí misma que Zeke estaba preparado.

No había trepado el muro y saltado al otro lado sin más, a ese lugar lleno de hordas de podridos y bandas de criminales; había tomado precauciones, tenía provisiones. Había muchas posibilidades de que estuviera a salvo. La máscara le daría diez horas, y si cuando se agotaran no había encontrado refugio, se daría la vuelta y se marcharía. Si pudo encontrar una manera de entrar, encontraría la manera de salir.

La entrada que había utilizado estaba junto al océano, al lado de los túneles de desagüe, casi oculta tras las rocas que protegían el sistema de túneles de la violencia de las olas. A Briar nunca se le había ocurrido que esos viejos túneles llegaran hasta el centro de la ciudad. Habían formado parte del sistema subterráneo que se derrumbó y más tarde se tapió por si acaso. Sin embargo, Rector había insistido en que la población que quedaba al otro lado había limpiado los escombros producidos por la Boneshaker, y que la puerta podría abrirse con menos problemas de los esperados.

Las diez horas terminarían a las nueve de la noche, aproximadamente.

Briar tomó la decisión de esperar fuera. Si volvía a casa, la consumiría la preocupación, y no sería buena idea ir tras él, aún no. Si lo seguía ahora, había muchas posibilidades de que entrara justo mientras él salía, y que se cruzaran sin

verse, y entonces Briar no sabría qué había sido de su hijo.

No, Rector tenía razón. Lo único que podía hacer era esperar. No quedaba mucho ya, quizá un par de horas.

Era tiempo de sobra para llegar al otro extremo del estrecho y trepar por las rocas, rodeando las charcas de agua que cubrían hasta los muslos y los afilados riscos que ocultaban el sistema de desagües abandonado por los asentamientos de las Afueras.

Era ya de noche, y había mucha humedad en el ambiente, pero Briar seguía vestida con la ropa de trabajo, con botas lo bastante resistentes para proteger sus pies y lo bastante flexibles para permitirle maniobrar entre las rocas. La marea estaba baja, gracias a Dios, pero el viento aún traía consigo la espuma del océano. Para cuando rodeó el último montículo irregular de arena y piedras y vio los mecanismos cubiertos de algas que en el pasado elevaban y descendían los conductos del océano, estaba ya casi empapada.

Y allí, enterrado en parte bajo el montón de arenilla, conchas y maderas arrastradas por el océano, todo lo que se había acumulado con los años, estaba el cilindro agrietado de ladrillos que circulaba por debajo de las calles de la ciudad.

El túnel, bañado por el océano y la lluvia, consumido por los gusanos y golpeado por el incesante oleaje, estaba decrépito. Daba la impresión de que, si Briar lo tocaba, se colapsaría, pero cuando apoyó la mano en él y empujó, no se movió ni tembló.

Agachó la cabeza y dejó que la linterna la guiara. Aún le quedaba bastante aceite para varias horas, y lo único que realmente la preocupaba era ahogarse o que la humedad apagase la linterna. Sin embargo, en el interior de la noche doblemente tenebrosa del túnel, el brillo de la linterna era muy débil. La esfera de luz que proyectaba la llama apenas alcanzaba unos pocos metros hacia delante.

Briar escuchó con atención, tratando de oír algo más que el incesante flujo del agua y el tamborileo de la niebla y la lluvia que se filtraba en los puntos en los que los ladrillos habían caído.

Desde que Zeke nació, nunca se había acercado tanto a la ciudad.

¿Hasta dónde llegaba el túnel? Medio kilómetro más, quizá, aunque sin duda parecería mucho más si tuvieras que caminar encorvado y cuesta arriba en la oscuridad. Briar trató de imaginarse a su hijo, con la linterna en una mano y un arma en la otra. ¿Llevaría el arma en la mano? ¿O la llevaría enfundada?

¿Sabía cómo usarla si llegaba a ser necesario?

Lo dudaba mucho. Quizá la llevaba consigo para comerciar con ella, y eso no dejaba de ser muy astuto. Si su abuelo era realmente un héroe del pueblo, cualquier efecto personal, como ropas, accesorios y cosas de ese tipo, sería muy valioso, y quizá podría comprar con ellos algo de información.

Más adentro, en el túnel, encontró un pedazo de muro cubierto de musgo que estaba seco en su mayor parte, y se sentó. Con el dorso de la mano tocó un punto

entre los ladrillos. Puso la linterna allí y la agitó hasta que estuvo segura de que se mantendría en pie. Se apoyó en los ladrillos, tratando de no prestar atención al frío y húmedo tacto del muro curvado a través de su abrigo; y aunque tenía miedo, y estaba enfadada, y tenía frío y estaba tan preocupada que casi había enfermado, se dejó arrastrar por un áspero sueño.

Y entonces despertó.

Sin preámbulo.

Inclinó la cabeza, y su cráneo golpeó el muro cóncavo de ladrillos.

Estaba aturdida y desorientada. No recordaba haberse quedado dormida, de modo que el despertar fue francamente brusco. Tardó unos segundos en acordarse de dónde estaba y qué estaba haciendo allí, y otros tantos en comprender que el mundo estaba temblando. Varios ladrillos se soltaron y cayeron junto a ella, y estuvieron a punto de romper la linterna.

Briar la cogió antes de que otro montón de piedra cayera sobre ella.

Dentro del túnel el eco era ensordecedor, y el ruido de ladrillos y pedazos de muro cayendo sonaba como si se estuviera librando una batalla dentro de un frasco de cristal.

—No, no, no —dijo, angustiosamente—. Ahora no. Ahora no, Dios, ahora no.

Los terremotos eran bastante frecuentes, pero los intensos no lo eran tanto; y allí, en el interior de ese estrecho túnel de desagüe, resultaba difícil calibrar la ferocidad de este terremoto en concreto.

Briar salió del túnel a trompicones, y le sorprendió ver lo mucho que había subido la marea, hasta llegar casi al lugar donde se había sentado junto al muro. No llevaba reloj, pero debía de haber estado varias horas durmiendo, así que la medianoche habría pasado ya.

—¿Zeke? —gritó, por si él estaba dentro, tratando de encontrar la salida—. ¡Zeke! —gritó por encima del feroz rugido de los ondeantes montículos de arena y el temblor del suelo.

La única respuesta que obtuvo fue el sonido de las olas al golpear la orilla. El túnel se tambaleó. Briar nunca había creído que algo tan grande pudiera tambalearse como si fuera el juguete de un niño, pero lo hizo, y se derrumbó sobre sí mismo, y sobre el artefacto de aspecto algo pasado de moda que en el pasado lo sostuvo firme.

Toda la estructura cayó enseguida, como una montaña de naipes.

Se elevó una nube de polvo, que la humedad ambiental disipó casi de inmediato.

Briar se quedó inmóvil, atónita. Sus piernas se ajustaron al suelo en movimiento y mantuvo el equilibrio; para no ceder al pánico, se repitió a sí misma que su situación no era tan mala.

Para empezar, estaba fuera; ya había experimentado antes uno o dos terremotos verdaderamente terribles, y resultaban mucho más terroríficos cuando el techo

amenazaba con caer sobre tu cabeza. Susurró frenéticamente:

—Zeke no estaba ahí dentro. Aún no había salido, o me habría visto. No estaba en el túnel cuando se derrumbó; no estaba en el túnel cuando se derrumbó.

Eso significaba que aún estaba en la zona desalojada, en algún lugar, ya fuera muerto o a salvo.

Si no creyera que su hijo aún vivía, se habría echado a llorar, y llorar no iba a ayudarla. Zeke estaba dentro de la ciudad, y ahora estaba atrapado.

Ya no podía seguir esperando.

Ahora tenía que rescatarlo.

Y ya no existía la ruta subterránea, así que Briar tendría que cruzar el muro por encima.

La arena seguía agitándose, pero estaba comenzando a asentarse, y Briar no tenía tiempo de esperar a que se detuviera del todo. Mientras las rocas chocaban levemente unas contra otras y los edificios bajos y feos de las Afueras oscilaban sobre sus cimientos, Briar se puso de nuevo el sombrero, cogió la linterna y comenzó a ascender por las llanuras de barro.

Había dos maneras de atravesar el muro: por encima y por debajo. Eso le había dicho Rector.

Por debajo ya no era posible. Tendría que ser por encima.

Quizá alguien podría trepar el muro, pero no Briar. Quizá el muro tenía una escala secreta o peldaños ocultos, pero si así fuera Zeke hubiera ido por ahí, en lugar de atravesar el túnel.

Solo había una manera de cruzar el muro por encima: una aeronave.

Los comerciantes que se dirigían hacia la costa sobrevolaban las montañas cuando podían. Desde luego, era peligroso, pues las corrientes de aire eran impredecibles, y la altura hacía que el simple acto de respirar supusiera un enorme trabajo; pero ascender los pasos a pie era muy peligroso y le llevaría mucho tiempo, y además requería el uso de carros o animales de carga que debían ser mantenidos y protegidos. Las aeronaves no eran la solución ideal, pero para muchos emprendedores, eran una alternativa mucho más preferible que las otras.

Pero no en esta época del año.

Febrero significaba lluvias gélidas en la costa. En las montañas habría nieve, tormentas y corrientes de aire capaces de abatir un zepelín como si fuera un gorrión.

Las únicas aeronaves que volaban en febrero eran las de los contrabandistas. Y cuando Briar lo comprendió, una cosa le quedó clara: ningún comerciante honrado sobrevolaría con su dirigible el muro de Seattle, tan cerca de la corrosiva y ácida Plaga que residía en su interior.

Pero ahora, Briar sabía algo más de la Plaga.

Era valiosa.

Era necesaria para conseguir jugo de limón. El gas provenía del interior de la ciudad. Las aeronaves sobrevolaban la ciudad regularmente, incluso en las épocas de clima más duro. Y así, de manera completamente inevitable, dos pensamientos se formaron en su cabeza, dos pensamientos que por fuerza implicaban la misma conclusión y por tanto el mismo curso de acción.

Un temblor secundario siguió al primer terremoto, pero pasó rápidamente. En cuanto el terreno fue estable de nuevo, Briar Wilkes echó a correr.

De camino a casa pasó junto a montones de escombros en la calle, y gente llorando o gritando, de pie sobre los pedazos de edificios derrumbados, aún en pijama. Aquí y allá, algunos de los restos caídos se habían incendiado. A lo lejos, sonaban los repiques de brigadas de bomberos improvisadas. Poco a poco, una a una, las calles de la ciudad iban despertando.

Nadie se fijó en Briar o la reconoció. Ella corría, con la linterna en la mano, colina arriba, rodeando los montones más grandes de escombros. El terremoto no le había parecido tan terrible en la playa, pero al parecer no todo el suelo se había desplazado con la misma intensidad en todos los sitios. Por lo que a ella respectaba, no había sido para tanto…

Y recordó, entonces, la furia de la Boneshaker, haciendo temblar el suelo bajo sus pies de nuevo, arrasando cimientos y columnas y aniquilando la ciudad, destrozando todo lo que tocaba, arruinándolo todo, echándolo todo a perder.

…No fue la única que se acordó, de eso estaba segura. Todos lo recordaban, cada vez que había un terremoto.

No le preocupaba la casa de su padre; había soportado cosas peores. Y cuando llegó, ni siquiera se sintió aliviada de encontrarla aún en pie, sin daños aparentes. Nada la habría detenido ya, salvo quizá encontrar a Zeke en el porche.

Entró a toda prisa en el frío y seco interior, que seguía tan vacío como cuando se marchó.

Su mano se detuvo en el pomo de la puerta de su padre.

Allí vaciló apenas un instante, mientras trataba de vencer un hábito interiorizado en exceso.

Entonces, tomó el pomo y lo giró.

Dentro, la habitación estaba sumida en la oscuridad, solo rota ahora por la luz de su linterna. La dejó en la mesilla de noche y se fijó en que el cajón del que Zeke había cogido el viejo revólver de su abuelo seguía abierto. Briar deseó que se hubiera llevado algo más. El arma era una antigualla que perteneció al suegro de Maynard. El mismo Maynard nunca la había usado, y era muy probable que ni siquiera funcionara, pero naturalmente Zeke no podía saber eso.

De nuevo sintió esa punzada de pesar, y deseó haberle contado algo más a su hijo, cualquier cosa, lo que fuera.

Lo haría cuando lo recuperara.

Cuando estuviera de nuevo en casa, con ella, le contaría todo lo que él quisiera saber, cualquier cosa. Se lo contaría absolutamente todo, si volvía a casa sano y salvo. Quizá Briar había sido una madre terrible, o quizá lo había hecho lo mejor que supo. Ya no importaba, ahora que Zeke estaba atrapado en la ciudad amurallada, donde las víctimas no muertas de la Plaga buscaban carne humana, y sociedades criminales acechaban desde hogares desolados y sótanos abandonados.

Puede que le hubiera mentido, que le hubiera fallado o se hubiera equivocado al educarlo… pero aun así pensaba ir a buscarlo.

Con una mano en cada uno de los pomos de la puerta, abrió el viejo armario de Maynard y se quedó ante él, con el ceño fruncido. Su falso fondo se levantó cuando Briar tocó con el dedo un agujero.

Sintió algo removerse en su estómago.

Allí estaba todo, tal como lo había dejado hace años.

Había tratado de enterrar todas esas cosas junto a Maynard. En ese tiempo, nunca había imaginado que llegara a necesitarlas. Pero los que vinieron a desenterrar a Maynard le quitaron todo lo que llevaba encima cuando Briar lo enterró.

Seis meses después, Briar volvió a casa y encontró toda la ropa en una bolsa que dejaron ante la puerta. Briar nunca averiguó quién la devolvió, o por qué. Y para entonces Maynard llevaba demasiado tiempo enterrado para molestarlo de nuevo. De modo que sus efectos personales, y las ropas que llevaba cada día, retomaron su puesto en el estante privado situado bajo el falso fondo del armario.

Uno a uno, fue sacando los objetos y colocándolos sobre la cama.

El rifle. La insignia. El sombrero de cuero. El cinturón con el gran broche ovalado, y la pistolera de hombro.

El abrigo estaba colgado como si fuera un fantasma en la parte trasera del armario. Lo cogió y lo sacó a la luz. El abrigo, de fieltro de lana, era tan oscuro como la noche, y había sido tratado con aceite para resistir la lluvia. Los botones de bronce estaban deslustrados, pero bien cosidos, y dentro de uno de los bolsillos Briar encontró un par de anteojos que nunca había visto antes. Se quitó el abrigo que llevaba y se puso el de su padre.

El sombrero debería haberle quedado un poco grande, pero ella tenía más pelo que Maynard, de modo que le encajaba perfectamente. El cinturón era demasiado largo, y el broche, adornado con las letras «MW», era enorme, pero lo hizo pasar por las aberturas de su pantalón y lo apretó con fuerza, cerrando la gran placa metálica sobre su estómago.

Al fondo del armario había un cofre marrón sin adornos lleno de munición, paños y aceite. Briar nunca había limpiado el rifle repetidor Spencer de su padre, pero le había visto hacerlo cientos de veces, así que sabía perfectamente lo que debía hacer.

Se sentó en el borde de la cama y repitió los movimientos que conocía de memoria. Cuando el repetidor estaba tan lustroso que brillaba en la tenue y diluida luz de la linterna, Briar cogió un tubo de cartuchos de munición y los colocó en el rifle.

En el fondo del cofre marrón encontró una caja de cartuchos. Aunque la tapa del cofre había acumulado quince años de polvo, todo parecía estar en perfectas condiciones, de modo que cogió la caja de munición extra y la metió en una bolsa de viaje que encontró bajo la cama.

A los cartuchos sumó los anteojos de su padre, su vieja máscara de gas de los días de la evacuación, su bolsa de tabaco y los escasos ahorros que guardaba en una jarra de café tras la estufa, y que ascendían a unos veinte dólares. No habría sido tanto si no le hubieran pagado hace poco.

No podía contarlo. Ya sabía que no la llevaría muy lejos.

Si al menos conseguía llevarla al otro lado del muro, bastaría. Y si no, pensaría en otra cosa.

El sol estaba a punto de salir; podía verlo a través de las cortinas del dormitorio de su padre. Eso significaba que llegaría tarde al trabajo, si es que hubiera tenido intención de ir. Hacía diez años que no faltaba ni un solo día, pero en esta ocasión tendrían que disculparla o despedirla, lo que prefirieran.

Pero hoy no iba a ir a trabajar.

Tenía que coger un ferri hasta Bainbridge Island, donde las aeronaves con destinos legales hacían escala y se reabastecían de combustible. Si los contrabandistas no iniciaban su viaje también en la isla al otro lado del estrecho, quizá uno de ellos podría indicarle cómo llegar.

Guardó el rifle en la funda que llevaba al hombro, y cerró la bolsa de viaje y el armario de su padre. Después salió, y dejó la casa de su padre oscura y vacía.

Capítulo 7

Para cuando Briar llegó al ferri, era ya de día. El cielo estaba cubierto de un manto grisáceo, pero se filtraba tanto sol a través de las nubes que podía ver una isla cubierta de árboles al otro lado del mar.

Aquí y allá un artefacto de forma abovedada se elevaba sobre los árboles. Incluso a la distancia que se encontraba, podía ver las aeronaves atracadas aguardando pasajeros o cargamento.

El ferri crujió y se hundió levemente cuando subió a él. Había pocos pasajeros a esta hora tan temprana, y Briar era la única mujer. El viento levantaba olas y agitaba su sombrero, pero Briar lo sostuvo, casi ocultando sus ojos. Si alguien la reconoció, nadie la molestó. Quizá fuera por el rifle, o por el modo en que apoyaba las manos, con los pies separados, en la barandilla.

Quizá no le importaba a nadie.

La mayoría de los otros pasajeros eran marineros de un tipo u otro. La gente de esta isla vivía de esas aeronaves, o de los botes atracados en los muelles, porque, cuando una aeronave descargaba sobre la isla, era necesario algún otro medio de transporte para llevar las mercancías a la ciudad.

A Briar nunca se le había ocurrido preguntarse por qué no había puertos de atraque para aeronaves más cerca de las Afueras, pero ahora se lo preguntó, y se le ocurrieron un par de respuestas. Las conclusiones que sacó, aunque imprecisas, reforzaban su esperanza de que evitaran atraer la atención por motivos discutibles. Por lo que a ella respectaba; cuanto más discutibles, mejor.

Tras una hora bamboleándose a través de la marea, el ferri quejumbroso de pintura blanca atracó en el muelle de la orilla opuesta.

Las zonas de atraque estaban encaramadas las unas junto a las otras, en muelles de madera cubiertos por quebradizos ejércitos de percebes en su parte inferior, junto al mar, rodeados de enormes tubos de hierro que se hundían, más allá, en la tierra, y que conformaban los puntos de atraque de las aeronaves. Una docena de ellas, unas en mejor estado que otras, estaban atadas a los tubos por medio de pinzas de latón grandes como barriles.

Las naves eran muy distintas entre sí. Algunas eran poco más que globos de aire caliente con cestas bajo su vientre, mientras que otras eran más impresionantes, con cestas que se asemejaban al casco de un barco, y que tenían incorporados tanques de hidrógeno e iban provistas de propulsores de vapor.

Briar nunca había estado en Bainbridge. No sabía por dónde empezar, de modo que se quedó en mitad de una plataforma a la que comenzaban a acceder algunos comerciantes. Los miró mientras llegaban, y también a los que transportaban los cargamentos de las cestas a los carros y de los carros a las barcas.

El proceso no era especialmente refinado, pero lograba desplazar los productos que llegaban por aire hasta el mar en un rápido ciclo.

Al poco rato, una de las aeronaves más pequeñas dio una sacudida, y dos tripulantes deslizaron las cuerdas de amarre para liberar el vehículo de las pinzas de agarre. Las sujeciones quedaron sueltas, y los hombres arrastraron las cuerdas de vuelta a la cesta. Desde allí, ataron las pinzas alrededor de los bordes de la aeronave.

Un hombre de edad avanzada, ataviado con un sombrero de capitán, se detuvo junto a Briar para encenderse una pipa.

Briar le preguntó:

—Perdone, ¿cuál de estas aeronaves va a acercarse más al muro de Seattle?

El hombre la miró con el ceño fruncido mientras daba una calada a su pipa, estudiándola con curiosidad.

—Está usted en la parte equivocada de la isla, señorita.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que debería usted tomar ese camino de allá. —Usó la pipa para señalar un sendero embarrado que desaparecía entre los árboles—. Sígalo mientras pueda. Quizá por allí encuentre a alguien que pueda responder mejor a su pregunta.

Briar vaciló, y colocó el brazo sobre la bolsa, porque necesitaba aferrarse a algo. Otra aeronave estaba desvinculándose del muelle de tubos, y una recién llegada comenzaba a descender. En el costado de la que despegaba vio un nombre pintado, y entonces comprendió que se trataba del nombre de una empresa, no del vehículo.

—Señora —la llamó el hombre.

Briar se giró hacia él y vio cómo le miraba primero el broche del cinturón y después a los ojos.

El hombre siguió hablando:

—La isla no es muy grande. No tardará mucho en llegar al… sector alternativo, si es eso lo que está buscando.

Briar le dio las gracias, miró hacia el sendero embarrado y dijo:

—Es usted muy amable.

—Qué va —dijo él—, pero me esfuerzo por ser justo.

Alguien que estaba próximo gritó un nombre, y el hombre del sombrero respondió gesticulando con la mano y asintiendo. Briar miró el sendero de nuevo y se fijó en que nadie más lo tomaba.

No estaba segura de si sería mejor conducirse con despreocupación o con clandestinidad, de modo que trató de fusionar ambas cosas en una silenciosa retirada que la llevó colina arriba, hacia el sendero sembrado de profundos surcos.

Las partes superiores de los surcos estaban más secas. Caminó por encima de ellas, de puntillas, y se internó entre los árboles, perdiendo de vista los muelles. Briar nunca se había sentido cómoda en el bosque: era una mujer de ciudad, nacida y criada

en una, y los gigantescos muros de corteza y maleza la hacían sentirse pequeña y temerosa, como si estuviera atrapada en un cuento de hadas, rodeada de lobos.

Siguió ascendiendo colina arriba, tratando de evitar que sus tacones quedaran atrapados en el suelo húmedo. Mientras seguía avanzando, el sendero comenzó a ser más amplio y claro, pero aun así seguía sin ver a nadie recorriéndolo, ni en uno ni en otro sentido.

—Pero aún es pronto —se dijo a sí misma.

Los árboles eran más altos cuanto más avanzaba, y el bosque era cada vez más espeso a medida que se adentraba en la isla… y fue por eso que no se dio cuenta de que había llegado a un segundo muelle hasta que se dio de bruces con él.

Se detuvo enseguida, y retrocedió hasta el sendero, hasta que se fijó en que había llegado a su fin. Y ya no estaba sola.

Tres tripulantes de anchas espaldas estaban fumando en un lado del claro. Todos dejaron de fumar sus pipas para mirar a Briar, que no tenía la menor idea de cómo actuar, pero que estaba decidida a que no se notara. Inspeccionó con aparente indiferencia las aeronaves y a los tres hombres.

La mayoría de las aeronaves estaban amarradas a árboles, como si fueran caballos. Los árboles eran lo bastante robustos para soportar el peso, y lo hacían con algún crujido ocasional, pero todas las naves permanecían firmemente sujetas. Estas aeronaves eran distintas de las que había visto antes, menos brillantes y menos uniformes. Más que fabricadas, parecían haber sido remendadas con pedazos de otras naves mayores y más robustas.

Junto a las aeronaves, a un lado, el hombre de menor tamaño de los tres que fumaban tenía un aspecto bastante parecido al de cualquiera de los compañeros de trabajo de Briar. Era pálido, algo delgado, y llevaba ropas amplias y un delantal de cuero con un par de largos guantes de cuero sobresaliendo del bolsillo.

Otro de los hombres, de estatura media, era un mulato con el pelo muy largo trenzado y atado en la nuca. Llevaba un jersey de pescador de cuello alto y doblado por debajo de su oscura y poblada barba.

El que quedaba era el que mejor vestía de los tres, un negro oscuro como el carbón que vestía una chaqueta azul de relucientes botones de bronce. Tenía una cicatriz rosada que iba desde la comisura de su boca casi hasta su oreja, que estaba adornada con multitud de aros dorados que tintinearon cuando se echó a reír al ver a Briar.

La risa comenzó como una profunda y seca carcajada y se convirtió en una escandalosa risotada a la que enseguida se unieron sus compañeros.

—Oiga, señorita —dijo el negro, entre los jadeos residuales de la risa. Tenía un acento que parecía indicar que era de las montañas, del sur—. ¿Se ha perdido?

Briar aguardó a que dejaran de reír, y dijo:

—No.

—Oh —dijo el otro, levantando una ceja—. Así que ha venido a Canterfax-Mar a propósito, ¿no? Ni me acuerdo de la última vez que vino una dama como usted por aquí.

—¿Qué significa eso? —preguntó Briar.

El hombre se encogió de hombros.

—Nada. Pero parece que viene usted buscando hacer otro tipo de negocios. ¿Qué ha venido a buscar a nuestro pequeño refugio? Está claro que busca algo, y que no piensa marcharse sin conseguirlo.

—Necesito que me lleven. Estoy buscando a mi hijo. ¿Pueden ayudarme?

—Bueno, señora, eso depende —dijo el hombre. Abandonó a sus compañeros y se acercó a saludar a Briar, que no supo si pretendía intimidarla o si solo quería mirarla más de cerca. Eso sí, resultaba mucho más ominoso de lo que hubiera esperado a juzgar por su tamaño. No era mucho más alto de lo que fue su padre, pero tenía hombros poderosos y gruesos brazos bajo las mangas de la chaqueta azul. Su voz era baja y profunda, y sonaba casi húmeda dentro de su pecho.

Briar no apartó la mirada. Ni se movió, ni siquiera para cambiar su peso de una pierna a otra.

—¿De qué depende?

—¡De varias cosas! Para empezar, necesito saber adónde quiere ir, y hasta dónde quiere llegar.

—¿Ah sí?

—Pues claro. Esa nave de ahí es mía. ¿La ve? La Cuervo Libre. Así la llamamos, y es en parte comprada, en parte robada, y en parte fabricada por mí mismo… pero puede volar, desde luego.

—Es una nave espléndida —dijo Briar, porque parecía apropiado, y porque el vehículo era francamente impresionante. Había algo escrito en un costado; podía verlo de soslayo, y casi leerlo.

El capitán le ahorró el esfuerzo.

—Pone «CSA» porque allí es donde se empezó a fabricar este pajarito, en los Estados Confederados. Quizá la intercepté, y le di un mejor uso… Vivimos tiempos de aventuras y guerras, y yo solo pretendo hacer un poco de turismo por América…

—No estamos en América, aún.

—Todo esto pertenece a América, de un modo u otro. ¿Sabía que el continente se llama así en honor a un cartógrafo italiano? De todos modos, su pequeño rincón del mapa será un estado algún día. Ya lo verá —le aseguró—. Con algo de paciencia, cuando termine la guerra.

—Cuando termine la guerra —repitió ella.

El hombre la estaba mirando fijamente ahora, primero a su sombrero, y después a

la insignia que se había colocado en un lado del cinturón. Tras una exhaustiva inspección, dijo:

—No creo que represente usted a la ley, o a ningún gobierno. Nunca he oído hablar de una mujer que se dedique a esas cosas, pero esa insignia parece genuina. —Señaló la insignia—. Y sé a quién hace referencia. Sé lo que significa ese símbolo.

Señaló el broche, con sus grandes letras «MW» grabadas.

—No sé si está bajo la protección del viejo Maynard, pero lleva el símbolo, así que mis hombres y yo no tenemos más remedio que suponer que no está buscando problemas.

—No —le aseguró Briar—. No busco problemas, ni quiero causarlos. Solo estoy buscando a mi hijo, y no tengo a nadie que me ayude, y por eso he venido aquí.

El capitán descruzó los brazos y le ofreció la mano a modo de saludo.

—Entonces —dijo—, quizá podamos hacer un trato. Pero antes, dígame, porque no me lo ha dicho aún, ¿adónde tiene que ir para tener que venir aquí en busca de ayuda?

—A Seattle —dijo Briar—. Necesito cruzar el muro. Allí es donde ha ido mi hijo.

El hombre negó con la cabeza.

—Entonces, su hijo está muerto, o condenado.

—No creo que lo esté. Ha entrado, pero no puede salir.

—Entró, ¿eh? ¿Y cómo lo hizo? No hemos visto a nadie venir por aquí.

—Cruzó bajo tierra, por los viejos túneles de desagüe.

—¡En ese caso, puede salir del mismo modo!

Briar estaba perdiéndolo. El capitán comenzaba a retroceder. Briar trató de no parecer demasiado ansiosa cuando dijo:

—¡Pero no puede! El terremoto de anoche… tiene que haberlo notado. Derrumbó el viejo túnel, y ese camino ya no existe. Tengo que entrar ahí y sacarlo, ¿es que no lo entiende?

El capitán alzó las manos y estuvo a punto de regresar con sus camaradas, que estaban cuchicheando entre sí. Después, se encaró con ella de nuevo y dijo:

—No, no lo entiendo. Ahí dentro no se puede respirar, supongo que ya lo sabe. No hay nada más que muerte allí.

—Y gente —dijo ella—. También hay gente allí, viviendo y trabajando.

—¿Los chatarreros y los fiambres? Claro, pero llevan años allí, la mayoría de ellos, y saben cómo evitar que los coman o los envenenen. ¿Cuántos años tiene su hijo?

—Quince. Pero es muy listo, y muy testarudo.

—Todas las madres creen que sus hijos son estupendos —dijo él—. Pero, aunque lograra entrar, ¿cómo piensa sacarlo de ahí? ¿Piensa trepar el muro? ¿O cavar un túnel?

—Aún no lo he pensado —confesó Briar—, pero ya se me ocurrirá algo.

El mulato que estaba detrás del capitán se apartó la pipa de la boca y dijo:

—El próximo cargamento de gas saldrá en menos de una semana. Si sobrevive hasta entonces, podrá salir.

El capitán se dio media vuelta.

—¡No la animes!

—¿Por qué no? Si puede pagar, y quiere entrar en la ciudad, ¿por qué no la llevas?

El capitán respondió a Briar, aunque no era ella la que había formulado la pregunta.

—Porque no estamos preparados para recoger gas aún. Nuestras dos mejores redes se quedaron atrapadas en la torre la última vez, y aún estamos remendándolas. Y de momento no he oído hablar de dinero; no me gustaría tener que confiar en que nuestra invitada sea una viuda rica.

—No lo soy —admitió Briar—. Pero tengo algo de dinero…

—Para convencernos de que entremos ahí a recoger gas cuando no podemos recogerlo necesitará algo más que un poco de dinero. Me encantaría ayudar a una dama en apuros, pero los negocios son los negocios.

—Pero… ¿hay alguien más que pueda llevarme? —preguntó Briar.

—¿Alguien lo bastante estúpido como para sobrevolar el muro? No lo sé. —Se metió las manos en los bolsillos de su abrigo azul de la confederación—. No sabría decirle.

El mulato habló de nuevo:

—Quizá Cly —dijo—. Pierde la cabeza por las mujeres atractivas, y respeta la paz de Maynard.

Briar no sabía si sentirse halagada u ofendida, de modo que prefirió mostrarse esperanzada.

—¿Cly? ¿Quién es? ¿Puedo hablar con él?

—Puede hablar con él, sí —dijo el capitán, asintiendo—. Señora, le deseo suerte, y espero que encuentre a su hijo, aunque parece que está un poco chalado. Pero debo advertirle que es un lugar terrible. No es lugar para una mujer, ni para un niño.

—Dígame dónde puedo encontrarlo —dijo Briar—. Me da igual que ni las ratas sobrevivan ahí dentro, pienso entrar antes de que se ponga el sol, con ayuda de Dios. O de Maynard —añadió, recordando lo que le había dicho Rector.

—Como quiera. —Extendió el brazo, ofreciéndoselo, y Briar no sabía si debía estrechar su mano o no, pero decidió hacerlo. Después de todo, si todos fingían ser educados, también ella podía hacerlo. No sabía cuánta ayuda necesitaría de esta gente, así que merecía la pena ser agradable, aún cuando la asustaban un poco.

Visto de cerca, el antebrazo del capitán era tan robusto como parecía de lejos.

Briar trató de evitar que sus dedos temblaran por los nervios, pero no fue un apretón de manos en el que pudiera demostrar su firmeza y su determinación.

El capitán estrechó su mano y dijo:

—Señora, mientras lleve usted la marca de Maynard y respete nuestra paz, nosotros respetaremos la suya. No tiene por qué tener miedo.

—Le creo —dijo ella, fuera o no cierto—. Pero hay otras cosas que me inquietan, además de usted, se lo aseguro.

—Su hijo.

—Sí, mi hijo. Lo siento, no me ha dicho su nombre, capitán…

—Hainey. Croggon Hainey —le dijo—. Puede llamarme capitán. O capitán Hainey, si eso le parece poco. Y si le parece mucho, solo Crog.

—Le agradezco su ayuda, capitán.

El hombre sonrió, mostrando una fila de dientes sorprendentemente blancos.

—No me dé las gracias todavía. Lo único que he hecho ha sido tratarla como es debido. Puede que Cly la ayude, o puede que no.

Crog la guió entre las oscilantes aeronaves que fondeaban en los amplios puntos de atraque encajados entre los grandes troncos. Se bamboleaban levemente y golpeaban los troncos de los árboles, manchando los bajos de sus habitáculos para pasajeros con ramas, hojas y nidos.

La aeronave más cercana era un vehículo, algo descuidado, que parecía haber sido construido a toda prisa, y no daba la menor impresión de solidez. Parecía, desde luego, demasiado pesada para volar. Tenía una cesta cubierta de acero, en forma de canoa, del tamaño de la salita de estar de un millonario, y un par de tanques de combustible grandes como un carro de caballos. La aeronave estaba repleta de remiendos y suturas, y estaba anclada por medio de tres pesadas y largas cuerdas.

Había una escala de cuerda que llegaba hasta el suelo desde la nave. Junto a ella, a la sombra del curioso vehículo, había un hombre sentado en una silla de madera plegable. En el pliegue del codo tenía una botella de whisky. La botella ascendía y descendía junto a su pecho acompañando sus respiraciones, y, si no fuera por los anteojos que llevaba, hubiera resultado evidente que estaba profundamente dormido.

Crog se detuvo a unos pocos metros de él y dijo en un susurro:

—Señora, deje que le presente al capitán Andan Cly. Por encima de su cabeza llena de serrín puede ver su aeronave, la Naamah Darling. Despiértelo con dulzura, y, si es posible, sin acercarse mucho.

—Espere, ¿no va a…?

—Claro que no. Es usted la que quiere pedirle un favor. Tendrá que despertarlo antes. Le deseo suerte, señora. Y si no quiere ayudarla, lo mejor que puedo ofrecerle es un viaje dentro de tres días, en nuestra próxima incursión en busca de gas. O, si mi amigo la lleva y la deja caer, podrá encontrarnos atracados el martes en la torre

Smith. No me costará nada sacarla de allí, aunque una propina sería bienvenida.

Apartó los dedos de Briar de su manga, y hasta ese momento Briar no se dio cuenta de que había estado aferrándose a su brazo.

—Gracias —le dijo—. Lo digo en serio, gracias. Si me saca de allí el jueves, encontraré un modo de pagarle. Conozco algunos lugares ahí dentro que quizá le resulten de interés.

—En ese caso, seré yo quien le dé las gracias, señora.

Desapareció entre el laberinto de árboles, cuerdas y naves flotantes, mientras Briar trataba de no estremecerse en presencia del hombre que dormía a la sombra de la Naamah Darling.

Andan Cly no estaba ni echado ni sentado en la silla de madera, sino en una posición intermedia. Tenía el cabello castaño claro, tan corto que parecía casi calvo, y las orejas muy altas en los lados de su cráneo. En la izquierda tenía tres pendientes dorados. En la derecha no había ningún adorno. Llevaba una camiseta sucia y unos pantalones marrones encajados en las botas.

Briar pensó que hacía demasiado frío para dormir al raso, pero cuando se acercó a él notó cómo la temperatura aumentaba. Para cuando estuvo ante él, estaba casi sudando, y entonces comprendió que el hombre se había colocado bajo las calderas de la nave, que emitían un intenso calor mientras se preparaban para el vuelo.

Briar no pisó una ramita, ni golpeó una roca. Ni siquiera se movió, tan solo se quedó allí mirándolo, pero de algún modo eso fue suficiente para despertarlo. Ese cambio solo fue evidente en una leve oscilación de su postura sobre la silla. Después, alzó con el dedo los anteojos hasta que descansaron sobre su frente.

—¿Qué? —preguntó. No era exactamente ni una pregunta ni una queja, aunque podría haber sido cualquiera de las dos cosas.

—¿Andan Cly? —preguntó Briar, y añadió—: ¿El capitán de la Naamah Darling?

El hombre gruñó.

—El mismo. ¿Quién lo pregunta?

Fue el turno de Briar de preguntar:

—¿Qué?

—¿Con quién hablo?

—Soy… una pasajera. O al menos espero serlo. Necesito transporte, y el capitán Hainey me dijo que hablara con usted. —Prefirió no mencionar el resto de cosas que le había dicho Crog.

—¿Eso dijo?

—Sí.

El hombre torció la cabeza a la izquierda, después a la derecha, y todos los huesos de su cuello crujieron sonoramente.

—¿Adónde quiere ir?

—Al otro lado del muro.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Ahora? —Cly tomó la botella que descansaba en su brazo y la dejó en el suelo, junto a la silla. Sus ojos eran de un color castaño claro que parecía casi cobre, incluso en la media luz de la sombra bajo la nave. La miró, sin parpadear apenas, lo cual no la tranquilizó demasiado.

—Mi hijo ha huido —dijo Briar, para resumir—. Ha ido a la ciudad. Tengo que ir a por él.

—Entonces, ¿nunca ha estado en la ciudad antes?

—No desde que levantaron el muro, no. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque si alguna vez hubiera estado allí, sabría que su hijo tiene muy pocas posibilidades de seguir con vida.

Briar lo miró a los ojos, también sin parpadear, y dijo:

—Puede que esté a salvo. Es un chico listo, y está preparado.

—Es un idiota —la corrigió Andan—, si ha ido ahí dentro.

—No es un idiota, solo… está desinformado. —Eso era cierto, desde luego, por mucho que le doliera decirlo en voz alta—. Por favor, escuche. Ayúdeme. Tengo una máscara, y si puedo entrar me las arreglaré. Crog dijo que me recogería el martes…

—¿Cree que sobrevivirá hasta el martes?

—Sí, lo creo.

—Entonces, usted también es idiota. No se ofenda.

—Puede ofenderme todo lo que quiera si me lleva al otro lado del muro.

El hombre esbozó una media sonrisa, como si fuera a echarse a reír, pero se contuvo.

—Está hablando en serio. Y es testaruda. Pero necesitará algo más que eso… —Señaló el rifle—. Y la marca de Maynard para salir de una pieza de ahí dentro.

—Pero si respeto la paz…

Cly la interrumpió.

—Entonces algunas de las personas a las que encuentre ahí dentro también la respetarán. Pero no todas. Hay un demente llamado Minnericht que controla parte de la ciudad, y bandas de chinos que quizá no sean muy amistosos con una mujer blanca. Y sus amigos los criminales serán el menor de sus problemas. ¿Alguna vez ha visto a un podrido? ¿Uno que tenga hambre de verdad?

—Sí. Los vi durante la evacuación.

—Ah. —Negó con la cabeza, pero sus ojos quedaron fijos en el broche del cinto de Briar—. Esos no estaban verdaderamente hambrientos, no del todo. Los peores son los que llevan quince años pasando hambre. Y además van en grupos.

—Tengo mucha munición. —Briar golpeó la bolsa.

—Y un viejo rifle también. Ya veo. Eso le será muy útil. Pero antes o después se quedará sin munición, y si los podridos no la atrapan, lo harán los hombres de Minnericht. O los cuervos. Nunca se sabe con esos condenados pájaros. Pero, deje que le haga una pregunta.

—¿Otra?

—Sí, otra —dijo malhumoradamente. Señaló con el dedo la cintura de Briar y dijo—: ¿De dónde ha sacado eso?

—¿Esto? —Por puro reflejo, Briar se llevó la mano al broche y lo miró—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque lo he visto antes. Y quiero saber de dónde lo ha sacado.

—No es asunto suyo —dijo Briar.

—Supongo que no. Y tampoco lo es que no consiga cruzar el muro para ir a buscar a su hijo, señora Blue.

Briar no pudo respirar por unos segundos, solo tragar saliva. El miedo la agarró del cuello, y tampoco pudo hablar. Después, dijo:

—No me llamo así.

—Pero es usted, ¿verdad? —dijo el hombre.

Briar negó con la cabeza, quizá con excesivo vigor, y dijo:

—No. No desde que levantaron el muro. Me llamo Wilkes. Y mi hijo también es un Wilkes, por si le interesa. —Quizá había dicho ya bastante, pero siguió hablando de inmediato, sin ser capaz de contenerse—: Cree que su padre era inocente porque, a decir verdad, tiene usted razón, es un poco idiota, pero ha ido ahí dentro para demostrarlo.

—¿Puede demostrarlo?

—No —dijo Briar—. Porque no es cierto. Pero Zeke es solo un niño. No sabe todo lo que ocurrió, y no fui capaz de convencerlo de lo contrario. Tenía que comprobarlo por sí mismo.

—Bien. —El hombre asintió—. Y sabe lo de la marca de Maynard, y ha conseguido entrar. Supongo que fue bajo tierra, ¿no?

—Sí. Pero el terremoto de anoche derrumbó el viejo túnel de desagüe. No puede salir por ahí, y yo no puedo entrar. Bueno, ¿va a llevarme o no? Si no, dígalo, porque tendré que pedírselo a otro.

Cly se tomó su tiempo para responder. Mientras consideraba la respuesta, la miró de arriba abajo de un modo que no resultaba ofensivo, pero tampoco demasiado halagador. Parecía estar pensándoselo mucho, y Briar no sabía cómo había adivinado tan fácilmente quién era, o si Maynard podría ayudarla ya.

—Debería haber empezado por ahí —dijo Andan.

—¿Por dónde?

—Es usted la hija de Maynard. ¿Por qué no lo dijo antes?

—Porque proclamarlo sería como anunciar que soy la viuda de Blue. No sé si las ventajas compensarían el coste.

—Tiene sentido —dijo Cly, y se puso en pie.

Tardó unos segundos en hacerlo. Era un tipo bastante grande.

Cuando estuvo en pie, bajo el vientre de la Naamah Darling, Briar se dio cuenta de que era el hombre más alto que había visto nunca. Medía más de dos metros, y era musculoso. Más que grande, era terrorífico. No era un hombre atractivo, pero cuando se sumaba su aspecto de obrero a su enorme tamaño, el resultado era tan imponente que Briar no habría sabido dónde esconderse si hubiera tenido que huir de él.

—¿Me tiene miedo? —preguntó Cly. Sacó un par de guantes de un bolsillo y se puso uno de ellos.

—¿Debería tenérselo? —preguntó Briar.

Cly se puso el segundo guante y se arrodilló para coger la botella.

—No —dijo. Sus ojos miraron de nuevo el broche del cinto de Briar—. Su padre solía llevarlo.

—Llevaba muchas cosas.

—No lo enterraron con todas ellas. —Andan extendió la mano, ofreciéndosela a Briar, que la estrechó. Sus dedos temblaron al hacerlo, rodeados por su gigantesca mano—. Le doy la bienvenida a bordo de la Naamah Darling, señora Wilkes. Quizá me esté equivocando, quizá esta no sea la mejor manera de pagar una vieja deuda, porque puede que esté llevándola a su muerte, pero supongo que piensa usted cruzar el muro de un modo u otro, ¿no?

—Así es.

—Entonces, supongo que lo mejor es que comencemos a prepararnos. —Levantó el pulgar hacia las calderas y dijo—: Las calderas no tardarán en calentarse. La llevaré al otro lado.

—Para… ¿pagar una vieja deuda?

—Es una gran deuda. Yo estaba allí, en la comisaría, cuando la Plaga apagó todo el mundo. Mi hermano y yo llevamos a su padre de vuelta a casa. No tenía por qué hacerlo. —Negó con la cabeza de nuevo—. No nos debía nada, pero nos sacó de allí, y ahora, señora Wilkes, si es lo que quiere… la llevaré.

Capítulo 8

Zeke siguió recelosamente las órdenes de Rudy: cerró la boca y escuchó. Más abajo, en la calle, le pareció oír algo arrastrándose. Pero no vio nada, y se preguntó si Rudy solo estaba intentando asustarlo.

—No veo nada —dijo Zeke.

—Bien. Si los ves, probablemente sea demasiado tarde para escapar de ellos.

—¿Ellos?

—Los podridos —dijo Rudy—. ¿Has visto uno alguna vez?

—Sí —mintió Zeke—. Muchos.

—¿Muchos? ¿Dónde los has visto, en las Afueras? Dudo que hayas visto siquiera uno o dos, y si los has visto, entonces soy un mentiroso; me parece bien. Pero aquí hay más de uno o dos. Van en manadas, como los perros. Y según los últimos recuentos de Minnericht, hay al menos un millar de ellos, todos juntos y apelotonados en este lugar, sin ningún sitio adonde ir y sin nada que comer.

Zeke no quería que Rudy lo viera estremeciéndose, de modo que dijo:

—¿Un millar, eh? Son muchos. Pero ¿quién es Minnericht, y cuánto tiempo tardó en contarlos a todos?

—No te hagas el listo conmigo, capullo —dijo Rudy, e inclinó de nuevo la botella, llevándosela a la boca, en un inútil gesto que indicaba que quería beber algo y ya no podía—. Solo estoy intentando ser un buen tío y echarte una mano. Si no quieres mi ayuda, por mí puedes saltar ahí abajo y jugar al escondite con los muertos vivientes. Si crees que voy a mover un dedo para ayudarte, te equivocas.

—¡Me da igual! —Zeke casi gritó de nuevo, y cuando Rudy saltó de la cornisa, Zeke hizo lo mismo, hacia atrás y casi cayendo por el mismo agujero por el que había trepado hasta el tejado.

Rudy colocó su bastón bajo la barbilla de Zeke y dijo:

—Cállate. No pienso decírtelo dos veces. Si armas jaleo y atraes a los podridos, te empujaré a la calle yo mismo. Si quieres meterte en un lío, allá tú, pero a mí no me metas. Estaba muy tranquilo cuando llegaste, así que más te vale no tocarme las narices si no quieres que te arranque la cabeza.

Sin apartar la vista de Rudy, Zeke rebuscó en la bolsa, tratando de sacar el revólver. Con un movimiento rápido del bastón, Rudy arrancó la bolsa del hombro de Zeke y la hizo caer al suelo.

—Ya no estás en las Afueras, chaval. Si haces el tonto aquí, puede que alguien te dé un bocado en la mandíbula, o que acabes siendo pasto de los podridos antes de que amanezca.

—Queda mucho para que amanezca. —Zeke sostuvo la punta del bastón, que seguía bajo su barbilla.

—Ya sabes lo que quiero decir. Ahora, baja la voz, antes de que las cosas se pongan feas.

—Ya lo son —dijo Zeke.

Rudy apartó el bastón y resopló. Colocó el bastón de nuevo en el suelo y se apoyó en él con una mano. En la otra aún sostenía la botella, aunque ya estaba prácticamente vacía.

—No sé por qué me molesto —gruñó, y retrocedió un paso—. ¿Quieres ir a ver esa casa o no?

—Sí.

—En ese caso, si quieres vivir lo bastante para hacerlo, vas a tener que seguir mis órdenes, ¿entendido? Mantendrás la boca cerrada a menos que te diga que puedes hablar, y vas a quedarte bien cerca de mí. No estoy intentando impresionarte, chaval: ahí abajo hay muchos peligros, y no creo que sobrevivas ni una hora tú solo. Si te apetece, puedes probar, no te detendré. Pero te irá mucho mejor si te quedas conmigo. Tú verás.

Zeke cogió la bolsa del suelo y la abrazó mientras trataba de tomar una decisión. Había muchas cosas en esa situación que no le gustaban.

Para empezar, no le gustaba que le dijeran lo que tenía que hacer, especialmente si quien lo hacía era un extraño borracho y que solo parecía querer emborracharse un poco más en cuanto surgiera la oportunidad. En segundo lugar, tenía muchas dudas respecto al motivo por el que este hombre, que le había dado la bienvenida con amenazas, querría ayudarlo ahora. Zeke no se fiaba de Rudy, y no creía en casi nada de lo que le había contado.

Y además, Rudy no le gustaba.

Sin embargo, cuando miró a lo lejos, solo vio la atmósfera enfermiza del color del hollín, esa neblina amarillenta… y cuando, más tarde, miró a los edificios que lo rodeaban y vio los ojos relucientes de un centenar de nefastos pájaros negros mirándolo reconsideró la posibilidad de ponerse en marcha él solo.

—Esos pájaros —dijo lentamente—, ¿han estado allí todo este tiempo?

—Seguramente —dijo Rudy. Inclinó la botella, derramó el contenido por el costado del edificio, y después la dejó en el suelo—. Si este lugar tiene dioses, son ellos.

Zeke inspeccionó las cornisas, ventanas y rebordes arquitectónicos donde reposaban las plumas negro-azuladas y los ojos resplandecientes de las aves, claramente visibles en la acuosa luz del nuevo día.

—¿Qué se supone que significa eso?

Rudy caminó hacia un pequeño puente cercano y ascendió a una cornisa situada junto a él. Con un ademán, le indicó a Zeke que lo siguiera.

—Están por todas partes —dijo—, y lo ven todo. A veces te ayudan, y a veces te

atacan, y es imposible saber si será una cosa o la otra, o por qué. No los comprendemos, y no estamos muy seguros de si nos gustan. Pero… —Se encogió de hombros—. Ahí están. ¿Vienes o no?

—Sí —dijo Zeke, aunque se quedó inmóvil durante unos segundos.

Algo se movía bajo sus pies, y no supo qué era hasta que el mismo edificio comenzó a temblar.

—¿Rudy? —preguntó Zeke, como si fuera cosa suya y él pudiera ponerle fin.

El temblor aumentó tanto en intensidad como en velocidad, y Rudy dijo:

—Terremoto. Es un terremoto, chaval, nada más. Agárrate.

—¿A qué?

—A cualquier cosa.

Zeke se apartó del agujero en el tejado y se agachó en una esquina, cerca del lugar en el que Rudy aguardaba asido a la cornisa. También Zeke esperó, aferrándose al muro, rezando por que no empeorara y el lugar en el que se había arrodillado no se derrumbara.

—Espera a que pase —dijo Rudy. No parecía totalmente seguro de sí mismo, pero tampoco sorprendido. Aguardó, protegiendo su cuerpo de cualquier posible derrumbe, e incluso extendió una mano para calmar a Zeke.

Zeke no creía que eso fuera a protegerlo, pero le alegró que Rudy estuviera a su lado. Tomó la mano de Rudy y la usó para acercarse a horcajadas a él. Cuando el rugido del temblor alcanzó su clímax, el muchacho cerró los ojos, porque no sabía qué otra cosa podía hacer.

—¿Es tu primer terremoto? —dijo Rudy, como si estuvieran hablando del tiempo, aunque no soltó el brazo de Zeke.

—El primero de verdad —dijo Zeke. Le chasqueaban los dientes cuando intentaba hablar, de modo que cerró la boca con fuerza.

Y entonces terminó, tan rápidamente como había empezado. Eso no quiere decir que el temblor terminara en un instante concreto, sino más bien que amainó bruscamente, después se convirtió en un bamboleo y por fin en un leve estremecimiento.

En total, había durado unos dos minutos.

Zeke se sentía como si sus piernas fueran de arcilla. Trató de ponerse en pie, y lo logró ayudándose del brazo de Rudy y del muro. Sus rodillas casi se doblaron, pero se mantuvo en pie. Y aguardó, sabiendo que el rugido y el temblor podían volver en cualquier momento.

No lo hicieron.

El ruido había aminorado, y donde antes hubo un feroz estruendo ahora podía oír tan solo el crujido de viejos ladrillos, y el sonido de la gastada mampostería al golpear el suelo.

—Eso —dijo Zeke— ha sido…

—Un terremoto, nada más. No hagas una montaña de un grano de arena, por mucho que tiemble.

—Nunca había visto uno así.

—Pues ya lo has visto —dijo Rudy—. Pero este no ha sido para tanto. Quizá te pareció peor porque estás en un lugar elevado. De todos modos, deberíamos ponernos en marcha. Existe la posibilidad de que el temblor derrumbara los túneles, y tendríamos que improvisar otro plan. Ya veremos.

Rudy se sacudió el polvo, comprobó su bastón y se alisó el abrigo. Después, dijo:

—Puedes dejar la linterna aquí. De hecho, te recomiendo que lo hagas. Hay luces por todos lados, y terminarás perdiendo esa, o dejándola en cualquier sitio. Además, vamos a tener que bajar al nivel de la calle muy pronto, y solo atraerá el tipo de atención que no queremos.

—No voy a dejarla.

—Entonces, apágala. No te lo estoy pidiendo, chaval. Te estoy diciendo que no pienso acompañarte si la llevas contigo. Puedes dejarla ahí, en la esquina. Ya la recogerás a la vuelta.

Zeke obedeció a regañadientes. Dejó la linterna en el suelo, en la esquina más cercana, y la escondió bajo unos escombros.

—¿Crees que nadie la cogerá?

—Me sorprendería que lo hicieran —dijo Rudy—. Vamos. Estamos malgastando la luz del sol, y más vale aprovecharla. La casa de tus padres no está muy lejos de aquí.

Zeke se asomó a la cornisa con cuidado. Le preocupaba que un hombre con aparente cojera subiera al frágil puente, pero el montón de tableros y pedazos de desechos crujió, soportando su peso combinado.

Zeke se alegró de no poder ver el suelo, pero no pudo evitar preguntar:

—¿A qué altura estamos?

—Solo a un par de pisos. Y aún subiremos un poco más, así que espero que no te asusten las alturas.

—No, señor —dijo Zeke—. Eso no me preocupa.

—Bien. Porque vamos a trepar mucho.

Cruzaron el puente y llegaron a una ventana en el siguiente edificio. Los maderos parecían terminar contra la ventana, pero cuando Rudy empujó una palanca, la ventana se abrió hacia delante y los dos entraron, quedando sumidos en una oscuridad que era profunda y húmeda, justo como la de la pastelería a la que había llegado Zeke tras salir del túnel.

—¿Dónde estamos? —susurró.

Rudy encendió una cerilla y con ella una vela, aunque técnicamente el sol seguía

en lo alto del cielo.

—Si quieres saber mi opinión, estamos en el infierno.

Capítulo 9

Cuando Andan Cly dijo «ahora», en realidad quería decir «cuando vuelva el resto de la tripulación», pero le aseguró a Briar que no tardarían más de una hora. Además, le dejó muy claro que, si Briar lograba una oferta mejor, más le valdría aceptarla. Invitó a Briar a subir a la cabina y le dijo que estaba en su casa, aunque preferiría que no tocara nada.

Cly se quedó fuera, comprobando los medidores y ajustando las manijas.

Briar ascendió la escala de cuerda y atravesó la tronera. Llegó a un compartimento sorprendentemente espacioso, aunque quizá solo daba esa impresión porque estaba casi vacío. Enormes sacos colgaban del techo en carriles que se podían desplazar por medio de poleas. En los bordes del compartimento, y en popa y proa, había barriles y cajas encaramadas unas sobre otras hasta llegar casi al techo. Sin embargo, el centro de la estancia estaba totalmente vacío, y había lámparas a prueba de viento colgadas de goznes sujetos de las crucetas y de puntos en alto en los muros, donde era poco probable que fueran derribadas. En su interior, podía ver pequeñas bombillas con gruesos filamentos iluminados en lugar de llamas. Se preguntó dónde las habría conseguido Cly.

En el extremo derecho de la estancia, en el punto más alejado de la escala, había unos peldaños de tablillas de madera tallados en el muro.

Briar los subió. En la cima, encontró una habitación llena de tubos, botones y palancas. Tres cuartos de la superficie del muro estaban cubiertos de un espeso cristal que estaba algo turbio en algunos puntos, arañado y golpeado desde el exterior. Pero no había ninguna grieta, y cuando tocó el cristal con la uña, el sonido que produjo fue más un golpeteo que un tintineo.

En la zona de control principal había palancas más largas que su antebrazo y botones relucientes que parpadeaban en la consola del capitán. Había pedales al nivel del suelo, y pasadores colgantes que descendían de paneles colocados en alto.

Por motivos que no pudo explicar, Briar sintió la repentina y terrible certeza de que la estaban observando. Se quedó inmóvil, mirando afuera por la ventana delantera. No oyó nada a su espalda: ni respiraciones, ni pisadas, ni el crujido de los peldaños de madera… pero aun así estaba segura de que no estaba sola.

—¡Fang! —gritó Cly desde fuera.

Había un hombre detrás de Briar, tan cerca de ella que podría haberla tocado si hubiera querido.

—¡Fang, hay una mujer ahí dentro! ¡Intenta no asustarla!

Fang era un hombre pequeño, aproximadamente del mismo tamaño que Briar, y delgado, aunque no daba sensación de debilidad o fragilidad. Su pelo negro era tan oscuro que brillaba en destellos azules, y lo llevaba peinado hacia atrás y atado en

una cola de caballo en lo alto del cráneo.

—¿Hola? —aventuró Briar.

El hombre no respondió; tan solo parpadeó con sus ojos marrones algo angulados.

La enorme cabeza de Cly apareció por el portal del suelo.

—Lo siento —le dijo a Briar—, debería haberla avisado. Fang es un buen tío, pero es el capullo más silencioso del mundo.

—¿Él…? —comenzó Briar, y después pensó que quizá fuera algo grosero. Le preguntó al hombre de pantalones amplios y chaqueta de aspecto oriental—: ¿Habla usted inglés?

El capitán respondió por él:

—No habla nada. Alguien le cortó la lengua, no sé quién o por qué. Pero entiende el inglés. Y el chino, y el portugués. Y Dios sabe qué más.

Fang se apartó de Briar y colocó una bolsa de tela en un asiento situado a la izquierda. Sacó de ella un sombrero de aviador y se lo puso. Había un agujero en la parte trasera del sombrero, por el que podía sacar la coleta.

—No se preocupe por él —dijo Cly—. Es buena gente.

—Entonces, ¿por qué lo llamáis Fang, «diente de serpiente»?

Cly ascendió los peldaños y comenzó a agacharse. Era demasiado alto para estar de pie en su propia cabina.

—Por lo que sé, es su nombre. Una anciana de Chinatown, en California, me dijo que significa «honesto e íntegro», y que no tiene nada que ver con serpientes. No me queda más remedio que creer en su palabra.

—Fuera de mi camino —exigió otra voz.

—No estoy en tu camino —dijo Cly sin mirar.

Por el hueco de la cabina apareció otro hombre, sonriente y algo entrado en carnes. Llevaba un sombrero de piel negro con alas que cubrían sus orejas, y un abrigo de cuero marrón con botones de bronce desiguales.

—Rodimer, te presento a la señorita Wilkes. Señorita Wilkes, este es Rodimer. No le haga ni caso.

—¿Ni caso? —El hombre fingió sentirse ofendido, y trató, sin éxito, de mostrar indiferencia respecto a Briar—. ¡Vaya, espero que no lo haga! —Tomó la mano de Briar y le dio un beso seco y muy elaborado.

—De acuerdo, no lo haré —le dijo Briar, retirando la mano—. ¿Ya estamos todos? —le preguntó a Cly.

—Sí. Si llevara a alguien más, no tendríamos sitio para el cargamento. Fang, ocúpate de las cuerdas. Rodimer, las calderas están calientes y a punto.

—¿Y el hidrógeno?

—A tope desde Bradenton. Debería bastar para un par de viajes más.

—¿De modo que hemos tapado la fuga?

—Sí —asintió Cly—. Usted —le dijo a Briar—, ¿alguna vez ha volado antes?

Briar confesó que no.

—Estaré bien —dijo.

—Más vale. Si vomita, lo limpia usted. ¿Le parece bien?

—Sí. ¿Debería sentarme en algún sitio?

Cly inspeccionó la pequeña cabina y no encontró nada que pareciera mínimamente cómodo.

—No solemos llevar pasajeros —dijo—. Lo siento, pero no tenemos asientos de primera clase. Coja una caja y agárrese bien si quiere ver el paisaje… —Gesticuló con un enorme brazo en dirección a una puerta pequeña y circular situada en la parte trasera de la aeronave—. Hay hamacas en la parte de atrás. Ninguna de ellas es especialmente apropiada para una dama, pero puede sentarse allí si quiere. ¿Tiene el estómago frágil?

—No.

—Más le vale estar bien segura de eso antes de sentarse ahí atrás.

Briar lo interrumpió antes de que pudiera seguir hablando.

—He dicho que estaré bien. Me quedaré aquí. Quiero ver el paisaje.

—Como quiera —dijo Cly. Cogió una pesada caja y la colocó junto a la pared más cercana—. Tardaremos una hora en llegar al muro, y después otra media hora en prepararnos para dejarla a usted allí. Trataré de dejarla en un sitio… bueno, no hay ningún lugar seguro ahí dentro, pero…

Rodimer se enderezó en su asiento y torció la cabeza para mirar a Briar.

—¿Va a entrar ahí? —preguntó en una voz demasiado deliberadamente melódica para un hombre de su físico—. Cielo santo, Cly. ¿Vas a dejar a la señora al otro lado del muro?

—La señora puede resultar muy convincente. —Cly miró a Briar con el rabillo del ojo.

—Señorita Wilkes… —repitió Rodimer lentamente, como si ese nombre no hubiera significado nada para él la primera vez que lo oyó, y, al oírlo de nuevo en su cabeza, sospechara que era un nombre importante—. Señorita Wilkes, la ciudad amurallada no es lugar para…

—Para una señorita, ya lo sé. Ya me lo han dicho. No es usted el primero en decirlo, pero preferiría que dejáramos de hablar del tema. Tengo que entrar, y pienso hacerlo. Y el capitán Cly ha tenido la amabilidad de ofrecerse a llevarme hasta allí.

Rodimer cerró la boca, negó con la cabeza, y centró su atención de nuevo en la consola bajo sus manos.

—Como quiera, señora, pero si no le importa que lo diga, es una lástima.

—No me importa —dijo Briar—, pero no tienen por qué celebrar mi funeral antes de tiempo. El martes pienso volver a salir.

Cly añadió:

—Hainey se ha ofrecido a sacarla en su próxima incursión. Si aguanta hasta entonces, saldrá de allí con él.

—No me gusta —gruñó Rodimer—. No está bien dejar a una mujer ahí dentro.

—Puede que no —murmuró Cly mientras tomaba asiento—. Pero cuando Fang vuelva vamos a despegar, y la señora no va a volver con nosotros a menos que cambie de opinión. Sube el ascensor frontal, ¿quieres?

—Sí, señor. —El primer oficial se inclinó hacia delante y manipuló una de las palancas. En algún lugar, en lo alto, algo muy pesado soltó un mecanismo y se conectó con otro. El chasquido se oyó en toda la cabina.

El capitán apretó un pasador y tiró de una barra hacia su pecho.

—Señorita Wilkes, hay una red de cargamento en la pared, sujeta al suelo. Puede agarrarse a ella, si quiere. Rodéela con los brazos, o como prefiera. Agárrese bien.

—¿Habrá… habrá muchas sacudidas?

—No creo. El tiempo está bastante tranquilo, pero hay corrientes de aire cerca de los muros. Están lo bastante altas para que las atraviese el viento procedente de las montañas. A veces nos encontramos una sorpresita.

Fang se manifestó en la cabina con el mismo aterrador silencio que antes. Esta vez, Briar logró no asustarse visiblemente, y el chino mudo no la prestó atención.

Una leve inclinación del suelo indicó que comenzaban a moverse. Las ramas de los árboles arañaron sonoramente el casco exterior de la cabina, y la Naamah Darling comenzó a elevarse. Al principio ascendió lentamente por sí misma, sin ayuda de vapor o propulsión, sino del hidrógeno contenido en los grandes depósitos situados por encima de la cabina. El vehículo no se sacudió en exceso, tan solo se elevó hasta que dejó atrás las copas de los árboles y flotó por encima de ellas, todavía elevándose, aunque sin prisa.

Briar no esperaba que el proceso fuera tan silencioso. A excepción del crujido de las cuerdas, el chasquido de las juntas metálicas y el sonido de las cajas vacías al deslizarse por el suelo, en el piso de abajo, apenas se oyó nada.

Pero entonces Cly tiró de una columna con forma de rueda hacia sí y pulsó tres interruptores situados en su costado. En ese momento la cabina se llenó del siseo del vapor al ser transferido de las calderas a los conductos, y después a los propulsores que impulsarían al vehículo hacia las nubes. Al vapor lo acompañó una leve sacudida, al este y arriba, y la Naamah Darling se quejó de nuevo ostensiblemente con gemidos, quejidos y chillidos a medida que se alzaba a sí misma hacia el cielo.

Ya en lo alto, el vehículo se desplazó hacia delante con un movimiento que iba acompañado de la explosión periódica de los propulsores de vapor. Briar se incorporó de su asiento y se acercó al capitán, de modo que pudiera ver el mundo que los rodeaba, y el mundo que habían dejado atrás.

Aún no se habían elevado demasiado, de modo que podía distinguir las barcas y los ferris que navegaban por el mar; y cuando cruzaron la línea que separaba la tierra del mar, Briar pudo distinguir las calles que tan bien conocía. La planta de depuración de agua era, desde esa altura, un edificio bajo, diseminado irregularmente por toda la costa. En las colinas bajas y los pronunciados riscos, sobre ellos o apoyadas en ellos, había casas, y aquí y allá grandes caballos tiraban de los carros de agua de barrio a barrio, realizando los repartos semanales.

Buscó su casa, pero no la encontró.

Poco después, el muro de Seattle era ya visible ante ellos, curvado, áspero y gris, por encima de los barrios de las Afueras. La Naamah Darling flotó cada vez más cerca, después lo atravesó, y por último describió un trayecto que seguía la línea del mismo muro.

Briar estuvo a punto de preguntar, pero Cly se le anticipó:

—En esta época del año —le dijo—, los vehículos de transporte con destinos legales no se acercan tanto a la ciudad. Todos toman el paso del norte, sobre las montañas. Si da la impresión de que vamos a tomar tierra por aquí, se darán cuenta.

—¿Y después qué? —preguntó Briar.

—¿Después qué de qué?

—¿Qué pasa si se dan cuenta? ¿Qué ocurriría?

Fang, Cly y Rodimer intercambiaron entre sí miradas que le dijeron a Briar todo lo que necesitaba saber.

Briar respondió por ellos:

—No lo sabéis, pero no queréis averiguarlo.

—Más o menos —dijo Cly por encima de su hombro—. El tráfico aéreo no está regulado como el tráfico por carretera, aún no. Lo harán antes o después, supongo, pero por ahora la única autoridad aérea está muy ocupada con la guerra, allá en el Este. He visto un par de naves oficiales, aquí y allá, pero parecían más bien naves de fugitivos de guerra. No creo que estuvieran en condiciones de ejercer autoridad alguna. A decir verdad, tenemos mucho más que temer de los piratas aéreos.

—Naves de fugitivos de guerra… ¿Como la nave de Croggon Hainey? —preguntó Briar.

—Exacto. No estoy seguro de si le sirvió de algo robarle ese juguetito a los perdedores, pero…

—Aún no han perdido —interrumpió Rodimer.

—Llevan una década perdiendo. A estas alturas, más nos valdría a todos que encontraran un sitio tranquilo para rendirse.

Rodimer pisó un pedal con el pie y usó el dorso de la mano para pulsar un interruptor.

—Es sorprendente que los Estados Confederados hayan resistido hasta ahora. Si

no fuera por ese ferrocarril…

—Ya. Si no fuera por un millón de cosas les habrían aniquilado hace tiempo. Pero siguen resistiendo, y solo Dios sabe cuánto tiempo seguirán haciéndolo —dijo Cly.

—¿Y qué le importa? —preguntó Briar.

—¿A mí? Me da lo mismo —dijo Cly—. Pero me gustaría que Washington se uniera al país, y me gustaría que empezara a llegar dinero americano aquí. Quizá así se podría arreglar el desastre que hemos montado aquí. No hay más oro del Klondike, si es que lo hubo en algún momento, así que no hay bastante dinero local para que tomen cartas en el asunto. —Gesticuló con la mano hacia la ventana que tenía a la derecha—. Alguien debería hacer algo al respecto, y Dios sabe que nadie ahí abajo tiene ni idea de cómo arreglar las cosas.

El primer oficial se encogió de hombros casi con desgana.

—Pero no nos va tan mal. Y no somos los únicos.

—Hay maneras mejores de ganarse la vida. —En la voz de Cly había un cierto matiz amenazante, y ni Briar ni Rodimer insistieron.

Pero Briar creía haber comprendido. Cambió de tema.

—¿Qué estaba diciendo sobre los piratas aéreos?

—No he dicho nada sobre ellos, salvo que hay que contar con ellos. Aunque no suelen aparecer por aquí, por lo general. No hay demasiados contrabandistas que tengan las narices de meterse en la nube de gas. Tal como algunos de nosotros lo vemos, le estamos haciendo un favor a las Afueras, llevándonos un poco de ese gas. Ese gas sigue saliendo del agujero, ¿sabe? Sigue llenando el muro, como si fuera un viejo cuenco. Lo poco que nos llevamos es de gran ayuda.

—Si no tenemos en cuenta en qué se convierte —dijo Briar.

—Eso no es cosa mía. No es mi problema —respondió Cly, aunque no parecía enojado con ella.

Briar no respondió, porque estaba cansada de discutir.

—¿Hemos llegado ya? —preguntó. La Naamah Darling estaba frenando y deteniéndose encima de un sector del muro.

—Hemos llegado. ¿Fang?

Fang se puso en pie y bajó a toda prisa los peldaños de madera. Unos segundos después se oyó un ruido de cosas rodando o desplazándose por el suelo, y después la nave se sacudió, tratando de compensar y conservar el equilibrio. Cuando la nave se detuvo, Fang reapareció en la cabina. Llevaba una máscara de gas y guantes de cuero tan gruesos que apenas podía mover los dedos.

Asintió a Cly y Rodimer, que asintieron a su vez. El capitán le dijo a Briar:

—Tiene una máscara, ¿verdad?

—Sí.

—Póngasela.

—¿Ya? —Briar rebuscó en la bolsa y sacó la máscara. Las hebillas y las cintas eran toscas y estaban enredadas, pero logró desabrocharlas, las estiró y se colocó la máscara ante el rostro.

—Sí, ya. Fang ha abierto las compuertas de la bahía inferior y nos ha anclado al muro. El gas es demasiado pesado para ascender rápidamente en el interior de la nave, pero se filtrará a la cabina cuando empecemos a movernos.

—¿Por qué estamos anclados al muro?

—Para estabilizarnos. ¿Recuerda lo que le dije de las corrientes de aire? Incluso cuando no hay viento, siempre existe el riesgo de que una ráfaga nos lleve a los barrios más peligrosos. Así que anclamos la nave con una cuerda de unos cien metros de largo. Después la soltamos, y nos marchamos como si fuéramos un barco saliendo del puerto. —Se desabrochó el cinto que lo mantenía sujeto al asiento y apartó la rueda de sus rodillas. Se puso en pie, se estiró y recordó que no debía enderezarse del todo justo a tiempo para no golpear con la cabeza la ventana.

»Después —siguió diciendo—, bajaremos los sacos vacíos y pondremos los propulsores a máximo rendimiento. Los propulsores nos lanzarán hacia el muro, arrastrando los sacos detrás de nosotros, y se llenarán enseguida. La potencia extra servirá para hacernos subir, porque, como ya he dicho, el gas es más pesado de lo que parece. Necesitaremos el impulso para echar a volar de nuevo.

Briar sostenía la máscara sobre su rostro, pegada al cráneo pero algo alzada, de modo que aún podía hablar.

—Así que básicamente flotáis sobre el gas, soltáis los sacos y salís como disparados de vuelta a la ciudad.

—Más o menos —dijo él—. Por eso tenemos tiempo hasta que dejemos de flotar. Después, la sacaré por uno de los conductos del aire. Tendrá que bajar trepando por él, o deslizarse, lo que prefiera. Le recomiendo que pruebe con una combinación de ambas cosas. Estire las manos y los pies para frenar la caída. Hay mucha altura, y no hay manera de saber qué se puede encontrar ahí abajo.

—¿No hay manera de saberlo? —Briar sostenía la máscara en alto. No parecía dispuesta a aislarse de los otros aún poniéndosela del todo.

El capitán se rascó la sien y se colocó una gran máscara negra sobre la nariz y la boca. Mientras apretaba las hebillas y la colocaba, su voz cambió, convirtiéndose en un susurro amortiguado.

—Supongo que, si se deja caer por uno de esos tubos, lo más probable es que termine en una sala de bombeo de aire. Pero no tengo ni idea de qué pinta tienen. Nunca he visto una de cerca. Sé que las usan para extraer el aire limpio, eso sí.

Rodimer se había colocado ya la máscara sobre su rostro ovalado, de modo que solo Briar estaba ya desprotegida. Casi podía oler ya la Plaga, ese aroma intenso y amargo, y supo que debía cubrirse el rostro de inmediato, así que lo hizo.

Pero la máscara era horrible. Encajaba en su rostro, pero no demasiado bien. La parte que rodeaba su rostro se adhirió pesadamente a su piel. Ajustó los cintos por encima de su cabello, tratando de evitar que le hicieran daño. Dentro de la máscara olía a caucho y tostadas quemadas. Le costaba un tremendo trabajo respirar, y cada respiración tenía un sabor desagradable.

—¿Qué es eso, una MP80? —preguntó Cly, señalando la máscara.

Briar asintió.

—Es de la evacuación.

—Es un buen modelo —dijo el capitán—. ¿Tiene filtros de carbón extra?

—No. Pero estos apenas han sido usados. Servirán.

—Por un tiempo. Todo un día, si tiene suerte. Espere un segundo. —Buscó bajo la consola y sacó una caja llena de discos redondos de distintos tamaños—. ¿Cómo de grandes son los suyos?

—De dos y tres cuartos.

—Sí, tenemos algunos de esos. Tome, cójalos. No son muy pesados, y pueden irle bien. —Eligió cuatro discos y los comprobó, comparándolos los unos con los otros, a la escasa luz que se filtraba por la ventana. Cuando quedó convencido de que aguantarían, se los entregó a Briar. Mientras ella los guardaba en la bolsa, Cly siguió hablando:

—Escuche, con esto solo aguantará unos días, y no tengo más para darle. Tendrá que encontrar algunos puntos de aire limpio. Y sé que hay bastantes ahí abajo. Pero no puedo decirle cómo encontrarlos.

Briar cerró la bolsa de nuevo, y al mirar hacia abajo la parte inferior de la máscara cayó de su barbilla.

—Gracias —dijo—. Ha sido muy amable, y se lo agradezco. Cuando esté ahí abajo, buscaré mi casa. Mi vieja casa, quiero decir, aunque no viví allí mucho tiempo. Sé dónde hay dinero, mucho dinero, y también… no sé. Lo que quiero decir es que encontraré la manera de pagarle.

—No se preocupe por eso —dijo el capitán, y su voz resultó indescifrable bajo la máscara—. Pero trate de sobrevivir, ¿vale? Estoy intentando devolver un viejo favor, pero no me servirá de nada si entra ahí y la matan.

—Lo intentaré —prometió Briar—. Ahora, indíqueme por dónde salir, e iré a buscar a mi hijo.

—Sí, señora —dijo el capitán, y señaló hacia los peldaños—. Después de usted.

Era complicado descender la escalera con la máscara golpeándole el rostro, y resultaba muy difícil ver a través de las pesadas lentes redondas que partían en dos la visión periférica de Briar. El olor estaba empezando a volverla loca, pero no había nada que pudiera hacer al respecto, de modo que trató de fingir que podía ver perfectamente, que podía respirar perfectamente y que no tenía nada alrededor de la

cabeza, encerrándola en una agobiante presa.

Abajo, en la bahía de carga, Fang estaba soltando los bloques que hacían las veces de frenos para los enormes sacos que seguían a la aeronave. Rodimer trabajaba en el otro extremo de la estancia, cogiendo los sacos desinflados y tratados con caucho entre los brazos y llevándolos hacia la compuerta abierta de la bahía.

Briar caminó con cuidado hacia la compuerta cuadrada y miró abajo, hacia el gas. No vio nada, y eso la sorprendió.

La ventana del suelo reveló una neblina parda que se arremolinaba y que oscurecía todo lo que la rodeaba, a excepción de las cimas de las montañas más altas. No había ni rastro de las calles, y ninguna señal de vida excepto el ocasional graznido de un mirlo lejano sumido en un agrio combate con otro compañero.

Sin embargo, al cabo de un tiempo Briar comenzó a distinguir más detalles entre las nubes. Los bordes de un tótem indio aparecieron a través del gas, y se desvanecieron enseguida. El campanario de una iglesia penetró en la nefasta niebla y se perdió de nuevo.

—Dijo que habría conductos de ventilación, o…

Y entonces lo vio. La nave estaba anclada justo al lado, así que no podría haberlo visto mirando hacia abajo, solo de soslayo. El conducto era de un color amarillento, brillante, y estaba recubierto de excrementos de pájaros. Se agitaba de un lado a otro, aunque en su mayor parte se mantenía firme, sostenido por una extraña estructura de aspecto frágil que lo rodeaba. Briar no podía ver a qué estaba sujeta esa estructura, pero parecía fijada a algo situado bajo las nubes de niebla, quizá copas de árboles, o restos de árboles.

La salida del conducto estaba elevada por encima de la niebla. Era lo bastante grande para que cupiera Briar, e incluso una segunda persona al mismo tiempo.

Briar torció el cuello para verlo, y buscó con la mirada la parte superior.

—Aún tenemos que elevarnos un poco —dijo Cly—. No tardaremos. Ascenderemos unos metros más y después estaremos lo bastante cerca para que salte. El gas es muy denso. Nos elevará un poco más antes de que empecemos a cargar.

—Para que salte… —repitió Briar, sin aliento.

El mundo a sus pies giraba, amargo, ciego e insondable. Y en algún lugar, oculto en él, su hijo de quince años estaba perdido y atrapado, y no había nadie para rescatarlo más que ella. Briar estaba decidida a encontrarlo, y a sacarlo junto a ella en la Cuervo Libre dentro de tres días.

Repetirse que ese era su objetivo, y que ante sí tenía tan solo una dificultad menor, no sirvió para tranquilizarla.

—¿Se lo está pensando dos veces? —preguntó Rodimer. Incluso a través de la máscara de gas Briar creyó oír un matiz de esperanza en la pregunta.

—No. Nadie más puede sacarlo de ahí. No tiene a nadie más.

Sin embargo, Briar no logró apartar la vista del turbio vórtice.

A medida que la Naamah Darling ascendía, empujada por el gas metro a metro, el conducto de aire comenzó a ser más claramente visible. Desde esa altura, Briar podía ver señales de otros conductos que se elevaban por encima de la nube amarillenta. Oscilaban como las antenas de insectos gigantes que se ocultaran en la niebla, fijados al suelo y bamboleándose lentamente en las corrientes de aire, aunque conservaban en todo momento la verticalidad.

Y entonces estuvieron sobre el reborde del conducto, tan cerca que Briar casi podía tocarlo. Extendió la mano, a través de la compuerta abierta, y tocó con los dedos la superficie.

Era áspera al tacto, aunque extrañamente resbaladiza. Briar pensó que quizá fuera de cañamazo bañado en cera, pero a través del espeso cristal de las lentes de la máscara no podía verlo con claridad. El conducto estaba cubierto de aros de madera para ayudarlo a conservar la forma; los ribetes estaban colocados a intervalos de un metro entre sí, dando al conducto la apariencia de un gusano fraccionado.

Finalmente, la nave alcanzó la máxima altura a la que iba a estar, y la boca del conducto quedó justo por debajo de ella.

El capitán dijo:

—Ahora o nunca, señorita Wilkes.

Briar respiró profundamente, y sintió una punzada de dolor al hacerlo, cuando el aire pasó por los filtros y entró en sus pulmones.

—Gracias —dijo de nuevo.

—No lo olvide: cuando esté en el costado del conducto, extienda los brazos y las piernas para frenar la caída.

—No lo olvidaré —dijo Briar. Asintió a Rodimer y Fang a modo de despedida y extendió el brazo hacia el conducto.

Cly se acercó a la compuerta abierta y rodeó con la mano la red de carga para estabilizarse.

—Adelante —dijo—. La tengo.

Aunque no la estaba tocando, Briar podía sentirlo detrás de ella, con los brazos extendidos, dispuesto a no dejarla caer antes de tiempo. Después, sostuvo con su brazo libre el codo de Briar.

Ella se apoyó en él mientras levantaba la pierna y trataba de alcanzar con ella el borde del conducto. De un pequeño salto abandonó la Naamah Darling y al capitán, y cayó unos pocos metros, hasta llegar al costado exterior del conducto. Briar rodeó el conducto con brazos y piernas, aferrándose a él con fuerza.

Cerró los ojos, pero los abrió de nuevo, porque prefería ver lo que la rodeaba, aunque la vista la pusiera enferma. El conducto no era tan firme como parecía, y se bamboleaba ostensiblemente. Aunque los movimientos eran lentos, estaba a una

enorme altura sobre el suelo. Cualquier movimiento, por pequeño que fuera, lograba quitarle el aliento.

Arriba, en la Naamah Darling, tres rostros llenos de curiosidad la miraban.

Aún estaban bastante cerca, y el capitán era francamente alto, de modo que si quisiera aún podía recoger a Briar y subirla de nuevo a la nave. La tentación fue casi más de lo que pudo soportar.

En lugar de eso, dedo a dedo, soltó el conducto y quedó sentada, de modo que pudiera pivotar sus caderas y pasar la segunda pierna por encima del borde. Se detuvo por un segundo, como si estuviera entrando en una bañera. Después, mirando una última vez por encima del hombro, demasiado rápidamente para cambiar de opinión, se dejó caer hacia el interior del oscuro conducto.

El cambio de la amarga y acuosa luz del día a la oscuridad total fue repentino.

Hizo todo lo posible por extender brazos y piernas para frenar la caída, pero pronto comprendió que tendría que usar una mano para sostener la máscara mientras caía, o corría el riesgo de que la inercia de la caída se la arrancara del rostro. Eso le dejaba dos piernas y un brazo para frenar la caída. Dado que tres eran menos estables que cuatro, Briar cayó a trompicones, a veces de cabeza y a veces con los pies por delante, deslizándose por el conducto amarillento y sus ásperos ribetes de madera.

No podía ver nada; todo lo que sentía al tacto era duro y húmedo, y se deslizaba a toda velocidad. Mientras caía, empezó a discernir un nuevo sonido, cada vez más presente. Era difícil separarlo del escandaloso retumbar de su caída, pero allí estaba, un sonido parecido al viento que entraba y salía, como si un gigantesco monstruo aguardara con las fauces abiertas y respirando en el fondo del conducto.

Notaba que se estaba acercando a ese fondo, aunque no sabía explicar por qué motivo. Aun así, hizo un último y desesperado esfuerzo por frenar la caída: alzó la cabeza, entrecruzó las rodillas y extendió el brazo que tenía libre.

Finalmente, se detuvo cuando sus pies llegaron a un ribete más amplio y grueso que los otros. El aire aspiró violentamente sus ropas, y después cambió de dirección con brusquedad, hacia arriba y hacia afuera. Briar dio las gracias al cielo por no llevar falda.

Tras una ráfaga de diez segundos de duración, la corriente cambió, y volvió a cambiar de nuevo.

Briar no podía ver nada en la profunda oscuridad bajo sus pies, pero entre las intensas ráfagas de viento podía oír el rugido de maquinaria y grandes pedazos de metal que chocaban unos con otros.

El aire iba y venía con silbantes lamentos, agitando el pelo de Briar, su abrigo, su bolsa. Su sombrero caía tras ella como un globo, anclado por las cintas que lo ataban a su barbilla, sobre la máscara.

No podía quedarse allí para siempre, pero no veía dónde caería si se dejaba ir.

Una serie de sonidos metálicos, semejantes a una especie de engranajes, restallaron rítmicamente con sus respiraciones: estaban cerca, pero no tanto como para que tuviera que preocuparse, o eso le pareció. Y en ese punto, todos los peligros eran relativos.

Cuando el conducto inició la secuencia de entrada de aire, apartó un pie del borde y apoyó la espalda en el conducto. Tanteó con el pie, inspeccionando las tinieblas. No encontró nada, de modo que bajó un poco más. Con los brazos trataba a duras penas de sostener todo su peso, incluso cuando la secuencia de salida de aire del conducto trató de elevarla y expulsarla.

Se dejó caer unos centímetros más, hasta que tuvo los hombros y el pecho al nivel del último ribete, el más grande, con las puntas de los pies colgando sobre la nada, y sin encontrar nada. A esas alturas podía llegar al ribete con los dedos de las manos, de modo que soltó los codos y se dejó caer unos pocos centímetros más.

Ahí.

Sus pies tocaron algo suave. El movimiento indagador de sus botas lo apartó, y los pies tocaron algo pequeño y suave. Fuera lo que fuera lo que estaba tocando con las suelas de los pies, residía en una base firme, y eso bastó para que dejara que sus cansadas manos soltaran su presa.

Cayó, muy brevemente, y aterrizó a cuatro patas.

Bajo sus manos y rodillas, cosas pequeñas se rompieron con un centenar de crujidos amortiguados, y cuando el conducto de aire exhaló de nuevo, sintió ligeros pedazos flotantes de escombros que ascendieron por su cabello. Eran pájaros, pájaros que habían encontrado la muerte aleteando en las corrientes de aire. Algunos de ellos llevaban mucho tiempo muertos, o eso supuso a juzgar por los quebradizos picos y las alas lacias y desmembradas. Briar se alegró de no poder ver nada.

Se preguntó por qué los pájaros no escapaban del conducto cada vez que el flujo de aire cambiaba de signo, pero cuando exploró con las manos lo que la rodeaba, se le ocurrió que quizá los pájaros solo se habían acumulado allí, lejos del alcance de la corriente principal de aire. Esa suposición quedó confirmada cuando trató de incorporarse y se golpeó la cabeza en una cornisa.

El lugar en que se encontraba era tan solo un recodo donde se acumulaban los desechos. Extendió las manos, agachada para evitar golpearse la cabeza de nuevo, y tanteó, buscando los límites de la estancia.

Sus dedos se detuvieron contra un muro. Cuando presionó ese muro, la superficie cedió un tanto, y comprendió que no era de madera ni de piedra. Era más gruesa que la lona, más parecida al cuero. Pero se apoyó en ella, y siguió tanteando con las manos, de arriba abajo, buscando una fisura o un saliente.

No encontró nada parecido, de modo que apoyó la cabeza contra el muro, y creyó oír voces. El muro era demasiado grueso, o el sonido demasiado distante, para

distinguir el idioma en que hablaban o las palabras exactas, pero desde luego eran voces.

Se dijo a sí misma que era una buena señal, que había personas dentro de la ciudad y que vivían allí sin problemas… así que, ¿por qué no iba a poder hacer lo mismo Zeke?

Sin embargo, no se atrevió a golpear el muro o gritar, aún no. De modo que se quedó allí, rodeada de los cadáveres de pájaros muertos hace mucho tiempo, y se esforzó por oír algo de lo que estaba ocurriendo al otro lado del muro. No podía quedarse en ese cementerio de aves para siempre. No podía fingir que se encontraba a salvo. Tenía que actuar.

Al menos no estaría atrapada en esa oscuridad.

Cerró los puños y golpeó con ellos el muro denso y algo flexible.

—¿Hola? —gritó—. Hola, ¿alguien me oye? ¿Hay alguien ahí? ¿Hola? Estoy atrapada dentro de… esta cosa. ¿Hay algún modo de salir?

Poco después, el flujo de toma y salida de aire se frenó y se detuvo al fin, y entonces Briar pudo oír las voces más claramente. Alguien la había oído, y al otro lado del muro charlaban animadamente, pero no fue capaz de decidir si los interlocutores estaban enojados, relajados, confundidos o asustados.

Golpeó con los puños el muro una vez más, y otra, y así siguió hasta que una delgada línea de luz cobró vida a su espalda. Giró sobre sí misma, aplastando un cadáver pequeño al hacerlo, y se sostuvo la máscara con la mano. Aunque era finísima, la franja de luz hirió sus ojos como si se tratara del mismo sol.

Podía verse, recortada contra la luz, la silueta de una cabeza casi desnuda.

La voz de un hombre dijo algo apresuradamente, algo que Briar no entendió. El hombre gesticuló con la mano en dirección a Briar, pidiéndole que saliera. Que saliera del agujero donde se acumulaban cadáveres de pájaros muertos.

Briar se tambaleó hacia delante, hacia él, con los brazos extendidos.

—Ayúdeme —dijo sin gritar—. Gracias. Sí, sáqueme de aquí.

El hombre tomó su mano y la sacó a la luz de una estancia iluminada con fuegos cuidadosamente controlados. Briar parpadeó y entrecerró los ojos ante el repentino fulgor de las hogueras y el humo y el vapor presentes, y giró la cabeza de un lado a otro, tratando de ver todos los ángulos que la máscara le ocultaba.

Tras ella, y a su izquierda, había un enorme fuelle, mucho mayor del que podría verse junto a una chimenea corriente. El fuelle estaba unido a una elaborada máquina repleta de engranajes con dientes grandes como manzanas, y había una manivela para desplazar los engranajes, supuestamente para llenar de aire el fuelle. Sin embargo, la misma manivela estaba plegada contra el costado del artefacto, descansando allí como si fuera tan solo un método secundario para manejar la máquina.

A un lado, un enorme horno de carbón con un interior incandescente parecía ser la

fuente de energía más probable. La puerta estaba abierta, y había un hombre con una pala junto a ella. Cuatro tubos de distintos materiales y diseños iban y venían del enorme fuelle: el amarillo, por el que Briar había descendido, un cilindro metálico que estaba conectado al horno, un tubo de un tejido flexible azul que desaparecía en otra sala, y un último tubo gris, que quizá fue blanco en otro tiempo, y que se hundía en el techo.

Las voces que rodeaban a Briar hicieron preguntas en un idioma que no comprendía, y desde todos lados aparecieron manos, que tocaron sus brazos y su espalda. Le pareció que había una docena de personas, pero en realidad eran tan solo tres o cuatro hombres.

Eran asiáticos, chinos, supuso, dado que dos de ellos tenían el cráneo parcialmente afeitado, y trenzas como las que lucía Fang. Estaban empapados en sudor, y llevaban largos delantales de cuero que protegían sus piernas y torsos desnudos. También llevaban anteojos de lentes tintadas que protegían sus ojos de las hogueras con las que trabajaban.

Briar se apartó de ellos y se dirigió a la esquina más cercana en la que no había un horno con las puertas abiertas.

Los hombres avanzaron, sin dejar de hablar en ese idioma que Briar no era capaz de descifrar, y entonces recordó que tenía un rifle. Lo desenfundó de la pistolera que llevaba al hombro y apuntó al primer hombre, y después a otro, y a otro, sucesivamente, y a continuación a los dos hombres que entraron en la sala para descubrir a qué venía tanto alboroto.

Incluso a través del filtro de carbón de su máscara, podía sentir el hollín en el aire. La sofocaba, la asfixiaba, aunque no sabía cómo eso era posible, e hizo que le lloraran los ojos, aunque era imposible que el hollín llegase hasta ellos.

Era demasiado, demasiado repentino: los hombres enmascarados, parloteando, con sus hornos y sus palas y sus cubos de carbón. La oscuridad en la claustrofóbica sala era opresiva y centelleante en los extremos, a causa de los carbones al rojo y las llamas. Todas las sombras oscilaban y se agitaban. Eran sombras afiladas y terribles, y parecían tambalearse violentamente contra los muros y la maquinaria.

—¡Apartaos de mí! —gritó Briar, sin llegar a ser consciente de que no podrían entenderla, de que quizá no podrían oírla demasiado bien a través de la máscara. Sostuvo el rifle, agitándolo en el aire.

Los hombres levantaron las manos y retrocedieron, sin dejar de hablar rápidamente. Puede que no entendieran sus palabras, pero entendían lo que significaba que te apuntaran con un arma.

—¿Cómo puedo salir de aquí? —preguntó Briar, esperando que alguien comprendiera su idioma algo mejor de lo que ella misma podía comunicarse en el suyo—. ¡Fuera! ¿Cómo puedo salir?

Desde la esquina, alguien ladró una respuesta de una sola sílaba, pero Briar no la oyó claramente. Giró la cabeza rápidamente para ver quién hablaba y vio a un hombre de edad avanzada con largo cabello blanco y una barba que terminaba en una esmirriada punta. Una lámina blanca cubría sus ojos. Briar comprendió, incluso en la penumbra enfermiza de la estancia, que el hombre era ciego.

El anciano levantó un brazo y señaló un pasillo situado entre un horno y un artefacto del tamaño de un carro. Briar no lo había visto hasta entonces. Era un pasaje estrecho, y parecía ser la única manera de entrar o salir.

—Lo siento —le dijo Briar—. Lo siento —le dijo a los demás, aunque no bajó el rifle—. Lo siento —dijo de nuevo, mientras giraba sobre sí misma y se dirigía hacia el pasillo.

Echó a correr, y tras unos pocos metros algo la golpeó en el rostro, pero siguió adelante, frenéticamente, hasta llegar a un vestíbulo mejor iluminado, rodeado de velas encajadas en grietas en el muro. Miró por encima de su hombro y vio largas franjas de un tejido tratado con caucho que colgaban como cortinas, y que al parecer servían para evitar que el humo procedente de la sala de hornos llegara hasta allí.

Aquí y allá vio ventanas abiertas en el muro, a su izquierda, cubiertas con más pedazos de tela, papeles y brea, y cualquier otra cosa que pudiera aislarlas y sellarlas del nefasto gas del exterior.

Briar estaba jadeando tras la máscara, tratando de respirar. Sin embargo, no podía dejar de correr, no cuando podía haber hombres persiguiéndola, no cuando ni siquiera sabía dónde estaba.

El lugar, sin embargo, le parecía familiar. No demasiado familiar, eso sí. No parecía un lugar que hubiera visitado a menudo, pero quizá sí una o dos veces, en mejores circunstancias, y bajo cielos más claros. Le dolía el pecho, y también los codos, a causa del trabajoso descenso por el conducto de aire.

Lo único en que podía pensar era en salir: en dónde se hallaría la salida, en dónde la llevaría, y en qué encontraría allí.

El vestíbulo se abrió, dando paso a una amplia sala vacía a excepción de algunos barriles, cajas y estantes repletos de toda clase de rarezas. Había también dos linternas, una a cada lado de un largo mostrador de madera. Podía ver más claramente en este lugar, a excepción de los bordes recortados de su visión periférica.

Trató de oír algo, pero al parecer nadie estaba siguiéndola, de modo que se detuvo y trató de recuperar el aliento mientras contemplaba lo que la rodeaba. Sin embargo le resultó difícil tranquilizarse. Jadeó trabajosa, angustiosamente, pero no lograba aspirar el suficiente aire para saciarla, por mucho que lo intentara. Y no se atrevía a quitarse la máscara, aún no. No cuando su objetivo era encontrar la manera de salir afuera, donde el gas era omnipresente. Leyó las etiquetas de las cajas como si las palabras fueran un mantra:

—Lino. Brea procesada. Clavos de ocho. Botellas de dos cuartos, cristal.

A su espalda se oían ahora otras voces, quizá las mismas y quizá distintas.

Una gran puerta de madera con paneles recortados de cristal había sido apuntalada y sellada con brea. Briar se apoyó en la puerta con el hombro. No se movió ni un ápice, ni hizo el menor sonido. A la izquierda de la puerta, había una ventana a la que le habían dado un tratamiento similar. Estaba cubierta de láminas de delgada madera exhaustivamente selladas alrededor de los bordes y en las juntas.

A la derecha de la puerta había otro mostrador. Tras él, había peldaños que descendían hacia la oscuridad, iluminados por más velas aún.

Incluso tras la máscara, que se movía mientras avanzaba, golpeando su cabello, Briar podía oír pisadas. Las voces se oían cada vez más claramente, pero no había adonde huir o donde esconderse. Podía regresar al pasillo repleto de chinos, o podía bajar las escaleras y arriesgarse con lo que quiera que hubiera ahí abajo.

—Abajo —dijo en voz alta—. Bien, abajo.

Y comenzó a descender, medio tambaleándose, los peldaños agrietados.

Capítulo 10

Zeke siguió a Rudy a través del viejo hotel que estaba junto a la pastelería. Cuando llegaron al sótano, guiados por la tenue luz de una sola vela, tomaron otro túnel sembrado de conductos y de muros de ladrillos. Estaban descendiendo: Zeke podía sentir cómo la inclinación aumentaba muy poco a poco. El descenso pareció llevarles horas. Por fin, tuvo que preguntar:

—¿No íbamos a ir colina arriba?

—Y lo haremos —le dijo Rudy—. Como ya he dicho, a veces hay que bajar para volver a subir.

—Pero pensé que la mayoría vivía en casas. Mi madre me dijo que era solo un barrio, y me habló de algunos de sus vecinos. Y sin embargo no dejamos de ir bajo tierra a todos estos sitios, hoteles y cosas así.

—Lo que acabamos de atravesar no era un hotel —dijo Rudy—. Era una iglesia.

—No es fácil saberlo desde el sótano —se quejó Zeke—. ¿Cuándo podremos quitarnos las máscaras? Pensé que había aire limpio por aquí en algún sitio. Eso me dijo mi amigo Rector.

—Calla —dijo Rudy—. ¿Has oído eso?

—¿Qué?

Quedaron inmóviles, el uno junto al otro, bajo las calles y entre los muros húmedos y enfangados del túnel. Por encima de ellos, un tragaluz de baldosas de cristal permitía entrar la suficiente luz para contemplar todo el túnel, y a Zeke le sorprendió descubrir que ya debía de haber amanecido. Los túneles subterráneos estaban repletos de tragaluces como ese, pero entre ellos había lugares donde la oscuridad lo invadía todo, creando recodos en los que los túneles eran negros como la tinta. Rudy y Zeke atravesaban esos puntos como si la oscuridad los mantuviera a salvo, como si allí nadie pudiera oírlos y nada pudiera tocarlos.

Aquí y allá, una gota de agua caía del techo al suelo. Sobre sus cabezas, de vez en cuando se oía el ruido de algo moviéndose a lo lejos. Pero Zeke no oyó nada demasiado cerca.

—¿Qué estamos escuchando? —preguntó Zeke.

Los ojos de Rudy se entrecerraron tras el visor.

—Por un segundo pensé que alguien nos estaba siguiendo. Pronto podremos quitarnos las máscaras. Estamos dirigiéndonos…

—Hacia la colina. Ya lo has dicho.

—Lo que iba a decir… —gruñó Rudy— es que estamos dirigiéndonos hacia una parte de la ciudad donde hay bastante jaleo. Tenemos que atravesarla; cuando lo hagamos, llegaremos a los barrios sellados. Y después podrás quitarte la máscara.

—¿Así que aún hay gente viviendo allí, en la colina?

—Sí. Claro que sí —dijo de nuevo, pero su voz se apagó, y pareció estar escuchando con atención de nuevo.

—¿Qué pasa? ¿Son los podridos? —preguntó Zeke, y echó la mano a la bolsa.

Rudy negó con la cabeza y dijo:

—No creo. Pero algo va mal.

—¿Nos están siguiendo?

—Calla —dijo Rudy bruscamente—. Algo va mal.

Zeke la vio primero, la silueta marcada que se alejó de las sombras, donde no podía verse nada y nadie podía tocarlos. Más que moverse, parecía estar formándose a partir de una sombra indeterminada que era aproximadamente del mismo tamaño que Zeke. Lentamente se convertía en algo con bordes, algo con ropas. Un botón reflejó por un instante la luz blanca que entraba por el tragaluz.

Comenzó a ser visible, y Zeke vio en primer lugar las botas curvadas y las arrugas amontonadas de los amplios pantalones; las rodillas se flexionaban, como si quisieran ponerse en pie. Después vio las mangas de una chaqueta, las mangas de una camisa, y por último un perfil que era al mismo tiempo indistinto y perfectamente visible.

Zeke contuvo el aliento, y fue suficiente aviso para que Rudy pivotara sobre su pie bueno.

A Zeke le pareció extraño el modo en que su guía alzó el bastón de nuevo como si fuera un arma; pero después, apuntó con él a la silueta recortada contra el muro y apretó una especie de mecanismo en el mango del bastón. La explosión resultante fue tan escandalosa, violenta y dañina como cualquier disparo que Zeke hubiera oído antes, aunque, a decir verdad, no había oído demasiados.

El estallido sordo, metálico, recorrió el túnel, y el perfil se agachó.

—¡Mierda! ¡He disparado demasiado rápido! —maldijo Rudy.

Rudy giró una palanca de su bastón con el pulgar y después apuntó de nuevo, buscando en la oscuridad al intruso, que no había caído. Zeke hizo lo posible por ocultarse tras Rudy, que no dejaba de moverse de un lado a otro, buscando un blanco.

Zeke estaba sin aliento, y había quedado medio sordo a causa de la explosión.

—¡Lo he visto! —gritó—. ¡Estaba ahí mismo! ¿Era un podrido?

—No, ¡y cállate! Los podridos no…

Lo interrumpió un chasquido, y el sonido de algo metálico y afilado hundiéndose con violencia en la pared de ladrillos. Y entonces Zeke lo vio, junto a la cabeza de Rudy. Un pequeño filo con un mango envuelto en cuero había caído muy cerca, tanto que, uno o dos segundos después, la oreja de Rudy comenzó lentamente a sangrar.

—Angeline, ¿eres tú? —gruñó. Y después dijo, en voz más baja—: Ahora puedo verte mejor, y si te mueves, te arrancaré las tripas, lo juro por Dios. Venga, sal. Sal adonde pueda verte.

—¿Crees que soy idiota? —La persona que habló tenía una voz extraña, y un

extraño acento. Zeke no pudo ubicarlo.

—Eres tan idiota como para querer vivir otra hora —dijo Rudy—, y no te pongas chula conmigo, princesa. No deberías llevar los botones de tu hermano si querías luchar en la oscuridad. Puedo ver la luz reflejándose en ellos. —En cuanto terminó de hablar, la chaqueta se agitó y cayó al suelo.

—¡Hija de puta! —gritó Rudy, y golpeó el aire con el bastón. Cogió a Zeke y lo empujó hacia atrás, al siguiente parche de oscuridad, donde no llegaba la luz de la mañana filtrada.

Se acurrucaron allí y escucharon, pero no oyeron nada hasta que su interlocutor oculto dijo:

—¿Adónde llevas al chico, Rudy? ¿Qué vas a hacer con él?

A Zeke le pareció que la voz de la mujer era áspera, como si estuviera herida. Era una voz pegajosa, ronca, como si sus amígdalas estuvieran recubiertas de alquitrán.

—No es asunto tuyo, princesa —dijo Rudy.

Zeke trató de no preguntar, pero no pudo evitar decir en voz alta:

—¿Princesa?

—¿Chico? —dijo la mujer—. Chaval, si tienes algo de cerebro deberías buscarte otro guía. Ese desertor no te va a llevar a buen puerto.

—¡Va a llevarme a casa! —dijo Zeke, hacia la oscuridad.

—Va a llevarte a la tumba, o algo peor. Va a llevarte con su jefe, para cambiarte por favores. Y a menos que vivas bajo la vieja estación de tren que nunca llegó a existir, no vas a llegar a casa nunca.

—¡Angeline, si dices otra palabra, voy a disparar! —dijo Rudy.

—Hazlo —lo desafió ella—. Los dos sabemos que ese viejo bastón no aguantará mucho. Así que vamos, dispara de nuevo. Tengo bastantes cuchillos para convertirte en un colador, pero no me harán falta para frenarte de manera permanente.

—¿Estoy hablando con una princesa? —preguntó Zeke de nuevo.

Rudy le tapó la boca con algo firme y huesudo. Zeke supuso que se trataba de su codo, pero no podía ver nada. Comenzó a sangrarle la boca entre los dientes. Se llevó la mano al rostro y murmuró todos los insultos que conocía.

—Márchate, Angeline. Esto no es asunto tuyo.

—Sé adónde vas, y ese chico no. Eso lo convierte en asunto mío. Puedes hacer lo que te apetezca con tu vida, pero no arrastres a nadie contigo. No lo toleraré. Y no pienso dejar que lleves a ese chico a la boca del lobo.

—¿Ese chico? —dijo Zeke entre los dedos del otro—. Tengo un nombre, señora.

—Ya lo sé. Ezekiel Blue, aunque tu madre te llama Wilkes. Oí cómo se lo decías, en el tejado.

Rudy prácticamente gritó:

—¡Estoy cuidando de él!

—Lo estás llevando a…

—¡Lo estoy llevando a un lugar seguro! ¡Solo hago lo que me pidió!

Otro cuchillo siseó en la oscuridad, de sombra a sombra, y aterrizó lo bastante cerca de Rudy para hacer que se lamentara en voz alta. Zeke no oyó cómo el cuchillo golpeaba el muro tras ellos. Un segundo cuchillo siguió al primero enseguida, y este sí golpeó los ladrillos. Antes de que un tercero los siguiera, Rudy disparó, pero apuntó hacia arriba por error, quizá sorprendido.

La viga de apoyo más cercana se astilló, se agrietó y cayó… y la tierra y el muro de ladrillos cayeron con ella.

El derrumbe se extendió varios metros en todas direcciones, pero Rudy ya estaba en pie y usando su bastón para avanzar. Zeke se aferró a su abrigo y lo siguió ciegamente hacia el tragaluz más próximo, donde el cristal lavanda filtraba la luz del día al túnel subterráneo.

Se tambalearon hacia allí, y el techo se derrumbó tras ellos, interponiendo una montaña de escombros entre ellos y la mujer que les había tratado de detener.

—¡Pero acabamos de venir por aquí! —protestó Zeke, mientras Rudy lo empujaba.

—Bueno, ya no podemos ir por allí, así que tendremos que volver atrás. No pasa nada, vamos.

—¿Quién era? —preguntó Zeke, sin aliento—. ¿Es realmente una princesa? —Después, con un matiz de sincera confusión en su voz, preguntó de nuevo—: ¿Es realmente una mujer? Sonaba como un hombre. Más o menos.

—Es vieja —le dijo Rudy, deteniéndose un tanto mientras miraba por encima de su hombro, y no veía nada más que la montaña de escombros a su espalda—. Es tan vieja como las colinas, cruel como un tejón y fea como el pecado.

Hizo una pausa bajo el siguiente claro de luz diurna y se inspeccionó a sí mismo, y fue entonces cuando Zeke vio la sangre.

—¿Te ha dado? —preguntó. Era una pregunta estúpida, y lo sabía.

—Sí. Me ha dado.

—¿Dónde está el cuchillo? —Zeke quería saberlo. Miró el corte practicado en el abrigo de Rudy, a la altura del hombro.

—Lo he sacado, está aquí. —Se llevó la mano al bolsillo y sacó el arma. Era afilado, y estaba cubierto de sangre—. No merece la pena tirarlo. Supongo que ya que lo ha tirado, y yo lo he cogido, puedo quedármelo.

Zeke estaba de acuerdo.

—Claro. ¿Estás bien? ¿Y adónde vamos ahora?

—Viviré. Vamos a ir por ese túnel de allí —Rudy señaló—. Salimos por ese otro. La princesa nos ha fastidiado el plan, pero nos las arreglaremos. Solo quería evitar a los chinos, eso es todo.

Zeke tenía tantas preguntas que no podía decidir cuál hacer en primer lugar. Comenzó con la que ya había formulado.

—¿Quién era esa señora? ¿Es realmente una princesa?

Rudy respondió a regañadientes:

—No es una señora, es una mujer. Y supongo que es una princesa, si crees que los nativos tienen derecho a formar parte de la realeza.

—¿Es una princesa india?

—Sí, y yo soy un teniente condecorado y respetado. Es decir, quizá ella crea que lo es, pero a fin de cuentas… no lo es. —Se llevó la mano al hombro e hizo una mueca en la que había más rabia que dolor, o eso le pareció a Zeke.

—¿Eres un teniente? ¿De qué ejército? —preguntó.

—Adivínalo.

En el siguiente interludio de luz, Zeke estudió las ropas de Rudy y de nuevo se fijó en que vestía con lo que parecía un uniforme azul.

—De la Unión, supongo. Por el color azul. Y no te pareces a ningún sureño que haya conocido.

—Pues eso —dijo Rudy.

—Pero ¿ya no combates con ellos?

—No. Supongo que ya no les era útil. Cuando ya no les servía para nada, me echaron. ¿Por qué crees que cojeo y camino apoyándome en un bastón?

Zeke se encogió de hombros y dijo:

—Porque no quieres que parezca que vas armado, pero quieres ser capaz de disparar a la gente igualmente.

—Muy gracioso —dijo Rudy, y su voz sonó como si realmente estuviera sonriendo. Tras una pausa que parecía implicar que lo que iba a decir no le hacía tanta gracia, añadió—: Fui herido por metralla en la espalda, en Manassas. Me destrozó la cadera. Me dejaron marchar, y nunca he tenido intención de volver.

Pero Zeke estaba recordando lo que Angeline le había llamado, y siguió insistiendo:

—Entonces, ¿por qué te llamó desertor esa mujer? ¿Realmente eres un desertor?

—Esa mujer es una mentirosa, una puta y una asesina. Está loca, y está enemistada con un tío con el que trabajo a veces. Quiere matarlo, pero no puede, y eso la vuelve loca. Así que se venga del resto de nosotros. —Extendió la mano hacia una de las grietas del muro, cogió una vela, encendió una cerilla y siguió hablando—: No hay tragaluces en este túnel, al menos en un buen trecho. No necesitamos mucha luz, pero sí un poco.

—¿Cómo era? —preguntó Zeke, cambiando de tema—. Luchar en la guerra, quiero decir.

Rudy gruñó.

—Era una guerra, chaval, no seas tonto. Todos mis amigos murieron, y mucha gente a la que habría disparado con gusto consiguió una medalla. No fue justo y desde luego no fue divertido. Y Dios sabe que ya ha durado demasiado tiempo.

—Todos dicen que no puede durar mucho más. —Zeke repitió palabras que había oído en boca de otros—. Parece que los ingleses quieren retirar a sus tropas del Sur. Podrían haber atravesado el sitio hace mucho tiempo, pero…

—Pero se están recuperando, poco a poco —dijo Rudy—. El Norte los está asfixiando muy despacio, y así resulta más difícil para todos. Me gustaría que fuese de otra manera, pero lo que yo desee importa bien poco… como decía mi abuelo: soñar es gratis, pero para conseguir algo hay esforzarse de verdad.

Zeke parecía confuso.

—Nunca había oído nada parecido. Ni siquiera estoy seguro de qué significa.

—Significa que si escupes en una mano y deseas algo en la otra, ya verás qué mano se llena antes.

Cogió la vela y la sostuvo en alto, casi lo bastante para quemar el techo. A su alrededor, el mundo era húmedo y desapacible. Sobre ellos, se oían pisadas aleatorias. Zeke se preguntó si las producirían podridos o gente normal, pero Rudy no parecía saberlo, y, si lo sabía, no quería hablar de ello.

En cambio, siguió hablando de la guerra:

—Lo que quiero decir es que si ese general que tienen, Jackson, hubiera muerto en Chancellorsville como todo el mundo creía que pasaría, nos habríamos ahorrado unos cuantos años de guerra, y el Sur se habría rendido mucho antes. Pero se recuperó, y ha logrado mantenerlos con vida hasta ahora. Puede que ese cabrón esté tuerto, manco y que tenga tantas cicatrices que nadie lo reconocería si lo viera, pero es un buen estratega. Es de justicia reconocerlo.

Tomó otro recodo del camino, esta vez a la izquierda, y hacia arriba. Unos pocos peldaños conducían a otro túnel algo más elaborado, uno con tragaluces, de modo que Rudy apagó la vela y la colocó de nuevo en un hueco en el muro. Siguió hablando:

—Y además, si hubiéramos conseguido llevar el primer ferrocarril campo a través hasta Tacoma, en lugar de dejar que tomara la ruta del sur, no habrían tenido un medio de transporte tan bueno, y eso habría hecho que resistieran unos cuantos años menos.

El muchacho asintió y dijo:

—Ya. Entiendo.

—Me alegro, porque lo que estoy intentando decirte es que hay razones para que esta guerra haya durado tanto, y la mayoría de esas razones no tienen nada que ver con la capacidad de resistencia del Sur. Ha sido cuestión de suerte, las circunstancias, nada más. El hecho es que el Norte tiene mucha más gente a la que enviar al combate, y punto. Un día, espero que pronto, la guerra terminará.

Tras una pausa, Zeke dijo:

—Eso espero.

—¿Y eso por qué?

—Mi madre quiere irse al este. Cree que nos irá mejor allí, cuando termine la guerra. Al menos la vida no será tan difícil como aquí. —Dio una patada a un ladrillo que había tirado en el suelo y se cambió el peso de la bolsa de un hombro al otro—. Vivir aquí es… no sé. No es fácil. No creo que nos vaya peor en cualquier otro sitio.

Rudy no respondió de inmediato. Tras una pausa, dijo:

—Supongo que no debe de ser fácil para ti, ni para ella tampoco. Y no termino de entender por qué no se marchó contigo cuando eras más pequeño. Ahora eres casi un hombre, y podrás marcharte tú solo cuando llegue el momento. La verdad, me sorprende que no te hayas alistado en el ejército.

Zeke cambió el paso, y después caminó algo más rápidamente, para seguir a Rudy, que había aumentado el ritmo para compensar el brusco cambio de inclinación del piso.

—Lo había pensado —confesó—, pero… no sé cómo ir al este, y aunque lograra subir a un dirigible o a bordo de un tren de mercancías, no sabría por dónde empezar cuando llegara allí. Y además…

—¿Además? —Rudy lo miró.

—Además, no podría hacerle eso a mi madre. A veces… a veces pierde los nervios, y no habla mucho, pero siempre hace lo que cree que es mejor para mí. Se ha esforzado mucho, y trabaja muy duro para que podamos comer todos los días. Por eso tengo que darme prisa aquí dentro. Tengo que encontrar lo que vine a buscar y salir lo antes posible.

Más adelante, a Zeke le pareció oír a alguien hablando, pero estaba demasiado lejos para discernir las palabras.

—¿Qué es eso? —preguntó—. ¿Quién está hablando? ¿Deberíamos guardar silencio?

—Siempre deberíamos guardar silencio —dijo Rudy—. Pero, sí, son chinos. Los evitaremos, si podemos.

—¿Y si no podemos?

La única respuesta de Rudy fue comenzar a recargar mientras seguía adelante, cojeando. Cuando terminó, volvió a usar el arma a modo de bastón, y dijo:

—¿Has oído eso? ¿Ese sonido silbante, como una ráfaga de aire que va y viene?

—Sí, lo he oído.

—Eso son los hornos y los fuelles. Los chinos se encargan de ellos; ellos son los que mantienen el aire de aquí dentro limpio. Lo bombean hacia aquí desde arriba, por esos enormes conductos. Hacen un ruido del demonio, y producen mucho calor, y esos conductos están llenos de mierda, pero siguen funcionando. Dios sabe por qué.

—¿Para que puedan respirar? —aventuró Zeke.

—Si quisieran respirar, solo tendrían que irse a otro sitio. Pero no lo hacen. Se quedan aquí, y siguen bombeando el aire limpio hacia los barrios sellados, y dentro de muy poco podrás quitarte la máscara. Sé que esto no es muy cómodo, y lo siento. Pensé que a estas alturas ya estaríamos en una zona segura, pero esa zorra… —No terminó la frase, pero se frotó el hombro con la mano. Había dejado de sangrar, y la sangre que había derramado ya se había secado.

—¿Así que no confías en ellos?

—En resumen, no —dijo Rudy—. No entiendo por qué no se marchan de aquí y vuelven con sus mujeres y sus hijos. No tiene ningún sentido que aún sigan aquí.

—Sus mujeres y… ¿así que son todo hombres?

—En su mayor parte, pero por lo visto hay uno o dos niños, y puede que un par de viejas que lavan los platos y cocinan. No puedo decirte cómo llegaron aquí… porque, desde luego, no deberían estar aquí. Había una ley, hace años, que les impedía traer aquí a sus familias de China. Esa gente se multiplica como si fueran conejos, y estaban empezando a conquistar toda la costa oeste. De modo que el gobierno pensó que sería una buena manera de evitar que se asentaran. No nos importa que estén aquí si trabajan, pero no queremos mantenerlos.

Zeke tenía muchas preguntas respecto a por qué ocurría eso, pero tenía la sensación de que no debía formularlas, de modo que no lo hizo. En lugar de eso, dijo:

—Ya, creo que lo entiendo. Pero si se marchan, ¿quién bombearía el aire limpio?

—Supongo que nadie —tuvo que admitir Rudy—. O puede que lo hicieran otros, no lo sé. Quizá Minnericht pagaría a alguien para que lo hiciera. Yo qué sé.

Ese nombre de nuevo. A Zeke le gustaba cómo sonaba, con todas esas consonantes, que parecían cascabelear entre sus dientes cuando lo pronunciaba.

—Minnericht. No me has dicho quién es.

—Después, chico —dijo Rudy—. Por ahora, mantén la boca cerrada. Nos estamos acercando a Chinatown, y la gente de aquí no quiere tener nada que ver con nosotros. Y nosotros no queremos tener nada que ver con ellos. Vamos a rodear la sala de hornos. Hay mucho ruido allí, pero esos cabrones tienen muy buen oído.

Zeke se esforzó por escuchar. Ahora podía escuchar un ruido, amortiguado por todo lo que los rodeaba, a los lados y por encima. Era un sonido trabajoso, demasiado extenso y lento para tratarse de la respiración de alguien. Y en cuanto a las palabras que había creído oír antes… cuando se acercaron, comprendió por qué no pudo comprenderlas. Era un idioma que no entendía, y las sílabas no significaban nada para él.

—Por aquí. Vamos.

El muchacho siguió de cerca a su guía, que parecía estar flaqueando por momentos.

—¿Estás bien? —le susurró Zeke.

Rudy respondió:

—Me duele el hombro, eso es todo. Y la cadera también, pero no hay nada que pueda hacer al respecto. Por aquí —repitió—. Vamos.

—Si estás herido, ¿podrás llevarme a Denny…?

—He dicho vamos.

Avanzaron furtivamente, rodeando la sala principal, tomando pasillos que seguían en paralelo los escandalosos ruidos que producían los chinos y sus artefactos.

—No queda mucho —dijo Rudy—. Cuando lleguemos al otro lado, estaremos a salvo.

—¿En la colina?

—Eso es lo que te había dicho, ¿no?

—Sí, señor —murmuró Zeke, aunque no había tenido la sensación de que hubieran seguido un rumbo claro. Habían estado descendiendo, más profundamente de lo que había creído necesario. Se estaban aproximando a la costa, en lugar de acercarse a la ciudad.

Pero ahora se sentía atrapado, y no sabía qué otra cosa podía hacer, de modo que siguió a Rudy. Lo seguiría mientras se sintiera demasiado amenazado para hacer cualquier otra cosa. Ese era su plan.

Rudy levantó un dedo y se lo llevó a la máscara, al tiempo que extendía la mano que sostenía el bastón, como si quisiera que Zeke se quedara quieto y en silencio. La urgencia del gesto logró que Zeke se quedara inmóvil, aguardando para descubrir qué peligro les esperaba a la vuelta de la esquina.

Cuando torció el cuello para mirar, sintió un tremendo alivio. Un joven chino estaba sentado ante una mesa repleta de lentes, palancas y tubos. Estaba de espaldas a Rudy y Zeke. Tenía la cabeza gacha, y estaba inclinado sobre algo que los dos intrusos no podían ver.

La mano de Rudy esbozó un feroz ademán que parecía indicar que Zeke debía quedarse bien quieto, pasara lo que pasara. Fue sorprendente cómo pudo expresar tanto con tan solo unos pocos dedos.

Zeke contempló a Rudy rebuscar en su bolsillo y sacar el cuchillo que la princesa le había lanzado al brazo. El filo ya no estaba húmedo, pero relucía, bajo la sangre seca, en la mano de Rudy.

El hombre sentado a la mesa llevaba un largo delantal de cuero, y parecía tener un poco de joroba. Llevaba gafas y estaba calvo como una manzana, a excepción de su larga coleta. Parecía lo bastante mayor para ser padre de un niño, en alguna parte. Mientras Zeke lo miraba, tuvo la sensación de que ese hombre no tenía intención alguna de hacerle daño a nadie.

Pero no lo comprendió a tiempo para decir algo. Más tarde se preguntaría: si se le

hubiera ocurrido dar un grito… ¿lo habría hecho?

Pero no se le ocurrió.

Rudy se acercó a él por la espalda y le cortó el cuello de un rápido movimiento, mientras con la otra mano le tapaba la boca. El chino se revolvió, pero el asalto había sido velocísimo.

En su lucha, habían girado sobre sí mismos como si estuvieran bailando. A Zeke le sorprendió cuánta sangre había. Parecía un matadero, como si el chino fuera un cerdo al que le hubieran rebanado la garganta de oreja a oreja. Mientras los dos hombres se tambaleaban, golpearon la mesa, volcando las lentes, palancas y tubos.

Zeke se arrodilló junto al muro, con la espalda apoyada contra la puerta y las manos sobre la boca, para no hacer ningún ruido. Estando allí, recordó el golpe que le propinó antes Rudy y comenzaron a sangrarle las encías de nuevo.

Pensó por un momento que podía saborear la sangre cobriza que manchaba el delantal de cuero del chino y el suelo, y que había dejado manchas de pisadas escarlata por todas partes, pero entonces recordó que se trataba tan solo de su propio dolor, y de su propia sangre.

Saber eso no atenuó ni un ápice su macabra impresión, y no hizo que sintiera menos ganas de vomitar.

Pero llevaba una máscara, y quitársela implicaría una muerte segura por asfixia. De modo que tragó saliva, y se tragó la bilis, y contuvo la necesidad de expulsar aquello que lo estaba haciendo enfermar.

Y entonces, mientras el cadáver caía pesadamente de los brazos de Rudy, y este lo ocultaba a patadas bajo la mesa donde hasta hace unos segundos había estado trabajando, Zeke se fijó en que el fallecido no llevaba máscara.

—Él… —Zeke casi se ahogó en su vómito.

—No me seas blando, chaval. Habría avisado a sus compañeros en cuanto nos hubiera visto. Tranquilízate, hombre. Tenemos que salir de aquí antes de que alguien se dé cuenta de lo que hemos hecho.

—Él… —intentó decir Zeke—. No tenía… él no… no llevaba…

—¿Máscara? —dijo Rudy—. No, no llevaba máscara. Y pronto podremos quitárnosla nosotros. Pero aún no. Puede que tengamos que salir otra vez. —Mientras echaba a correr por otra puerta, susurró—: Es mejor tenerla y no necesitarla que necesitarla y no tenerla.

—Sí —dijo Zeke, y lo dijo de nuevo, para tener algo en su boca además del vómito—. Sí. Te sigo.

—Así me gusta —dijo Rudy—. Quédate bien cerca.

Capítulo 11

Al pie de las escaleras, Briar se dio de bruces con una sala prácticamente vacía cuyo suelo estaba parcialmente hundido por debajo de sus primeros cimientos. La inclinación era de alrededor de medio metro en el centro, y algo menos en los bordes. Había carros de minería llenos de carbón, a la entrada de un túnel excavado en el muro de ladrillos.

El túnel estaba sorprendentemente bien iluminado, y dado que no parecía haber otro camino, Briar pasó junto a los carros.

No había carriles en el túnel, pero el suelo había sido pavimentado con losas de piedra, de modo que pudieran empujarse por él los carros, posiblemente con ayuda de algún tipo de maquinaria, o eso supuso Briar, a juzgar por las cadenas y manivelas dispersadas por los muros y el suelo.

De viga a viga, había suspendidos en el techo largos pedazos de cuerda, de los que colgaban a su vez linternas de cristal encerradas en jaulas de acero.

Como si fuera un rastro de migas de pan, Briar siguió el curso de las cuerdas hasta donde pudo. Aún blandía el rifle de Maynard, lista para apuntar y disparar, pero por ahora lo llevaba junto al brazo, de manera inofensiva, para que no la molestara mientras corría. No vio a nadie más en el túnel, ni en una ni en otra dirección, y si los chinos la estaban siguiendo, lo hacían muy silenciosamente. Nada parecido al sonido de sus apresuradas pisadas resonaba tras ella, y no oía voces, toses ni risas a lo lejos, túnel atrás.

Unos cuarenta metros más adelante, bajo la hilera de cualesquiera que fueran los establecimientos que ocupaban el bloque, el túnel se dividía en cuatro, y cada uno de los túneles secundarios estaba cubierto por las mismas protecciones de cuero y tejidos tratados con caucho que protegían el pasillo al otro lado de la sala de hornos.

Apartó las cortinas protectoras un ápice, lo bastante para seguir adelante.

Dos de las bifurcaciones estaban iluminadas, y las otras dos sumidas en la oscuridad. En una de las iluminadas se oía a lo lejos a alguien discutiendo. En la otra reinaba el silencio. Briar tomó a toda prisa esta última y rezó por haber tomado la decisión correcta. Sin embargo, seis metros más adelante, el túnel terminaba en una puerta de hierro que podría haber soportado el asedio de una manada de elefantes.

La puerta sobresalía del suelo, aunque su base había quedado enterrada ya, y estaba inclinada en un determinado ángulo, con objeto de repeler una fuerza poderosísima con las puntas afiladas de los barrotes. Al otro lado de la puerta inclinada Briar vio un muro de madera rodeado de alambre de espino. Los maderos daban la impresión de haber estado en el suelo antes, haciendo las veces de las traviesas de las vías férreas, pero había un picaporte horizontal por el que podía pasarse un gigantesco listón de madera. Cuando Briar lo miró más de cerca, pudo ver

grietas que enmarcaban una puerta.

Tocó la superficie hasta que sus dedos encontraron un cerrojo que se alzaba. No estaba echado, tan solo colocado de modo que resultaba sencillo moverlo.

Cogió el cerrojo y tiró de él, pero la puerta no se movió.

Entonces empujó. La puerta crujió, y en la cámara subterránea entró un soplo de aire. Briar no necesitaba oler el gas a través de la máscara o mirar por sus lentes polarizadas para saber que estaba allí.

Al otro lado, encontró otra escalera. Iba arriba y hacia fuera, no hacia abajo.

Actuó de inmediato; no quería tener tiempo para reconsiderarlo o para buscar otra salida. En la calle podría orientarse. Pasó de costado por una puerta de madera que daba a los peldaños. Usó la espalda para cerrar la puerta y alzó el rifle de nuevo, usando los brazos para equilibrarse, y trató de concentrarse en lo que la rodeaba. Al fin, estaba en Seattle. Dentro del muro, junto a todas las cosas horribles que habían quedado atrapadas, y, por lo que sabía, rodeada de gente igualmente horrible.

El rifle la hizo sentirse más segura. Lo aferró con fuerza y le dio las gracias en silencio a su difunto padre por su gusto por las armas.

Escaleras arriba, no pudo ver nada, a excepción de un marcado rectángulo de color gris ceniza, y ni siquiera era el gris del cielo. Era el crepúsculo permanente que imponía la altura del muro, dado que su sombra bloqueaba incluso la acuosa y débil luz del sol que llegaba durante unas pocas horas cada día en invierno.

—¿Qué calle es esta? —se preguntó Briar a sí misma. El sonido de su voz no fue más efectivo que el rifle para tranquilizarla—. ¿Qué calle?

Había algo extraño en la puerta, pero no reparó en ello hasta que estuvo afuera: la puerta no tenía un picaporte exterior, ni siquiera un cerrojo o una manija. Era una puerta diseñada para evitar que nadie entrara, a menos que contaran con el beneplácito de los que ya estaban dentro.

Sintió un cierto pánico al saber que, aunque quisiera hacerlo, ya no podría volver a entrar. Sin embargo, la retirada no formaba parte de sus planes.

El plan era seguir adelante. El plan era llegar a la calle, tratar de orientarse, y después buscar…

¿Buscar qué? Bueno, siempre podía ir a casa.

La casa en la colina no había sido su hogar desde hacía demasiado tiempo, tan solo unos pocos meses; y dado que ahora sabía que había gente al otro lado del muro, lo más probable era que la hubieran asaltado en busca de cosas de valor. Pero quizá quedara algo provechoso. Leviticus había inventado tantas máquinas, y había escondido tantos artefactos extraños en salas cerradas a cal y canto, que quizá los asaltantes hubieran pasado algo por alto.

Y además, no sabía nada de los planes de Ezekiel, solo que quería encontrar el laboratorio de su padre y buscar allí pruebas que lo exculparan.

¿Sabía Ezekiel siquiera dónde estaba la casa?

Briar no lo creía; pero claro, también creyó que sería incapaz de entrar en la ciudad, y en eso se había equivocado de principio a fin. Era un muchacho de recursos, eso tenía que admitirlo. Probablemente lo más inteligente sería suponer que Zeke había logrado lo que se proponía.

Mientras aguardaba al pie de las escaleras, sumida en la oscuridad, Briar se serenó al fin. Nadie abrió la puerta y la descubrió. Ni un solo sonido llegó a sus oídos, ni siquiera el incesante rumor de la maquinaria que había dejado atrás.

Las cosas no iban tan mal después de todo.

Apoyó lentamente uno de sus pies en el primer peldaño. Después, en el segundo, igual de lentamente y sumida en el mismo silencio. Mientras su visión imperfecta se lo permitió, siguió vigilando la puerta a su espalda, y vio cómo disminuía de tamaño a medida que ascendía.

Había oído muchas historias sobre los podridos, y había visto un par de ellos justo después de que estallara la Plaga, pero ¿cuántos podían quedar aún dentro de la ciudad? Sin duda llegaría un momento en que tendrían que morir, o corromperse, o simplemente ser presa de los elementos. Debían de estar en un estado dantesco, y débiles como gatitos, si aún seguían arrastrándose entre los muros.

Al menos, eso se repetía a sí misma Briar mientras subía los peldaños.

Flexionó las rodillas, y mantuvo la cabeza agachada hasta el último momento, para evitar que la vieran. Finalmente, torció el cuello para mirar sin exponerse a quienquiera que hubiera afuera.

Había más oscuridad que luz en la ciudad, aunque la penumbra no era tal que necesitara iluminación artificial. Sin embargo, no pasaría mucho tiempo antes de que las sombras alquitranadas que proyectaban muros y tejados convirtieran la escena en una prematura noche.

La calle estaba húmeda y embarrada a causa de las lluvias y el desgaste provocado por la Plaga. Los muros parecían gastados, consumidos, al igual que el suelo. Los ladrillos de las paredes estaban agrietados, y la calle estaba repleta de escombros y desechos. Había carros volcados y destrozados; los cadáveres, desmembrados en su mayor parte, de caballos y perros, estaban amontonados en pilas de pegajosos huesos, apenas unidos por un tejido fibroso de un color entre verde y gris.

Briar giró la cabeza lentamente a la izquierda, y después a la derecha. No podía ver muy lejos en ninguna dirección.

Debido a la penumbra y al aire concentrado y denso, no podía verse más allá de media manzana de distancia. Era imposible determinar qué dirección tomaban las calles. Norte, sur, oeste o este, no significaban nada sin contar con la luz del sol para orientarse.

Ni una ráfaga de viento agitó el pelo de Briar, y no podía oír ni el agua ni los pájaros. En un tiempo hubo aves a millares, la mayoría cuervos y gaviotas, y todas solían hacer mucho ruido. En ese tiempo reinaba un caos de plumas y graznidos, y el silencio presente resultaba muy extraño. No había pájaros, ni gente, ni máquinas ni caballos.

Nada se movía.

Ayudándose de la mano izquierda, Briar salió al fin de su madriguera sin hacer ni un solo ruido que perturbara el inquietante silencio.

Finalmente, estuvo al descubierto, junto a las escaleras por las que había subido.

El único sonido era el que hacía su pelo contra los cintos y las hebillas de la máscara, y cuando dejó de caminar, incluso ese débil sonido cesó.

El sitio en que se encontraba estaba algo inclinado, y podía ver un lugar, colina abajo, en el que la inclinación aumentaba bruscamente, perdiéndose de vista. En los bordes de ese lugar, había puestos llenos de cubos vacíos. Y a un costado, y hacia arriba, mientras Briar exploraba la escena que la rodeaba, vio los restos de una señal medio derribada y un gran reloj sin manecillas.

Y esto debe de ser…

El mercado. Estoy cerca de Pike Street.

Estuvo a punto de decirlo en voz alta, aunque únicamente formó las palabras con sus labios. La calle terminaba en el mercado, y al otro lado del mercado estaba el estrecho… o lo hubiera estado, si el muro no lo ocultara.

El edificio a su espalda debía de dar a Commercial Avenue, la calle que en otro tiempo transcurría en paralelo al océano y que ahora lo hacía en paralelo al muro.

Durante las siguientes manzanas, cualquiera de las calles paralelas a Pike la habría llevado, aproximadamente, en la dirección que había elegido.

Permaneció bien cerca del edificio, con el rifle en alto y mirando a todos lados. Respirar dentro de la máscara no era ahora más sencillo, pero empezaba a acostumbrarse, y además no tenía alternativa. Le dolía el pecho del esfuerzo que sus músculos estaban haciendo para llenar sus pulmones, y en una esquina de su lente izquierda, empezaba a formarse condensación, empañando el cristal.

Se puso en marcha, lentamente, colina arriba, alejándose del muro, que ni siquiera podía ver. Briar sabía que su enorme sombra se elevaba bien alta en el cielo, pero se desvanecía y resultaba invisible mucho antes, de modo que era sencillo olvidarse de él, especialmente cuando Briar le había dado ya la espalda.

En su cabeza hacía mil y un cálculos. ¿A qué distancia estaba de la casa en la colina? ¿Cuánto tardaría en llegar si echaba a correr? ¿Y si caminaba? ¿Cuánto, si avanzaba lentamente, midiendo cada uno de sus pasos en esta niebla venenosa y tóxica?

Estiró las mejillas, intentando que la humedad cayera de su rostro.

No funcionó. El vapor no se despegaba de la máscara.

Suspiró, y un segundo suspiro creó un curioso efecto de eco.

Confundida, agitó el rostro. Debía de tratarse de una ilusión de las hebillas, o del modo en que el artefacto se ajustaba a su frente. Quizá fuera su cabello, al agitarse contra los cintos. O quizá sus botas, golpeando inesperadamente el suelo pavimentado. El sonido podía haber venido de cualquier sitio. El silencio era casi absoluto.

Sus pies no se movían. No parecían dispuestos a hacerlo, al igual que sus brazos, o sus manos, que empuñaban el rifle. Incluso su cuello parecía negarse a girar, por miedo a que el sonido se repitiera. Lo único peor que oírlo de nuevo sería oírlo de nuevo y no saber si lo había provocado ella misma con sus movimientos.

Tan lentamente que ni siquiera los faldones del abrigo chocaron con sus piernas, Briar retrocedió, pisando lentamente, rezando por que no hubiera nadie a su espalda. Su tacón encontró la acera, y se detuvo allí.

Subió a ella.

Oyó el sonido de nuevo. Era silbante, y también quejumbroso. Era casi un siseo, y podría haberse tratado de un jadeo ahogado. Sin embargo, lo rodeaba el más absoluto silencio, y no parecía provenir de ningún sitio.

Susurraba.

Briar trató de ubicar el sonido, y decidió, ahora que lo había oído de nuevo y sabía a ciencia cierta que no lo había imaginado, que provenía de algún punto situado a su izquierda, hacia el muro. Provenía de los puestos callejeros, donde nada se había comprado ni vendido en casi dieciséis años.

El susurro se convirtió en un murmullo, y después se detuvo.

Briar también se detuvo, o lo habría hecho, si no estuviera ya inmóvil. Quería quedarse aún más inmóvil, hacerse invisible e inaudible, pero no había ningún sitio donde esconderse, no a la vista. Los puestos callejeros quedaban a su espalda. Y todas las puertas estaban tapadas con maderos clavados, al igual que las ventanas. Su hombro tocó la esquina de un edificio de piedra cuando se apartó del mercado.

El sonido se detuvo.

Este nuevo silencio era aún más terrorífico que el primero, que era simplemente un silencio vacío. Ahora era peor, porque el paisaje sumido en la niebla no ocultaba tan solo silencio: estaba aguantando la respiración, y escuchando.

Briar soltó la mano izquierda del rifle y la extendió hacia atrás, hasta tocar la esquina. Al encontrarla, se guió a sí misma hacia el otro costado del edificio. No iba a protegerla, pero al menos la ocultaría de quienquiera que la estuviera vigilando desde el mercado.

La máscara le hacía daño. La humedad de un lado la estaba distrayendo, y el olor a caucho y tostada quemada le obstruía la garganta.

Tenía que estornudar, pero se mordió la lengua hasta que la necesidad pasó.

Al otro lado de la esquina, el susurro silbante resonó de nuevo.

Se detuvo, y después comenzó de nuevo, esta vez más intensamente. Y después se unió a él un segundo jadeo interrumpido, y después un tercero, y después hubo demasiados para seguir contándolos.

Briar quiso cerrar los ojos con fuerza y esconderse de esos ruidos, pero ni siquiera tuvo tiempo de echar un vistazo al otro lado del recodo y ver qué estaba produciéndolos, porque estaban aumentando. Lo único que podía hacer era correr.

El centro de la calle estaba despejado en su mayor parte, de modo que lo tomó, sorteando los carros volcados y saltando por encima de pedazos de muros derribados por el terremoto que habían caído a la calle.

El silencio ya no era una opción.

Los pies de Briar golpearon los ladrillos, y el rifle le golpeaba la cadera mientras corría colina abajo, aunque su intención era tomar la dirección opuesta. No podía ir colina arriba; no tenía bastante aire. De modo que solo le quedaba ir colina abajo. Colina abajo, sí, pero al menos no en la dirección equivocada, pensó en un destello de esperanza. Estaba siguiendo el muro, y la costa. Siguiendo Commercial Avenue iba colina abajo, sí, pero flanqueaba la colina igualmente, y podía seguir la calle hasta donde fuera necesario.

Se arriesgó a echar un vistazo, y después otro, y después dejó de intentarlo, porque se había equivocado. Iban a por ella, y muy rápido.

Esas dos rápidas miradas le habían dicho todo lo que necesitaba saber: «Corre, y por todo lo que más quieras, no te pares».

Aún no le pisaban los talones. Estaban tomando el recodo en una procesión carnavalesca que avanzaba a sorprendente rapidez a pesar de lo torpe de sus andares. Los podridos, más desnudos que vestidos, más grises que del color de la carne con vida, avanzaban tambaleantes pero sin freno. Pasaban por encima de todo, y sorteaban todos los obstáculos que podrían haberlos frenado.

Sin temor y sin dolor, golpeaban con sus harapientos cuerpos los escombros de la calle y los sorteaban, sin detenerse y sin alterar su rumbo. Pisoteaban la madera debilitada y los cadáveres de animales, y si alguno de ellos tropezaba o caía, sus compañeros pasaban por encima de él sin mirarlo siquiera y seguían adelante.

Briar recordaba perfectamente a los primeros, a los que quedaron atrapados por la Plaga. La mayoría de las víctimas murió directamente, pero unos pocos sobrevivieron, gruñeron, jadearon y consumieron. Nada les importaba más que consumir, y lo único que deseaban era carne, carne fresca. Los animales bastarían. Preferían a las personas, si es que los podridos podían tener preferencia por algo.

Y, en esos momentos, la única preferencia que tenían era Briar.

La primera vez que había mirado hacia atrás, había visto a cuatro. La segunda

vez, inmediatamente después, vio a ocho. Solo Dios sabía cuántos la perseguían cuando llegó a la siguiente calle.

Se tambaleó sobre la acera y siguió corriendo.

Mientras corría, vio una fila de altas letras grabadas en el muro, pero iba demasiado rápido para leerlas, así que no supo por qué calle lateral acababa de pasar. No importaba. La calle que cruzaba iba colina arriba, y nunca la habría tomado.

Ya le quedaba muy poco aire, a pesar de que llevaba muy poco tiempo fuera. Le ardía la garganta a causa del esfuerzo, y no sabía cuánto más podría aguantar. La escasa ventaja que llevaba a sus perseguidores comenzó a disminuir cuando se agachó y se adentró en la niebla.

Pasó junto a un estrecho poste de hierro, seguido de cerca por otro.

Era una escalera, una salida de incendios, pero lo comprendió solo cuando ya era demasiado tarde para dar media vuelta y subirla.

No pudo decidir si era mejor haber dejado pasar esa oportunidad o no. Quizá solo la cansara aún más, si tratara de ascenderla a toda prisa; claro que, quizá la hubiera salvado. ¿Podrían haberla seguido los podridos?

Los jadeos ahogados de sus hambrientos perseguidores comenzaban a ser más audibles, y supo que la estaban alcanzando. No se trataba tan solo de que fueran rápidos; ella misma corría ahora más lentamente, y no había nada que pudiera hacer para ir más rápido. Por mucho que lo intentara, no podía resoplar ni jadear, y parecía que su huida estaba llegando a su fin.

La niebla no se levantaba, pero en ciertos puntos se atenuaba un tanto. Por un revelador segundo se vislumbró un edificio y otra escala de hierro.

Briar casi ni la vio. La niebla de su lente izquierda prácticamente se la ocultaba.

No tuvo tiempo de reconsiderar, ni de hacer una lista de pros y contras; simplemente, tomó la escalera y se frenó aferrándose a ella. Tomó con las dos manos los barrotes de la escalera y ascendió con todas sus fuerzas.

Sus pies golpearon el muro y los escalones inferiores, y al fin logró asentarlos lo suficiente para comenzar el ascenso.

El podrido que la seguía más de cerca no logró coger sus botas, pero aferró el abrigo de su padre y tiró de él.

Las manos enguantadas de Briar resbalaban en los escalones, pero se mantuvo firme y no perdió pie. Entrelazó los brazos bajo los barrotes oxidados y se ancló a sí misma para poder patear al podrido. Y así lo hizo. No esperaba hacerle daño, pero al menos podría apartarlo o romperle los dedos, cualquier cosa que lo obligara a dejarla ir.

No era capaz de subir con el peso del podrido tirando de ella, de modo que así se quedaron, suspendidos, mientras el resto de la horda se aproximaba.

Briar meció su cuerpo, tratando de desembarazarse del podrido, cuyos codos y

cráneo golpearon sordamente el muro y provocaron un cierto eco vibrante al chocar con los barrotes de metal.

Por fin, una combinación mágica de patadas y movimientos logró que su enemigo cayera abajo, junto con sus compañeros. Los otros trataron de pisotearlo para alcanzar a Briar con sus huesudas manos, pero estaba ya tan alta que no podrían haberla alcanzado a menos que treparan por los peldaños metálicos.

Pero ¿podían hacerlo?

No lo sabía, y no miró abajo para averiguarlo. Tan solo subió, mano a mano, pie a pie. Pronto estuvo más allá del alcance de incluso el más alto de sus perseguidores. Pero no podía detenerse, aún no. No cuando el traqueteo de la escalera indicaba que sí, que iban a perseguirla, o al menos a intentar arrancar la escalera del muro para atraer a Briar hacia ellos. Los podridos no tenían muchas cualidades, pero sin duda una de ellas era la persistencia.

A ambos lados de Briar, los tornillos comenzaron a quejarse cuando escaparon de sus amarres.

—Dios —suspiró Briar, y habría blasfemado aún más si le hubiera quedado algo de aliento. Más arriba, la escalera se perdía en la neblina amarillenta. Quizá le quedaban tres metros, o diez pisos; era imposible saberlo.

Si eran diez pisos, nunca lo conseguiría.

La escalera se convulsionó con una terrible sacudida, y uno de los raíles de apoyo se venció. Antes de que cayera hacia la calle, Briar se agarró a una de las cornisas cercanas y quedó colgando de ella de una mano, mientras con la otra seguía aferrada al costado restante de la escalera, que se mecía y oscilaba violentamente. No resistiría mucho.

Bajo su brazo, el rifle golpeó el alfeizar.

Apoyó gran parte de su peso en los tambaleantes peldaños, soltó el alfeizar y giró el rifle bruscamente, que en el movimiento golpeó el cristal, rompiéndolo. Briar apenas tenía pie para saltar hacia la ventana.

El salto falló; solo su pierna derecha logró aferrarse a la cornisa.

Afilados pedazos de cristal se clavaron en la parte inferior de su muslo, pero trató de no prestarles atención; tensó el muslo para acercarse más a la ventana.

De ese modo, medio dentro y medio fuera de la ventana, tomó el rifle y lo apuntó hacia abajo. Una cabeza calva y cubierta de horribles cicatrices era visible, y Briar dio gracias a Dios por haber cargado el arma cuando aún podía hacerlo.

Disparó. La cabeza explotó, y restos marrones y relucientes salpicaron la máscara de Briar. Hasta que los fragmentos sangrientos de hueso se deslizaron por sus lentes, no supo lo cerca que había estado de alcanzarla esa cosa.

Justo detrás del primer podrido había un segundo, que seguía avanzando.

No llegó muy lejos. Su ojo izquierdo estalló en una mancha acuosa de tejido

cerebral y bilis, y cayó, dejando atrás una de sus manos casi descompuesta, aún aferrada a la escalera metálica. El tercer podrido estaba más abajo, y Briar necesitó dos disparos para abatirlo: el primero acertó en su cabeza, rozándola, y el segundo le dio de lleno en la garganta, rompiendo los huesos que mantenían la cabeza unida al resto del cuerpo. La mandíbula cayó en el mismo momento en que la cabeza entera retrocedía y se soltaba.

La caída de la escalera del tercero sirvió para hacer caer al cuarto, y el rostro del quinto estalló cuando una bala le atravesó la nariz.

Había más, pero la escalera estaba ya despejada. Briar aprovechó el breve respiro para adentrarse en la ventana rota. Pequeños fragmentos de cristal seguían alojados en su muslo, pero no tenía tiempo de extraerlos, aún no, dado que los podridos estaban continuando la persecución en ese mismo instante.

Desde el interior, usó el rifle, no para disparar, sino a modo de palanca para soltar los tornillos que estaban ya medio arrancados y que sostenían toda la estructura en su sitio. Un costado de la escalera estaba prácticamente suelto, y el segundo empezaba a salirse de los goznes, a medida que Briar arrancaba los tornillos con ayuda del rifle. Lentamente, pero sin queja, la escalera comenzó a inclinarse, alejándose del edificio, hasta que el ángulo fue demasiado pronunciado para mantenerla en pie, y se derrumbó.

Los podridos del sexto al octavo cayeron junto con ella, pero se levantaron enseguida, y había aún más tras ellos.

Parecían furiosos, unos tres pisos más abajo de donde se encontraba Briar.

Briar se apartó de la ventana y trató de recuperar el aliento; se había convertido ya en una costumbre. Después, se giró para arrancar los pedazos de cristal de su pierna.

Se estremeció mientras alisaba la parte trasera de sus perneras. No le gustaba exponer ninguna parte de su cuerpo a la Plaga, pero no podría saber hasta qué punto estaba herida sin quitarse los guantes. Se quitó el derecho y se esforzó por no prestar atención al aire húmedo y viscoso.

Podría haber sido peor.

El corte era muy pequeño, del tamaño de una pipa de girasol. Apenas había sangre, pero el tejido roto permitía que la Plaga irritara las heridas, y le dolían más de lo que deberían en condiciones normales. Si tuviera vendas, o al menos un paño o un pedazo de tela limpio podría haber vendado la herida. Pero no tenía nada, y no había nada que pudiera hacer, salvo asegurarse de que no quedaban restos de cristal.

Cuando terminó, se dispuso a inspeccionar lo que la rodeaba.

No se encontraba en el piso superior, como demostraba la presencia de escaleras en el otro extremo de la estancia, y parecía evidente que el lugar en que se encontraba había sido en otro tiempo un hotel. En el suelo, ante la ventana, había restos de cristales rotos, algunos de los cuales habían aterrizado en una vieja y desvencijada

cama con un cabecero de bronce que había perdido su lustre gradualmente hasta quedar marrón. Había una mesilla de noche medio rota junto a la pared, con dos estantes tirados en el suelo, y una palangana con una jarra rota habían caído en una esquina.

El suelo crujió cuando lo pisó, pero el ruido no era peor que el caos reinante afuera, donde comenzaban a acumularse más podridos, atraídos por los aullidos de sus compañeros. Antes o después lograrían entrar, y antes o después los filtros de la máscara de Briar se nublarían, y se asfixiaría.

Ya se preocuparía de eso más adelante. Por ahora, estaba a salvo. O al menos estaba más a salvo de lo que lo había estado hace unos minutos. A decir verdad, su definición de «a salvo» era cada vez más flexible.

Miró por la ventana y vio una intersección, allí donde Commercial Avenue se cruzaba con otra avenida que venía calle abajo. Los podridos se acumulaban en la esquina de la calle, donde debería estar la placa con el nombre. Pero no importaba qué calle fuera; no importaba que no hubiera sido capaz de leer el nombre de la vía en su huida; ya no podía salir. Quizá había sido imposible hacerlo durante los últimos dieciséis años. Briar, sin embargo, lo había intentado. Había caminado en silencio y había tenido mucho cuidado, y no había sido suficiente. Así estaban las cosas: las calles debían recorrerse del mismo modo que el muro.

Por encima o por debajo. No había otro modo.

Briar caminó hacia las escaleras y empujó la puerta, que estaba suelta por los goznes. Lo más probable es que ascendiera tan solo uno o dos pisos más. Cuando llegara a la azotea, podría ver mejor dónde se encontraba y tratar de decidir cómo continuar.

En el hueco de la escalera reinaba la oscuridad más absoluta. El ruido de los podridos afuera quedaba amortiguado hasta resultar prácticamente inexistente, y Briar casi llegó a olvidarse de que estaban allí, aguardando y buscando sus huesos.

Pero no del todo. Seguía oyéndolos en su cabeza, por mucho que tratara de ahuyentar su presencia. Aún veía, como si los tuviera delante, los dedos grises, despellejados, que se habían aferrado desmembrados a la escalera, persistentes hasta el final.

Estaba recuperando la compostura, y con ella su respiración comenzaba a asentarse. Empezó a subir las escaleras a una velocidad media que permitió que su cuerpo y su mente se tranquilizaran un tanto.

Arriba, encontró una puerta que se abría a una azotea, en la que había muy pocas señales de vida. Un par de anteojos rotos yacía en una esquina. Una bolsa arrugada había sido tirada, y estaba medio sumergida en un charco de alquitrán y agua. Aquí y allá, el suelo estaba cubierto de huellas oscuras de carbón.

Siguió las pisadas hasta el borde del tejado. Desaparecían en la cornisa, y se

preguntó si los que habían dejado las pisadas saltaron o cayeron. Después vio el edificio adyacente. Era más alto que aquel en que se encontraba, un piso más alto, y había una ventana situada en paralelo al punto preciso en que se encontraba. Habían tapado la ventana con dos maderos unidos para formar uno aún mayor, y esta barrera estaba unida al otro edificio, como si fuera un puente que pudiera levantarse y bajarse en función de las necesidades y el peligro.

Abajo, uno de los podridos la había seguido hasta el borde del edificio. Miró hacia arriba con un gemido enfermizo, y pronto se unieron a él varios de sus compañeros, con intenciones similares. En cuestión de minutos, todo el edificio estaría rodeado.

Al parecer, el edificio contiguo estaba totalmente desocupado. Las ventanas estaban tapadas con maderos en su mayor parte, y el resto tenían cortinas delgadas tras las que no se movía nada en absoluto.

Quizá tuviera más suerte por debajo de la ciudad. Había llegado a ella por túneles subterráneos, de modo que quizá ese fuera el mejor modo de desplazarse.

No muy lejos, y directamente bajo sus pies, algo se astilló y se partió. Los lamentos aumentaron en intensidad, tanto por la suma de nuevos miembros como a causa del progresivo alboroto.

Briar rebuscó en la bolsa y recargó apresuradamente. Si los podridos habían logrado entrar en el edificio, puede que tuviera que abrirse paso a tiros de camino al sótano.

Sus manos se detuvieron, tan solo un instante, antes de colocar los cartuchos en el rifle.

Si bajaba y la perseguían, estaría atrapada ahí abajo.

Comenzó a recargar, y rápido. Atrapada arriba o atrapada abajo. Poco importaba; en cualquier caso, estaba perdida. Lo mejor sería mantener el rifle preparado y conservar todas sus opciones abiertas.

La cacofonía se intensificó, y Briar se preguntó si no había perdido ya la oportunidad de buscar una ruta de escape subterránea. Colocó los cartuchos en su lugar y echó otro vistazo calle abajo.

El enjambre de podridos era cada vez más numeroso. Sus filas se habían triplicado como poco, compensando así las pérdidas que Briar les había infligido en su huida.

No veía ningún lugar por el que pudieran entrar. No desaparecían uno a uno, ni siquiera en pequeños grupos, para continuar la persecución, sino que se lanzaban ciegamente a los muros de ladrillos y los maderos de las ventanas, aunque por el momento sin éxito.

De nuevo oyó un estallido sordo y el sonido de la madera húmeda partiéndose en dos.

¿De dónde provenía? ¿Y qué lo estaba produciendo?

Los podridos rugían y aullaban. También ellos oían la conmoción y buscaban su origen, pero no parecían dispuestos a abandonar a Briar, que se sentía como si fuera un oso atrapado en un árbol.

—¡Tú, el del hotel Seaboard! ¿Llevas máscara?

La voz la conmocionó mucho más de lo que lo habían hecho hasta entonces los podridos. Resonaba potente, áspera, con un leve matiz que la hacía sonar al mismo tiempo ajena y estridente. Las palabras resonaban desde algún lugar más abajo, pero no desde la misma calle, sino de un punto intermedio.

—Oye, el del Seaboard. El del tejado. ¿Tienes máscara o te estás muriendo?

Briar no había visto indicación alguna de que este fuera el hotel Seaboard, pero parecía evidente que la voz se dirigía a ella, puesto que no había nadie más por allí, a excepción de los podridos. De modo que respondió, en voz tan alta como pudo:

—¡Sí, tengo máscara!

—¿Qué?

—¡He dicho que tengo máscara!

—¡Puedo oírte, pero no entiendo ni una palabra de lo que dices, así que espero que tengas una máscara! ¡Seas quien seas, agáchate y tápate los putos oídos!

Briar miró frenéticamente de un lado a otro del pequeño mar de podridos, buscando el origen de las instrucciones.

—¿Dónde estás? —trató de gritar, y enseguida comprendió que había sido una estupidez hacerlo, puesto que su voz nunca atravesaría la escandalosa sinfonía de las voces de los no muertos.

—¡He dicho —repitió la voz, profunda y con un cierto toque metálico— que te agaches y te tapes las putas orejas!

Al otro lado de la calle, Briar detectó un movimiento, algo que miraba a través de la ventana rota de otro edificio. Algo brillante y azul resplandeció intensamente, y después se desvaneció, y de inmediato le siguió otra luz, más brillante, y un agudo rumor, casi un zumbido. Ese rumor ascendió, atravesando la nube amarilla, y agitó el cabello de Briar; era un aviso imposible de ignorar.

No necesitaba que se lo dijeran una tercera vez.

Se agachó, lanzándose al recodo más cercano y colocándose las manos por encima de la cabeza. Sus codos rodearon sus oídos, amortiguando el sonido, pero no lo bastante como para que no oyera perfectamente, aunque apagado, el silbante quejido eléctrico. Colocó la bolsa alrededor de su cabeza, y así estaba, bocabajo en el suelo cubierto de alquitrán y ladrillos, cuando una onda expansiva atravesó los edificios con un brutal estallido que duró demasiado tiempo para tratarse del disparo de un arma.

Cuando lo peor de la onda sónica había pasado ya, Briar oyó la voz casi mecánica

pronunciando nuevas instrucciones, pero no pudo entender lo que decía, y no podía moverse.

Tenía los ojos fuertemente cerrados, los brazos entrelazados bajo su cabeza y las rodillas bajo el cuerpo, y no podía mover ninguna parte de su cuerpo.

—No puedo —susurró, tratando de decir «No puedo oírte», pero su mandíbula permanecía inmóvil.

—¡Levántate! ¡Levántate, ahora!

—No puedo…

—¡Tienes unos tres minutos para sacar el culo de ahí y bajar antes de que los podridos se recuperen, y cuando eso ocurra, yo me marcho! ¡Si quieres sobrevivir aquí, vas a necesitarme, puto tarado!

—No soy un tarado —murmuró Briar, pues era evidente que su interlocutor creía que Briar era un hombre. Trató de concentrar su irritación y convertirla en un motivo para ponerse en movimiento. No funcionó, al menos no mucho mejor que las órdenes gritadas a voces y la monstruosa inflexión de esa voz.

Miembro a miembro, liberó brazos y piernas y se alzó sobre sus rodillas pesadamente.

Se dejó caer de rodillas de nuevo para recoger el rifle, que se le había resbalado del hombro. Inclinó ese hombro para recuperar la correa del rifle y de nuevo obligó a sus piernas a ponerla en pie. Le pitaban los oídos a causa de ese horrible sonido, y de los terribles gritos del hombre que no callaba, aunque Briar había perdido ya casi por completo la capacidad de entender sus palabras. No podía ponerse en pie, caminar y escuchar al mismo tiempo, no en el estado en el que se encontraba.

A su espalda, la puerta que daba a la escalera seguía abierta, agitándose en el gozne.

Se echó contra ella, y casi cayó peldaños abajo. Solo la inercia y el instinto la mantuvieron en pie e hicieron que siguiera avanzando. Su cuerpo se tambaleaba y trataba de rendirse, pero cuanto más tiempo continuara en pie, más fácil sería permanecer de ese modo. Para cuando llegó al primer piso, prácticamente estaba corriendo de nuevo.

En el vestíbulo, todas las ventanas estaban cubiertas, y la oscuridad era mayor que en plena noche, a excepción de los puntos en los que franjas de la tenue luz de la tarde se filtraban monótonamente por las rendijas. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad, vio que el escritorio estaba cubierto de polvo y que el suelo estaba sembrado de pisadas oscuras.

Había una enorme puerta con un gran madero atravesado.

Briar apartó el madero hacia arriba y agitó los picaportes.

El pánico que sintió fue abrumador. Estaba segura de haber agotado su capacidad para asustarse aún más, pero cuando la puerta no se movió, el miedo que sintió fue

incluso más intenso que antes. Agitó el picaporte y trató de gritar a través de la puerta:

—¿Hola? ¿Estás ahí fuera?

Incluso a sus propios oídos, el grito sonó ahogado. Nadie al otro lado de la puerta podría haberla oído, y fue una estupidez hacerlo. Debería haber vuelto al sótano y arriesgarse a buscar otra escalera. ¿Por qué había ido hasta la planta baja? ¿En qué estaba pensando?

Le dolían las sienes aún, y sus ojos estaban nublados con electricidad estática.

—¡Ayúdame, por favor, sácame de aquí!

Golpeó la puerta con la culata del rifle, lo que provocó un tremendo alboroto.

Segundos después, otro golpe la respondió desde el otro lado.

—¿Qué cojones te pasa? ¡Deberías haber salido! —acusó la voz.

—Qué me vas a contar —gruñó Briar, aliviada por oír la voz, aunque no sabía si quería ayudarla o matarla en cuanto la viera. Fuera quien fuera, se había tomado la molestia de ponerse en contacto con ella, y eso ya era algo, ¿no?

—¡Sácame de aquí! —gritó.

—¡Apártate de la puerta!

Briar ya había aprendido la lección, de modo que actuó rápidamente esta vez, rodeando el mostrador del hotel y escondiéndose tras él. Un nuevo estallido, tan escandaloso como el primero, hizo que la puerta delantera se doblara hacia dentro, pero no se rompió. Un segundo embate hizo saltar los goznes, y un tercero arrancó al fin la puerta de su marco.

Un hombre enorme pasó a través de ella, y se detuvo.

—Tú. —Apuntó a Briar, y se interrumpió antes de continuar—: Eres una mujer.

—Muy bien —dijo Briar, saliendo de debajo del mostrador.

—Bien. Ven conmigo, y rápido. Empezarán a recuperarse en menos de un minuto.

El hombre de la voz metálica hablaba a través de un casco que daba a su rostro la forma de la cabeza de un caballo mezclada con un calamar. La máscara terminaba en un amplificador por delante, y se dividía en dos filtros redondos que apuntaban hacia fuera, a ambos lados de su nariz. El artefacto parecía muy pesado, pero lo cierto es que podía decirse lo mismo del hombre que lo lucía.

No era un hombre grueso, pero era tan ancho como el umbral de la puerta que acababa de arrasar, aunque a provocar ese efecto contribuía su armadura. Sus hombros estaban cubiertos de placas metálicas, y un cuello alto y circular se elevaba tras su nuca para unirse al casco. En las articulaciones de codos y muñecas, la armadura dejaba entrever una malla improvisada. A lo largo del torso, gruesas tiras de cuero sostenían toda la estructura firmemente.

Era como si alguien hubiera cogido el torso de una armadura y la hubiera convertido en una chaqueta.

—Señora, no tenemos todo el día —le dijo.

Briar iba a decir que aún no era de noche, pero estaba sin resuello, y preocupada, y sentía una irracional alegría por la presencia de este extraño caballero andante.

—Voy —dijo. Se tambaleó y golpeó el brazo del hombre. Después recuperó el equilibrio.

El hombre no la cogió para ayudarla, pero tampoco la apartó de sí. Tan solo se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

Briar lo siguió.

—¿Qué era esa cosa? —preguntó.

—Las preguntas después. Mira por dónde andas.

La calle y las aceras estaban repletas de los cuerpos entrelazados, dolientes y quejumbrosos de los podridos. Al principio, Briar tuvo cuidado de no pisarlos, pero su escolta la estaba dejando atrás, de modo que echó a andar sin preocuparse de qué pisaba y qué no. Sus botas rompieron brazos y partieron cajas torácicas. Su tacón aterrizó demasiado cerca del rostro de una mujer muerta y arañó su cráneo, arrancando un pedazo de endeble piel y dejándolo tendido sobre la calle.

—Espera —rogó.

—No podemos. Míralos —dijo el otro, señalando a los temblorosos podridos.

Briar pensó que era una orden ridícula. No podía dejar de mirarlos; estaban por todas partes, bajo sus pies, encorvados junto a la acera o los muros, con las lenguas fuera y los ojos desorbitados.

Pero creyó entender lo que quería decirle el hombre de la armadura. Sus miembros comenzaban a moverse de nuevo. Sus manos se agitaban con mayor vigor, y parecían movimientos más deliberados. Sus pies se retorcían, tratando de ponerse en pie. Cada segundo que pasaba, recuperaban su débil intelecto, o al menos la voluntad necesaria para ponerse en movimiento de nuevo.

—Por aquí. ¡Rápido!

—¡Lo estoy intentando!

—Eso no basta. —El hombre extendió una mano y tomó la muñeca de Briar. Tiró de ella hacia delante, haciéndola saltar casi sin esfuerzo sobre otro montón de podridos.

Una de esas horribles cosas alzó una mano y trató de atrapar el tobillo de Briar.

Ella pateó el frágil brazo, pero erró, porque el hombre de la máscara aferró su muñeca con mayor fuerza y tiró de nuevo hacia sí, pasando junto a un montón de cuerpos, uno de los cuales estaba casi incorporándose, gimiendo y tratando de ponerse en pie.

—Vale, a partir de aquí es todo recto —dijo el hombre.

—¿Hacia dónde?

—Bajo tierra. Date prisa. Por aquí.

Señaló una estructura de fachada de piedra adornada con estatuas fúnebres de búhos. Una leyenda en la puerta principal declaraba que el lugar había sido en otro tiempo un banco. La puerta principal estaba cerrada y tapada con los restos de cajas de almacenaje de madera, y las ventanas estaban cubiertas con barrotes.

—¿Cómo…?

—Quédate cerca de mí. Hacia arriba, y después abajo.

A los costados del edificio no había escaleras de incendio, pero cuando Briar miró hacia arriba, vio un desvencijado balcón.

El hombre de la armadura sacó de su cinto un martillo con punta en gancho de aspecto francamente horrible y lo tiró hacia arriba. Tenía una larga cuerda atada, y cuando el gancho quedó anclado en algún lugar, más arriba, el hombre tiró de la cuerda y se extendió sonoramente una escalera, semejante a un puente levadizo que se desplegara para permitir la entrada a un castillo medieval.

El hombre tomó el peldaño inferior y trató de evitar que subiera de nuevo. Estaba a la altura de la cintura de Briar.

—Arriba.

Briar asintió y se echó el rifle a la espalda, liberando ambos brazos para trepar.

Pero no ascendió con la suficiente velocidad, dado que el hombre le colocó una pesada mano en el trasero. El impulso adicional sirvió para que Briar entrelazara las dos manos y los dos pies a la estructura, de modo que consideró que no sería apropiado protestar por el gesto, quizá poco caballeresco.

El peso de su cuerpo, como si fuera un péndulo, logró que la escalera quedara en posición flotante y fija sobre la calle. Cuando el peso del hombre se unió al de Briar, la estructura entera se quejó y crujió, pero se mantuvo firme. Los peldaños plegables no deseaban sostener sus pesos combinados, y dejaron claro su desagrado cada vez que uno de ellos subía un nuevo tramo.

Briar ascendió, y las escaleras se rizaban bajo sus pies, meciéndose como un balancín; el otro la seguía de cerca.

Le golpeó en la bota para atraer su atención.

—Aquí. El segundo piso. No rompas la ventana. Es extraíble.

Briar asintió y saltó de la escalera al balcón. La ventana tenía barrotes, pero no estaba tapada con maderos. En la parte inferior, había un picaporte de madera. Tiró de él, y la ventana salió de su marco.

El hombre la siguió hasta el balcón, y la escalera se recogió tras él. Al perder el contrapeso, los muelles que mantenían los peldaños extendidos se destensaron y retrajeron, de modo que la parte inferior de la escalera quedó bien lejos del alcance de incluso los podridos más altos y los de brazos más largos.

Briar agachó la cabeza, se puso de costado y entró por la ventana.

El hombre de la armadura hizo lo mismo. Ahora parecía más tranquilo; una vez se

vio lejos de los podridos y a salvo en el interior del viejo banco, se relajó y se tomó un tiempo en comprobar que su armadura estaba en orden.

Estiró los brazos y torció el cuello de lado a lado. La cuerda del martillo con punta de gancho tenía que rebobinarse, de modo que la retorció entre la palma de la mano y el codo hasta recogerla, y después colocó el artefacto de nuevo en su cinto. Echó la mano a una pistolera que llevaba al hombro y cogió un dispositivo alargado, una especie de tubo más largo que su muslo. Parecía un arma enorme, pero el gatillo era una placa de bronce, y había una rejilla a lo largo del tambor no muy distinta de la de su máscara.

Briar preguntó:

—¿Es eso lo que hizo tanto ruido? ¿Lo que aturdió a los podridos?

—Así es, señora —dijo él—. Te presento el Deslumbrante Aturdidor del doctor Minnericht, o Daisy para los amigos. Es un cacharro estupendo, y me llena de orgullo ser su propietario, pero tiene unos límites.

—¿Tres minutos?

—Más o menos, sí. La fuente de alimentación está en la parte posterior. —Señaló la culata, cubierta de diminutos conductos de cobre y tubos de cristal—. Se tarda una eternidad en volver a cargarlo.

—¿Una eternidad?

—Bueno, un cuarto de hora. Depende.

—¿De qué?

—De la electricidad estática. No me pidas más detalles, porque no los conozco.

Briar contempló con educada admiración el artefacto.

—Nunca había visto nada parecido. ¿Quién es el doctor Minnericht?

—Es un capullo, pero a veces puede resultar útil. Ahora me toca a mí preguntar: ¿quién eres y qué estás haciendo en nuestra hermosa y asquerosa ciudad?

—Estoy buscando a mi hijo —dijo Briar, evitando la primera parte de la pregunta—. Creo que vino ayer por los viejos túneles de desagüe.

—Los túneles están cerrados —dijo él.

—Ahora sí. Por el terremoto. —Briar se apoyó en el alfeizar y se sentó, demasiado agotada para dar más detalles—. Lo siento —dijo, y lo dijo sinceramente, por muchos motivos—. Yo… sabía lo que había aquí dentro, pero…

—Sí, es ese «pero» el que te matará si no tienes cuidado. Así que estás buscando a tu hijo. —La miró de arriba abajo—. ¿Cuántos años tienes? —preguntó directamente, dado que no podía ver bien su rostro bajo la máscara.

—Bastantes para tener un hijo tan idiota como para venir aquí —dijo Briar—. Tiene quince años. ¿Lo has visto?

—Tiene quince años… ¿es esa la mejor descripción que puedes dar de él?

—¿Cuántos muchachos de quince años puede haber en este lugar?

El hombre se encogió de hombros.

—Te sorprenderías. Viene mucha gente de las Afueras, a robar o hacer trueques, o a aprender cómo procesar la Plaga para sacar jugo. Claro que la mayoría de ellos no vive mucho.

Incluso a través del visor, el hombre vio cómo los ojos de Briar se entrecerraron.

Añadió rápidamente:

—No digo que tu chico no lo consiguiera. ¿Llegó aquí ayer?

—Ayer.

—Bueno, si ha sobrevivido hasta ahora, puede que esté bien. No lo he visto, pero eso no quiere decir que no esté por aquí. ¿Cómo has entrado?

—Vine en una aeronave.

—¿Con quién?

—Escucha. —Briar lo hizo callar con un ademán de la mano—. ¿Podemos hablar? ¿Podemos hacer esto en otro sitio? Tengo que quitarme la máscara. Por favor —rogó—, ¿hay algún sitio donde pueda respirar? Aquí no puedo.

El hombre rodeó el rostro de Briar con las manos y examinó su máscara.

—Es un modelo muy viejo. Un buen modelo, pero los filtros se están gastando, por bueno que sea. Bien, vamos abajo. Tenemos un habitáculo sellado aquí en el banco, y un túnel que lleva a las rutas subterráneas.

El hombre la guió escaleras abajo, sin sostener su mano ni tirando de ella, sino esperándola cuando se quedaba atrás.

A la entrada del vestíbulo principal, no había ninguna ventana que permitiera que entrara la luz, pero sí una linterna de aceite en el suelo, junto a la puerta. El hombre la cogió, la encendió y la sostuvo en alto para iluminar el camino al sótano.

Mientras Briar contemplaba su enorme espalda atravesar los pasillos y descender las escaleras, le dijo:

—Gracias. Debería haberlo dicho antes, pero gracias por ayudarme.

—Solo hacía mi trabajo —dijo el otro.

—¿Así que formas parte del comité de bienvenida?

El hombre negó con la cabeza.

—No, pero tengo los ojos abiertos y suelo toparme con recién llegados como tú, que montan un buen escándalo. La mayoría de los niños entran sin problemas y mantienen la boca cerrada. Pero cuando oigo disparos y cosas rompiéndose, voy a echar un vistazo. —La llama de la linterna vaciló, de modo que la agitó para reavivarla—. A veces es alguien a quien no queremos aquí dentro. A veces es una mujercita con un arma bien grande. Cada día es distinto.

En el primer piso había una puerta rota cuyos pedazos habían sido unidos y sellados con pez, además de pedazos de cuero tratado en las grietas.

—Bien. Cuando abra la puerta, entra rápidamente. —Le entregó la linterna—.

Estaré justo detrás de ti. Tendremos que intentar mantener la puerta cerrada el mayor tiempo posible, ¿entiendes?

—Sí —dijo Briar, y cogió la linterna.

El hombre sacó de un bolsillo del pantalón un aro con una docena de llaves de hierro negro. Cogió una y la metió a través de un sello de caucho en el que Briar nunca habría creído que hubiera un cerrojo; sin embargo, cuando giró la llave, un mecanismo hizo clic, y la puerta se soltó cuando dobló el codo.

—A la de tres. Uno, dos… tres. —Tiró de la puerta, que se abrió hacia fuera.

Briar entró de costado; adentro reinaba la oscuridad, y, como había prometido, el hombre de la armadura la siguió de inmediato, y después cerró la puerta con cerrojo tras ellos.

—Un poco más —dijo.

Cogió la linterna de nuevo y siguió adelante, apartando tiras de cuero y caucho que colgaban del techo, y a través de un nuevo pasillo. El pasillo terminaba en una puerta de aspecto extraño que parecía más una barrera de trapos que una verdadera barricada. Tenía las mismas tiras tratadas alrededor de los bordes para crear el mismo efecto de sellado que el resto de puertas, pero esta era porosa.

Briar acercó el oído a la puerta y oyó aire silbando al otro lado.

—Cuidado. Igual que antes, entra rápidamente. Uno… dos… tres.

Esta vez no tuvo que manipular ningún cerrojo. La puerta se deslizó de costado sobre un raíl, ocultándose en el muro con un quejido silbante.

Briar saltó al otro lado, donde algunas velas moribundas iluminaban tenuemente la estancia, sobre una mesa. Alrededor de la mesa había seis sillas vacías, y tras ellas había más cajas, más velas y otro pasillo con las mismas cortinas de cuero tratadas.

El hombre forcejeó con la puerta y finalmente la hizo encajar de nuevo en su posición inicial.

Se dirigió al otro extremo de la sala, donde comenzó a quitarse la armadura.

—No te quites la máscara aún. Espera un minuto —dijo—. Pero ponte cómoda. —Las placas de sus brazos resonaron cuando las retiró y las dejó sobre la mesa. Su arma tubular, Daisy, también resonó pesadamente cuando la dejó junto al resto de la armadura.

—¿Tienes sed? —preguntó.

—Sí —dijo Briar, en un susurro seco.

—Tenemos agua aquí abajo. No sabe demasiado bien, pero es agua. También tenemos mucha cerveza. ¿Te gusta la cerveza?

—Claro.

—Ya puedes quitarte la máscara, si quieres. Puede que sea una estupidez, o pura superstición, pero no me gusta quitarme la mía hasta que la puerta lleva cerrada al menos un minuto. —Fue hacia una de las cajas, cuya leyenda decía «Vajilla de

barro», y sacó una jarra. En una esquina de la estancia había un grueso barril marrón. Quitó la tapa y llenó la jarra de agua.

La dejó ante Briar, en la mesa.

Briar contempló el agua con avidez, pero el hombre aún no se había quitado la máscara, y no quería ser la primera en hacerlo.

El hombre entendió, y se desabrochó las tiras de la máscara, que cayó hasta su pecho, descubriendo un rostro amplio y un tanto inexpresivo. Era un rostro inteligente, de pobladas cejas pardas y nariz chata, y labios gruesos algo hundidos.

—Ya está —dijo el hombre—. No soy más guapo, pero sí algo más pequeño.

Sin la ayuda de la máscara mecánica, su voz seguía siendo profunda, pero perfectamente humana.

—Jeremiah Swakhammer, a tu servicio. Bienvenida al submundo.

Capítulo 12

Rudy avanzaba a zancadas ladeadas, caminando más rápido de lo que parecía. Zeke, jadeando a través de la opresiva y hedionda máscara, trataba de mantener su ritmo; le costaba hacer entrar el aire a través de filtros, que estaban atascados desde la primera vez que entró en la ciudad, y libraba un silencioso combate entre su rostro y el inquebrantable sello que lo rodeaba, que lo hería y lo irritaba.

—Espera —jadeó.

—No —respondió Rudy—. No hay tiempo que perder.

Siguió adelante. Tras ellos, Zeke estaba seguro de haber oído una nueva conmoción, ahogada por la distancia, producto quizá de la rabia, o de la tristeza. Oía la disonancia de consonantes y vocales extrañas, y los gritos y aullidos de otros hombres, que parecían dar la razón a los primeros.

Zeke sabía que los habían descubierto, o al menos que habían descubierto lo que hizo Rudy. Pero Zeke no había hecho nada malo. Las reglas eran distintas aquí después de todo. Y todo vale en la guerra y en defensa propia, ¿no?

Sin embargo, en su mente un hombre con gafas sangraba, sin comprender nada, y después estaba muerto, sin ningún motivo, al igual que no existía ningún motivo para que hubiera estado vivo antes.

Los túneles parecían ahora más serpenteantes, y la oscuridad más opresiva. Su guía le provocaba cada vez mayores sospechas. Incluso deseó que la princesa regresara, fuera quien fuera. Quizá lograría que le diera respuestas a un par de preguntas. Quizá no le lanzaría cuchillos. Quizá no estaba muerta.

Zeke esperaba que no estuviera muerta.

Pero Zeke aún podía oír, cuando pensaba en ello, el abrumador rugido del techo y los muros doblándose sobre sí mismos y llenando el espacio que había entre ellos, y se preguntó si la princesa habría logrado escapar. Se consoló a sí mismo recordando que era vieja, y que para llegar a viejo hace falta ser inteligente y duro de pelar. Sintió un extraño pesar, aunque no pudo determinar el motivo, mientras seguía al tambaleante hombre que caminaba por delante de él.

Rudy se giró y dijo:

—¿Vienes o no?

—Voy.

—Entonces, quédate bien pegado a mí. No puedo cargar contigo, y estoy sangrando otra vez. No puedo hacerlo todo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Zeke, y odió cómo sonaron sus palabras al otro lado de la máscara, casi lastimeras.

—De vuelta, como antes. Abajo, y después arriba.

—¿Aún vamos colina arriba? ¿Aún vas a llevarme a Denny Hill?

—Es lo que te había dicho, y lo haré. Pero no hay ningún camino en línea recta entre dos puntos en esta ciudad, y siento mucho que el viaje no esté siendo exactamente plácido. Perdóname, joder. No entraba en mis planes que me acuchillaran. Los planes cambian, chaval. A veces hay que improvisar. Esta es una de esas veces.

—¿Lo es?

—Sí. Por aquí —dijo Rudy, deteniéndose bajo un tragaluz y señalando un montón de cajas sostenidas precariamente por una escalera. Allí donde la escalera terminaba contra el techo, había una puerta circular—. Vamos hacia arriba. Y te lo aviso, puede que no sea muy agradable.

—Vale —dijo Zeke, aunque la idea no le agradaba en absoluto. Le costaba respirar, cada vez más, porque no podía detenerse a recuperar el aliento, y no había ningún sitio donde descansar.

—¿Recuerdas lo que te dije de los podridos?

—Lo recuerdo. —Zeke asintió, aunque Rudy le daba la espalda, y no pudo verlo.

—Por horribles que sean en tu mente —dijo Rudy—, son mucho peores en la realidad. Ahora, escucha. —Se dio media vuelta y gesticuló con un dedo ante el rostro de Zeke—. Esas cosas se mueven muy rápido, más de lo que creerías posible al verlos. Pueden correr, y pueden morder. Y todo lo que muerden tiene que ser cortado o te mueres. ¿Lo entiendes?

—La verdad es que no —confesó Zeke.

—Pues tienes un minuto y medio para hacerlo, porque vamos a subir ahí arriba antes de que esos cabrones de ojos rasgados acaben con nosotros. Estas son las reglas: no te separes de mí, no abras la boca, y si nos ven, trepa como si fueras un puto mono.

—¿Que trepe?

—Ya me has oído. Trepa. Si los podridos tienen un buen motivo, pueden trepar una escalera, pero no muy bien, y no demasiado rápido. Si puedes alcanzar un alfeizar o una salida de emergencia, o incluso una cornisa de hormigón… hazlo. Trepa.

El estómago de Zeke empezaba a revolverse.

—¿Y si nos separan?

—Entonces nos separamos, y tendrás que ocuparte de ti mismo. Es duro, chaval, pero así es: si me atrapan, no vuelvas a por mí. Si te atrapan, no pienso volver a por ti. La vida es dura. Y morir es muy fácil.

—Pero ¿y si solo nos separan?

—Si nos separan, tienes que seguir subiendo. Si consigues llegar a un tejado, llama su atención, y, si puedo, iré a buscarte. Lo más importante es que no te separes de mí. No podré protegerte si echas a correr como una niña.

—No voy a huir como una niña —dijo Zeke.

—Me alegro —dijo Rudy.

Por el pasillo de atrás, los sonidos empezaban a ser más audibles, y parecían estar acercándose. Si escuchaba con atención, Zeke podía distinguir una o dos voces individuales, enrabietadas y al parecer dispuestas a todo por vengarse. Zeke sentía náuseas, tanto por haber visto a un hombre morir como por saber que él mismo había sido responsable en parte, aunque tan solo se había quedado mirando sin saber qué hacer. Cuanto más pensaba en ello, peor se sentía; y cuanto más pensaba en la ciudad por encima de su cabeza, repleta de manadas de no muertos, peor se sentía también con respecto a eso.

Pero estaba metido en esta situación, y bien metido. No podía volver atrás, al menos aún no. A decir verdad, ya no tenía ni idea de dónde estaba, y no podría haber salido de la ciudad por sí mismo aunque hubiera querido hacerlo.

De modo que, cuando la compuerta sellada se abrió con un sonoro susurro, siguió a Rudy arriba, hacia una calle que era tan desolada e inhóspita como el túnel que se ocultaba bajo sus cimientos.

Ezekiel hizo exactamente lo que Rudy le había pedido.

No se separó de él, y guardó silencio. Casi le resultó sencillo; el silencio reinante en la calle era tan abrumador que resultaba más fácil respetarlo que romperlo. De cuando en cuando un par de alas cruzaba el cielo, por encima de la Plaga que lo cubría todo. Zeke se preguntó cómo lo hacían, cómo sobrevivían, respirando el aire envenenado como si fuera un día soleado en mitad de la primavera.

Pero no tuvo oportunidad de preguntarlo.

En lugar de eso, prácticamente se pegó al hombre herido que lo guiaba, e imitó cada uno de sus movimientos. Cuando Rudy apoyaba la espalda en un muro y se desplazaba de ese modo, Zeke hacía lo mismo. Cuando Rudy aguantaba la respiración y escuchaba, Zeke hacía lo mismo, ahogándose en el interior de la máscara y tratando de aferrarse a cada pequeña molécula de oxígeno. Cuando lo agotó, esperó a conseguir algo más, y entonces vio estrellas parpadeando en su visor, y respiró porque tuvo que hacerlo.

No podía ver más de unos metros en cualquier dirección. La Plaga era muy densa, y de un color a mitad de camino entre la mierda y los girasoles. No era exactamente una niebla, sino una especie de pariente tóxico de la niebla, y bloqueaba su visión con tanta eficacia como una nube de bruma ordinaria.

Alrededor de los bordes de las ropas de Zeke, en sus muñecas, en las que los guantes no llegaban a unirse a las mangas, y en el cuello, que no ocultaba por completo su abrigo, empezaba a sentir picores. Le costó combatir la necesidad de rascarse, pero cuando Rudy lo sorprendió frotándose con los nudillos por las muñecas, negó con la cabeza y susurró:

—No lo hagas. Empeorarás las cosas.

Los edificios eran estructuras informes apiladas en distintas alturas, y sus ventanas y puertas estaban rotas o tapadas y reforzadas. Zeke supuso que los primeros pisos tapados con maderos indicaban lugares seguros, más o menos, y que, de ser necesario, quizá pudiera refugiarse en el interior si lograba entrar. Aunque parecía más fácil especular al respecto que hacerlo. Vio escaleras de emergencia aquí y allá, grandes estructuras de barrotes metálicos que parecían frágiles como una vajilla de porcelana, y se le ocurrió que quizá podría trepar hasta ellas si tenía que hacerlo. Pero ¿qué haría después? ¿Podría romper una ventana y entrar de ese modo?

Rudy había dicho que habría luces, repartidas a lo largo de la calle.

Y aquí estaba Zeke, ya buscando maneras de perderlo de vista.

Le sorprendió comprender que estaba haciendo precisamente eso. No conocía a nadie más en la ciudad, y solo había visto a otras dos personas, a una de las cuales Rudy había asesinado sin contemplaciones. Y la otra había tratado de asesinarlo a él. De modo que, si Zeke estaba intentando concederle a alguien el beneficio de la duda, suponía que una probabilidad del cincuenta por ciento de llevarse un disparo era una excusa bastante buena para hacer algo al respecto. Pero eso no hizo que se sintiera mejor.

Mientras seguía de cerca a Rudy, se preguntó de nuevo acerca del asiático. Los contenidos de su estómago amenazaron con buscar una ruta de escape.

No. No podía. No tras la máscara. No cuando no podía quitársela sin morir. Olvídalo.

Obligó a su vientre a tranquilizarse, y lo hizo.

Rudy seguía adelante, con la espalda encorvada y los hombros doloridos. Se apoyaba en el bastón, al que, como sabía ahora Zeke, solo le quedaban ya dos disparos. ¿Y de qué servían dos disparos contra una manada de podridos?

Como si supieran que estaba pensando en ellos, Zeke oyó de inmediato un lamento apagado.

Rudy se quedó inmóvil. Zeke lo imitó.

La cabeza de Rudy se giró de izquierda a derecha, de arriba abajo, buscando una ruta de escape obvia.

«¿Podridos?», dijo Zeke sin llegar a pronunciar la palabra, tan solo formándola con los labios. Rudy no podía ver el gesto, de modo que no respondió.

Otro lamento se unió al primero, como si se sumara una interrogación a una conversación. Tenía un timbre distinto y parecía más áspero, como si la boca que lo produjo no estuviera ya completa. Después de los lamentos se oyeron las pisadas, cuidadosas, lentas y tan peligrosamente próximas que Zeke sintió un temor que le oprimió el pecho.

Rudy giró sobre sí mismo y cogió la máscara de Zeke, acercándola a la suya y

susurrando en voz tan baja como pudo:

—Este camino. —Gesticuló con la mano indicando la intersección más cercana, y señaló hacia la derecha—. Varias manzanas. Gran torre, edificio blanco. Sube al segundo piso. Rompe lo que haga falta.

Rudy cerró los ojos por un segundo y después los abrió de nuevo.

—Corre —añadió.

Zeke no sabía si sería capaz de correr. Sentía una enorme presión en el pecho, como si lo tuviera fuertemente vendado, y le parecía como si llevara una cuerda atada al cuello. Miró hacia la ruta que Rudy le indicaba, y no vio nada más que una leve inclinación, que sin duda se alejaba aún más de la colina que en teoría era su destino.

Hojeó en su mente varios planos, que le confirmaron que esa era, ciertamente, la dirección equivocada. Pero ¿podría huir colina arriba? ¿Adónde podría huir, si no a esa torre de la que Rudy le había hablado?

El pánico comenzaba a asfixiarlo, a cegarlo, pero eso no importaba ya. Los quejidos, los lamentos y las pisadas estaban cada vez más cerca, y Zeke sabía que pronto, muy pronto, estarían junto a ellos.

Rudy echó a correr en primer lugar. A pesar de su cadera herida, podía correr, aunque no en silencio.

Cuando sus pies resonaron en el suelo, los lamentos aumentaron en intensidad, y en algún sitio en las profundidades de la niebla varios cuerpos comenzaron a organizarse. Empezaban a reunirse. Para la caza.

Zeke jadeó, tratando de acumular el suficiente aire para tranquilizarse. Se preparó para la carrera colina abajo y echó un último vistazo por encima del hombro. Al no ver nada más que la enfermiza nube amarillenta, hizo acopio de fuerzas. Y echó a correr.

Las calles bajo sus pies eran desiguales y estaban agrietadas, a causa del terremoto o tan solo por el tiempo y el desgaste. Tropezó y recuperó el equilibrio, se tambaleó y se puso rápidamente en pie con ayuda de las manos, que se llenaron de heridas y rozaduras, pero que funcionaban a la perfección, como las patas de una araña. Se puso en pie, y siguió corriendo.

Tras él, entre la niebla, podía oír cómo sus perseguidores se acercaban.

No miró atrás. Se concentró en la silueta encorvada de Rudy, que seguía adelante, ganando velocidad, aunque Zeke no sabía cómo era posible. Quizá estaba más acostumbrado a llevar las asfixiantes máscaras, o quizá no estaba tan lisiado como parecía. Fuera como fuera, estaba acercándose al edificio blanco que sobresalía, repentinamente, entre el turbio aire.

La niebla rompía contra el bloque como las olas, como si el edificio fuera un acantilado golpeado por la marea.

En cuanto Zeke pudo verlo, estaba ya casi encima, y eso era un problema. No

tenía ni idea de cómo llegar al segundo piso. No vio escaleras de incendios, ni otro modo de ascender. Solo vio la entrada principal, unas enormes puertas bañadas en bronce cruzadas por grandes maderos y cadenas de hierro.

La inercia que llevaba era incontrolable, hasta que golpeó con las manos la estructura y se detuvo por las duras. La fuerza del choque hirió aún más sus abatidas manos, pero las usó para tantear las ventanas tapadas y sus intrincados marcos, cuya manufactura no estaba cubierta de maderas o rejas metálicas.

Mirando en torno suyo, no vio ni rastro de su guía.

—¡Rudy! —gimió, demasiado asustado para gritar y demasiado asustado para guardar silencio.

—¡Aquí! —gritó Rudy desde algún lugar que Zeke no pudo ubicar.

—¿Dónde?

—Aquí —dijo Rudy de nuevo, en voz más alta, porque estaba al lado mismo de Zeke—. Al otro lado, vamos. Date prisa, se están acercando.

—Los oigo. Vienen de…

—De todas partes —dijo Rudy—. Así es. ¿Notas esto? —Cogió la mano de Zeke y tiró de ella hacia una cornisa a la altura de su torso.

—Sí.

—Arriba. —Echó el bastón por encima de la cornisa y saltó tras él, tras lo cual comenzó a trepar por una escalera improvisada. Zeke logró verla, cuando supo dónde mirar: estaba hecha de maderos y barrotes insertados directamente en el muro de piedra.

Pero a esas alturas a Zeke ya no le resultaba tan sencillo trepar. Era más bajo que Rudy, y menos fuerte; además, le costaba respirar, y la mezcla del olor del caucho con el del cuero no facilitaba las cosas.

Rudy retrocedió y tomó el brazo de Zeke, alzándolo sobre la cornisa y girando al muchacho para que llegara a la escala incrustada en el muro.

—¿Puedes trepar rápido? —preguntó.

La única respuesta de Zeke fue echar a escalar como si fuera un lagarto. En cuanto supo dónde estaban los asideros, confió en que aguantaran, puesto que no había tiempo para comprobarlos uno a uno. Asentó los pies en los maderos, rodeó los barrotes con las manos y subió. Rudy lo seguía, algo más lentamente. Aunque parecía cómodo en esa postura encorvada, el ascenso no le hacía ningún bien a su cadera, y gruñía y gemía a cada paso.

—Espera —jadeó, pero Zeke no veía motivos para ello. Vio una ventana con un pequeño balcón que parecía bastante prometedor.

—¿Es ahí por donde tenemos que ir?

—¿Qué? —Rudy inclinó la cabeza hacia arriba, y su sombrero estuvo a punto de caer.

—Esta ventana. ¿Es…?

—Sí, es por ahí. Adelante, yo te sigo.

Una barra, semejante al asa de la puerta de un horno, cruzaba la ventana; parecía el lugar más lógico para aferrarse. Zeke la tomó y tiró de ella; la barra crujió y se movió, pero no lo bastante. Tiró de ella de nuevo, y la ventana salió de su marco, con tanta fuerza que estuvo a punto de hacer caer a Zeke balcón abajo.

—Con cuidado, niño —le advirtió Rudy. Sus manos alcanzaron el balcón, y descansó mientras Zeke se las apañaba con la ventana.

Abajo, las calles estaban ahora más sombrías, no a causa de la oscuridad, sino de los quejumbrosos cuerpos que se acumulaban como si formaran parte de un espeso guiso. Cuando Zeke miró hacia abajo, no pudo distinguir a ningún podrido por separado, pero sí una mano aquí, una cabeza allá. El aire sucio los cubría con su manto.

—No les prestes atención —dijo Rudy—. Entra para que podamos quitarnos estas putas máscaras. Si no me la quito ahora mismo voy a pegarme un tiro.

Zeke no podía estar más de acuerdo. Levantó una pierna y la pasó al otro lado, al interior del edificio de muros blancos. La siguió la otra pierna, y pronto estuvo dentro.

Rudy lo siguió, dejándose caer al suelo y rodando sobre sí mismo. Permaneció tendido sobre la espalda un segundo, respirando con mayor vigor del que le permitía la máscara.

—Cierra la ventana, niño. Estás dejando entrar la Plaga.

—Ah, sí. —Zeke cerró de nuevo la ventana. Era más difícil que abrirla, puesto que por dentro había tiras enceradas de un rígido tejido dispuestas a lo largo de los bordes para formar un sello. Sin embargo, logró cerrarla, y la ventana ocupó su primera posición—. ¿Puedo quitarme la máscara ya?

—No, todavía no. No en este piso, a menos que quieras ponerte enfermo en un segundo. Vamos abajo. Podrás quitarte la máscara allí, y encontraremos la manera de regresar a los túneles.

—¿A los túneles? ¿Y después colina arriba? —preguntó Zeke, consciente de que le estaba pidiendo a Rudy que mintiera; no le importaba. Solo quería recordarle su promesa, aunque su guía no tuviera la menor intención de cumplirla.

—Sí, claro. Podremos llegar desde aquí. Pero no si subimos más. Esta maldita torre está demasiado lejos de todo, así que no hay puentes o pasarelas que la conecten a ningún otro edificio. Y aunque los hubiera, tendríamos que seguir llevando estas cosas.

Zeke toqueteó las hebillas de su máscara y rascó la piel irritada que había debajo.

—Quiero quitármela ya.

—Entonces, vamos abajo. Si puedo encontrar las putas escaleras —dijo Rudy,

incorporándose y frotándose los costados de su máscara, igual que Zeke.

—¿Si puedes encontrarlas?

—Hacía mucho tiempo que no venía por aquí, eso es todo. —Alzó el bastón y lo usó para ponerse en pie. Se tambaleó, de un lado a otro, y por fin se irguió.

Zeke contempló lo que lo rodeaba. La habitación en la que se encontraban tenía ventanas sin maderos y un aire algo menos enrarecido que afuera. Desperdigadas por la sala había fantasmagóricas siluetas que resultaron ser muebles cubiertos de telas. Zeke levantó una de las telas, descubriendo el brazo de un sillón. Más allá, creyó ver un sofá y una mesa, igualmente cubiertos. Cuando alzó la vista, vio una lámpara de araña, sin duda hermosa, pero a la que le faltaban los cristales que debían adornarla.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Estamos en… —Rudy giró sobre sí mismo e inspeccionó los alrededores—. ¿En la habitación de alguien? O quizá lo fue en el pasado. No lo sé. Pero estamos en la torre Smith, eso está claro.

—¿Por qué se llama así?

—Porque la construyó un tío que se llamaba Smith —respondió Rudy, simplemente—. ¿Sabes lo que es una máquina de escribir?

—Sí —respondió Zeke—. Puede.

—Vale. ¿Has oído hablar de Smith Corona?

—Claro. Son armas.

—No, eso es Smith and Wesson. Esta torre fue construida con el dinero obtenido gracias a las máquinas de escribir. Mira dónde pisas, chaval. Algunas partes del suelo aún no están terminadas, y no hay barandillas en las escaleras. Cuando llegó la Plaga, no habían terminado de construir este sitio. En general es bastante sólido, pero hay que tener un poco de cuidado.

—¿Es muy alta?

—¿La torre? Sí, bastante. Es el edificio más alto en millas a la redonda, aunque los dos últimos pisos no están terminados.

—Quiero ir arriba —dijo Zeke—. Quiero mirar la ciudad desde allí. —Pero no añadió: «Para saber dónde estamos y cuántas mentiras me has estado contando».

Los ojos de Rudy se entrecerraron tras las lentes.

—¿No querías ver la colina?

—Sí, quiero verla. Quiero verla desde allí arriba. ¿Los otros pisos están sellados?

—La mayoría sí —admitió Rudy—. Este es el único que no, porque es por el que entra todo el mundo. Si subes o bajas, puedes quitarte la máscara, pero si subes hasta el último piso tendrás que volver a ponértela. Las aeronaves suelen atracar aquí, y el muelle no es un lugar sellado. Y son muchas escaleras, niño. ¿Seguro que quieres subir?

—¿Crees que podrás seguirme? —dijo Zeke, desafiando a Rudy. Quería poner a

prueba a su guía, y quizá cansarlo un poco, si podía. Ya tenía bien claro que quizá tuviera que echar a correr, y, si llegaba a ser necesario, correr más rápido que Rudy. Tendría que mantenerse bien alejado de ese bastón.

—Podré —dijo Rudy—. Sal al vestíbulo principal. Debería haber una linterna por ahí. —Le tiró una caja de cerillas y dijo—: Enciéndela.

Zeke encontró la linterna y la encendió. Rudy siguió a Zeke hacia el vestíbulo.

—¿Ves esa cortina de allí? —preguntó.

—¿La negra?

—Sí, esa. Es un sello. Seda cubierta de alquitrán. Hay una barra abajo que sirve para mantenerla estable. Sácala hacia fuera, y podremos mover la cortina. —Se apoyó en el bastón y aguardó mientras Zeke hacía lo que le había ordenado. Después, dijo—: Ahora pasa rápido. Estoy detrás de ti. —Y lo estaba.

Zeke colocó la barra en su posición original, y se encontraron sumidos en una oscuridad solo rota por la luz de la linterna.

—Bajemos, y podremos quitarnos las máscaras.

—¿Podemos respirar aquí?

—Es posible, pero no pienso arriesgarme. Si puedo, prefiero tener un par de sellos entre la Plaga y yo. —Rudy cogió la linterna y siguió el pasillo hasta su fin. Después, pasó de costado entre otro grupo de telas protectoras. Tras unos segundos, Zeke solo podía ver su mano izquierda, la que sostenía el bastón. Rudy extendió el dedo y lo torció, para indicar que lo siguiera.

Al otro lado del sello había luz, aunque era una luz grisácea y enfermiza.

Rudy ya se había quitado la máscara cuando Zeke llegó donde estaba. Al verlo respirando tranquilamente, Zeke decidió quitarse la suya. Cuando lo hizo, respiró el aire más amargo que había respirado en toda su vida, pero lo sintió maravillosamente bien, porque no tuvo que luchar por inhalarlo.

Con agrado respiró de nuevo, y le pareció como si volviera a la vida.

—¡Puedo respirar! ¡Aquí dentro apesta, pero puedo respirar!

—Incluso el aire más limpio aquí dentro huele a sulfuro y humo —dijo Rudy—. Abajo no es tan malo, pero el aire aquí se estanca, porque no tiene adónde ir. Al menos bajo tierra lo obligamos a moverse.

Zeke inspeccionó su máscara y vio que los filtros estaban cambiando de color.

—Necesito filtros nuevos —dijo—. ¿No se suponía que estos funcionarían perfectamente durante diez horas?

—¿Cuánto tiempo crees que llevas aquí dentro, chaval? Al menos diez horas, te lo aseguro. Pero no sufras. Los filtros son muy baratos bajo tierra desde que ese gigantón negro robó un tren de mercancías de la Confederación la pasada primavera. Y si te empiezas a quedar sin filtros, hay túneles sellados por todos lados en esta parte de la ciudad. Eso sí, debes recordar la regla principal: pon dos sellos entre la Plaga y

tú.

—Lo recordaré —dijo Zeke, dado que parecía un consejo muy razonable.

En algún rincón indeterminado de la gigantesca torre, los dos oyeron un chasquido metálico. Comenzó como un sonido muy intenso, y después se atenuó, hasta desaparecer.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Zeke.

—No tengo ni idea —dijo Rudy.

—Sonaba como si viniera de dentro.

—Sí —dijo Rudy. Aferró con más fuerza el bastón y lo alzó del suelo para poder dispararlo en cuanto fuera necesario.

Un segundo sonido siguió al primero, y esta vez fue aún más inconfundible.

—Esto no me gusta —gruñó Rudy—. Tenemos que volver abajo.

—¡No podemos! —susurró con ferocidad Zeke—. ¡Ese sonido vino de abajo! ¡Será mejor que subamos!

La discusión terminó allí, puesto que un sonido distinto, procedente de otra dirección, resonó con mayor intensidad, esta vez por encima de sus cabezas. Era un sonido producido por maquinaria, por una gran fuerza; era el ruido que producía algo enorme al acercarse, con demasiada rapidez.

—¿Qué es eso…?

Zeke no pudo terminar la pregunta. Afuera, en lo alto, una enorme aeronave con una tambaleante cesta y pesados tanques metálicos golpeó el costado de la torre y después rebotó hacia otra estructura, para regresar después y realizar un segundo aterrizaje francamente brusco. Las ventanas se despedazaron, y el mismo mundo se tambaleó, justo como había hecho hace unas horas, durante el terremoto.

Rudy se colocó de nuevo la máscara, y Zeke hizo lo mismo, aunque al hacerlo tuvo ganas de llorar. Rudy corrió hacia las escaleras mientras el mismo edificio temblaba bajo sus pies, y ordenó:

—¡Abajo!

Y echó a correr, medio tambaleándose, escaleras abajo.

Zeke ya no tenía la linterna, y no sabía dónde estaba. La huida de Rudy era tan escandalosa como la nave que asaltaba los muros de la torre. Sin embargo, cuando Zeke llegó a las escaleras y la ciega oscuridad amenazó con hacerlo dudar, la combatió.

Y comenzó a subir.

Y después hubo más oscuridad que al principio, y la oscuridad se estaba derrumbando sobre él, como una corriente de agua, o como si el mismo cielo le estuviera cayendo encima.

Capítulo 13

Briar se bebió la jarra, y después una segunda llena de agua. Preguntó por la cerveza.

—¿Quieres un poco?

—No, solo me preguntaba por qué era una posibilidad.

Swakhammer se sirvió una jarra más alta llena de una cerveza de olor bastante amargo y se sentó en una silla que acercó a Briar.

—Porque es más fácil convertir el agua contaminada por la Plaga en cerveza que purificarla. Al destilarla se obtiene un brebaje bastante desagradable, pero no te matará, ni te convertirá en un podrido.

—Ya veo —dijo Briar; tenía sentido. Sin embargo, no podía imaginarse a sí misma ingiriendo ese líquido semejante a la orina salvo en las peores circunstancias imaginables. Incluso de lejos, el olor parecía capaz de arrancar la pintura de las paredes.

—Hay que acostumbrarse —admitió Swakhammer—, pero cuando lo consigues, no es para tanto. ¿Sabes?, no me has dicho tu nombre.

—Briar.

—¿Briar qué?

Briar consideró rápidamente la posibilidad de crear una nueva identidad, pero descartó la idea con la misma rapidez. Su experiencia con el capitán y la tripulación de la Naamah Darling había sido francamente positiva.

—Solía ser Briar Wilkes —dijo—. Y ahora vuelve a ser Wilkes.

—Briar Wilkes. De modo que eres… vale. No me extraña que mantuvieras la boca cerrada. ¿Quién te ha traído, Cly?

—Sí, el capitán Cly. Es quien me trajo, de camino a otro sitio. ¿Cómo lo sabías?

El hombre dio otro trago a su cerveza y dijo:

—Todo el mundo sabe cómo escapó de la Plaga. No es ningún secreto. Y es un buen tío. Quizá no de los mejores, pero tampoco de los peores. Espero que no te tocara mucho las narices.

—Fue un perfecto caballero —dijo Briar.

El otro sonrió, descubriendo una fila inferior de dientes que se amontonaban de manera curiosa los unos con los otros.

—Eso resulta difícil de creer. Es un capullo enorme, ¿verdad?

—Pues sí, aunque tú tampoco eres un enano. Me diste un buen susto apareciendo de esa manera. Como si tu voz no fuera ya lo bastante horrible tras esa máscara, que además te hace parecer un monstruo.

—¡Lo sé! Pero me permite respirar mucho mejor que con esa vieja máscara tuya, y la armadura evita que los podridos me den un bocado. Si te cogen, te devorarán sin pensárselo dos veces. —Se levantó para rellenar su jarra y se quedó de pie. Asumió

una pose pensativa por un segundo, con un brazo cruzado y el otro sosteniendo la jarra—. De modo que eres la hija de Maynard. Me parecías familiar, pero no lo habría averiguado si no me lo hubieras dicho. Así que tu hijo es…

—Ezekiel. Se llama Ezekiel, aunque todo el mundo lo llama Zeke.

—Ya. ¿Y Zeke es el nieto de Maynard? ¿Crees que quiere demostrar algo?

Briar asintió.

—Eso creo. Sabe que podrá ayudarlo aquí, y no comprende, al menos no del todo, que también podría perjudicarlo. A su padre, quiero decir.

Briar suspiró y pidió más agua. Mientras Swakhammer llenaba la jarra, dijo:

—No es culpa suya. Nada de esto es culpa suya: es todo culpa mía. Debería habérselo dicho… Dios. Nunca le conté nada. Y ahora está intentando escarbar en el pasado y encontrar algo que merezca la pena.

Otra jarra de agua rancia aterrizó en la mesa, junto a ella. La cogió, y se bebió de un trago la mitad de su contenido.

—¿Así que Ezekiel ha venido aquí a buscar a su padre?

—¿Buscándolo? En cierto modo, supongo que sí. Cree que podrá demostrar que su padre es inocente si encuentra pruebas de que el embajador ruso pagó para que la Boneshaker se utilizara antes de estar lista. Vino aquí a buscar el viejo laboratorio, para tratar de limpiar el nombre de Levi. —Briar se bebió el resto del agua. Swakhammer le ofreció más, pero Briar le indicó con un gesto de la mano que no quería beber más.

—¿Puede hacerlo?

—¿Cómo?

—¿Puede hacerlo? ¿Puede demostrar que Blue era inocente en todo el asunto de la Plaga?

Briar negó con la cabeza y casi soltó una carcajada.

—Oh, no. Cielos, no, no podrá hacerlo. Levi es tan culpable como Caín. —Casi inmediatamente, deseó no haber pronunciado esa última frase. No quería que su nuevo acompañante le hiciera preguntas, de modo que añadió apresuradamente—: Quizá, en lo más profundo de su ser, Zeke lo sabe. Quizá solo quiere saber de dónde viene, o ver el desastre con sus propios ojos. Solo es un niño —dijo, y trató de que no hubiera exasperación en sus palabras—. Solo Dios sabe por qué motivo hace las cosas ese chico.

—Supongo que nunca conoció a su padre.

—No, gracias a Dios.

Swakhammer se apoyó en el respaldo de la silla situada enfrente de Briar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque Levi nunca tuvo oportunidad de corromperlo ni de cambiarlo. —No era todo lo que tenía que decir al respecto, pero sí todo lo que estaba dispuesta a contarle

a ese extraño—. No dejo de pensar que quizá la guerra termine algún día, y entonces podremos ir al este, hacia cualquier otro lugar, donde nadie nos conozca. Eso sería lo mejor. No puede ser mucho peor que estar aquí.

—Estar aquí no es tan malo —dijo el otro con una sonrisa sardónica—. ¡Mira este sitio!

—Sí lo es, y lo sabes perfectamente. ¿Por qué te quedas? ¿Por qué querrías vivir aquí? ¿Por qué querría hacerlo nadie?

Swakhammer se encogió de hombros y se terminó la cerveza. Dejó la jarra en una caja y dijo:

—Tenemos nuestros motivos. Y se puede vivir aquí abajo, si te lo propones. O si no te queda más remedio. No es fácil, pero ya no existe ningún lugar donde vivir sea fácil.

—Supongo que tienes razón.

—De todos modos, aquí se puede hacer dinero. Hay libertad, y muchas oportunidades, si sabes dónde buscarlas.

—¿Qué oportunidades? —preguntó Briar—. ¿Saquear las casas de los ricos? Algún día ese dinero se acabará. Hay un límite para lo que se puede robar y vender dentro de estos muros.

Swakhammer cambió su peso de un pie al otro.

—Siempre está la Plaga. No va a irse a ningún sitio, y nadie sabe qué hacer con ella. Si ni siquiera pudieras sacar algo de pasta, entonces sí que sería totalmente inútil.

—El jugo mata.

—La gente también. Y los perros. Y los caballos furiosos, y las enfermedades, y la gangrena, y los bebés a veces matan a sus madres al nacer. ¿Y qué me dices de la guerra? ¿Crees que la guerra no mata a un montón de gente, allá en el este? Te lo aseguro, los mata a cientos, y mata mucha más gente de la que mata la Plaga. Mucha más gente, te lo garantizo.

Briar se encogió de hombros, pero no para tratar de evitar el tema.

—Estoy segura de que tienes razón. Pero mi hijo no va a morir durante el parto, ni en la guerra… al menos, aún no. Ahora mismo, lo más probable es que lo mate esa estúpida droga, porque solo es un niño, y los niños a veces hacen tonterías. Por favor, entiéndelo, no te estoy acusando de nada. Sé cómo funciona el mundo, y sé lo que a veces hay que hacer para sobrevivir.

—No te debo ninguna explicación.

—Y yo no te la estoy pidiendo. Pero parecías dispuesto a ofrecerme una para defenderte.

Swakhammer dio un empujón a la silla y miró a Briar sin parpadear.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Eso creo, sí. —Briar se frotó los ojos y se rascó el muslo, allí donde los cortes que se produjo al pasar por la ventana estaban irritando su piel. Al menos, ya no sangraban.

—¿Estás herida? —preguntó Swakhammer, impaciente por cambiar de tema.

—Solo son unos cortes. No sería para tanto, de no ser por el gas que los irrita. ¿No tienes vendas por aquí, verdad? Me vendrían muy bien, y mis pantalones están a punto de desgarrarse, así que también me haría falta un poco de hilo y una aguja.

El hombre esbozó lentamente una sonrisa que mostró sus dientes amontonados.

—Suena como si necesitaras una secretaria, o un bonito hotel. Me temo que no voy a servirte de mucho, pero ahora que he decidido dónde llevarte, creo que podremos remendarte los pantalones.

A Briar no le gustó cómo había sonado eso.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde vas a llevarme?

—Tienes que entenderlo —dijo Swakhammer. Se echó al hombro la armadura y se colocó la máscara bajo el brazo—. Esta es una comunidad… digamos que es una comunidad cerrada. No es del agrado de todos, pero a nosotros nos gusta. Aun así, de cuando en cuando alguien se deja caer de una aeronave o viene por mar y quiere cambiar las cosas. La gente piensa que hay cosas de valor aquí, y vienen a ver si pueden llevarse un pedazo del pastel. —Inclinó la cabeza, señalando la máscara de Briar, además de su bolsa y su rifle, que estaban en la mesa junto a ella—. Recoge tus cosas.

—¿Adónde vas a llevarme? —preguntó Briar de nuevo, mientras cogía el arma.

—Cielo, si quisiera causarte problemas, te habría quitado ese cacharro. —Señaló el rifle—. Voy a llevarte a casa de tu padre. Más o menos. Vamos, pronto caerá la noche, y las cosas empeoran mucho cuando es de noche. Vamos a ir por debajo de las peores zonas, pero a esta hora del día todo el mundo baja a los túneles.

—¿Y eso es malo?

—Podría serlo. Como iba a decirte antes de que me distrajeras, ya tenemos bastantes problemas por aquí. Por eso tenemos que vigilar a los nuevos. No necesitamos meternos en más líos.

Briar se sentía con más fuerzas, aunque no estaba demasiado reconfortada por el giro, algo siniestro, que había tomado la conversación. Se echó el rifle al hombro, cogió la bolsa y metió la máscara dentro. El viejo sombrero de su padre le quedaba mucho mejor sin la máscara, así que prefirió ponérselo en lugar de meterlo en la bolsa.

—Solo quiero encontrar a mi hijo —dijo—. Solo eso. Cuando lo encuentre, me iré de vuestra ciudad.

—Creo que subestimas los problemas que una mujer como tú puede causar sin proponérselo siquiera. Eres la hija de Maynard, y Maynard es lo más parecido a una

autoridad aceptada por todos los que tenemos por aquí.

Briar parpadeó.

—Pero está muerto. ¡Lleva muerto dieciséis años!

Swakhammer apartó una cortina de cuero y la sostuvo para que pasara Briar, que ahora parecía menos dispuesta a dejar que la siguiera. Sin embargo, no le quedaba elección. Salió, y el otro soltó la cortina tras ambos, sumiendo el pasillo en una oscuridad que solo rompía la linterna.

—Claro que está muerto, y eso es bueno para nosotros. Es muy difícil llevarle la contraria a un difunto. Un muerto no puede cambiar de opinión o establecer nuevas reglas, ni actuar como un capullo y lograr que nadie le haga caso ya. Un muerto nunca dejará de ser un santo. —Golpeó suavemente el hombro de Briar y le entregó la linterna—. Apunta la linterna hacia allí para que pueda ver.

Como si hubiera olvidado algo, Swakhammer alzó un dedo, pidiéndole que aguardara. Se agachó, cruzando de nuevo la cortina de cuero, y reapareció unos segundos más tarde, seguido por un olor a humo.

—Tenía que apagar las velas. Ahora, acerca eso.

Junto a la cortina de cuero, apoyada en el muro, había una larga barra de hierro. Swakhammer la cogió y la pasó a través de una serie de aros situados en la parte inferior de la cortina de cuero.

—¿Estás…? —Briar no estaba muy segura de cómo formular la pregunta—. ¿Cerrando la cortina?

El otro soltó una seca carcajada.

—Solo le estoy poniendo un poco de contrapeso. Cuantas más barreras levantemos entre la calle y nosotros, más limpio será el aire; y cuando los fuelles empiezan a funcionar, vuelan las cortinas.

Briar lo miró con atención. Esos mecanismos la fascinaban: los filtros, los sellos, los fuelles. Seattle solía ser una ciudad sencilla cuya actividad comercial se originó gracias al oro de Alaska, y ahora se había convertido en una ciudad de pesadilla llena de gas tóxico y muertos vivientes. Pero la gente se había quedado. La gente había vuelto. Y se habían adaptado.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—Tan solo sostén la linterna. Yo me encargo. —Las cortinas estaban ancladas por medio de la barra, cuyo extremo insertó en una ranura situada junto a la jamba de la puerta—. Eso servirá. Ahora, en marcha. Quédate con la linterna si quieres. Adelante. Toma la ramificación de la derecha, si no te importa.

Briar echó a caminar por el pasillo húmedo y cubierto de musgo en el que resonaba un goteo incesante de agua. De cuando en cuando, por arriba, se oía un chasquido, o un golpe, pero dado que su compañero no prestaba la menor atención a esos sonidos, Briar se esforzó por hacer lo mismo.

—Swakhammer… ¿Qué querías decir con eso de que íbamos a ir a casa de mi padre? —Miró por encima de su hombro. La luz puntiaguda de la linterna daba al rostro del hombre un aspecto fantasmagórico y demacrado.

—Vamos a ir a casa de Maynard. Solía ser un pub, en la plaza. Ahora está tan muerto como todo lo demás, pero en el sótano hay gente que sigue trabajando para mantenerlo activo. Supongo que es lo mejor que podemos hacer. Para empezar, necesitas filtros, quizá una máscara mejor. Y además, si tu chico ha estado contándole a la gente que es el nieto de Maynard, es probable que alguien lo haya llevado allí.

—¿Eso crees? ¿De verdad? Pero él quería encontrar la casa de Levi.

El pasillo se ensanchó. Ante sí tenían ahora tres ramales.

—Toma la del medio —dijo Swakhammer—. La cuestión es, ¿sabe él dónde está la casa?

—No lo creo, pero puede que me equivoque. Si no lo sabe, no tengo ni idea de cómo podría encontrarla.

—En la casa de Maynard —dijo el otro—. El pub es el sitio más seguro para él, y también el sitio en el que es más probable que haya acabado.

Briar trató de que la linterna no temblara cuando preguntó, en parte a sí misma y en parte a su compañero:

—¿Y si no está allí?

Swakhammer no respondió de inmediato. Se colocó junto a ella, le arrebató sin brusquedad la linterna y la levantó bien alta, como si estuviera buscando algo.

—Ah —dijo, y Briar vio el nombre de la calle y una flecha pintada en el muro—. Lo siento. Por un segundo pensé que nos habíamos equivocado. No vengo mucho por aquí. Suelo quedarme cerca de la plaza.

—Ah.

—En cuanto a tu chico, si no está allí… bueno, entonces debe de estar en otro sitio. Puedes preguntar por ahí si alguien lo ha visto o sabe algo de él. Si nadie sabe nada, en ese caso al menos estarás hablándole a la gente de él, y puede que eso lo ayude. Cuando la gente de allí sepa que hay un nieto de Maynard suelto en la ciudad, harán todo lo posible por encontrarlo, aunque solo sea para decir que lo han visto.

—¿No lo estarás diciendo solo para que me sienta mejor?

—¿Por qué iba a hacer eso?

Arriba, algo cayó al suelo, y los tubos que corrían a lo largo de los muros se estremecieron.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Briar. Se acercó a Swakhammer y contuvo el impulso de empuñar el rifle.

—¿Podridos? ¿Nuestros chicos? ¿Minnericht probando un juguete nuevo? No hay manera de saberlo.

—Minnericht —repitió Briar. Era la tercera vez que oía ese nombre—. El mismo

hombre que construyó… ¿a tu Daisy?

—El mismo.

—¿Así que es un científico? ¿Un inventor?

—Algo así.

Briar frunció el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Tiene muchos juguetes, y siempre está creando otros nuevos. La mayoría son muy peligrosos, aunque algunos son hasta divertidos. A veces también inventa pequeños artefactos mecánicos. Es un tipo raro, y no siempre amigable. Puedes decirlo en voz alta si quieres.

—¿Decir qué en voz alta? —Briar miró hacia delante, donde se perdía en la oscuridad el húmedo túnel.

—Lo que estás pensando. No eres la primera persona que se ha fijado en que Minnericht se parece mucho a tu marido.

—A mi exmarido. Y no estaba pensando en eso —mintió.

—Entonces, eres idiota. No hay un solo hombre aquí dentro que no se lo haya preguntado.

—No entiendo adónde quieres ir a parar —protestó Briar, aunque mucho se temía que lo sabía perfectamente—. Seattle no era una ciudad demasiado grande, pero sí lo bastante para que hubiera más de un científico. Y ese tal Minnericht podría haber venido de otro sitio.

—O puede que sea Levi, vestido de manera distinta y con un nuevo nombre.

—No lo es —dijo ella, tan rápidamente que sonó tremendamente sospechoso, incluso a sus oídos—. Mi marido está muerto. No sé quién es ese tal Minnericht, pero no es Levi, te lo aseguro.

—Por aquí. —Swakhammer la guió hacia un sendero sumido en tinieblas que terminaba en una escalera, que desaparecía en un nuevo túnel de ladrillos—. ¿Prefieres ir primero, o que lo haga yo?

—Ve tú primero.

—Vale. —Se colocó el asa de la linterna entre los dientes, inclinó la cabeza hacia delante y descendió con la luz de la linterna casi chamuscando su camisa—. ¿Cómo? —preguntó desde abajo.

—¿Cómo qué?

—¿Cómo sabes que Minnericht no es Leviticus? Pareces estar muy segura de eso, viuda de Blue.

—Si vuelves a llamarme eso, te dispararé —le prometió ella. Colocó los pies en los peldaños y descendió tras él.

—Lo tendré en cuenta. Pero responde a mi pregunta: ¿cómo sabes que no es él? Por lo que sé, nunca se encontró su cadáver. Y si alguien lo hizo, no se lo contó a

nadie.

Briar descendió el último peldaño y se irguió. Incluso en esa postura, solo le llegaba al hombro a su acompañante.

—Nadie lo encontró porque murió aquí, en la ciudad, al mismo tiempo que mucha otra gente, y nadie estaba dispuesto a volver para asegurarse. Supongo que los podridos encontraron su cuerpo, o quizá simplemente se descompuso y ya no queda nada. Pero te aseguro que está muerto, y no viviendo entre estos muros que son responsabilidad suya. No entiendo cómo puedes creer que eso sea posible.

—¿De verdad? ¿No lo entiendes? —Esbozó una irónica sonrisa y negó con la cabeza—. Supongo que es bastante increíble… un científico loco que inventa máquinas absurdas destruye toda una ciudad, y después, en cuanto el polvo se asienta, hay otro científico loco inventando más máquinas disparatadas.

—Pero alguien debe de haber visto a Minnericht. Todo el mundo sabía cómo era físicamente Levi.

—Sí, todo el mundo lo sabía. Pero nadie sabe nada de Minnericht. Siempre va con el rostro cubierto, y la cabeza gacha. Solía haber por aquí una chica, Evelyn no-sé-qué. Minnericht de vez en cuando pasaba el rato con ella, antes de que esta se enganchara a la Plaga y empezara a empeorar.

Miró a Briar y dijo con mordacidad:

—Eso fue hace unos años, antes de que averiguáramos cómo respirar aquí abajo. Nos costó algún tiempo descubrir la mejor manera, y en este lugar solo sobreviven los más fuertes. Y la pobre Evie no era fuerte. Enfermó y empezó a dejarse llevar, y el buen doctor no tuvo más remedio que volarle la cabeza.

—Eso es… —A Briar no se le ocurrió una respuesta adecuada.

—Es ser práctico, nada más. Hay muchos podridos por aquí, no necesitamos uno más. La cosa es que… —Hizo un nuevo intento—: Antes de que eso ocurriera, Evie le contó a la gente que pudo ver su cara, la de Minnericht, y que estaba llena de cicatrices, como si se hubiera quemado, o algo terrible le hubiera ocurrido. Dijo que casi nunca se quitaba la máscara, ni siquiera cuando estaba a salvo bajo tierra.

—Ahí lo tienes. Solo es un desgraciado que oculta sus cicatrices. No hay motivos para suponer lo peor.

—Tampoco para suponer lo mejor. Es un chiflado, igual que lo era tu marido. Y le gusta construir artefactos, igual que a tu marido. —Swakhammer parecía a punto de decir algo más—. No digo que sea él sin duda alguna, solo que mucha gente piensa que quizá lo sea.

Briar resopló.

—Por favor. Si de verdad pensarais que es él, lo habríais sacado a la calle y se lo habríais entregado a los podridos.

—Mira dónde pisas —le dijo el otro, indicando con un gesto de la mano que

sostenía la linterna que el suelo del túnel era desigual—. Y no se nos ocurrió de repente que ese extraño quizá no lo fuera tanto. Fue algo gradual, algo que tardamos un par de años en comprender. Un día, dos personas que llevaban un tiempo pensando en eso compartieron sus sospechas, y a partir de ahí se convirtió en un rumor imposible de detener.

—Yo podría detenerlo.

—Quizá sí, o quizá no. Si estás tan dispuesta a meterte en ese lío, me gustaría verte intentarlo. Los últimos años, el viejo doctor ha causado más problemas de los que ha ayudado a solucionar, dejando aparte los cacharros que inventa. —Golpeó levemente a Daisy y negó con la cabeza—. Hace un buen trabajo, pero hace cosas terribles con ese buen trabajo. Le gusta mandar, sabes.

—Tú mismo has dicho que aquí abajo no manda nadie, salvo un hombre que murió hace dieciséis años.

—No he dicho eso exactamente —gruñó el otro—. Vamos. No queda mucho, te lo aseguro. ¿Oyes eso?

—¿Qué? —Incluso mientras formulaba la pregunta, Briar pudo oír retazos de música. No sonaba muy alta, y no era melódica, pero era clara y alegre.

—Suena como si Varney estuviera tocando algo, o intentándolo. No sabe tocar, pero se esfuerza mucho por aprender. Solía haber un piano en el pub, pero su mecanismo terminó por pudrirse. Lo arreglaron para poder tocarlo como cualquier otro instrumento, pero no se ha afinado desde antes de que se levantaran los muros. Supongo que ya te has dado cuenta, por cómo suena.

—Me sorprende que no os moleste tanto ruido. Creía que teníais que guardar silencio. Parece que los podridos tienen buen oído.

—La verdad es que les cuesta mucho oírnos cuando estamos aquí abajo. El sonido viaja bien bajo tierra, pero le cuesta subir. —Torció la cabeza hacia el techo—. Y aunque oyeran lo que tramamos, no podrían detenernos. El pub está muy bien reforzado. De hecho, todos los edificios de la vieja plaza lo están. Es la parte más segura de toda la ciudad, te lo garantizo.

Briar pensó en Zeke, y de nuevo rezó en silencio por que el muchacho hubiera logrado encontrar esta fortaleza dentro de una fortaleza.

—Y si tenemos suerte, quizá encontremos a mi hijo ahí dentro.

—Si tenemos suerte. ¿Sabe manejarse solo?

—Sí. A decir verdad, demasiado para su propio bien.

La música sonaba ahora más alta, filtrándose por los bordes de una puerta circular que estaba sellada por ambos lados. Swakhammer metió la mano entre las tiras de cuero y buscó el picaporte.

Briar vio una marca en la puerta. Era geométrica y afilada, una línea zigzagueante que le recordó a algo. La señaló y preguntó:

—¿Qué es eso? ¿Qué significa esa marca?

—¿La reconoces?

—¿Reconocerla? Solo es una línea zigzagueante. ¿Significa algo?

Swakhammer se acercó a Briar, que retrocedió casi por reflejo, pero se mantuvo firme mientras su acompañante toqueteaba la hebilla de su cinto. Torció un dedo para que Briar mirara hacia abajo y lo viera por sí misma.

—Son las iniciales de tu padre, eso es todo. Indica que este es un lugar seguro, para la gente que respeta la paz.

—Ya lo veo —murmuró Briar—. Me siento como una tonta.

—No sufras. La torpeza de Willard escribiendo es legendaria. Retrocede un poco. Estas puertas están cerradas por ambos lados, por si acaso. —Tiró del picaporte y se apoyó en la puerta para abrirla.

—¿Por si acaso qué?

—Por si algo falla. Por si los fuelles no funcionan, o los lugares despejados de arriba se contaminan. Mejor prevenir que curar. Aquí abajo, todo es posible.

Briar atravesó el umbral, y lo creyó.

Capítulo 14

A excepción del hecho de que no había ventanas, el establecimiento tenía el mismo aspecto que los millares que operaban bajo tierra. Había una gran barra de madera y bronce al otro extremo de la estancia, y tras ella un espejo roto que relucía reflejando una sala de aspecto agradable, duplicando las velas encendidas colocadas sobre cada una de las mesas cuadradas y bajas, y dando una especie de quebrado lustre a la escena.

Ante el piano había un hombre de cabello gris y largo abrigo verde sentado en un banco. Golpeaba sin cesar las teclas, amarillentas como dientes sucios. Tras él, una mujer algo entrada en carnes con un solo brazo golpeaba el suelo con el pie al ritmo de la melodía que el otro trataba de producir; y en la barra, un hombre delgado servía vasos de una enfermiza sustancia amarillenta que sin duda era esa desagradable cerveza.

Había tres hombres sentados a la barra, y otros seis o siete desperdigados por el local, sentados aquí y allá, a excepción de uno que estaba sentado en el suelo, inconsciente, junto al piano. Algo en la jarra que sostenía y en su mandíbula entreabierta sugería que se había desmayado allí mismo, en lugar de haber protagonizado algún suceso quizá algo más emocionante.

Al ver a Swakhammer, varios de los hombres alzaron su jarra a modo de desganado saludo; sin embargo, cuando vieron a Briar, todos callaron, y el único sonido que se oyó fue una melodía obstinada y sencilla.

E incluso la música se detuvo cuando la mujer de un solo brazo reparó en los recién llegados.

—Jeremiah —dijo con una voz castigada por el tabaco—. ¿Quién es tu amiguita?

A juzgar por las miradas de anticipación de los encargados del local, Briar pudo adivinar muchas cosas. Estaba planeando una manera amable de decepcionarlos cuando Swakhammer lo hizo por ella.

—Lucy —le dijo a la mujer, y al decírselo a ella, le habló a todos los presentes—, no es ese tipo de invitada.

—¿Estás seguro? —preguntó uno de los que estaban junto a la barra—. Es más guapa de lo normal.

—Eso me temo. —Se giró hacia Briar y dijo, con un matiz de disculpa en su voz —: De vez en cuando, vienen algunas chicas de clase trabajadora por aquí. Supongo que deben de estar muy desesperadas para probar suerte a este lado del muro.

—Oh —dijo Briar.

—Bien, te los presentaré —dijo Swakhammer—. Ella es Lucy O’Gunning. Está a cargo de todo esto. Allí, en el piano, está Varney. El que está sentado en el suelo junto a él es Hank. Frank, Ed y Willard están sentados a la barra; Allen y David son los de

la mesa de allá; Squiddy y Joe los que están jugando a las cartas; y luego están Mackie y Tim. Y creo que eso es todo.

Y después dijo:

—Chicos, os presento a Briar Wilkes.

Un repentino murmullo de varias voces en animada conversación llenó la estancia, pero Swakhammer siguió hablando:

—El capitán Cly la trajo hasta aquí, y ha tenido el detalle de visitar nuestra preciosa ciudad. Y, la verdad, no se me ocurre un sitio mejor para comenzar la visita que este local, llamado Maynard's en honor a su mismísimo padre. Tiene algunas preguntas que le gustaría haceros, y espero que seáis amables con ella.

Nadie parecía tener objeción alguna, ni acusaciones que formular, de modo que Briar fue al grano:

—Estoy buscando a mi hijo —dijo enseguida—. ¿Lo ha visto alguien? Se llama Ezekiel, aunque todo el mundo lo llama Zeke. Zeke Wilkes. Solo tiene quince años, y es un chico muy listo, si exceptuamos la estúpida idea de venir aquí. Esperaba que alguien lo hubiera visto. Mi hijo…

Nadie la interrumpió con datos útiles. Briar siguió hablando, y con cada palabra que pronunciaba se convencía más y más del resultado que obtendría, pero ese convencimiento solo hizo que siguiera hablando durante más tiempo.

—Es más o menos igual de alto que yo, y bastante delgado. Lleva consigo algunas cosas de su abuelo; supongo que pretende comerciar con ellas, o usarlas para demostrar que es quien dice ser. Debió de llegar aquí ayer. No estoy muy segura de cuándo se marchó, pero llegó a través de los túneles de desagüe, antes de que los derruyera el terremoto de anoche. ¿Alguno de vosotros…? —Cruzó su mirada con la de alguno de los presentes, pero nadie parecía dispuesto a ponerle las cosas fáciles. Aun así, tenía que preguntar, así que lo hizo—: ¿Alguno de vosotros lo ha visto?

Nadie habló, ni parpadeó siquiera.

—Pensé… bueno, el señor Swakhammer me dijo… que quizá alguien lo habría traído aquí, al ser Zeke quien es. Pensé…

No necesitaban responder. Briar conocía la respuesta, pero deseaba que alguien dijera algo igualmente. No le gustaba ser la única que hablaba, pero iba a seguir haciéndolo hasta que alguien la detuviera.

Finalmente, Lucy habló:

—Briar, lo siento mucho. No he visto a tu hijo. Pero eso no quiere decir que le haya pasado algo. Hay más de un punto sellado entre los muros donde puede haberse refugiado.

Briar debía de estar más próxima al llanto de lo que creía, porque la mujer se acercó a ella, ajustándose el chal.

—Cielo, has tenido un día muy duro, está claro. Siéntate y bebe algo, y

cuéntanoslo todo.

Briar asintió y tragó saliva para contener las lágrimas.

—No debería —comenzó a decir—. Debería seguir buscándolo.

—Lo sé. Pero danos un par de minutos para que te consigamos unos filtros nuevos y descanses un poco, y cuéntanos todo lo que ha pasado. Quizá podamos ayudarte. Veamos. ¿Te ha ofrecido Jeremiah un poco de cerveza?

—Sí, pero no; no, gracias. Y ya tengo algunos filtros extra, es solo que no he tenido oportunidad de usarlos.

Lucy guió a Briar al banco vacío más cercano y la sentó allí.

Frank, Ed y Willard cambiaron de sitio para acercarse a Briar; y, tras ella, pudo oír cómo otros abandonaban sus sillas. Los demás ocupantes del bar también quisieron sentarse más cerca de ella.

Lucy usó su único brazo para ahuyentarlos, o al menos para hacerlos retroceder, y después fue tras la barra y sirvió un poco de cerveza, a pesar de la negativa de Briar.

—Toma —le dijo, colocando la jarra ante ella—. Huele a meados de caballo aderezados con menta, pero ya sabes, cuando hay hambre no hay pan duro. Bueno, no tenemos pan, así que bébete esto, querida. Te vendrá bien, y te despejará.

Varney, el pianista, se inclinó hacia delante y dijo:

—Siempre nos dice que hará que nos salga pelo en el pecho.

—Concéntrate en el piano, idiota. No eres de mucha ayuda. —Lucy cogió un pedazo de paño y limpió un salpicón de cerveza en el mostrador.

Briar se preguntó acerca del guante que Lucy llevaba en su única mano. Era de cuero marrón, y le llegaba hasta el codo, donde lo fijaba una serie de diminutas hebillas y tiras. Los dedos de Lucy parecían algo rígidos, y cuando apretaban el paño y lo soltaban, sonaba algo parecido a un tenue chasquido.

—Adelante —insistió Lucy—, pruébala. No te matará, te lo prometo, aunque puede que te haga estornudar al principio. Le pasa a mucha gente, así que no te extrañes si te pasa a ti también.

Briar no quería probar el brebaje, pero tampoco quería parecer maleducada ante esta mujer de rostro ovalado y rizos canosos, de modo que olfateó la cerveza y se dispuso a dar un trago. Parecía evidente que un pequeño traguito la ahogaría, de modo que tomó el asa de la jarra e inclinó el recipiente, tragando tanto como pudo de una sola vez. Trató de no pensar en lo que la bebida podría hacerle a su estómago.

La mujer tras la barra sonrió aprobatoriamente y le golpeó afectuosamente el hombro.

—¿Lo ves? Es horrible, pero hará que te sientas mejor. Ahora, cielo, dile a Lucy cómo puede ayudarte.

De nuevo, y sin querer hacerlo, a través de ojos acuosos a causa del escozor de la cerveza, Briar se encontró a sí misma mirando la mano de Lucy. Allí donde debería

haber estado su otro brazo, la manga de su vestido estaba cosida al hombro.

Lucy vio lo que estaba mirando y dijo:

—No me importa que te quedes mirando, todo el mundo lo hace. Te contaré cómo ocurrió enseguida, si quieres saberlo, pero ahora quiero saber qué estás haciendo tú aquí.

Briar apenas podía hablar, y la cerveza había cerrado su garganta hasta el punto de que casi era incapaz de producir sonidos.

—Esto es culpa mía. Y si le ha ocurrido algo horrible, también es culpa mía. He hecho tantas cosas mal, y no sé cómo solucionarlas, y… ¿estás sangrando? —Torció la cabeza y frunció el ceño al ver un goteo de un fluido grasiento, entre rojo y pardo, caer a la barra.

—¿Sangrando? Cielo, no te preocupes, solo es aceite. —Lucy flexionó los dedos, y los nudillos crujieron—. Es todo mecánico. De vez en cuando tengo alguna pérdida. Pero no quería distraerte. Continúa. Decías que todo es culpa tuya. No creo que sea cierto, pero estoy dispuesta a dejar que termines.

—¿Mecánico?

—Justo hasta aquí —dijo Lucy, indicando un punto situado uno o dos centímetros por debajo de su codo—. Está atornillado a mis huesos. Me estabas diciendo que…

—Es increíble.

—Eso no es lo que estabas diciendo.

—No —dijo Briar—, pero tu brazo es increíble. Y… —suspiró, y dio otro largo sorbo a la jarra de cerveza. Todo su cuerpo se estremeció cuando el amargo brebaje se abrió paso hacia su estómago—. Y —repitió—, ya he dicho todo lo que iba a decir. Ya sabes el resto. Quiero encontrar a Zeke, y ni siquiera sé si está vivo. Y si no lo está…

—Entonces todo es culpa tuya, sí. Ya lo has dicho. Estás siendo muy dura contigo misma. Los hijos desobedecen a sus padres continuamente, es ley de vida; y si el tuyo es tan listo como para rebelarse de esta manera, creo que deberías enorgullecerte de él. —Se inclinó hacia delante sobre su codo, extendiendo su antebrazo mecánico en la barra—. Ahora, dime, ¿crees de veras que había algo que habrías podido hacer, algo para evitar que viniera aquí?

—No lo sé. Supongo que no.

Alguien detrás de Briar golpeó afectuosamente su espalda. El gesto la alarmó, pero parecía sincero. Además, hacía años que nadie la tocaba amistosamente, y el contacto la agradó, sofocando en cierto modo su culpa y su pena.

—Entonces, déjame preguntarte una cosa —dijo Lucy—. ¿Y si le hubieras dado las respuestas a todas sus preguntas? ¿Le habrían gustado esas respuestas?

—No, no le habrían gustado —confesó Briar.

—¿Las habría aceptado?

—Lo dudo.

La mujer suspiró y dijo:

—Pues ahí lo tienes. Un día, antes o después, habría empezado a preguntarse por todas esas cosas, y habría venido aquí igualmente. Los chicos son así, impulsivos y egoístas, y cuando crecen son aún peores.

—Pero este es mi chico —dijo Briar—. Lo quiero, y es mi responsabilidad. Y ni siquiera puedo encontrarlo.

—¿Encontrarlo? Pero cielo, ¡apenas has empezado a buscar! Swakhammer… —Se giró hacia él y le preguntó—: ¿Cuánto tiempo lleváis vagabundeando por los túneles?

—Lo primero que he hecho es traerla aquí, señorita Lucy —dijo el otro—. La calé enseguida, y…

—Más te vale. Si hubieras llevado a la hija de Maynard a otro sitio, o con otras compañías… —dijo Lucy, con un énfasis que hizo que Briar se sintiera tremendamente incómoda—. Te habría dado más palos que a una estera. Y no me digas que tenías que averiguar quién era. En cuanto le vi la cara supe quién era, y tú también. Recuerdo esa cara. Recuerdo a esta chica. Ha pasado… cielos, ha pasado mucho tiempo, y han sido tiempos muy duros, sin duda…

El coro de voces murmuró a su espalda aprobatoriamente. Incluso Swakhammer murmuró:

—Sí, señora.

—Ahora, termínate la cerveza, y hablaremos en serio.

Le resultó mucho más difícil tragarse el terrible brebaje ahora que estaba esforzándose por no llorar, y los tragos siguientes no fueron más sencillos que los anteriores.

—Eres muy amable —dijo. Entre la cerveza y el nudo que tenía en la garganta, las palabras sonaron algo distorsionadas—. Lo siento, por favor, perdóname, normalmente no… no soy así. Como has dicho, ha sido un día muy largo.

—¿Más cerveza?

Para sorpresa de Briar, la jarra estaba vacía. Era desconcertante, y ciertamente no debería haber respondido:

—Un poco. Pero solo un poco. Tengo que mantenerme alerta.

—Esto te mantendrá alerta. O al menos no te atontará demasiado rápidamente. Lo que necesitas ahora mismo es un momento para relajarte y pensar. Acercaos, muchachos. —Gesticuló con la mano, indicando al resto de los presentes que acercaran sus asientos—. Sé que crees que tienes que ponerte a buscarlo enseguida, y no te culpo. Pero escúchame, cielo, hay tiempo. No, no me mires así. De un modo u otro, hay tiempo. Déjame que te pregunte algo, ¿ha venido con máscara?

Briar dio otro trago y descubrió que la cerveza ya no le sabía tan mal. Aún hacía

que su boca pareciera la pila llena de platos sucios de un restaurante, pero, con práctica, le resultaba más sencillo beberla.

—Sí, lo hizo. Hizo algunos preparativos.

—Vale, eso le da alrededor de medio día. Y ha pasado más de medio día, lo que significa que ha encontrado un lugar donde refugiarse.

—O que ha muerto.

—O que ha muerto, de acuerdo. —Lucy frunció el ceño—. Es una posibilidad. De cualquier modo, no hay nada que puedas hacer por él ahora mismo, salvo tranquilizarte y trazar un plan.

—Pero ¿y si está atrapado en algún sitio y necesita que lo rescaten? ¿Y si lo están persiguiendo los podridos, y está quedándose sin aire, y…?

—Cielo, no sirve de nada que te preocupes de esa manera. No lo ayuda a él y tampoco a ti. Si quieres pensar de esa manera, estupendo, lo haremos. ¿Y si está atrapado en algún sitio y necesita que le echen una mano? ¿Cómo vas a encontrar ese sitio? ¿Y si vas al lugar equivocado, y lo dejas allí atrapado?

Briar hizo una mueca con la mirada fija en su jarra y deseó que lo que la mujer estaba diciendo no tuviera tanto sentido.

—Bien. Entonces, ¿cómo empiezo?

Si Lucy hubiera tenido dos manos, habría aplaudido. En lugar de eso, golpeó con su puño mecánico el mostrador y dijo:

—¡Estupenda pregunta! Empezaremos por ti, naturalmente. Dices que llegó a través de los túneles de desagüe. ¿Adónde iba?

Briar les habló de la casa, y de cómo Zeke deseaba demostrar la inocencia de su padre encontrando pruebas de la interferencia del embajador ruso, y les contó que no sabía si su hijo tenía la menor idea de dónde se encontraba la casa.

Aunque Swakhammer sabía ya parte de la historia, permaneció en silencio en segundo plano y escuchó el relato de nuevo, como si fuera a averiguar algo desconocido esta vez. Se quedó tras la barra, ante el espejo roto. Parecía incluso más feroz, ahora que Briar podía verlo desde todos los ángulos.

Cuando Briar terminó de contarles todo lo que se le ocurrió, siguió un tenso silencio.

Varney lo rompió diciendo:

—La casa en la que vivías con Blue estaba colina arriba, ¿verdad? En Denny Street.

—Sí, si es que sigue en pie.

—¿Cuál? —preguntó alguien. Briar pensó que quizá había sido Frank.

—La casa lavanda con los adornos de color crema —dijo Briar.

Aquel al que Swakhammer había llamado Squiddy preguntó:

—¿Dónde estaba el laboratorio? ¿En el sótano?

—Sí, en el sótano. Y era enorme —recordó Briar—. Era prácticamente tan grande como el resto de la casa, pero…

—Pero ¿qué? —preguntó Lucy.

—Pero estaba muy deteriorado. —A pesar del cálido entumecimiento del alcohol, la ansiedad de Briar volvió a aumentar—. No es un lugar seguro. Partes de los muros se derrumbaron, y había cristales por todas partes. Parecía como si hubiera habido una explosión en una fábrica de copas —dijo en voz más baja.

El recuerdo era tan diáfano que le hizo perder el hilo de lo que estaba diciendo. La máquina. Cuando bajó, asustada, buscando frenéticamente a su marido, todo estaba en ruinas… olía a tierra húmeda y moho; de las grietas de la Boneshaker salían ráfagas de vapor; apestaba a aceite quemado y a engranajes metálicos afilados que se convertían en humo…

—El túnel —dijo en voz alta.

—¿Cómo? —dijo Swakhammer.

—El túnel —repitió—. ¿Varney, verdad? Varney, ¿cómo sabías cuál era nuestra casa?

El pianista escupió un pedazo de tabaco mascado a la escupidera al otro lado del mostrador y respondió:

—Yo vivía cerca. Vivía con mi hijo, a unas pocas calles de allí. Siempre me preguntaba por qué no estaría pintada de azul en vez de púrpura…

—¿Alguien más conocía la casa? No era un secreto dónde vivíamos, pero tampoco era algo que supiera todo el mundo. —Nadie respondió, de modo que añadió —: Bien. Así que nadie lo sabía. Pero ¿qué hay del distrito financiero?

Lucy levantó una ceja.

—¿Los bancos?

—Sí, los bancos. Todo el mundo sabe dónde están, ¿verdad?

—Claro —dijo Swakhammer—. Es imposible no saberlo. Es la parte de la ciudad cerca de Third Avenue. Ya no hay edificios, solo un gran agujero en el suelo. ¿Por qué? ¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando que ese agujero apareció allí porque… Bueno, todos sabemos por qué. Fue la Boneshaker; incluso Levi lo admitió. Pero después de que la pusiera en marcha ahí abajo, y después de que el suelo se derrumbara, regresó con la máquina a casa. Por lo que yo sé, la Boneshaker sigue bajo la casa, en lo que queda del laboratorio.

Apartó con la mano la jarra de cerveza, ya casi vacía, y tamborileó con los dedos en el mostrador.

—Digamos que Zeke no puede encontrar la casa porque nadie sabe dónde está. Pero sabe lo que pasó con la Boneshaker. No le costaría trabajo encontrar el distrito financiero porque, como habéis dicho, todo el mundo sabe dónde está. Y si pudiera

bajar con una luz por el agujero… seguramente pensaría que es un modo sencillo de llegar a la casa.

Lucy alzó la otra ceja, y después bajó ambas con un gesto preocupado.

—Pero cielo, esos túneles no siguen en pie, no después de tanto tiempo. Los cavó una máquina, y están llenos de escombros. A estas alturas ya están derruidos en su mayor parte. Diablos, si subes colina arriba podrás ver los lugares en los que los túneles se han derrumbado, arrastrando árboles, y muros, y pedazos de edificios, a veces. Y además está el terremoto de anoche. No, no habría llegado muy lejos por esos túneles.

—Es cierto —dijo rápidamente Briar—. Pero no sé si a Zeke se le habrá ocurrido pensar en eso. Estoy segura de que lo intentará. Lo intentará, y se creerá muy listo por ello. Hmmm.

—¿Hmmm? —repitió Varney.

—Creo que tiene mapas —le dijo Briar.

Después le dijo a Lucy, y por tanto a todos los presentes:

—Encontré muchos papeles en su cuarto, y creo que tiene uno o dos mapas. No sé si le servirán de algo, y no sé si indicaban dónde estaban los bancos, o el distrito financiero, o cosas así. Dime, ¿hay alguien por allí, en esa parte de la ciudad, a quien Zeke podría haber pedido ayuda? Dijiste que Maynard’s no es el único lugar sellado dentro de los muros, ¿verdad? Habéis cavado estos lugares de aquí abajo.

Miró a su alrededor y añadió:

—Es decir, fijaos en este sitio. Habéis hecho algo increíble. Este local es estupendo, y no tiene nada que envidiar a ningún sitio que haya en las Afueras. Cuando supe que había gente viviendo aquí, no supe por qué. Pero ahora lo sé. Habéis convertido un lugar peligroso en un lugar donde la gente puede vivir en paz.

Y en ese momento, un zumbido profundo resonó, una especie de alarma, y todos los presentes se transformaron en perfecta sincronización.

Swakhammer sacó un par de enormes pistolas de sus fundas, y giró los tambores para asegurarse de que estaban cargadas. Lucy se agachó y sacó de detrás de la barra una ballesta modificada. Giró una palanca y el arma se desplegó; la colocó bocabajo en el mostrador y puso su brazo mecánico encima; el arma se pegó al brazo con un clic mecánico. Incluso el canoso Varney, con sus miembros de aspecto frágil, parecía preparado para lo peor. Levantó la tapa del piano y sacó un par de armas, que sostuvo de inmediato, una bajo cada brazo.

—¿Está cargada esa cosa? —preguntó Lucy, mirando de reojo el rifle de Briar.

Briar aún lo llevaba a la espalda, pero lo cogió y lo sostuvo, lista para disparar.

—Sí —dijo, aunque no recordaba cuánta munición le quedaba. ¿Cuántas veces había disparado desde el alfeizar? ¿Había recargado después? Al menos debían de quedarle un par de tiros.

Briar le preguntó a Swakhammer, dado que era el que estaba más cerca de ella:

—¿Qué pasa? ¿Qué significa ese ruido?

—Significa que tenemos problemas. No estoy seguro de qué tipo. Puede que sean malas noticias, o puede que no sea nada.

Squiddy levantó una lata de bronce que parecía una especie de cañón montado al hombro y dijo:

—Pero es mejor prepararse para lo peor.

Lucy añadió:

—Está conectada a la entrada del oeste. La puerta principal, vamos. La puerta por la que entraste. Jeremiah te guió junto a la alarma; probablemente no la viste.

A continuación, al zumbido se sumó un lastimero quejido que todos reconocieron enseguida, puesto que provenía de la estancia más allá del espacio sellado del bar.

—¿Dónde está tu máscara, cielo? —preguntó Lucy. No apartó la vista de la puerta principal.

—En la bolsa. ¿Por qué?

—Por si nos obligan a salir, y no hay otro sitio adonde ir más que arriba. —Quizá iba a decir algo más, pero una pesada colisión golpeó la puerta, y casi la derribó. Del otro lado llegaron más lamentos, que parecían aumentar en intensidad y agitación. Briar se puso la máscara.

Lucy le dijo a Swakhammer:

—¿Cómo está el túnel del este?

El otro ya estaba allí, inspeccionando la entrada del túnel, tras una puerta rectangular situada tras el piano.

—Dudoso —respondió.

—¿Y por arriba? ¿Es seguro? —preguntó Allen.

Sobre sus cabezas se oyó un sonoro estallido, y después multitud de pisadas de pies en descomposición recorriendo los suelos de lo que quiera que hubiera escaleras arriba. Nadie volvió a preguntar si era un camino seguro.

Varney apuntó sus armas a la puerta principal y dijo:

—Tenemos que bajar.

—Espera —le dijo Lucy.

Swakhammer regresó a la entrada del túnel del oeste, arrastrando un madero de vía férrea con una mano y poniéndose la máscara al mismo tiempo con la otra. Squiddy corrió junto a él y cogió el extremo del madero, y entre ambos lo levantaron y lo colocaron contra la puerta, en una serie de ranuras que lo mantuvieron fijo a cierta altura. Casi inmediatamente, un crujido resonó por todo el local, acompañado por el sonido de madera astillándose y partiéndose. La nueva barrera estaba sufriendo un duro castigo: los adornos de bronce y acero que sostenían el madero comenzaban a salirse de sus monturas.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Briar.

—Tienes un arma —dijo Lucy.

—Y sabe dispararla —añadió Swakhammer mientras se dirigía a la parte trasera del local, donde cogió una barra metálica que usó como palanca para levantar una sección cuadrada del suelo. Varney fue a ayudarlo y puso la cadera de modo que el otro pudiera apoyar la compuerta sobre ella. Swakhammer regresó junto a Lucy, colocándose espalda con espalda con ella, con sus armas apuntando a la puerta del túnel del oeste.

—Ahí lo tienes —le dijo Lucy a Briar—. Puedes tomar una posición defensiva y disparar a la cabeza de cualquier cosa que entre por esa puerta. Nada más logrará frenarlos.

—El túnel del este ya no es dudoso —declaró Frank mientras cerraba la puerta de un golpe y giraba una barra metálica para echar el cerrojo. La puerta se cerró con un sonoro estallido perfectamente sincronizado con otro golpe al otro lado de la entrada principal.

—¡El subsótano está intacto! —dijo Swakhammer—. ¿Defendemos el fuerte o nos retiramos? Tú decides, Lucy.

—Siempre soy yo la que tiene que decidir —gruñó la otra.

—Es tu puto bar.

La mujer vaciló, y la puerta principal se partió en dos a cámara lenta, comenzando por la viga central, que fue la primera en ceder, hacia fuera.

—Frank, has dicho que…

—El camino del este está bloqueado.

—Y este también —dijo la mujer cuando una de las tablas de la puerta se partió y un ojo ulceroso apareció tras ella—. Es inútil, ¿verdad?

Briar levantó el rifle, entrecerró los ojos y disparó. El ojo desapareció, pero enseguida otro ocupó su puesto.

—Buen disparo —dijo Lucy—. Pero solo Dios sabe cuántos más hay detrás de ese. Tenemos que marcharnos. Mierda. Odio limpiar los restos de esas cosas. Vale. Bien. Todos fuera. Varney, tú sujeta la compuerta. Swakhammer, ve delante. Los demás, a la escotilla bajo la barra. Tú también, Wilkes.

—No. Me quedo contigo.

—Nadie va a quedarse. Nos marchamos todos. —Sin mirar por encima de su hombro, Lucy dijo—: Los demás, más os vale tener un pie en el túnel y otro en una puta piel de plátano. Cuando me dé la vuelta, no quiero ver a nadie más que a Varney sosteniendo la compuerta.

Briar echó un vistazo a su espalda. Frank, Ed, Allen y Willard ya se habían marchado, y Varney empujaba a patadas a Hank, que seguía medio grogui, hacia la compuerta.

—Todo despejado —anunció Varney cuando Hank cayó por la compuerta con un sonoro lamento.

—Bien —dijo Lucy. Pero entonces un enorme pedazo de madera saltó del marco de la puerta, hacia la barra, y tres oscilantes y apestosas manos salieron por el hueco, tirando de los otros maderos, que se interponían entre ellos y el local—. Después de ti, señorita Briar.

Swakhammer blasfemó en voz alta y centró su atención en la puerta tras el piano.

—¡Detrás de ti! —advirtió.

—Creo que ya tengo bastantes problemas delante de mí, señor Swakhammer —respondió Briar, y disparó de nuevo.

Swakhammer corrió hacia la entrada del túnel del este y se apoyó contra la puerta, haciendo fuerza con la espalda y clavando los pies en el suelo de madera gastada. La entrada del este estaba desmoronándose con tanta velocidad como su contrapartida del oeste.

—¡No podemos seguir así! —gritó, y se apartó en el mismo instante en que los primeros dedos huesudos trataban de aferrar su armadura. Giró sobre sí mismo, desenvainó sus pistolas y las disparó hacia la puerta con algo menos de puntería que Briar. Los disparos golpearon a partes iguales madera y podridos, y por tanto debilitaron la barrera aún más. Un pie apareció a través de una grieta en la viga inferior, dando frenéticas patadas, como si buscara algo con el tacto.

—¡Fuera! —gritó Briar, preparando el rifle de nuevo y disparando a cualquier cosa que se moviera tras los maderos rotos.

—¡Tú primero! —ordenó Lucy.

—¡Tú estás más cerca!

—¡Vale! —Lucy se lanzó tras la barra y bajó a toda prisa por la compuerta.

Cuando Briar oyó claramente a la mujer de un solo brazo caer al piso inferior, se giró justo a tiempo para ver el rostro enmascarado de Swakhammer a tan solo unos metros de ella, y acercándose a toda prisa.

Cogió el brazo de Briar, con tanta violencia y tan rápidamente que Briar estuvo a punto de dispararlo por accidente; sin embargo, alzó el rifle con la mano que tenía libre y la arrastró tras de sí como una cometa, mientras Swakhammer la guiaba hacia la compuerta en el suelo.

Las puertas se rompieron secuencialmente; la entrada del túnel del oeste y la del túnel del este se colapsaron hacia dentro, y una marea de cuerpos rotos y enfermizos entró a borbotones al local.

Briar los vio apenas, cuando acertó a mirar hacia atrás. No bajó el ritmo, y no vaciló, pero aun así podía echar un vistazo, ¿no? Los podridos acudían con una velocidad que parecía impropia de cuerpos que apenas mantenían unida la carne a los huesos. Uno de ellos llevaba media camisa. Otro solo llevaba botas, y las partes de su

cuerpo que normalmente habrían quedado cubiertas comenzaban a desprenderse de sus huesos, que eran de un color entre negro y gris.

—Abajo —insistió Swakhammer. Le colocó la mano en la coronilla, y Briar se agachó para seguir el movimiento.

Casi cayó, imitando el tambaleante avance de Hank; sin embargo, en el último momento su mano aferró el primer escalón, y se deslizó hacia abajo, golpeando con las rodillas los muros y los costados de la escalera. Se detuvo al llegar abajo, y se tropezó, pero recuperó el equilibrio. Su mano desnuda se apoyó en el suelo, y rezó por que sus guantes estuvieran en los bolsillos de su abrigo. Si no era así, no tenía ni idea de adónde habían ido a parar.

Una mano la levantó del codo, y en la oscuridad vio el rostro preocupado de Frank por encima del suyo.

—Señorita —dijo—, ¿está bien?

—Si —le dijo ella, poniéndose en pie y echando a andar justo a tiempo para evitar que Swakhammer, que bajó la escalera de un pesado salto, le cayera encima.

Swakhammer extendió las manos y rodeó con ellas las asas de la escalera.

—Lucy —dijo, y no hizo falta que dijera nada más.

Ella ya estaba allí, con su puño mecánico rodeando un trío de barras de acero cuyo uso no resultaba evidente a primera vista. Lucy se las entregó a Swakhammer de una en una, y él las recogió con una mano mientras pasaba las barras por los pasadores con la otra.

Desde lo alto, dedos sin carne trataban de atravesar las rendijas del suelo, pero no había manera de entrar ya, y Swakhammer había traído la palanqueta consigo. Como una especie de último gesto de desafío, insertó el artefacto en una de las ranuras para que hiciera las veces de refuerzo extra.

Mientras las manos y los pies de los no muertos golpeaban y arañaban la compuerta, Briar trató de inspeccionar el túnel y averiguar dónde estaba. Sin duda era el punto a mayor profundidad en el que había estado nunca, por debajo de un sótano, en las entrañas de algo más, algo más profundo y más húmedo. Este lugar no era como los túneles de ladrillos por los que Swakhammer la había llevado; era un agujero cavado en un lugar sólido, y la ponía nerviosa. Le hacía pensar en otro lugar parecido, por debajo de su antigua casa, donde había comenzado su rastro de destrucción una catastrófica máquina.

Olía igual, a barro y musgo, y a serrín en descomposición. Apestaba como algo sin terminar; como algo que aún no había nacido.

Briar se estremeció y aferró con fuerza su rifle Spencer, pero la calidez del rifle, aún caliente tras ser disparado, no le hizo sentirse mejor. A su alrededor, los otros se amontonaban. La incomodidad que sentían hacía que la suya aumentase, hasta que estuvo tan nerviosa que le chasqueaban los dientes.

Finalmente, la compuerta estuvo tan cerrada como podía estarlo, y la gigantesca sombra de Swakhammer dejó de trabajar bajo el escandaloso techo.

—Lucy, ¿dónde están las linternas? —preguntó—. ¿Aún nos queda alguna aquí abajo?

—Queda una —dijo Lucy. A Briar no le gustó cómo sonó su voz al pronunciar la última palabra, como si no fuera del todo exacta.

—¿Qué pasa? —preguntó Briar.

—Apenas le queda aceite —dijo Lucy—. No sé cuánto durará. Cógela, Jeremiah. Tienes el pedernal, ¿verdad?

—Sí.

El objeto en la mano de Jeremiah era del tamaño aproximado de una manzana. Lo sostenía a duras penas, pues sus manos enguantadas no eran capaces de moverlo con facilidad.

—Dámelo —dijo Briar. Se quitó la máscara y la guardó en la bolsa. Después, cogió aquella cosa de manos de Jeremiah—. Dime cómo usarlo.

El otro se lo entregó y dijo:

—No te quites la máscara aún. Vamos a tener que volver a subir antes de bajar. —Después, señaló hacia un interruptor del tamaño de un pulgar—. Púlsalo hacia abajo. No, más fuerte. Empújalo con los dedos.

Briar trató de seguir sus instrucciones, y, tras cinco o seis intentos, unas chispas saltaron a la mecha chamuscada y la llama iluminó a la diminuta congregación.

—¿Ahora qué?

—Ahora devuélvemelo, y ponte la máscara como te he dicho. Lucy, ¿necesitas ayuda con la tuya?

—No seas tonto. Está todo controlado —dijo la mujer. Con su único brazo tiró de una máscara plegada que tenía bajo la falda y la desplegó. Respondió, dirigiéndose a Briar: Este es uno de los experimentos de Minnericht. Es más ligera que la tuya, y va muy bien, pero no durante mucho tiempo. Estos diminutos filtros no durarán más de una hora. Normalmente la guardo en el liguero para las emergencias.

—¿Bastará una hora? —preguntó Briar.

Lucy se encogió de hombros, y se colocó la máscara sobre los ojos y la barbilla de un movimiento que no podría haber sido más grácil si hubiera tenido dos brazos para ejecutarlo.

—Encontraremos más velas antes de que pase una hora.

Dado que todos los presentes en el túnel se pusieron las máscaras, Briar los imitó.

—Odio esta cosa —se quejó.

—A nadie le gusta —le dijo Varney.

—Salvo a Swakhammer —dijo Hank. Aún parecía algo achispado, pero estaba despierto y en pie, de modo que su estado había mejorado de manera ostensible—. A

él le encanta.

El hombre de la armadura inclinó la cabeza hacia la izquierda y asintió.

—Pues sí. Pero seamos sinceros: la mía es la más bonita.

—¿Quién decía que los hombres no eran vanidosos? —dijo Lucy a través de sus filtros de carbón y su máscara de algodón prensado.

—Nunca he dicho tal cosa.

—Bien. Así no tendré que llamarte mentiroso. Cómo os gustan los juguetes a los hombres…

—Por favor —interrumpió Briar. La cercanía de sus perseguidores la ponía nerviosa, y el aire húmedo y frío estaba calando sus ropas—. ¿Qué hacemos ahora? ¿Adónde vamos? Swakhammer, dijiste que arriba y después afuera.

—Así es. Tendremos que volver y limpiar el local más adelante.

Briar frunció el ceño tras la máscara.

—Entonces, ¿vamos a otro lugar seguro? A un lugar más seguro, quiero decir. Quizá debería dejaros e ir a buscar a Zeke.

—No vas a hacer eso. No con esas cosas husmeando por ahí, y menos con filtros gastados. Nunca lo lograrías, por mucho rifle que tengas. Nos dirigiremos hacia la vieja cripta y nos reagruparemos allí. Después ya pensaremos en subir hacia el distrito financiero.

—Te gusta dar órdenes, ¿eh? —resopló Briar.

—Son órdenes bastante razonables —dijo el otro, sin ofenderse.

Willard levantó la linterna, y Swakhammer ajustó el cristal. Pronto todo el túnel quedó iluminado por un débil fulgor anaranjado tan húmedo como el zumo de naranja.

Los muros incompletos relucían, y a Briar solo la reconfortó en parte ver pilares que se elevaban del piso y se perdían en el techo, en el suelo del local. Había palas apoyadas contra los muros, casi enterradas en la superficie; las herramientas se perdían casi por completo en los muros húmedos, y sus extremos reposaban contra carros de minería. De los carros, los ojos de Briar pasaron a los raíles sobre los que reposaban, y entonces comprendió que este era un lugar con un fin concreto, no solo una bodega de refrigeración.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó—. ¿Habéis estado cavando?

—Siempre, querida —respondió Lucy—. Siempre hay que seguir excavando. No podemos subir, no tenemos los materiales necesarios, ni los recursos, ni la manera de hacerlo. Estos muros nos encierran con la misma eficacia con la que nos protegen. De modo que si queremos expandirnos, si necesitamos más lugares seguros, o crear nuevas rutas, tenemos que excavar.

Briar respiró profundamente, y torció el gesto al aspirar el aire mohoso.

—Pero ¿no os preocupa? Estáis cavando por todos lados. ¿No tenéis miedo de

que todo esto se derrumbe?

A lo lejos, Frank dijo:

—Minnericht. —Como si eso lo explicara todo.

—Es un monstruo —dijo Swakhammer—, pero también es un puto genio. Él lo planeó todo, nos dijo cómo apartar la tierra sin dañar los cimientos y todo eso. Pero dejamos de hacerlo hace unos seis meses.

—¿Por qué? —preguntó Briar.

—Es una larga historia —respondió el otro, y no parecía dispuesto a dar más explicaciones—. Vamos.

—¿Adónde? —preguntó Briar, mientras echaba a andar tras él.

—A la vieja cripta, ya lo he dicho. Te gustará. Está más cerca del distrito financiero. Saldremos y echaremos un vistazo. Quizá podamos saber si tu chico ha estado allí.

—¿Más cerca?

—Justo en el límite. Nos dirigimos al viejo Consorcio Sueco, el único edificio que no se derrumbó. Lo que pasó fue que la Boneshaker afectó a los cimientos, y la vieja cripta de metal fue demasiado pesada para el suelo. De modo que se hundió. Y ahora la usamos como puerta principal. —Levantó la linterna y miró por encima de su hombro—. ¿Estamos todos?

—Estamos todos —confirmó Lucy—. No te detengas, grandullón. Estamos detrás de ti.

En algunos lugares el sendero se ensanchaba tanto que la luz de la oscilante llama no abarcaba toda su longitud; y en algunas zonas el sendero era tan estrecho que Swakhammer tuvo que ladearse para seguir avanzando.

Briar lo seguía de cerca, sin separarse de esa tenue luz amarillenta y tratando de respirar tras la insufrible máscara.

Capítulo 15

—Despierta. Chico, despierta. ¿Estás vivo, o no?

Zeke no estaba muy seguro de quién estaba hablando, ni siquiera de si le estaban hablando a él.

Le dolía la mandíbula, hasta ambas orejas; eso fue lo que notó en primer lugar. Le quemaba la piel del rostro, como si se hubiera quedado dormido sobre una estufa. Después reparó en el peso sobre su vientre, la presión desigual de algo pesado y duro. A continuación, sintió una punzada de dolor en la espalda; estaba apoyado en algo de superficie irregular, posiblemente afilado.

Y alguien lo estaba zarandeando, tratando de llamar su atención.

El lugar olía raro.

—Chico, despierta de una vez. No te hagas el muerto. Te puedo ver respirar.

No tenía ni idea de quién le hablaba. No era su madre. Y tampoco era… Rudy. Ese nombre lo hizo estremecerse y recuperar la consciencia casi de inmediato. Lo más difícil era recordar los detalles, y también fue lo más terrible. De repente supo dónde estaba. Más o menos.

Abrió los ojos y no terminó de reconocer el rostro que vio sobre el suyo.

Era el rostro de una mujer, casi andrógino a causa de la edad. Era lo bastante mayor para ser la abuela de Zeke, pero era difícil precisar más a la luz de su linterna. Su piel era algo más oscura que la de Zeke, del color de una bolsa de tabaco de terciopelo o del pelaje de un ciervo. La chaqueta que llevaba perteneció en otro tiempo a un hombre; parecía quedarle algo grande, y llevaba los pantalones doblados para evitar que se le cayesen. Sus ojos eran de un color marrón oscuro, como el del café, y sus canosas cejas sobresalían de su frente como toldos.

Sus manos se movían como cangrejos; eran más rápidas y fuertes de lo que parecían. Apretujó con ellas las mejillas de Zeke.

—Estás respirando, ¿verdad?

—Sí… señora —le dijo Zeke.

Se preguntó por qué estaba tendido en el suelo. Se preguntó dónde estaba Rudy. Se preguntó cómo había llegado hasta allí, y cuánto tiempo llevaba allí, y cómo iba a volver a casa.

Las pobladas cejas grises se fruncieron.

—No has respirado la Plaga, ¿verdad?

—No sabría decirlo, señora. —Aún estaba tendido en el suelo, y aún se preguntaba qué había ocurrido. Miraba a la mujer, demasiado aturdido para hacer nada que no fuera responder a una pregunta directa.

La mujer se incorporó, y solo entonces comprendió Zeke que había estado arrodillada junto a él.

—Si lo hubieras hecho, no serías tan insolente; no podrías. Así que supongo que estás bien, a menos que te hayas roto algo que yo no pueda ver. ¿Te has roto algo?

—No estoy seguro, señora.

—Señora. Eres muy gracioso, ¿eh?

—No intentaba ser gracioso —murmuró Zeke, y trató de incorporarse hasta quedar sentado. Algo grande y plano bloqueaba el camino, y cuando lo tocó con los dedos para apartarlo, comprendió que se trataba de una puerta—. ¿Por qué hay una puerta encima de mí?

—Niño, esa puerta acaba de salvarte la vida. La llevaste como si fuera un escudo, escaleras abajo. Evitó que fueras aplastado, lo que habría ocurrido sin duda. Verás, lo que pasó es que una aeronave golpeó la torre. Un aterrizaje de emergencia, por decirlo así, en el costado del edificio. Si lo hubiera golpeado con más fuerza, podría haber atravesado todos los pisos, y entonces estarías muerto, ¿no te parece?

—Supongo que sí, señora. ¿Señora…? —preguntó.

—Deja de llamarme así.

—Lo siento, señora —dijo, a fuerza de hábito, no para ser insolente—. Lo siento. Me preguntaba si es usted la princesa a la que vimos en los túneles. ¿Es usted?

—Llámame señorita Angeline. Con eso basta, chico.

—Señorita Angeline. Yo me llamo Zeke.

Dobló las piernas para apartar la puerta de sí, y se sentó. Con ayuda de la mujer se puso en pie; sin ella, hubiera caído de nuevo. Tenía la vista nublada, y apenas podía distinguir algo entre las luces que orbitaban ante sí, rítmicamente acompasadas con el latido de una vena en su sien.

Se recompuso y pensó que así es cómo se siente uno al desmayarse. Y después se le ocurrió que la princesa Angeline tenía brazos más fuertes que cualquier hombre que hubiera conocido.

Ella lo sujetaba, apoyándolo contra el muro.

—No sé qué le ha pasado a tu desertor. Supongo que también te abandonó a ti.

—Rudy —dijo Zeke—. Me dijo que no desertó.

—También es un mentiroso. Toma, coge tu máscara. El aire aquí dentro no es muy bueno; algunas de las ventanas de los pisos de arriba se han roto, y se está filtrando aire contaminado. Ahora estás en el sótano de nuevo, y las condiciones aquí son mejores que en otros sitios, pero los sellos están reventados.

—Mi máscara. Mis filtros se están taponando.

—No. Corté dos de los míos y los puse en tus ranuras. Te servirán para un buen rato, al menos el tiempo suficiente para que salgas de la ciudad.

Zeke protestó:

—Aún no puedo irme. Tengo que ir a Denny Hill.

—Chico, estás muy lejos de Denny Hill. Como trataba de decirte antes, en los

túneles de Rough End, el viejo Osterude no te estaba llevando a casa. Te llevaba al demonio al que llaman doctor Minnericht, y solo Dios sabe lo que te hubiera pasado entonces, porque yo no. Zeke —dijo, en un tono más amable—, tu madre está ahí fuera, y si no vuelves a casa, se preocupará. No le hagas eso. No dejes que crea que ha perdido a su hijo.

Una punzada de dolor atravesó el rostro de la mujer, y por un segundo pareció estar hecho de piedra.

—¿Señora?

La piedra se quebró y cayó.

—Eso no se le hace a una madre. Tienes que volver a casa. Ya has estado todo un día fuera, y ya pasó la medianoche, casi es un nuevo día. Ven conmigo, ¿quieres? —Extendió la mano, y Zeke la tomó, porque no sabía qué otra cosa hacer—. Creo que es hora de que vuelvas a las Afueras.

—Puede que sea lo mejor —dijo Zeke—. Siempre puedo volver después, ¿no?

—Claro, si quieres que te maten. Estoy intentando echarte una mano, chico.

—Lo sé, y se lo agradezco —dijo Zeke, aún vacilante—. Pero no quiero marcharme todavía, no hasta que haya visto la vieja casa.

—No estás en condiciones de hacer eso, jovencito. En absoluto. Mírate, aturdido y con harapos en lugar de ropa. Tienes suerte de seguir con vida. Tienes suerte de que vine a buscarte, para rescatarte de ese viejo diablo con su bastón escupefuego.

—Me gustaba su bastón —dijo Zeke, y tomó con desgana su máscara—. Era muy chulo. Le ayudaba a andar, y también a defenderse. Después de la guerra, donde fue herido…

La mujer lo interrumpió:

—Osterude no fue herido en ninguna guerra. Huyó de ella antes de que eso pudiera ocurrir. Se hizo daño en la cadera al caerse borracho hace un par de años, y ahora se atiborra a opio, whisky y jugo de limón para soportar el dolor. No lo olvides, chaval: no es tu amigo. Aunque quizá sería más correcto decir que no era tu amigo, porque no sé si el derrumbe lo ha matado. Ahora ya no puedo ir a buscarlo.

—¿Estamos en el sótano? —Zeke cambió de tema.

—Es lo que te he dicho. Caíste hasta aquí cuando la nave chocó contra la torre, ya te lo he dicho.

—¿Una nave chocó contra la torre? ¿Por qué hizo eso? —preguntó Zeke.

—No fue a propósito, tonto. No sé por qué lo hizo. Brink es un buen capitán, pero no reconozco la nave que pilota ahora. Debe de ser nueva, y puede que aún no se haya acostumbrado a ella. Supongo que han tenido un pequeño accidente y nada más, y ahora están intentando arreglar los daños antes de echar a volar de nuevo.

Los ojos de Zeke se ajustaron a la luz de la linterna y comprendió, con algunas dificultades, que lo que la mujer sostenía en la mano no era una linterna de aceite

ordinaria.

—¿Qué es eso?

—Es una linterna.

—¿De qué tipo?

—Una buena, y brillante. Ni la lluvia la apagará —dijo ella—. Vamos, chico, ponte en pie. Tenemos que subir un par de pisos hasta llegar a la cima de la torre, donde está la nave. Es una nave algo chapucera. Se llama Clementine, y para que lo sepas —dijo bajando la voz—, cuando dije que la nave es nueva, no quiero decir que la esté estrenando. Lo más probable es que la haya robado.

—¿Y va a entregarme a ese hombre? —gruñó Zeke—. No me gusta cómo suena eso. Piratas soltándome al otro lado del muro.

Ella, sin embargo, insistió:

—No te preocupes. He tratado muchas veces con ellos, y me conocen demasiado bien para hacerte daño si me dan su palabra. No te tratarán a cuerpo de rey precisamente, pero no te harán daño. Y además, ya estás bastante hecho polvo.

La princesa, por turnos maternal y dictatorial, guió a Zeke hacia la escalera y le dijo:

—Vamos. El camino no es tan terrible como parece. Todo cayó hacia el sótano, igual que tú.

Zeke no sabía cómo sentirse; tan solo la siguió. No había ninguna luz, a excepción del peculiar fulgor blanco de la linterna de Angeline, ni siquiera cuando subieron un par de pisos y pudo ver, a través de los suelos vacíos y a medio terminar, cuán negra era la noche al otro lado de las ventanas. Estaba muy oscuro, y era tan tarde que ya era temprano.

—Le dejé una nota, pero… mi madre va a matarme.

—Eso depende de cuánto tiempo estés fuera —dijo la princesa—. El truco es estar ausente el tiempo suficiente para que deje de estar furiosa y comience a preocuparse… pero tampoco es bueno que se preocupe demasiado, o volverá a enfadarse.

Zeke sonrió tras su máscara.

—Supongo que tiene hijos.

Ella no sonrió. Zeke lo supo porque no oyó cómo se torcía su labio cuando vaciló ante el siguiente tramo de escaleras repletas de escombros y después siguió caminando.

—Tuve una hija —dijo ella—. Hace mucho.

Algo en el tono de su voz hizo que Zeke prefiriera no hacer más preguntas.

Zeke resopló tras ella, maravillándose ante su energía y su fuerza; se le ocurrieron otras preguntas, quizá inapropiadas. Se moría de ganas por preguntarle su edad, pero prefirió preguntar, en lugar de eso:

—¿Por qué viste como un hombre?

—Porque me apetece.

—Es raro —dijo Zeke.

—Me alegro —respondió ella. Después, añadió—: Puedes hacer la otra pregunta si quieres. Sé que te lo estás preguntando. Te lo estás preguntando tan intensamente que casi puedo oírlo. Es como oír a los cuervos de afuera.

Zeke no tenía ni idea de qué significaba nada de eso, pero no iba a preguntarle directamente cuánto tiempo llevaba vagando por el mundo, de modo que dio un atajo:

—¿Cómo es que no hay personas jóvenes aquí dentro?

—¿Jóvenes?

—Bueno, Rudy podría ser mi padre, por lo menos. Y vi algunos chinos, pero la mayoría aparentaban su edad, incluso mayores. Y, bueno… tú. ¿Todo el mundo aquí es…?

—¿Viejo? —dijo ella, terminando la frase por él—. Teniendo en cuenta que tu idea y la mía de lo que es viejo son muy distintas, no te falta razón. Y desde luego, hay un motivo. Es un motivo sencillo, y se te ocurrirá si piensas en ello.

Zeke apartó de su camino una viga medio derruida para poder pasar junto a ella en lugar de tener que agacharse.

—Estoy muy ocupado para pensar —le dijo.

—Vaya, hombre. Muy ocupado para pensar. Es cuando estás más ocupado cuando deberías pensar más rápido. De otro modo, ¿cómo esperas durar aquí abajo más tiempo que una pulga en un perro? —Hizo una pausa en un descansillo y esperó a que Zeke la alcanzase. Levantó la linterna, miró arriba y abajo, y dijo:

—Los oigo, ahí arriba, a los de la nave. No son aristócratas precisamente, pero estarás bien. ¿Puedes pensar mientras andamos?

—Sí, señora.

—Bien, entonces dime, mientras andamos, por qué apenas hay chicos jóvenes como tú aquí abajo.

—Porque… —Zeke recordó las palabras de Rudy respecto a los chinos y por qué no tenían mujeres—. No hay mujeres aquí. Y normalmente son las mujeres las que cuidan a los niños.

Ella fingió sentirse ofendida, y dijo:

—¿Que no hay mujeres? Yo soy una mujer. Sí hay mujeres aquí abajo.

—Quería decir mujeres jóvenes —balbuceó Zeke, y enseguida se dio cuenta de lo mal que había sonado eso—. Es decir, mujeres más jóvenes que… bueno, mujeres que puedan tener bebés… Sé que no hay mujeres chinas. Rudy me lo dijo.

—Vaya, ¿qué te parece? Rudy te dijo una cosa que era cierta. Sí, tenía razón. No hay mujeres chinas aquí en la ciudad, y, si las hay, yo no las he visto. Pero te diré una cosa, conozco al menos otra mujer que vive aquí abajo. Es una tabernera de un solo

brazo llamada Lucy O'Gunning, y aunque solo tenga un brazo es capaz de echar abajo puertas, por no hablar de darle una buena paliza a cualquier hombre, o a cualquier podrido. Es dura de pelar —dijo Angeline con franca admiración en su voz —. Pero la verdad es que tiene suficiente edad para ser hija mía. Y es lo bastante vieja para ser tu madre, incluso tu abuela. Sigue pensando, chaval. ¿Por qué no hay jóvenes aquí?

—Deme una pista —rogó Zeke, persiguiéndola por el siguiente tramo de polvorientas escaleras. No sabía cuántas habían subido ya, pero estaba cansado y no quería seguir subiendo. Daba igual. La mujer no parecía dispuesta a detenerse, y era ella quien llevaba la linterna, de modo que Zeke no tuvo más remedio que seguirla.

—Vale, una pista. ¿Hace cuánto que se construyeron los muros?

—Quince años —dijo Zeke—. Mes arriba, mes abajo. Madre me dijo que los terminaron el día que yo nací.

—¿Ah, sí?

—Eso me dijo.

Y Zeke pensó en cuántos años eran quince años, si es que no los empezabas siendo un bebé. Pensó en cómo era su madre hace quince, veinte años. Trató de pensar en ello, hablando lentamente mientras luchaba por respirar tras la máscara a causa del agotamiento:

—La mayoría de la gente que hay aquí, ¿lleva dentro todo ese tiempo?

—La mayoría, sí.

—Así que si eran hombres adultos… y mujeres —añadió rápidamente—, de unos veinte o treinta años… ahora todos deben de tener más de treinta, y más de cuarenta.

La mujer se detuvo, y la linterna giró de un lado a otro; a punto estuvo de golpear a Zeke en la cabeza.

—¡Muy bien! Chico listo. Lo has hecho muy bien, aunque estés jadeando como un chucho. —Tras una pensativa pausa, añadió—: Por lo visto hay un par de chicos en Chinatown. Los trajeron aquí sus padres, o sus tíos. Quizá alguno sea huérfano, no lo sé. Y Minnericht, dado que así se llama a sí mismo, de vez en cuando intenta reunir a muchachos jóvenes. Pero tienes que entender que la mayoría de la gente que no ha estado aquí desde el principio no puede acostumbrarse. No se quedan aquí mucho tiempo. Y no los culpo, la verdad.

—Yo tampoco —dijo Zeke, y anheló poder formular tres deseos. El primero, que el universo lo enviara de vuelta a casa. Estaba agotado, y sentía náuseas a causa del aire filtrado y enfermizo, y su piel estaba irritada. El rostro del chino muerto seguía apareciéndosele cuando cerraba los ojos, y no quería estar cerca de ese cadáver, ni siquiera en la misma ciudad, entre los mismos muros.

—Pronto —le prometió Angeline.

—¿Pronto?

—Pronto estarás fuera, y de camino a casa.

Los ojos de Zeke se entrecerraron tras su visor, y dijo:

—¿Es que puede leer los pensamientos o algo así?

—No —dijo ella—. Pero soy muy intuitiva.

Zeke oyó entonces un rumor de fondo, por encima de su cabeza y hacia la izquierda, un sonido semejante al de herramientas golpeando acero, sumado a las blasfemias de hombres que no parecían demasiado contentos tras sus máscaras protectoras. De cuando en cuando el edificio se meneaba como si hubiera sido golpeado de nuevo, y cada uno de esos golpes hacía que Zeke tratara de mantener el equilibrio con ayuda de los muros. Rudy tenía razón respecto a dos cosas. No había mujeres en Chinatown, y tampoco barandillas en la torre inacabada.

—¿Señorita Angeline? —preguntó, y al tomar el siguiente recodo el mundo se iluminó un tanto, o al menos eso le pareció.

—¿Qué pasa? Ya casi hemos llegado. ¿Lo ves? Las ventanas están más rotas, y lo que queda de la luz de la luna está entrando. Estamos muy cerca del punto donde chocaron.

—Me alegra oírlo. Pero me preguntaba algo. Rudy no quiso aclararlo, y usted no me lo ha dicho… ¿Quién es ese doctor Minnericht del que habláis?

La princesa no llegó a detenerse, pero se estremeció, como si hubiera visto un fantasma o hubiera presenciado un asesinato. Algo en su postura se tensó. Parecía un reloj de manecillas delgadas al que le hubiesen dado demasiada cuerda y estuviese a punto de saltar en pedazos.

—Ese no es su nombre —dijo.

Y se dio media vuelta, casi golpeando a Zeke con la linterna, puesto que no sabía a qué distancia la seguía. Incluso tras la máscara, su rostro era un risco de afiladas sombras y repuntes; su nariz aguileña y sus ojos, profundos y algo sesgados, conformaban un mapa de la furia.

Con la mano que tenía libre tomó el hombro de Zeke y lo acercó a sí, hasta que la cálida luz blanca casi quemó su rostro. Lo zarandeó y dijo:

—Si algo va mal, quizá deberías saberlo. Estamos en sus tierras, en esta parte de la ciudad. Si te precipitas ineludiblemente al infierno con solo un billete de ida y no logras subir a bordo, o si caes y él te encuentra, será mejor que estés preparado.

Escaleras arriba, los hombres blasfemaban en voz más alta, hablando en inglés con una amplísima variedad de cosmopolitas acentos. Zeke trató de no escucharlos, y trató de no ver las cavernosas arrugas del rostro correoso de la princesa. Sin embargo, quedó cautivado por su furia, y no pudo moverse, ni siquiera para apartar su mirada de la de ella.

—No es ningún doctor, y no es alemán, aunque haya adoptado ese nombre. No es ni teutón, ni extranjero ni de aquí; eso le gusta decir. —Tras pronunciar esas palabras,

se estremeció como si algo terrible se le hubiera ocurrido de repente.

Sus ojos se incendiaron y dijo en voz baja:

—Te diga lo que te diga él, no es de aquí, y no es quien dice ser. Nunca te dirá la verdad, porque le sale a cuenta mentir. Si te encuentra, querrá mantenerte a su lado. Y, cuanto más pienso en ello, más segura estoy de que intentará hacer justamente eso. Pero nada de lo que te diga es cierto. Si lo entiendes, sobrevivirás a un encuentro con él. Pero… —Se apartó, y el miedo que bullía en su rostro se enfrió hasta convertirse en una pequeña y silbante olla—. Pero tendremos que asegurarnos de que eso no ocurra —dijo, y le golpeó afectuosamente la cabeza, enmarañando su pelo y haciendo que las tiras de su máscara irritaran aún más su ya enrojecida piel—. Así que vamos arriba, a la nave.

Lo soltó y, sonriendo de nuevo, lo guió por un tramo más de interminables escaleras, hasta llegar a la cima, momento en que el aire fresco se derramó sobre los peldaños.

Ezekiel tuvo que recordarse a sí mismo que el aire no era realmente fresco. Solo era frío, y venía del exterior. Pero eso no significaba nada, y desde luego no significaba que pudiera quitarse la máscara, aunque habría dado cualquier cosa por poder hacerlo. Estaba aturdido a causa del empuje de Angeline, y de los hombres ruidosos que trabajaban algo más arriba.

La princesa seguía adelante a la luz de la linterna, y saludó a los tripulantes con un taco que hizo que Zeke soltara una carcajada.

Se giraron para mirar a la anciana con su linterna de luz blanca, y al delgaducho muchacho que la seguía.

Zeke vio a cinco hombres, desperdigados por la sala y afanados en trabajos tan útiles como tapar agujeros y golpear con mazas clavos doblados que sobresalían del casco de una aeronave tan grande que Zeke solo pudo ver una parte de ella. Solo una pequeña parte del casco estaba hundida en la fila de ventanas, que habían quedado convertidas en polvo a causa del impacto.

La Clementine se había quedado atascada allí, o quizá había atracado en ese punto a la fuerza; Zeke no sabía cuál era la diferencia, o si eso tenía alguna importancia.

La nave, inclinada sobre las vigas de apoyo, estaba casi por completo dentro del edificio, donde los cinco hombres trabajaban para reparar sus partes más dañadas. Un hombre sudoroso, armado con una palanca del tamaño de un pequeño árbol, se encargaba de tapar un gran orificio, y un hombre alto blanco con una máscara naranja oscura estaba desenmarañando una red de cuerdas entrelazadas.

Dos de los cinco hombres saludaron a la princesa con reverencias. Uno de ellos parecía estar al cargo.

Su cabello era de un color rojo claro bajo las tiras de su máscara, y su amplio

torso estaba cubierto de cicatrices y tatuajes. En un brazo, Zeke vio un pez de escamas plateadas, y en el otro, un toro azul oscuro.

Angeline le preguntó.

—Capitán Brink, ¿ya estáis listos para echar a volar de nuevo?

—Sí, señorita Angeline —respondió el otro—. Cuando hayamos sellado esta falla en el casco, podremos despegar con uno o dos pasajeros. ¿Es amigo tuyo?

—Es el chico —dijo ella, evitando la implicación, si es que existía una—. Podéis dejarlo en cualquier sitio afuera, pero sacadlo de aquí. Y la próxima vez que vengáis, os daré el resto de lo que os prometí.

El hombre se ajustó la máscara mientras miraba a Zeke de arriba abajo, como si fuera un caballo cuya compra estuviera considerando.

—Por mí vale, pero te lo aviso, puede que nuestra próxima visita sea dentro de bastante tiempo. Tenemos un poco de prisa por ponernos en marcha, y vamos bastante lejos.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella.

—Hay que buscar nuevas oportunidades de negocio —respondió el otro con cierta vaguedad. Después, dijo—: Nada de lo que tengáis que preocuparos. Chico, tú ve adentro. Angeline, ¿seguro que no quieres que te llevemos?

—No, capitán. Tengo asuntos de que ocuparme aquí dentro. Tengo un desertor al que pegarle un tiro —añadió, en voz baja, pero Zeke la oyó.

—No vas a dispararle realmente, ¿verdad? —preguntó.

—No, probablemente no. Pero le daré una lección. —Lo dijo como si no tuviera importancia, y después contempló a los tripulantes efectuar las reparaciones. Le dijo a Brink—: Esta no se parece a la última nave tuya que vi.

El capitán había cogido un mazo y estaba golpeando con él una placa levantada. Se detuvo y le dijo:

—De hecho, es nueva. Eres una mujer muy observadora.

—¿Y se llama Clementine?

—Sí, en honor a mi madre, que no vivió para verla volar.

—Un gesto muy bonito —dijo Angeline, aunque había un matiz de duda en sus palabras, por mucho que tratara de ocultarla de Zeke.

—¿Algo va mal? —susurró Zeke.

—No —respondió ella, en voz alta—. Todo va bien. Conozco a esta gente. Ese es el capitán Brink, como ya habrás adivinado. Junto a él está el primer oficial, Parks; y el de la red es el señor Guise. ¿No es así?

—Sí que lo es —dijo el capitán, sin levantar la vista—. Y los dos a los que no reconoces son Skyhand y Bearfist. Son hermanos. Los recogí en Oklahoma, la última vez que pasamos por allí.

—Oklahoma —repitió Angeline—. ¿Sois hermanos míos? —les preguntó.

Zeke frunció el ceño.

—¿Tiene hermanos a los que no conoce?

—No, tonto —dijo ella, sin malicia—. Me preguntaba si son nativos, como yo. Y de qué tribu son.

Pero ninguno de los dos hombres respondió. Siguieron trabajando, con los brazos metidos hasta los codos en un motor con forma de caldera que estaba ennegrecido en un extremo y expulsando ominosamente vapor por el otro.

—No pretenden faltarle al respeto, señorita Angeline. No hablan inglés demasiado bien. No creo que entiendan la lengua duwamish, tampoco. Pero trabajan como mulas, y saben apañárselas con maquinaria.

Bajo las cintas de sus máscaras Zeke podía ver retazos de un cabello oscuro y liso. Sus antebrazos estaban bronceados, pero puede que se tratara tan solo de ceniza u hollín. Aun así, era evidente que eran indios, igual que la señorita Angeline. Ninguno de ellos alzó la vista, y si sabían que se estaba hablando de ellos, no parecía importarles mucho.

Zeke le preguntó a Angeline, en voz baja:

—¿Los conoce bien?

—Lo suficiente.

—Bueno, despegaremos en unos minutos —dijo el capitán. A Zeke le pareció que su voz sonaba como la de alguien que trataba de no parecer agitado.

El primer oficial Parks miró por la ventana, o al menos intentó hacerlo, puesto que la nave se interponía en su camino. Intercambió miradas con el capitán, que movía los brazos en ademán de urgencia, como si todo el mundo debiera darse prisa.

—¿Cuánto nos queda? —preguntó.

El señor Guise, un hombre de aspecto aseado, pantalones doblados sobre el tobillo y camiseta interior, dijo:

—Ya podemos volar, creo. Carguemos y en marcha.

La princesa Angeline contemplaba la escena con gesto de preocupación, que disfrazó de optimismo cuando se dio cuenta de que Zeke la estaba mirando y adivinando con éxito su estado de ánimo.

—Es la hora —dijo—. Y me ha gustado conocerte, Zeke. Pareces un buen chico, y espero que tu madre no te dé muchos azotes. Vete a casa. Puede que volvamos a vernos algún día.

Por un momento Zeke pensó que iba a darle un abrazo, pero no lo hizo. Tan solo se alejó, de vuelta al pasillo, donde desapareció escaleras abajo.

Zeke se quedó de pie como un pasmarote en medio de la estancia de ventanas rotas que contenía la nave de guerra desvencijada.

Nave de guerra.

Esas palabras dieron vueltas en su cabeza, y no sabía por qué. La Clementine era

solo un dirigible, un batiburrillo de parches y pedazos unidos para conformar una máquina que podía volar sobre las montañas para transportar mercancías. De modo que quizás, se le ocurrió, había algún segmento de algo más robusto incorporado en ese casco negro como el hollín.

Le preguntó al capitán, que estaba guardando sus herramientas en una bolsa de cuero cilíndrica lo bastante grande para contener a un hombre entero:

—¿Señor? ¿Dónde debería…?

—Donde quieras —respondió el otro apresuradamente—. La princesa pagó tu pasaje, y confía en nosotros. Es una vieja, seguro, pero no me gustaría enfadarla. Me gustan mis entrañas justo donde están, muchas gracias.

—Em… gracias, señor. ¿Voy… adentro?

—Sí, hazlo. Quédate cerca de la puerta. Tal como están las cosas, vamos a tener que dejarte caer desde un poco más alto de lo que nos gustaría.

Zeke abrió mucho los ojos.

—¿Vais a… a dejarme caer de la nave?

—Te pondremos una cuerda antes. No dejaremos que te golpees muy duro, tranquilo.

—Bueno —dijo Zeke, aunque no le parecía que el capitán estuviese bromeando, y el miedo empezaba a debilitarlo.

De igual modo que la preocupación de Angeline, la impaciencia y los nervios de los atareados tripulantes empezaban a resultar contagiosos. Algo en sus movimientos había adquirido aún más frenetismo cuando Angeline se marchó, dando a Zeke la impresión de que habían estado fingiendo un poco delante de ella.

Apoyado contra el costado del edificio firmemente, había un umbral en el casco abierto para que los tripulantes entraran y salieran. Zeke señaló el portal y el capitán asintió, animándolo a entrar.

—¡Pero no toques nada! Es una orden, chaval, y si la desobedeces será mejor que te salgan alas antes de que despeguemos. Si no, te quedarás sin cuerda.

—Entendido, entendido —dijo Zeke, levantando las manos—. No tocaré nada. Solo voy a quedarme ahí dentro de pie, y… —Se dio cuenta de que nadie le estaba escuchando, de modo que dejó de hablar y cruzó a pasos vacilantes el umbral.

El interior de la nave era lóbrego y frío, y no del todo seco, pero era más luminoso de lo que Zeke esperaba, puesto que, desperdigadas por toda la estancia, había pequeñas lámparas de gas montadas en los muros sobre brazos giratorios. Una estaba rota, y sus pedazos estaban tirados por el suelo.

Se enderezó y miró de un lado a otro, con cuidado de no tocar los complejos paneles de mando y las palancas desperdigadas por todos lados. Su madre solía decir que era mejor evitar cualquier tentación, y él seguía esa máxima a rajatabla.

La bahía de carga estaba abierta. Cuando Zeke metió la cabeza dentro, vio cajas

apiladas en las esquinas, y bolsas colgando del techo. Su amigo Rector le había hablado de la manera en que se recogía la Plaga para procesarla, así que se imaginó para qué servían; sin embargo, en las cajas no había ninguna etiqueta, y no tenía ni idea de qué podrían contener. De modo que la Clementine no estaba transportando gas, sino otro tipo de cargamento.

Alguien soltó una llave inglesa, que golpeó sonoramente el suelo.

Zeke saltó hacia atrás como si le hubieran dado un puñetazo, aunque no había nadie cerca de él y nadie pareció notar que había abandonado el umbral junto al que le habían ordenado quedarse. Retrocedió rápidamente y se colocó junto a la puerta, donde el señor Guise y Parks estaban metiendo sus herramientas. Ninguno de ellos lo miró dos veces, aunque el capitán se quejó cuando trató de seguirlos.

—Vas a quedarte ahí, ¿no?

—Sí, señor.

—Buen chico. Hay una cinta encima de ti. Agárrate a ella. Vamos a despegar.

—¿Ahora? —Zeke se asomó.

El señor Guise cogió una chaqueta del respaldo de una silla y se la puso.

—Hace veinte minutos habría sido mejor, pero bastará.

—Más vale —se quejó Parks—. Los tendremos detrás enseguida —dijo. Después vio a Zeke con el rabillo del ojo, y no dijo nada más.

—Lo sé —dijo el capitán, que parecía estar de acuerdo con el pensamiento inacabado de Parks, fuera cual fuera—. Y Guise tendría que haber dicho cuarenta, no veinte. Y pensar que hemos desperdiciado una hora de ventaja.

Parks juntó los dientes con tanta fuerza que su mandíbula, visible bajo la máscara, parecía hecha de granito.

—No es culpa mía que los propulsores no estuviesen bien marcados. No choqué con la puta torre a propósito.

—Nadie dijo que fuera culpa tuya —dijo Brink.

—Mejor que nadie lo diga —gruñó Parks.

Zeke rió nerviosamente y dijo:

—Yo no, eso seguro.

Nadie le prestó atención. Los hermanos indios subieron a bordo y comenzaron de inmediato a cerrar el portal a golpes. La puerta redonda sucumbió finalmente a la fuerza de los cuatro brazos que tiraban de ella y encajó por fin en su lugar. Giraron y bloquearon una rueda en la compuerta, y todos adoptaron sus posiciones en la cubierta abarrotada.

—¿Dónde están los malditos conductos de vapor? —El señor Guise levantó la mano cerrada en un puño.

—Prueba en el panel izquierdo —dijo el capitán.

Guise se sentó en el asiento principal, que viró y se balanceó. Metió los pies bajo

la consola y trató de acercar el asiento al panel de control, pero la silla no se movió.

Zeke retrocedió hacia el muro y se apoyó en él, con la mano alrededor de la cinta que colgaba por encima de su cabeza. Vio a uno de los hermanos indios mirándolo, no sabía cuál de ellos, de modo que dijo:

—Así que… ¿lleváis mucho tiempo usando esta nave?

—Ciérrale la boca al crío —dijo Parks sin girarse—. Me da igual cómo lo hagas, pero haz que se calle o lo haré yo.

El capitán iba de un lado a otro entre Zeke y Parks, y se acercó a Zeke, que ya balbuceaba:

—¡Estaré callado! Me callaré, lo siento. Solo… solo estaba charlando.

—Nadie quiere charlar contigo —le dijo el señor Guise.

El capitán estaba de acuerdo:

—Ten la boca cerrada y todo irá bien, y no tendré que rendir cuentas a esa vieja loca. No nos hagas tirarte sin una cuerda o una red, chaval. Lo haremos si no tenemos más remedio, y le diré que fue un accidente. No podrá demostrar lo contrario.

Zeke estaba seguro de que lo harían. Se hizo tan invisible como pudo, apoyando su huesuda espalda en los tableros y tratando de no ahogarse a causa del miedo.

—¿Entendido? —preguntó el capitán, mirándolo fijamente.

—Sí, señor —jadeó Zeke. Quería preguntar si podía quitarse la máscara, pero no quería arriesgarse a enojar a nadie más. Estaba seguro de que cualquiera de los presentes le habría disparado entre los ojos si tan solo decía «hola».

Los sellos de la máscara irritaban su piel, y las cintas presionaban tanto su cráneo que pensó que iba a salírsele el cerebro por la nariz. Zeke quería llorar, pero estaba demasiado asustado para sollozar siquiera, y suponía que era mejor así.

Guise se afanaba ante una fila de botones, golpeándolos casi aleatoriamente, como si no supiera qué hacía cada uno.

—No hay pasador para soltar esos malditos agarres. ¿Cómo demonios vamos a soltar…?

—No hemos atracado como de costumbre —le dijo Parks—. Estamos incrustados en la torre. Iremos afuera y las soltaremos a mano, si es necesario.

—No hay tiempo. ¿Dónde está el pasador del garfio? ¿Hay un kit que sirva por ahí? ¿Una palanca o algo así? Podemos soltar los ganchos para ganar estabilidad. ¿Cómo podemos desacoplarlos?

—¿Qué tal esto? —dijo Brink, y se inclinó sobre su primer oficial, extendiendo un pálido brazo con el que tiró de una palanca.

El sonido de algo crujiendo afuera alivió a todos los presentes dentro.

—¿Ya está? ¿Nos hemos soltado? —preguntó el señor Guise, como si los demás supieran algo que él no sabía.

La misma nave le respondió, oscilando en el orificio que ella misma había

provocado en el costado de la torre a medio construir. Se equilibró y giró a la izquierda y hacia abajo. A Zeke le pareció que la Clementine estaba cayendo en picado, no que alzaba el vuelo. Su estómago se quedó abajo mientras la nave, y él mismo, ascendían lejos del edificio. La caída libre se convirtió en ascenso, y la nave se enderezó, y las cubiertas inferiores del dirigible dejaron de bambolearse como la mecedora de una abuela.

Zeke estaba a punto de vomitar.

Podía sentir el vómito que se había tragado tras presenciar el asesinato del chino. Ascendió por su garganta, quemando la piel que encontraba a su paso y exigiendo libertad.

—Voy a… —dijo.

—Si vomitas en tu máscara no respirarás otra cosa hasta que te dejemos caer, chico —le advirtió el capitán—. Y si te la quitas, estás muerto.

Zeke eructó, y saboreó la bilis y lo que fuera que había comido por última vez, aunque no recordaba qué era.

—No lo haré —dijo, porque pronunciar esas palabras era algo más que su boca podía hacer, aparte de vomitar—. No vomitaré —se dijo a sí mismo, y esperó que los demás lo creyeran, o al menos que no le hicieran caso.

Un propulsor orientado hacia la izquierda se disparó, y la nave comenzó a describir un círculo antes de estabilizarse y alzarse.

—Buen despegue —acusó el capitán.

—Vete a la mierda —dijo Parks.

—Estamos arriba —anunció el señor Guise—. Nos hemos estabilizado.

—Y nos vamos a toda leche —añadió el capitán.

—Mierda —dijo uno de los hermanos indios. Era la primera vez que Zeke oía hablar inglés a cualquiera de los dos, y no fue un sonido agradable.

Zeke trató de contenerse, pero no pudo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Joder —dijo el capitán mirando por la ventana situada más a la derecha—. Crog y su amiguito nos han encontrado. Mierda, pensaba que tardarían un poco más. Todos al suelo. Agarraos fuerte, o moriremos todos.

Capítulo 16

Swakhammer iluminó con la linterna unas cuantas cajas rotas y medio enterradas que estaban apiladas unas sobre otras aleatoriamente y que aparentaban estar a punto de derrumbarse en cualquier momento. Parecían ser el único modo de seguir adelante.

—Yo iré primero —dijo—. Creo que ya estamos lo bastante lejos de Maynard's, y hemos dejado atrás lo peor del enjambre. Esas cosas son implacables. Si hace falta, escarbarán hasta que se les caigan las manos, y cuanto más ruido hagan, a más compañeros atraerán.

—Y los alejarán de nosotros —murmuró Briar.

—Eso espero. Echaré un vistazo para asegurarme.

Levantó una de sus grandes piernas y la colocó sobre la primera caja, que se hundió un par de centímetros en el barro a causa del peso. Cuando la caja dejó de moverse, subió la otra pierna lentamente. Varias tiras metálicas se destensaron con un sonoro latigazo que fue más ensordecedor que los disparos dentro del recinto subterráneo.

Todos se estremecieron y se quedaron inmóviles, guardando silencio.

—¿Oyes algo? —preguntó Lucy.

—No, pero echaré un vistazo —dijo Swakhammer.

Briar levantó una de sus botas del barro, pero se vio obligada a colocarla de nuevo en el mismo sitio. No había ningún lugar lo bastante sólido para pisarlo sin que la húmeda tierra te engullera lentamente.

—¿Qué estás buscando? ¿Más podridos?

—Claro. —Swakhammer apoyó el hombro contra la trampilla y flexionó las rodillas—. La ruta del este estaba repleta de ellos. Hemos ido hacia el este por debajo de ellos, pero no sé si lo suficiente para evitar a los rezagados. Silencio, todos —ordenó. Las cajas crujían bajo sus pies, y el barro que rodeaba las esquinas de madera barata de las cajas amenazaba con hacer caer toda la estructura en cualquier momento. Sin embargo, se mantuvo firme, y Swakhammer se esforzaba por moverse sin hacer ruido. Abrió la trampilla del mismo modo.

—¿Y bien? —preguntó Hank, en voz quizá demasiado alta.

Lucy lo mandó callar, pero alzó la vista hacia el hombre de la armadura y con los ojos le hizo la misma pregunta.

—Creo que está claro —dijo Swakhammer. No parecía convencido, pero la congregación reunida más abajo tampoco podía oír ni rastro de podridos, de modo que tomaron el silencio como una buena señal.

Swakhammer bajó la puerta de la trampilla de nuevo y se dirigió al grupo en voz tan baja como se lo permitía su máscara:

—Estamos en la farmacia, en Second Avenue, justo por debajo de las bodegas del

viejo Pete. Por lo que yo sé, no hay ninguna conexión entre este sótano y Maynard’s. Lucy, sabes cómo llegar a las criptas desde aquí, ¿verdad?

—Desde aquí, creo que es una manzana hacia abajo y otra a la derecha.

—Bien. Ahora, Wilkes, escucha: no hay caídas desde aquí hasta que lleguemos, así que quédate bien cerca y echa a correr si llega a ser necesario.

—¿Caídas?

—Entradas a los túneles subterráneos. Lugares seguros, ya sabes. Cuando salgamos, estaremos atrapados fuera hasta que lleguemos a las criptas. Es el lugar seguro más cercano, aparte de Maynard’s. Y no vamos a poder volver a Maynard’s en al menos uno o dos días, como poco.

—Mierda —gruñó Lucy—. Justo había terminado de limpiar el desastre de la última vez.

—No te preocupes por eso, Lucy. Nosotros nos ocuparemos. Pero, por ahora, tenemos que seguir adelante hasta que podamos averiguar cómo lograron los podridos entrar tan rápido.

—No. —Briar negó con la cabeza—. No, no puedo esconderme en cualquier sitio. Tengo que encontrar a mi hijo.

Lucy tocó afectuosamente con su mano mecánica el brazo de Briar y dijo:

—Cielo, las criptas están muy cerca de tu hijo, si crees que está intentando llegar a la Boneshaker. Escucha, iremos hacia allí, y quizá encontremos a alguien que lo haya visto. Preguntaremos, y correremos la voz. Pero tendrás que quedarte con nosotros si quieres seguir de una pieza el tiempo suficiente para localizarlo.

Briar quiso protestar, pero se mordió la lengua. Asintió en dirección a Swakhammer, para indicarle que estaba de acuerdo, y él abrió la trampilla de nuevo como respuesta.

Uno a uno los fugitivos de Maynard’s escalaron la inestable montaña de cajas y sillas, y uno a uno emergieron del submundo mohoso y húmedo al sótano de una vieja farmacia.

La luz de la linterna de Swakhammer estaba oscilando, a punto de apagarse por completo, cuando Frank y Willard encendieron un par de velas a tiempo para intensificar un tanto la luz. Rompieron las velas en dos para que las llamas adicionales iluminaran una mayor proporción de la estancia, pero Lucy les advirtió:

—Mantened las velas en alto, chicos. Estas viejas cajas están llenas de munición rodeada de serrín. Solo hace falta que caiga una chispa sobre una que no esté empapada, así que tened cuidado. ¿Estamos todos? —preguntó.

—Sí, señora —dijo Hank. Fue el último en subir, y la trampilla cayó tras él.

—¿Todos tenéis bien puestas las máscaras?

Todos los presentes asintieron. Las cintas se tensaron, las hebillas se cerraron, y las lentes se ajustaron en sus puestos. Briar comprobó su bolsa y se puso el sombrero

sobre la máscara. Se echó el Spencer sobre el hombro. En los bolsillos encontró sus guantes, y dio gracias al cielo por ellos. Si iba a salir, no quería que ninguna parte de su cuerpo estuviera expuesta.

Mientras Swakhammer ascendía de puntillas por los peldaños del sótano y echaba la mano al picaporte de la puerta, Briar se puso los guantes sobre sus sucios dedos.

Swakhammer desbloqueó la puerta y sostuvo una pistola, lista para disparar, junto a su pecho. La puerta se abrió unos centímetros, y sacó la cabeza por la rendija. Miró a izquierda y derecha y llegó a la conclusión de que el camino estaba despejado, de modo que se lo anunció a la pequeña congregación reunida escaleras abajo.

—Daos prisa, guardad silencio, y mantened la cabeza baja. Las ventanas no están muy bien cubiertas. Un podrido que esté lo bastante atento podría echar un vistazo adentro. No dejéis que vean nada que no deban.

Entró por completo en el local, al cuarto trasero, apartándose de inmediato para que los otros pudieran seguirlo.

—Vamos. Rápido. Venga, pasad todos, yo vigilaré la retaguardia. Vamos a salir por la puerta lateral. ¿La veis? Está detrás del mostrador. Intentad mantener la cabeza por debajo del mostrador, y apagad todas las velas. Sé que acabamos de encenderlas, pero no sabía que las ventanas no estaban cubiertas, y no podemos arriesgarnos. Nos verán antes de que podamos escapar. Así que apagadlas, y guardadlas en los bolsillos. Las necesitaremos más adelante. ¿Estamos listos?

—Listos —dijo un coro de susurros, ahogados por los filtros de las máscaras y el nerviosismo.

—Entonces, vamos —dijo Swakhammer.

Lucy fue en primer lugar. Swakhammer cerraba la fila de a uno, con las pistolas desenfundadas y Daisy rebotando contra su espalda.

Briar caminaba encogida sobre sí misma, a ciegas, recorriendo el local de polvorientas ventanas y repleto de suciedad.

Dentro del local apenas había luz. Swakhammer había abandonado la linterna, y habían apagado y escondido todas las velas salvo una. Esa última la mantenía encendida Lucy cerca de su pecho, de modo que apenas iluminaba. Sin embargo, aquí y allá, Briar podía ver encimeras derruidas que recogían la humedad que derramaba un edificio que había dejado muy atrás sus mejores momentos. La madera del suelo y de los marcos de las ventanas estaba combada a causa del incansable efecto desgastador de la omnipresente Plaga.

—Lucy, ¿qué me dices de la puerta? —susurró Swakhammer, en voz apenas algo más baja que su voz normal.

Lucy inclinó la cabeza y rodeó con su mano mecánica la gran abrazadera de madera que mantenía la puerta cerrada desde el interior. Apoyó la cabeza contra la puerta y dijo:

—No oigo nada.

—Bien. Apartaos. Voy para allá. —Swakhammer se abrió paso de costado hasta la cabeza de la fila, y Lucy se apartó para dejarle sitio.

Swakhammer miró atrás, a la congregación, y dijo:

—Si ocurre lo peor… —E inclinó la cabeza en dirección a Daisy, que sobresalía apenas por encima de su hombro—. Pero tratemos de no hacer ruido. Solo son dos manzanas.

—Dos manzanas —repitió Briar. Tragó saliva, y se dijo a sí misma que estaba haciendo progresos. Se estaba acercando. Se dirigía hacia el vecindario al que podría haber ido su hijo, y eso era un paso adelante en la dirección correcta.

Swakhammer cogió la vela de Lucy y tiró de la puerta hacia dentro. La fila de personas que lo seguía retrocedió al mismo tiempo, dándole espacio.

Afuera, el mundo estaba sumido en las tinieblas.

Briar ya se lo había imaginado por la penumbra reinante en el local, pero suponía que las ventanas cubiertas de escombros y los cristales sucios la habían engañado hasta cierto punto. Hasta entonces no comprendió lo tarde que era.

—Es de noche —suspiró, sorprendida.

Lucy se acercó a ella y la cogió del hombro.

—Lleva un tiempo acostumbrarse —susurró—. Al estar bajo tierra, es difícil saber qué hora es; y Dios sabe que los días son muy cortos en invierno. Vamos, cielo, aún es sábado, al menos técnicamente. Hacia arriba y hacia delante. Llegaremos a las criptas, y quizá alguien sepa algo de tu hijo. Pero antes tenemos que llegar allí. Cada cosa a su tiempo, ¿vale?

—Cada cosa a su tiempo —repitió Briar.

Swakhammer extinguió la última vela con dedos enguantados. Mientras abría la puerta lo bastante para salir, Briar contuvo el aliento y aguardó a que la noche tratara de matarlos a todos.

Pero no ocurrió nada.

Swakhammer le indicó al grupo que saliera y cerró la puerta tras ellos, asegurándose de que solo una diminuta rendija siguiera siendo visible. Después se giró y gruñó en voz tan baja que apenas pudieron escucharlo:

—No os separéis. Cogeos de las manos si podéis. Vamos a ir una manzana al norte y otra al oeste. Wilkes, tú quédate en la retaguardia. No te apresures en disparar. Si es posible, es mejor que no hagamos ruido.

El sombrero de Briar golpeó la fachada de piedra del local cuando asintió, y eso fue todo lo que Swakhammer necesitaba oír. Apenas podía verla, pero no se oponía. Briar retrocedió hasta el final de la fila y empuñó el Spencer, lista para disparar.

En fila detrás de Hank, que parecía estar a punto de quedarse dormido en el sitio, Briar trató de mirar hacia delante y hacia atrás a la vez. Sin embargo, Hank se

quedaba atrás, y Briar lo empujó para que recuperara su posición.

Caminaba muy lentamente, y Briar no podía permitirse quedar rezagada. No sabía adónde iba en realidad y, desde luego, no en mitad de la noche, dado que apenas distinguía las siluetas de sus compañeros. No podía ver el cielo sobre su cabeza, ni siquiera los tubos amarillos que sin duda sobresalían del suelo; y solo si entrecerraba los ojos a través de su pesada máscara alcanzaba a detectar el horizonte de tejados recortado contra las nubes.

Pero no pudo mirar demasiado tiempo. Hank se estaba quedando atrás, golpeando su delgaducho cuerpo contra los muros.

Briar lo cogió con una mano y se ayudó del rifle para mantenerlo en pie. *Maldito borracho idiota*, pensó, pero no lo dijo en voz alta. Usó todo su peso para conservarlo en una postura que no era del todo erguida.

—¿Qué pasa, Hank? —preguntó, empujándolo, y usando sus brazos y piernas como muletas para mantenerlo en pie.

El otro gruñó en respuesta; lo único que Briar sacó en claro es que había tomado demasiada cerveza y ahora le estaba sentando mal. Briar deseó poder ayudarlo, pero apenas podía ver nada, y Hank no le ponía las cosas fáciles, puesto que apartaba las manos de Briar y se apoyaba sin cesar en el muro, al tiempo que caminaba.

—¡Callaos ahí detrás! —ordenó Swakhammer, y el matiz metálico de su voz convirtió el susurro en una silbante exigencia.

—Estoy intentando… —comenzó a decir Briar, pero no terminó la frase—. Hank —susurró, dirigiéndose en cambio al que la precedía—. Hank, tienes que seguir andando. No puedo cargar contigo.

El otro se lamentó sonoramente y tomó la mano de Briar.

A ella le pareció que quería usarla para impulsarse hacia delante, y eso le parecía bien; lo ayudó a seguir adelante, a retomar su puesto en la asustada fila de a uno. Sin embargo, el ostensible lamento se grabó en el cerebro de Briar, y allí se quedó, como si en él hubiera algo más de lo que había oído en un primer momento.

Hank se tambaleó de nuevo y Briar lo sostuvo otra vez, apoyando el peso del otro en su hombro para que siguiera avanzando. Un pie golpeó al otro y Hank cayó al suelo en la acera, arrastrando a Briar en su caída.

Briar cogió su mano, y Hank tomó la suya. A los otros, cuyas pisadas comenzaban a alejarse, les gritó, en un susurro, ya que no se atrevía a chillar:

—¡Esperad!

Una parada en seco le indicó que la habían oído.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucy—. ¿Dónde estás, cielo?

—Aquí atrás, con Hank. Le ocurre algo —dijo Briar, hablándole al pelo del otro, cuyo rostro estaba apoyado en su clavícula.

Lucy blasfemó.

—Hank, borracho idiota. Si consigues que nos maten, te juro que voy a matarte. —Mientras hablaba, sus recriminaciones susurradas ganaron volumen, al tiempo que se acercaba a ellos a impacientes zancadas. Un destello de luz descarriado, puede que un rayo de luna perdido o un reflejo procedente de una ventana, fue a parar a un pedazo expuesto del brazo metálico de Lucy, revelando su posición.

Briar solo lo vio a medias. Su atención estaba en otro lugar, concretamente en las tiras que rodeaban la cabeza del borracho que tenía tan escaso sentido de la autoconservación.

—Espera —le dijo a Lucy.

—Ya te he oído, cielo —dijo Lucy—. Voy para allá.

—No, eso no es lo que quería decir. Espera… no te acerques. —Briar podía sentirlo; lo sospechó cuando recorrió con la palma de su mano la cabeza del otro; notó la hebilla rota y la cinta caída, colgando, que debería haber mantenido su máscara fija en su rostro.

Hank estaba resollando. Su cabeza golpeaba levemente su cuerpo, y producía un sonido rítmico que no recordaba a alguien respirando. Apretaba la mano de Briar cada vez con más fuerza, y después su brazo, y después su cintura, a medida que trataba de acercarla hacia él.

Briar se resistió. Utilizó el rifle para apartarlo de sí.

Lucy se agachó y trató de coger a Hank.

—Hank —dijo—, no me digas que estás tan borracho que te estás propasando con nuestra invitada.

Pero Briar sostuvo el brazo mecánico antes de que Lucy pudiera golpearlo.

—No lo hagas —dijo. Se puso en pie y apartó a Lucy—. No lo hagas, Lucy. Se le ha caído la máscara. Ha estado respirando sin ella.

—Oh, cielos. Cielos.

—¿Qué está pasando ahí detrás? —preguntó Swakhammer.

—Seguid —dijo Lucy—. Os alcanzaremos.

—Olvídalo —dijo Swakhammer, y un murmullo metálico pareció indicar que se había dado media vuelta.

—Vamos enseguida —insistió Lucy—. Sigue con los otros. —Lucy pronunció la última frase rápidamente, porque Hank estaba incorporándose y poniéndose en pie.

Briar también lo vio. Vio cómo la sombra de su cuerpo se enderezaba trabajosamente y se estremecía.

—Es demasiado rápido —se dijo a sí misma, o quizá a Lucy—, no debería cambiarlo tan rápidamente. Debería tardar días.

—Solía tardar días. Ya no.

Se quedaron paralizadas; Hank tan solo se puso en pie, pero no se acercó a ellas. Briar susurró a través de la máscara:

—Lucy, ¿qué hacemos?

—Me temo que tenemos que sacrificarlo. Lo siento —le dijo Lucy a Hank, o al menos Briar esperó que se dirigiera al nuevo podrido, que extendía ya hacia ellas sus manos huesudas y furiosas.

Briar usó el codo para hacer girar el rifle y empuñarlo. Aunque apenas podía ver en esa figura un lejano reflejo del hombre que fue Hank, aguardó a escuchar su siguiente gorgoteo y apuntó.

El disparo lo derribó. Briar no sabía si lo había matado. No le importaba demasiado, y Lucy parecía ser de la misma opinión.

Lucy cogió el cañón del rifle de Briar y tiró de ella hacia delante. A apenas unos metros se toparon con el muro que habían estado siguiendo mientras huían de la farmacia, y lo abrazaron de nuevo. Sus trabajosos jadeos comenzaban a revelar su posición en exceso.

Manzana abajo, Swakhammer se esforzaba por evitar que se desatara el más absoluto caos. Mantenía al grupo unido, sin que se despegara ni un centímetro del muro. Dijo, en voz lo bastante alta para que Lucy y Briar la oyeran:

—Esta es la esquina. Seguidla hacia la derecha.

—Lo sé —dijo Lucy, ya sin susurrar. En su voz había frustración y miedo.

—¡Habla bajo! —le dijo Swakhammer, pero sus vibrantes palabras, aun susurradas, sonaban bastante altas.

—Da igual. Ahora ya pueden oírnos —se quejó Lucy, que seguía tirando de Briar por el rifle aún caliente. Fue a la cabeza de la fila—. Sigue caminando, viejo. Yo me quedaré en la retaguardia con la señorita Wilkes.

—Lucy…

—Echa a correr, hombre. No discutas conmigo, y yo no discutiré contigo —jadeó.

Nuevos jadeos resonaron en la noche. Se alimentaban los unos de los otros; el ruido los alertaba, y el hambre insaciable los ponía en movimiento. Y se reunían, como si la falta de luz no los afectase en absoluto.

Lucy tiró del arma de Briar y la acercó a la esquina. Ya habían descubierto la huida de Swakhammer y los otros. Los podridos se acercaban por momentos, pero Lucy se comportó como si supiera adónde iba, de modo que Briar dejó que la guiara.

Dijeron que solo serían dos manzanas; pero debía de tratarse de las manzanas más grandes de todo el universo, y los podridos habían detectado su olor, o su rastro. Fuera como fuera, los habían descubierto, y ya estaban siguiéndolos.

Briar se liberó de la captura de Lucy y dijo:

—El arma no. Puede que la necesite.

—Coge las cintas del delantal. No te separes de mí.

Briar entrelazó una de sus manos en las tiras de lino hasta que quedó bien sujeta.

—Ya está —dijo. Vamos. ¿Cuánto queda?

Lucy no respondió; solo siguió caminando.

La esquina. Briar la sintió en su hombro y en su costado cuando chocó con ella, caminando tras Lucy. Lucy empujó a Briar a la derecha y siguió el muro en esta nueva dirección, y al recorrer esta calle pudieron oír con más claridad las pisadas insistentes del resto del grupo.

—Se están alejando —jadeó Briar—. ¿Y nosotros?

—Más o menos —dijo Lucy, y se topó sin previo aviso con un grupo de podridos que se dirigía hacia ellas.

Briar chilló, y Lucy golpeó con su fabuloso brazo mecánico el aire delante de sí, esperando arrancar de cuajo cualquier cabeza imprudente que encontrase en su camino. Estampó un cerebro contra el muro y le aplastó a otro la nariz antes de que Briar pudiera empuñar el rifle y disparar; y cuando logró hacerlo, y disparó una o dos veces, no supo si había acertado a algo importante.

—¡Ten cuidado! —gritó Lucy, no porque estuviera lejos de ella, sino porque acababan de disparar un rifle al lado de su cabeza.

—¡Lo siento! —Briar recargó el rifle y disparó de nuevo al montón de cuerpos. Había soltado las cintas del delantal de Lucy y estaba sola, pero Lucy no iba a dejar que se perdiera.

Recargó de nuevo y rezó por que hubiera más munición, pero no tuvo tiempo de disparar.

Lucy rodeó con su brazo la cintura de Briar y la alzó en vilo, por encima de dos podridos caídos, pero algo había atrapado la mano de Briar. Sintió un terror que no fue ni un ápice menos intenso que la primera vez que oyó ese terrible sonido, vacilante y enfermizo, producido por la garganta de un podrido.

—¡Me ha cogido! —gritó.

—¡No, no lo ha hecho! —dijo Lucy mientras golpeaba con su brazo semejante a un cañón y destrozaba una cabeza endeble que estaba totalmente hueca. La cabeza estalló, y Briar contuvo el aliento, aterrorizada, cuando comprendió que el podrido había estado mordiéndola.

Jadeó.

—¡Lucy! Lucy, creo, ¡creo que me ha herido!

—Ya echaremos un vistazo luego —dijo la otra en un susurro—. Toma las cintas de nuevo, cielo. Voy a necesitar este brazo. Es todo lo que tengo.

Briar hizo lo que le ordenó, y de nuevo siguió a Lucy como si fuera una cometa atada a su mano. Apenas podía ver nada, pero sentía y oía cómo Lucy usaba su brazo mecánico a modo de ariete y su peso para seguir avanzando como un tren de mercancías.

Las calles estaban más oscuras que el océano a medianoche, y Briar pensó que iba a vomitar en cualquier momento, pero se contuvo el tiempo suficiente para oír:

—¡Ey, vosotras dos!

—¡Dispara a Daisy! —ordenó Lucy—. ¡Dispárala, o estamos muertas!

—¡La estoy calentando!

—¡Mierda! —se quejó Lucy—. ¡Odio esa estúpida arma! Nunca funciona cuando… —Un podrido se aproximó a su pecho, y ella lo golpeó en la sien. Cayó redondo junto a la acera—. Cuando la necesitas —terminó.

Estaban lo bastante cerca de su destino como para que Swakhammer pudiera oírlas.

—¡Funciona perfectamente! —insistió él—. ¡Pero tarda unos segundos! Ahora, señoritas, ¡cubríos!

Briar no creía disponer de la capacidad de maniobra para obedecer, pero oyó el zumbido de aviso de la enorme arma. Cuando sonó el disparo, soltó el delantal de Lucy y se cubrió la cabeza con una mano y la de Lucy con la otra, dado que ella no podía taparse ambos oídos al mismo tiempo. Después, Briar enterró su oído descubierto en el pecho de Lucy.

Las mujeres implosionaron al unísono, cayendo al suelo y abrazándose mientras la onda de choque hacía estallar el mundo a su alrededor. Todas las manos que trataban de aferrarlas cayeron, y cuando lo peor de la onda de choque se había desvanecido hasta convertirse en tan solo un recuerdo del mismo aire estallando, la voz acerada de Swakhammer comenzó la cuenta atrás.

Briar y Lucy se pusieron en pie trabajosamente, tambaleándose. Las dos estaban desorientadas, pero Lucy dijo:

—Por aquí, creo.

Y entonces, con un crujido y un chasquido, un destello de luz entre rojiza y blanca iluminó los edificios sucios con una luz que fue casi cegadora.

—Ya no hay necesidad de ocultarnos, ¿verdad? —dijo Swakhammer mientras corría hacia ellas, con una luz en la mano—. ¿Estáis bien?

—Creo que sí —dijo Lucy, a pesar de lo que Briar le había dicho antes.

Swakhammer tomó la mano de Briar y el brazo de Lucy y las arrastró hacia delante, haciendo que se tambalearan y tropezaran con sus propios pies y con los miembros de los muertos, que se removían en el suelo.

—Han sido… —La bota de Briar quedó atrapada en algo fangoso. Lo pateó para poder echar a correr de nuevo—. Las dos manzanas más largas… —Su tacón se deslizó sobre algo húmedo y pegajoso—. De mi vida.

—¿Qué?

—Da igual.

—Mira por dónde pisas.

—¿Qué?

—El suelo. Cuidado con el escalón.

Entonces lo vio, porque estaba justo debajo de él. Un cuadrado de intensa luz amarilla se consumía en las profundidades del mundo, al pie de una escalera rodeada de bolsas llenas de algo pesado, parecido a arena. Briar las tocó y las usó para mantener el equilibrio mientras descendía, pero Lucy se quedó en el centro del camino. Algo iba mal con su brazo: incluso en la media luz y con el movimiento frenético de la huida, Briar notó que estaba perdiendo líquidos y agitándose de manera extraña.

Su mano también temblaba, y se estremeció cuando pensó en quitarse el guante. No quería saberlo, pero necesitaba saberlo, y rápido. Si el podrido la había mordido a través del denso material, no tenía mucho tiempo.

Bajó a torpes saltitos los peldaños agrietados y casi cayó de bruces al llegar abajo, donde el piso se igualaba. Ahí abajo la claridad era intensísima, especialmente comparada con la oscuridad absoluta que reinaba en la calle; por un instante apenas pudo ver nada que no fuera el ardiente y sofocante fulgor del horno al otro extremo de la estancia.

—Hemos perdido a Hank —dijo Lucy.

Swakhammer no necesitaba oír más. Se dirigió hacia las dobles puertas que quizá señalaran la posición de un refugio antitormenta, y giró una manivela situada entre ellas. Lentamente, las puertas crujieron, abriéndose hacia dentro; después, con un sonoro chasquido, encajaron en su lugar. Una tira de tela tratada corría a lo largo de la rendija en la que se unían ambas puertas. Cuando las cerró, cogió una cruceta que estaba apoyada en los peldaños. La levantó y la colocó en su sitio.

—¿Estamos todos los demás? —preguntó.

—Eso creo —le dijo Lucy.

Los ojos de Briar se entrecerraron, y se ajustaron a la luz. Y sí, todos los demás estaban a salvo; en total, los presentes ascendían a unos quince. Además de los habituales del Maynard’s, un puñado de chinos susurraban con los brazos cruzados junto al horno.

Durante un terrible segundo, Briar temió haber regresado al lugar en que aterrizó en primer lugar, y creyó que estos eran los mismos a los que había amenazado con el rifle. Pero recuperó la razón, y comprendió que estaba muy lejos del mercado, y de la primera sala de hornos a la que llegó tras descender por el sucio conducto amarillo.

En el aire flotaban nubes de carbón, y un fuerte golpe de aire atravesaba la estancia a medida que los fuelles hacían su trabajo junto al horno, sacando aire fresco de otro conducto y afuera, hacia los túneles.

Al principio, Briar no vio ni los fuelles ni el conducto, pero sí, ahí estaban. Justo igual que en la otra sala, aunque el horno era más pequeño aquí, y los mecanismos que movían los poderosos dispositivos parecían en cierto modo distintos. Resultaban familiares de una manera extraña y algo inquietante.

Swakhammer la vio mirando fijamente el horno y respondió a la pregunta que no había formulado:

—La otra mitad del motor del tren no servía. Alguien lo tiró junto al agua. Lo arrastramos hasta aquí, y ahora es un horno que te cagas, ¿no? No hay nada aquí abajo capaz de producir vapor más rápidamente.

Briar asintió.

—Es una idea genial —dijo.

—Sí que lo es. —Lucy se sentó pesadamente en una gruesa mesa de madera al límite del alcance del fuego. Usó la luz para inspeccionar su brazo, que ya no podía controlar con demasiada habilidad. Colgaba, inerte, golpeando sus muslos, de modo que lo puso sobre la mesa para comprobar los daños. Un delgado riachuelo de fluido lubricante caía sobre su falda, manchándola—. Hijo de puta —dijo.

Varney, que había guardado completo silencio desde que marcharon de Maynard's, fue a sentarse junto a ella. Cogió su brazo mecánico entre las manos y le dio la vuelta, mirándolo desde un ángulo y después otro.

—Te lo has cargado, ¿eh? Supongo que pesa un quintal. Y mira, has perdido la ballesta.

—Ya lo sé —dijo ella.

—Pero lo arreglaremos, no te preocupes. Está abollado, aquí. Y aquí —añadió—. Y puede que haya algo roto. Pero lo arreglaremos, y estará como nuevo.

—Esta noche no —dijo Lucy. Abrió el puño, y después lo cerró con fuerza—. Tendrá que esperar. —Se giró hacia uno de los chinos y le habló en su idioma.

El chino asintió y se agachó, marchándose por uno de los pasajes; regresó segundos después con un cinturón. Lucy lo cogió y se lo entregó a Varney.

—Amárralo bien, ¿quieres, cielo? No quiero herir a nadie esta noche, al menos no sin querer.

Mientras Varney improvisaba un cabestrillo para que tuviera el brazo roto pegado al cuerpo, Lucy gesticuló con la barbilla, señalando a Briar.

—Ha llegado el momento, cielo. Cuanto antes mejor.

Swakhammer se quitó la máscara y la dobló bajo el codo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

—Hank la ha mordido. O lo hizo algún otro, en la mano. Si se quita el guante echaremos un vistazo.

Briar tragó saliva.

—No sé si fue Hank o no. No creo que llegara a atravesar el guante. Me costó librarme de él, pero no creo que…

—Quítatelo —ordenó Swakhammer—. Ahora. Si ha atravesado la piel, cuanto más esperes peor será. —Caminó hacia ella y trató de coger su mano, pero Briar la retiró, encogiéndola.

—No lo hagas —dijo—. No lo hagas. Yo lo haré.

—Me parece bien, pero voy a tener que insistir en verlo por mí mismo. —No había furia en su rostro, pero tampoco parecía dispuesto a echarse atrás. Se acercó a ella y extendió los brazos como si estuviera abriendo una puerta y le estuviera dando la oportunidad de entrar primero. Sus dedos señalaron el viejo horno, donde la luz era más brillante y el calor más intenso.

—Bien —dijo Briar. Se acercó al horno, tanto como su cuerpo pudo soportarlo; y se arrodilló junto a un peldaño cubierto de hollín para quitarse la máscara y el sombrero. Después, se quitó el guante con los dientes.

Contempló el dorso de su mano y vio una media luna morada por debajo del dedo meñique. Se acercó la mano al rostro y, girándose para ayudarse de la luz del fuego, la miró fijamente.

—¿Y bien? —preguntó Swakhammer, tomando la mano de Briar en la suya y girándola para poder verla.

—Creo que está bien —dijo ella. No apartó la mano. Dejó que él la mirara, porque quería conocer su opinión, aunque también la temiese profundamente.

La estancia entera contuvo la respiración, a excepción de los fuelles, que seguían jadeando trabajosamente; el conducto amarillo situado entre el horno y la mesa se estremecía a causa del aire que entraba y salía.

Tras una pausa, Swakhammer dijo:

—Creo que no hay nada de qué preocuparse. Has tenido suerte. Sí que son buenos esos guantes. —Dejó escapar un pesado suspiro que había estado conteniendo durante un buen rato y soltó la mano de Briar.

—Son bastante buenos —dijo ella, tan aliviada que no se le ocurría otra cosa que decir. Acunó su mano herida y cambió su peso para poder sentarse en el peldaño en lugar de estar arrodillada sobre él.

Willard se unió a Varney a la vera de Lucy. Dijo, sin dirigirse a nadie en particular:

—Es una lástima lo de Hank. ¿Cómo lo perdimos? —Su voz no era quejumbrosa, pero tampoco feliz. Encerraba algo más que simple curiosidad.

—Su máscara —dijo Lucy—. No la llevaba bien puesta. Se soltó, y respiró demasiada Plaga.

—A veces pasa —dijo Willard.

—Todo el puto rato. Pero estaba demasiado borracho para ser cuidadoso, y ya veis cómo ha terminado. Will, ayúdame con la máscara, ¿quieres? —Lucy cambió de tema. Torció el cuello y trató de convencer a su mano para que funcionara, pero el miembro mecánico permanecía inerte contra su pecho—. Ayúdame a quitármela.

—Sí, señora —obedeció Willard. Fue a su espalda, le desabrochó la máscara, y se la quitó. Después, se quitó la suya. Pronto todos descubrieron sus rostros de nuevo.

Los chinos permanecían cerca del horno, pacientemente, esperando a que su lugar de trabajo se despejase de nuevo. Swakhammer fue el primero en fijarse en la manera en que aguardaban, en silencio.

—Deberíamos dejarlos tranquilos —dijo—. Esos fuelles tienen que seguir funcionando otras dos horas antes de que el aire sea lo bastante fresco para aguantar toda la noche.

Inclinó la cabeza levemente, en un movimiento que no llegó a ser asentimiento, y dijo unas palabras en otro idioma. No pronunció las palabras rápidamente, como si le quemaran en la boca, ni con demasiado tacto, pero a Briar se le ocurrió que eran palabras de agradecimiento y una petición de disculpas.

Los chinos, de rostros afeitados y delantales de cuero, parecieron agradecer el esfuerzo. Sonrieron tensamente e inclinaron las cabezas, pero no lograron ocultar el alivio que sintieron cuando el grupo salió por un túnel secundario.

Varney y Willard flanquearon a Lucy, y Swakhammer caminaba al frente, con Briar a su lado. El resto, Frank, Ed, Allen, David, Squiddy, Joe, Mackie y Tim, los seguían algo más atrás. Caminaron juntos en silencio, a excepción de Frank y Ed, que hablaban de Hank.

—Es una mierda, eso es lo que es —dijo Frank—. Cuando menos te lo esperas… ¡bam! Deberíamos ir a la estación y soltar a unos cuantos podridos ahí abajo, para que se los encuentre Minnericht en cuanto salga de casa.

Ed estaba de acuerdo.

—Podríamos ir por el barrio chino. Apuesto a que nos dejarían. Nos dejarían si les dijésemos lo que queremos hacer.

—Y los aviadores que están siempre por el fuerte, junto a la torre, quizá alguno de ellos estaría dispuesto a armar un buen follón. Deberíamos enterarnos —propuso Frank.

Sin embargo, Lucy les hizo callar desde la cabeza de la fila.

—Callaos los dos. No metáis a más gente en vuestros absurdos planes. Nadie va a ir a la estación. Nadie va a tentar al destino, o a los podridos, o al doctor. Ya tenemos bastantes problemas.

A Briar le pareció que fue Mackie el que protestó en voz baja:

—Bueno, ¿y cuántos problemas más vamos a tener hasta que decidamos que hemos tenido bastante?

—Más que los que tenemos ahora —dijo Lucy, pero no con demasiada convicción.

Mackie murmuró a continuación:

—No me importaría verlo enfrentarse a podridos en la misma puerta de su casa, comiéndose a sus amigos, a ver si le gusta. —Podría haber dicho más, pero Lucy lo evitó; se dio media vuelta y lo miró fijamente hasta que cerró la boca.

Con muros redondeados y puertas selladas que se abrían y cerraban como esclusas de aire sucias, el pasillo descendía en una suave pendiente y viraba a la izquierda.

—¿Esto son las criptas? —preguntó Briar.

—No exactamente —dijo Swakhammer—. Solo hay una verdadera cripta, pero seguimos llamándolas así. El resto es en su mayor parte donde duerme la gente aquí abajo. Piensa en ello como un gran edificio de apartamentos vuelto de arriba abajo. La verdad es que aquí no vive mucha gente. La mayoría de la gente que vive entre los muros se ha asentado en los límites, cerca de Denny Hill; allí, esas casas tan viejas y bonitas tienen sótanos enormes.

—Eso tiene sentido —observó Briar.

—Sí, pero vivir tan lejos de los caminos más transitados tiene sus desventajas. Es decir, si necesitas algo, llegar al centro no es fácil. Pero ya sabes de qué estoy hablando. Acabamos de perder a un hombre tratando de recorrer dos manzanas. Imagina recorrer ocho o nueve. Y sin embargo hay quien lo hace.

—¿Por qué?

Swakhammer se encogió de hombros.

—Es mucho más cómodo vivir allí. ¿Ves lo que quiero decir? —Se apoyó en un picaporte y abrió una puerta de rebordes metálicos con una ventana sellada—. No está muy limpio, pero es bastante seguro.

—También pensaba que Maynard's lo era.

Swakhammer hizo un ademán despreciativo con la mano y dijo:

—Aquí abajo los tenemos a ellos. —Briar supuso que se refería a los chinos—. Tienen la situación bajo control. Si hay problemas, saben qué hacer. En cualquier caso, esta es tu habitación, señorita Briar.

Briar torció la cabeza para mirar adentro y vio exactamente lo que Swakhammer le había prometido: una estancia más o menos limpia y más o menos acogedora con dos camas, una palangana y tres tubos humeantes que recorrían el muro más alejado.

—Cuidado con esos tubos —la advirtió—. Mantienen el cuarto caliente, pero será mejor que no los toques. Te consumirán la piel.

—Gracias por la advertencia.

—Briar, querida —dijo Lucy mientras maniobraba hacia la cabeza de la fila—. No quiero molestarte, pero no sé qué hacer con este maldito brazo. Normalmente no necesito mucha ayuda, pero agradecería contar con la tuya esta noche.

—Claro. Las mujeres tenemos que ayudarnos entre nosotras, ¿no? —Briar comprendía perfectamente el motivo por el que una mujer no querría que un hombre le prestase sus manos, aunque ese hombre fuera uno con tan solo las mejores intenciones.

Briar dejó que Lucy entrara primero, y mientras se sentaba en el borde de la

cama, Swakhammer le dio más instrucciones:

—Hay aseos al final del pasillo, normalmente a la izquierda. No tienen muy buen aspecto, y tampoco huelen demasiado bien, pero es lo que hay. Encontrarás agua si vuelves hacia atrás, donde los chinos. La guardan en barriles justo fuera de las salas de los hornos. Si necesitas cualquier otra cosa, Lucy te dirá cómo conseguirla.

—Vale —le dijo Briar, y, mientras Swakhammer se alejaba con los demás siguiéndole como patitos a su madre, ella cerró la puerta y fue a sentarse en la otra cama.

Lucy se había echado, y su cabeza descansaba en la mohosa y dura almohada.

—En realidad no necesito tanta ayuda —dijo—. Pero no quería pasar la noche rodeada de hombres. Tienen buenas intenciones, pero no creo que pudiera soportarlo.

Briar asintió. Desabrochó los cordones de las botas y se las quitó; después, fue a sentarse junto a Lucy para ayudarla a hacer lo mismo.

—Gracias, querida, pero no te preocupes por eso. Prefiero dejármelas puestas por ahora. Es más fácil dejármelas puestas que ponérmelas otra vez mañana. Y mañana voy a ajustarme esta cosa. —Movió el hombro en un intento de levantar el brazo.

—Como quieras —dijo Briar—. ¿Puedo hacer algo más por ti?

Lucy se incorporó hasta quedar sentada y apartó las mantas con el trasero.

—Por ahora no. Por cierto, me alegra que tu mano esté bien, y que puedas conservarla. Perder una mano es una cosa muy triste.

—Yo también me alegro —dijo Briar—. Hank se transformó muy rápidamente. ¿Qué pasó para que ocurriera tan rápido?

Lucy dejó caer la cabeza en la almohada.

—No estoy segura, pero te diré lo que creo. La Plaga aquí abajo es cada vez más densa, a medida que pasan los años. Antes se podían ver las estrellas de noche, pero ya no. Solo la luna, si es una buena noche. La Plaga no se puede ver directamente, pero sabes que está ahí, y sabes que está acumulándose entre los muros. Un día de estos —dijo, apoyándose en el cabezal de la cama y colocando la almohada tras su cabeza—, sabes lo que va a ocurrir, ¿verdad?

—No. ¿Qué quieres decir?

—Estos muros… son como un cuenco. Y un cuenco no puede contener un volumen infinito. La Plaga está saliendo del subsuelo, ¿no? Cada vez sale más y más, y adopta la forma del cuenco. El gas es pesado, y, por ahora, se queda aquí abajo, como una sopa. Pero algún día será demasiado. Un día se derramará sobre las Afueras. Quizá envenene al mundo entero, si pasa el suficiente tiempo.

Briar fue a su cama y se desató la faja. Sin ella le dolían las costillas; echaba de menos sentir esa presión sobre su cintura. Se frotó el estómago y dijo:

—Es una manera muy pesimista de valorar la situación. ¿Cuánto crees que tardará en pasar eso?

—No lo sé. Otros cien años. Otros mil años. No hay manera de saberlo. Pero aquí abajo estamos aprendiendo a vivir con esto. No es una situación perfecta, pero nos las arreglamos, ¿no crees? Y algún día quizá el resto del mundo necesitará saber cómo lo hacemos. Puede que esté exagerando, y que eso no llegue a pasar nunca, pero te diré algo: un día, dentro de poco, este veneno va a extenderse a las Afueras. Y la gente fuera de estos muros tendrá que aprender a sobrevivir.

Capítulo 17

La Clementine se alejó de la torre con la elegancia de un polluelo aprendiendo a volar, y el maltratado estómago de Zeke envió un bocado de vomito esófago arriba. Se lo tragó de nuevo y se aferró a la cinta que no hacía otra cosa más que proporcionarle algo a lo que agarrarse.

Contempló la cinta, tratando de concentrarse en cualquier cosa que no fuera el ácido en sus dientes y el remolino en su vientre. Parecía un cinturón. Alguien lo había colocado allí, alrededor de una viga, para poder sujetarse durante el vuelo. La hebilla era de latón con base de plomo, y en el frontal se podía leer «CSA».

Mientras el vehículo se zambullía y retorcía, y se dirigía a toda velocidad hacia un lugar más allá de las calles dominadas por la Plaga, Zeke pensó en Rudy y se preguntó si había desertado del ejército de la Unión o no. Pensó en la guerra, allá en el este, y se preguntó qué hacía una hebilla confederada haciendo de cinta de agarre en una… y, de nuevo, esas palabras se manifestaron en su cerebro… nave de guerra.

Y eso le permitió pensar en otra cosa que no fuera el amargo sabor en su boca.

Por encima de la consola vio paneles de almacenamiento con ganchos que daban la impresión de albergar armas, y un estante cuadrado en el que ponía «Municiones». Hacia la parte trasera de la nave había una gran puerta con una rueda giratoria como la que suele encontrarse uno en los bancos. Zeke supuso que se trataba del compartimento de carga, dado que lo más normal es que la compuerta de un compartimento de carga tenga un cerrojo de aspecto imponente, pero ¿una rueda así? Y no pudo evitar fijarse en la manera en que suelos, paredes y sellos alrededor de esa enorme puerta estaban reforzados.

—Oh, cielos —susurró para sí mismo—. Oh, cielos. —Se acurrucó sobre sí mismo lo mejor que pudo, haciendo una bola de Zeke lo más pequeña posible, agachado junto al costado de la nave.

—¡Intruso a estribor! —gritó el señor Guise.

—¡Maniobras evasivas! —ordenó, o quizá anunció, Parks, pero el capitán ya había iniciado el movimiento.

Brink tiró violentamente de un artefacto situado sobre su cabeza, y varias palancas cayeron del techo. Manipuló otro artefacto con forma de trapecio, y los depósitos de gas de la nave zumbaron tan intensamente que casi aullaron.

—¡Vamos demasiado rápido! —advirtió Parks.

—¡No importa! —dijo el capitán Brink.

Por las ventanas delanteras que recubrían la mitad del habitáculo ovalado, Zeke vio el horrible espectro de otra nave, una más pequeña, pero aun así bastante grande, cayendo de cabeza hacia la Clementine.

—Subirán —murmuró el señor Guise—. Tienen que hacerlo.

—¡No están subiendo! —gritó Parks.

—¡Se nos acaba el tiempo! —gritó el capitán.

—¿Y qué pasa con las maniobras evasivas? —preguntó Parks en tono de burla.

—No consigo que los putos propulsores… —El capitán interrumpió la explicación y golpeó con el codo un interruptor tan grande como sus puños.

La Clementine se sobresaltó como un ciervo asustado, haciendo que su carga y su tripulación saltaran bruscamente; pero no evitaron por completo el impacto. La segunda nave la golpeó sonoramente, y hubo un terrible crujido metálico y desgarrador cuando las dos naves chocaron en pleno vuelo. A Zeke le pareció que se le iban a salir los dientes de las encías, pero milagrosamente se quedaron en su sitio. Y en unos segundos la nave se enderezó y pareció estar a punto de escapar.

—¡Hemos subido! —declaró el capitán—. Arriba… ¿los veis? ¿Adónde han ido?

Todos los ojos estaban plantados en el cristal, rastreando el cielo en busca de los atacantes.

—No los veo —dijo Parks.

—Pues no creo que los hayamos despistado —gruñó el señor Guise.

Parks respiró lentamente un par de veces y dijo:

—Es una nave más pequeña. Quizá no deberían haber chocado con nosotros. Puede que su nave no sobreviviera al golpe.

Los nudillos de Zeke, blancos como la hiel, se negaban a soltar el cinto, pero torció la cabeza para mirar por la ventana, y contuvo el aliento, porque las palabras no podían ya hacer que su respiración se calmase. Nunca había sido propenso al rezo de niño, y su madre no iba mucho a la iglesia, pero ahora rezó con todas sus fuerzas por que, estuviera donde estuviera esa otra nave, no volviera.

Las siguientes palabras de Parks no lo tranquilizaron:

—¡No, no, no, no!

—¿Dónde?

—¡Abajo!

—¿Dónde? ¡No los veo! —gritó el capitán.

Y entonces otra colisión hizo sacudirse la nave y la hizo retroceder en el cielo. El cinto de Zeke se rompió y su cuerpo cayó al suelo; después, giró hacia el muro y de vuelta al centro de la cubierta de nuevo. Se arrastró y trató de avanzar a cuatro patas. Dada la inercia producida por el golpe, lo primero que aferró su mano fue la rueda de la puerta del compartimento de carga. La rodeó con el brazo de la mejor manera que pudo.

En algún lugar, más abajo, una placa de acero se extendía y se dividía, y remaches caían y salían volando con la misma velocidad que las balas. En uno de los costados, un propulsor se estaba partiendo en dos con un sonido silbante, un sonido que nunca debería producir un propulsor en buen estado.

Delante de ellos, la Plaga invadía el paisaje, y Zeke tardó unos instantes en comprender que podía ver la Plaga directamente ante sí porque la nave estaba inclinada hacia abajo, dirigiéndose de bruces hacia una colisión con lo que quiera que hubiera más allá de ese aire viciado.

—¡Vamos a estrellarnos! —gritó, pero nadie lo oyó.

La conversación de los tripulantes iba y venía por la cabina, y los mantenía tan ocupados que ni siquiera los gritos del chico podían distraerlos.

—¡Propulsor izquierdo!

—Inactivo, o atascado, o… ¡no lo sé! ¡No encuentro el mando del estabilizador!

—Puede que este estúpido pájaro ni siquiera tenga uno. Propulsor derecho, frenos aéreos. Cielo santo, si no ascendemos rápido, no vamos a ascender nunca.

—¡Vuelven para atacar de nuevo!

—¿Están locos? ¡Nos matarán a todos si nos hacen caer!

—No creo que les importe…

—Prueba con ese pedal… ¡no, el otro! Písalo, y mantenlo…

—¡No funciona!

—Estamos subiendo…

—¡No lo bastante rápido!

Zeke cerró los ojos y sintió cómo se estiraban tras sus párpados, a causa de la presión del descenso.

—Voy a morir aquí, o voy a morir ahí abajo, en el suelo, en una aeronave. Esto no es lo que… —se dijo a sí mismo, puesto que nadie le estaba escuchando—. Esto no es lo que yo quería. Dios mío.

El vientre de la nave se deslizó por una nueva superficie, una que era más dura, hecha de ladrillos, no metal; se oyó cómo las piedras crujían bajo la nave.

—¿Contra qué hemos chocado? —preguntó Parks.

—¡Un muro!

—¿El muro de la ciudad?

—¡No lo sé!

La nave estaba girando en una órbita descontrolada que golpeaba objetos duros y objetos afilados alternativamente, pero comenzaba a frenarse, y poco después empezó a ascender, tan repentinamente que el brusco ascenso y consiguiente descenso provocó que una nueva oleada de vómito ascendiera por la garganta de Zeke. Escupió un poco contra el visor.

Y entonces la nave se detuvo en seco, como cuando tira uno de la correa de un perro.

Zeke cayó de la rueda bocabajo al suelo.

—Atrapados —dijo el capitán en tono sombrío—. Mierda, nos tienen cogidos por los huevos.

Alguien pisó la mano de Zeke, que soltó un grito, pero no había tiempo para lamentarse. Algo estaba tocando en la compuerta un insistente solo de batería. Era el sonido de algo grande y muy, muy enfadado. Zeke se incorporó y se alejó a rastras, regresando a su pequeño cubil junto a la rueda. Y allí se quedó, bien acurrucado, mientras el capitán y su tripulación sacaban armas y cuchillos.

Abandonaron sus asientos y trataron, en un primer momento, de mantener la puerta cerrada, pero había resultado dañada cuando la Clementine chocó contra la torre Smith, y ahora apenas sí estaba unida ya a las bisagras. Varios hombros apoyaron sus pesos combinados contra la puerta, pero quienquiera que estuviese al otro lado era más pesado o más voluntarioso. Centímetro a centímetro, la puerta comenzó a ceder.

Zeke no tenía adónde ir, y no podía echar una mano. Vio desde el suelo un brazo negro como el carbón aparecer por la rendija, en un extremo, y otro brazo, blanco y fornido, apareciendo por el costado izquierdo. El brazo negro cogió a Parks por el pelo y golpeó su cabeza contra el marco, pero Parks usó su cuchillo e hirió la mano hasta que esta se retiró, sangrando… solo para contraatacar acto seguido esgrimiendo su propio cuchillo.

El enorme brazo del otro lado quizá perteneciera a un gigante, o a uno de esos increíbles gorilas que Zeke había visto una vez en el circo. Aunque no estaba cubierto de pelo, era más largo que ningún otro brazo que Zeke hubiera visto antes, y se estremeció al pensar a qué tipo de hombre podía pertenecer.

El brazo blanco apuntó hacia abajo, tomó la primera bota que encontró en su camino y tiró de ella. El señor Guise cayó al suelo, y desde allí pateó el brazo, la puerta, y todo lo demás. La monstruosa mano retrocedió durante menos de un segundo y reapareció sosteniendo un revólver, que disparó acertando de lleno en el pie del señor Guise.

La bala atravesó el pie, sin detenerse, buscando describir una línea recta que ascendiera por el muslo del señor Guise hasta llegar a la piel algo más suave del antebrazo. Guise aulló de dolor y disparó su arma hacia la puerta, apuntando al brazo o a cualquier cosa que se moviera al otro lado.

Sin embargo, las balas no eran capaces de traspasar las puertas, y la gigante mano reapareció, ilesa.

La puerta cedió un poco más, combándose ante la fuerza de los hombres que trataban de echarla abajo. El capitán abandonó su puesto junto a la puerta para ir hacia la cámara de carga. Apartó a Zeke de su camino de una patada, y le hizo daño en la pierna y las costillas al hacerlo. Cuando estuvo ante la rueda, la giró para abrirla.

—¡Aguantad esa puerta! —ordenó. Su tripulación estaba haciendo todo lo que podía, pero Guise estaba sangrando, y Parks tenía un golpe muy feo en la frente, que

se parecía a la piel de una pieza de fruta podrida.

Los hermanos indios apoyaron sus grandes espaldas contra la puerta y defendieron el fuerte de los asaltantes como mejor pudieron.

Al otro lado de la cubierta, una compuerta de escape se abrió con un crujido de bisagras que no se usan demasiado a menudo. Zeke vio al capitán salir al exterior de la nave, aferrándose a ella como si fuera una araña, hasta que desapareció, y la puerta abierta tan solo mostró un rectángulo de cielo envenenado de Plaga. Podía oír las manos y los pies del capitán golpeando el exterior de la aeronave mientras trepaba por su costado, buscando a los asaltantes y tratando de hacerlos caer a toda costa.

Zeke no podía imaginar cómo sería estar suspendido en el cielo, Dios sabe a qué altura, trepando por el exterior de una nave sin sujeción alguna, sin cuerdas y sin nada que garantizara que abajo, si caías, te esperaba algo blandito. Sin embargo, los golpes de las manos y los pies del capitán sonaban como pequeños gongs recorriendo el techo y los muros.

—¿Qué está haciendo? —gritó Parks. Zeke apenas pudo oírlo, porque aún le pitaban los oídos a causa de los disparos en un recinto tan cerrado.

—¡Sus ganchos! —dijo el señor Guise, aunque le faltaba el aliento a causa del dolor y de que trataba de contener la hemorragia de sus heridas mientras apoyaba la espalda contra la puerta—. Los está soltando.

Zeke quería ayudar, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo; y quería huir, pero no había adónde ir excepto hacia arriba o hacia abajo, lo que significaría sin duda acabar en pedacitos muy pequeños.

Junto al señor Guise había un afilado cuchillo Bowie que había caído de otras manos. Zeke deslizó un pie a lo largo del suelo para atraparlo y acercarlo hacia sí. Dado que nadie pareció objetar, lo cogió entre las manos y lo mantuvo cerca de su pecho.

Algo se soltó con una especie de desgarro metálico, y la nave se sacudió violentamente.

La puerta que se interponía entre las tripulaciones de la Clementine y de la nave atacante se cerró de golpe, y casi echó a volar al cielo, puesto que no había nada al otro lado; la otra aeronave había rebotado, y se había separado de su presa.

—¡Ya está! —gritó Brink, aunque apenas se le oía desde el interior del vehículo.

Los tripulantes de la otra nave se lamentaron sonoramente. Quizá alguien cayó al vacío cuando las naves se separaron; Zeke no podía estar seguro, y no podía verlo.

—¡Aléjate de esa puerta! —gritó el señor Guise, y él mismo se apartó enseguida de ella, regresando a su asiento, al que le costó un notable esfuerzo llegar.

La puerta estaba combada y doblada de muy mala manera, y no iba a aguantar. La última bisagra cedió por fin al peso de la plancha de acero. Con un diminuto quejido, la puerta cayó hacia la ciudad.

Todos escucharon con atención, y contaron los segundos hasta que la oyeron golpear el suelo.

Zeke contó casi hasta cuatro antes de que el sonoro golpe alcanzara la nave. De modo que estaban muy, muy alto.

El capitán llegó deslizándose por la puerta al otro extremo de la bodega de carga. Cerró la compuerta, corrió de vuelta hacia la cabina y tomó su asiento, a pesar del inclinado ángulo en que se encontraban y de la ausencia de la puerta que exponía toda la cabina al cielo envenenado.

—Nos vamos —jadeó, sin aliento y estremeciéndose a causa del agotamiento—. Ahora. Si no podemos atravesar el muro, estamos acabados.

Parks se inclinó sobre el señor Guise, que estaba acurrucado en su asiento, y tiró de una palanca. Después, extendió el pie por encima del cuerpo y pisó un pedal. Era el pedal equivocado, o quizá el correcto. La nave rebotó hacia arriba, y el tirabuzón de casi ciento ochenta grados que ejecutó hizo que Zeke perdiera su presa sobre la rueda.

Perdió el equilibrio, cayó y se precipitó hacia la compuerta abierta.

Sin soltar el cuchillo, Zeke extendió el brazo para aferrar el marco, o la bisagra, o cualquier cosa a la que pudiera asirse; sin embargo, la nave comenzaba a elevarse, y nadie podía ayudarlo. La bisagra retorcida y arrancada le hizo una herida en la palma de la mano demasiado profunda para permitirle mantener la posición; ahora estaba medio dentro medio fuera de la nave, y por puro reflejo y terror se soltó.

Y cayó.

… Y golpeó algo duro mucho antes de lo que esperaba, incluso en el estado de profundo pavor en que se encontraba.

Y entonces la mano gigante que Zeke había visto antes lo cogió del brazo con la fuerza aplastante de unos pesados alicates.

Le vino a la mente la expresión «saltar de la sartén y caer en las llamas». Desde luego, describía perfectamente su situación.

No sabía si debía resistirse o no, pero su cuerpo eligió por él, aunque no había nada bajo sus pies salvo aire venenoso. Pateó y se revolvió, tratando de librarse de la presa de esos titánicos dedos.

—Crío estúpido —gruñó una voz que acompañaba a la perfección a las enormes manos—. No querrás que te deje caer, ¿no?

Zeke murmuró algo en respuesta, pero nadie lo oyó.

La enorme mano lo izó hasta el mismo borde de la cubierta de la otra nave.

Zeke trató de no jadear, por miedo a aspirar parte de ese aire venenoso tras la máscara. Por la muñeca lo sostenía el hombre más grande al que había visto nunca, y también el hombre más grande del que había oído hablar. Se agachaba para poder caber por la apertura de la compuerta de su nave, que estaba abierta para dejarlo

entrar; no se abría por medio de bisagras, sino que se deslizaba de lado a lado sobre un raíl. La máscara del gigante era un modelo bastante ajustado sin un gran artefacto para respirar adosado a él. Le hacía parecer calvo, y en cierto modo como un perro desairado.

Tras el gigante, Zeke oyó voces que no parecían demasiado felices.

—¡Nos ha soltado! ¡El muy hijo de perra nos ha soltado! ¡A mano!

—Así que es un cabronazo muy listo, además de un ladrón. Ya lo sabíamos.

—¡Haced que esta chatarra se ponga en camino ya mismo! Mi nave se aleja por momentos, y no pienso perderla, ¿me oís? ¡No pienso perder mi nave!

El gigante dejó de mirar al asustado muchacho para decir, por encima de su hombro:

—Hainey, ya hemos perdido tu puñetera nave. Lo intentamos, ¿vale? Ya lo intentaremos otra vez más adelante.

—Lo intentaremos otra vez ahora —insistió una voz procedente de algún punto situado en las profundidades de la cabina.

Sin embargo, otra voz, más sonora y casi remilgada, contestó:

—No podemos intentarlo ahora. Nos estamos tambaleando, pedazo de animal.

—¡Y más vale que ascendamos pronto!

—No estamos ascendiendo, estamos cayendo.

Sobre el mismo hombro, que tenía la forma de una cordillera, el gigante dijo:

—Rodimer tiene razón. Estamos tambaleándonos, y cayendo. Tenemos que asentarnos, o nos vamos a estrellar.

—¡Quiero mi maldita nave, Cly!

—En ese caso, no deberías haber dejado que te la robaran, Crog. Pero se me ocurre adónde puede haber ido… —Miró de nuevo a Zeke, que aún pendía en vilo por encima de la niebla enfermiza que se asentaba pesadamente sobre la ciudad—. ¿No crees?

—No —dijo Zeke. Sonó casi como si estuviera enrabietado, pero tan solo se estaba ahogando, y no se sentía muy a gusto siendo sostenido en el vacío y respirando a través de filtros obstruidos por el vómito—. No sé adónde llevan la nave.

—Es una lástima que digas eso —dijo el hombre, agitando la muñeca como si fuera a dejar caer a Zeke al éter.

—¡No lo hagas! —suplicó—. ¡No! ¡No sé adónde la llevan!

—Estabas con la tripulación, ¿no?

—¡No! ¡Solo me sacaban de la ciudad! ¡Eso es todo! Por favor, suéltame. Dentro, quiero decir. ¡Por favor! Me haces daño en el brazo. Me haces daño…

—Bueno, no te estoy dando un masaje precisamente —dijo el otro, pero algo en su tono había cambiado. Deslizó a Zeke adentro sin apenas esfuerzo, como si estuviera moviendo un gatito de cesta a cesta, y sin dejar de mirarlo extrañado.

Apuntó, con un dedo tan largo como un cuchillo para cortar pan, a Zeke entre los ojos y dijo:

—No te muevas, si sabes lo que te conviene.

—¡Pégale un tiro a ese capullo si no confiesa! —exigió la más airada de las voces de la cabina.

—Cierra el pico, Crog. Nos dirá algo enseguida. Ahora lo que tenemos que hacer es tomar tierra antes de que este pájaro caiga redondo. —Cerró la puerta corredera y se sentó en un asiento enorme ante un gran cristal. Miró a Zeke y dijo—: No estoy jugando contigo, chaval. Te vi soltar el cuchillo, pero será mejor que no escondas nada más. Dentro de un rato hablaré contigo.

Zeke se acurrucó en el suelo, se frotó el dolorido brazo y flexionó los músculos lastimados de su cuello.

—No sé nada de adónde llevaban la nave —se quejó—. Acababa de subirme a bordo, apenas una hora antes. No sé nada.

—¿Nada? ¿De verdad? —dijo el otro, y Zeke supuso, por el gran sillón que ocupaba y por la manera en que los otros dejaban que fuera él quien hablara, que se trataba del capitán de la nave—. Fang, échale un ojo, ¿vale?

De las sombras surgió un hombre delgado al que Zeke no había visto aún, y dio una gran zancada hacia donde él y el gigante se encontraban. Era asiático, llevaba una máscara de gas de piloto colocada por encima de una cola de caballo, y lucía la chaqueta habitual entre los suyos. Zeke tragó saliva, en parte por un sentimiento de culpa y en parte por puro terror.

—¿Fang? —dijo con voz aguda.

El chino no asintió, ni parpadeó, ni se movió. Incluso mientras la nave se mecía violentamente hacia abajo, precipitándose a través del cielo, no se movió. Era como si sus pies estuviesen anclados al suelo, y se mecía junto con la nave como se mece el agua dentro de un vaso inclinado.

Zeke dijo, para sí mismo, dado que nadie más parecía estar oyéndole:

—Solo intentaba salir de la ciudad. Yo solo…

—Agarraos todos —sugirió, más que ordenó, el capitán. Era un buen consejo, porque la nave comenzaba a girar en una lenta espiral descendente.

—Avería en los frenos aéreos —dijo alguien con forzada y deliberada calma.

—¿Funcionan aunque sea un poco? —preguntó el capitán.

—Sí, pero…

La nave pasó junto a un edificio, tan cerca que produjo un molesto chirriar de metal contra ladrillo. Zeke oyó el estallido de los cristales de las ventanas, que se rompían una tras otra en perfecta sincronización, a medida que el casco del vehículo arrasaba con ellas y sus marcos en su descenso.

—Entonces, activad el propulsor.

—El de la derecha no parece muy dispuesto.

—Entonces nos anclaremos a tierra firme cuando aterricemos. Adelante, hazlo.

Un rugido llenó los oídos de Zeke. Deseó tener algo a lo que agarrarse, pero no encontró nada. Se agachó en el suelo y se tendió allí, tratando de enredar sus pies alrededor de cualquier cosa que encontrara. En el proceso dio una patada sin querer a Fang, que no pareció notarlo, y apenas se movió.

—Bajamos, muchachos —dijo con toda calma el capitán.

El hombre de piel oscura del abrigo azul (Zeke supuso que se trataba de Crog) dijo:

—¡Dos en el mismo día! ¡Joder!

—Si hubiera sabido que eras gafe, nunca te habría llevado —replicó el gigante.

El suelo estaba acercándose a toda velocidad. Cada vez que la órbita semicontrolada de la nave alcanzaba un determinado punto, la tierra aparecía en la ventana, y lo único que prometía era un aterrizaje muy poco suave.

—¿Dónde está el fuerte? —preguntó el capitán. Por primera vez parecía azorado, y a punto de estar genuinamente asustado.

—A las seis.

—¿Desde…? ¿Desde qué punto?

—Por ahí.

—Lo veo —dijo el capitán, de repente, y tiró de una palanca situada por encima de su cabeza—. Espero que no haya nadie ahí abajo.

El hombre que ocupaba el asiento del primer oficial dijo:

—Si hay alguien, nos habrán oído llegar. Si aún no se han quitado de en medio, no es culpa de nadie más que suya. —Parecía estar a punto de decir algo más, pero fue entonces cuando la nave comenzó a detenerse de veras, inclinándose y casi volteándose por completo, hasta que por las ventanas, ante las que se sentaban el capitán y su tripulación, no se veía nada más que cielo.

Zeke estaba seguro de que iba a vomitar de nuevo, y no podía hacer nada por evitarlo, pero no tuvo tiempo de hacerlo. El vientre de la nave chocó con el suelo, con dureza, y estuvo a punto de rebotar, aunque en lugar de eso se quedó atrapado en un surco y comenzó a cavar una trinchera que comenzaba en un muro y que continuó durante otros cuarenta metros hasta que el pesado artefacto frenó su avance gracias a la hierba que encontró en su camino.

Cuando el mundo dejó de tambalearse y la nave se paró, casi como si la hubieran aparcado de costado, Zeke se puso en pie trabajosamente y se llevó la mano a la cabeza.

Había algo caliente por dentro de su guante, y supo sin mirar que se trataba de sangre. Podía sentir el corte en su piel, afilado y palpitante. Sabía que debía de tener un aspecto horrible. Quizá se había matado golpeándose la cabeza contra el muro, o

la puerta, o lo que quiera que fuera que había golpeado durante el accidentado descenso. ¿Qué le parecería a su madre, recibir la noticia de que su hijo había muerto en un accidente aéreo, en algún lugar dentro de la ciudad amurallada, donde no se le había perdido nada y no había ninguna excusa para su imprudencia?

Trató de resignarse, pero se armó, en lugar de eso, de lástima por sí mismo que se entremezclaba con el punzante dolor que sentía. Sus pies se negaban a adherirse al suelo. Se tambaleó, rodeando con una mano su sangrante cabeza, y con la otra extendida para no perder el equilibrio, o quizá para buscar una salida.

La nave había aterrizado con una notable inclinación a la izquierda que había aplastado la entrada lateral por la que había accedido Zeke. Estaban todos atrapados, a efectos prácticos.

O eso pensaba, hasta que la escotilla del vientre de la nave mostró una prometedora rendija al exterior.

Capítulo 18

La sonrisa de Lucy se desvaneció y se convirtió en una tensa y delgada línea que parecía estar a punto de formular una pregunta:

—¿Te importa que te pregunte una cosa?

—Claro —dijo Briar. Masajeaba su dolorida mano bajo las polvorientas sábanas. Olían a limpio, pero también a viejo, como si las guardaran en un armario y las usaran muy raramente—. Si luego yo puedo hacerte otra.

—Trato hecho. —Lucy aguardó a que tocara a su fin un silbante soplo de vapor, y eligió las palabras con mucho cuidado—. No sé si Jeremiah te ha dicho algo o no, pero aquí abajo hay un hombre… Lo llamamos doctor Minnericht, pero no sé si ese es su nombre de verdad o no. Es el hombre que me fabricó este brazo.

—Puede que el señor Swakhammer lo mencionara.

Lucy se acurrucó aún más bajo su manta y dijo:

—Bien. Es un científico. Un inventor que apareció por aquí poco después de que levantaran el muro. No sabemos de dónde vino exactamente, y no sabemos qué problema tiene. Siempre lleva máscara, incluso en los lugares donde hay aire limpio, así que no sabemos qué pinta tiene. Es muy inteligente. Se le dan muy bien los artefactos mecánicos como este. —Meneó el hombro de nuevo.

—Y los raíles, y Daisy.

—Sí, eso también. Es todo un personaje. Puede crear algo a partir de nada. Yo nunca había visto algo parecido. —Añadió una palabra más, una palabra que apuntaba claramente a una pregunta que Briar no tenía ninguna intención de contestar —: Casi.

Briar se giró y se apoyó en el codo.

—¿Adónde quieres ir a parar con esto, Lucy?

—Venga, no te hagas la tonta. No lo eres. ¿No te lo habías preguntado?

—No.

—¿Ni siquiera una vez? Es una coincidencia enorme, ¿no crees? Se habla mucho aquí abajo de que podría ser…

—No lo es —dijo Briar enseguida—. Te lo prometo.

Y Lucy bajó la vista, no por la fatiga sino con una especie de astucia que hizo que Briar sospechara de sus intenciones, aunque creía que no tenía motivos para desconfiar. Lucy siguió hablando:

—Es mucho prometer, viniendo de alguien que nunca ha visto al doctor.

Briar estuvo a punto de replicar, con brusquedad: «No necesito verlo». Pero en lugar de eso dijo, lentamente, y midiendo cada una de sus palabras bajo la atenta mirada de Lucy:

—No sé quién es ese doctor Minnericht, pero no puede ser Leviticus. Para

empezar, Levi era un viejo loco, un loco cruel que habría venido a por mí si hubiera estado vivo todo este tiempo. O al menos habría ido a por Zeke.

—¿Tanto te quería?

—¿Quererme? No. No me quería. No lo creo. Quizá creía que era de su propiedad, eso sí. Solo soy otra de las cosas que le pertenecen, sobre el papel. Zeke es otra de las cosas que le pertenece, por sangre. No. —Negó con la cabeza. Bajó el codo y se echó de nuevo con todo su cuerpo sobre el colchón, aplastando la almohada de plumas con la mejilla—. Haría algo. Estoy segura. Vendría a por nosotros, aunque nosotros ya no quisiéramos nada con él.

Lucy asimiló esta información, pero Briar no pudo interpretar de qué manera se la había tomado por lo que veía en su rostro.

—Supongo que lo conocías mejor que nadie.

—Supongo que sí —dijo Briar—. Pero a veces me parecía como si no lo conociera en absoluto. La gente puede engañarte muy fácilmente. Y yo era muy tonta, así que le fue muy fácil engañarme.

—Solo eras una niña.

—Tanto da. El resultado es el mismo. Pero ahora es mi turno. Me toca hacer una pregunta.

—Dispara —dijo Lucy.

—Vale. No tienes que responder si no quieres.

—No pasa nada. Puedes preguntar lo que quieras, no tengo nada de qué avergonzarme.

—Mejor. Porque mentiría si dijese que no me preguntaba por lo de tus brazos. ¿Cómo los perdiste?

Lucy recuperó la sonrisa.

—No me importa. No es ningún secreto. Perdí el derecho cuando tratábamos de huir. Cuando teníamos que huir, porque si no lo hacíamos, moriríamos, o algo peor.

»Estaba al otro lado de la plaza, más cerca de los barrios bajos que de la bonita colina en la que vivías tú. Con mi marido, Charlie. Teníamos un local donde iba mucha gente, sobre todo hombres. Piratas y pescadores los que más, con sus abrigos grasientos, buscadores de oro con sus cacerolas de hojalata tintineando a la espalda… Venían a comer algo. Lo siento, debería habértelo dicho antes. No era un burdel ni nada por el estilo. Teníamos un pequeño bar, más pequeño que Maynard’s y la mitad de bonito.

»Lo llamábamos La foca consentida, y nos iba muy bien. Servíamos sobre todo guisos y licores, y pescado escalfado o frito en sándwiches. Los dos lo llevábamos, Charlie y yo, y no era perfecto, pero estaba bastante bien.

Se aclaró la garganta.

—Así que hace dieciséis años esa estúpida máquina llegó arrasándolo todo colina

abajo, cavando una madriguera bajo la ciudad. Esa parte ya la conoces. Sabes todo lo que arrasó, y probablemente sepas mejor que nadie si fue o no la Boneshaker la que provocó la Plaga. Si alguien lo sabe, eres tú.

Briar dijo en voz baja:

—Pero no lo sé, Lucy. Así que supongo que nadie lo sabe.

—Minnericht cree saberlo —dijo la otra, cambiando momentáneamente de tema —. Cree que la Plaga tiene algo que ver con la montaña. Dice que Rainier es un volcán, y que los volcanes generan gases venenosos, y que si no los expulsan, el gas se queda bajo tierra. A menos que algo lo destroce todo y lo deje salir.

Briar pensó que era una teoría tan buena como cualquier otra, y lo dijo:

—No sé nada de volcanes, pero eso tiene sentido.

—No tengo ni idea. Es solo lo que dice el doctor Minnericht. Puede que esté como un cencerro, pero es imposible saberlo. Me hizo este brazo, así que le debo algo, aunque también haya causado problemas.

—Así que Charlie y tú… —comenzó Briar, dándole el pie. No quería saber nada más de Minnericht, al menos de momento. Tan solo oír ese nombre la hacía sentirse inquieta, y no sabía por qué. Sabía que no era Leviticus, aunque no podía decirle a Lucy por qué estaba tan segura. Pero eso no importaba demasiado; ese hombre podía haber sido perfectamente el fantasma de Levi, si la gente aún creía en él.

—Ah, sí —dijo Lucy—. Bueno, la Plaga se abrió paso por toda la ciudad y hubo que huir. Pero yo estaba en el mercado comprando cuando todo empezó, y estalló el pánico. Y Charlie estaba en el local. Llevábamos diez años casados, y no quería dejarlo, pero los agentes me obligaron. Me cogieron y me sacaron de la ciudad como si fuera una vagabunda borracha que ocupa demasiado espacio en la acera.

»Ya estaban construyendo muros, esos con pedazos de tela tratada con cera y aceite. No funcionaban demasiado bien, pero eran mejor que nada, y había mucha gente trabajando para levantarlos. En cuanto pude, un par de días después de que pasara lo peor, me puse una máscara y los atravesé, para volver con Charlie.

»Pero, cuando llegué allí, no pude encontrarlo. El local estaba vacío y las ventanas rotas. La gente había tirado cosas dentro y estaban robando. No podía creerlo, ¡robando en un momento como ese!

»Así que fui adentro y grité su nombre una y otra vez, y él respondió desde la parte trasera. Salté el mostrador y fui a la cocina, y allí estaba él, lleno de mordeduras y cubierto de sangre. La mayoría de la sangre no era suya. Había disparado a tres de los podridos que habían tratado de derribarlo, ya sabes cómo lo hacen, son como lobos atacando a un ciervo, y estaba solo con los cadáveres, pero estaba muy mal. Le faltaba una oreja y parte del pie, y tenía la garganta medio arrancada.

Suspiró y se aclaró la garganta de nuevo.

—Se estaba muriendo, y se estaba convirtiendo. No sabía qué iba a pasarle antes.

Entonces no sabíamos cómo funcionaba, así que no sabía que no tenía que acercarme a él. Tenía la cabeza como suelta, y sus ojos empezaban a coger ese color entre amarillo y gris…

»Traté de levantarlo, pensando que quizá podría llevarlo al hospital. Fue una estupidez. A esas alturas ya lo habían cerrado todo, y no había adónde ir en busca de ayuda. Pero lo puse en pie. No era muy grande, y yo no soy precisamente menuda.

»Entonces empezó a luchar conmigo; no sé por qué. Me gusta pensar que sabía que era el fin, y estaba intentando mantenerme a salvo alejándome de él. Pero yo no dejé que lo hiciera. Estaba decidida a ponerlo a salvo, costase lo que costase. Y él estaba tan decidido como yo a quedarse allí.

»Caímos juntos, sobre el mostrador, y cuando lo puse en pie de nuevo, ya no estaba. Había empezado a quejarse y a aullar. Le habían dado tantos mordiscos que el veneno estaba empezando a meterse en su cuerpo.

»Y entonces ocurrió. Fue cuando me mordió.

»Solo me mordió el dedo pulgar, y apenas atravesó la piel, pero fue suficiente. Entonces supe que ya estaba perdido, incluso más que cuando sus ojos se vidriaron y su aliento empezó a apestar como un animal muerto tirado en la calle. Charlie nunca me habría hecho daño. —Se aclaró la garganta de nuevo, pero no estaba llorando. Sus ojos se mantuvieron secos, relucientes a la luz de las velas.

Las tuberías silbaron de nuevo, y aprovechó para tomarse un respiro.

—Debería haberlo matado —prosiguió—. Se lo debía, pero tenía demasiado miedo, y me he odiado a mí misma desde entonces… Pero eso ya no tiene arreglo. En fin, el caso es que corrí hacia las Afueras y encontré una iglesia donde me dejaron echarme a llorar.

—Pero el mordisco…

—El mordisco —dijo Lucy—. Sí, el mordisco. El mordisco empezó a pudrirse, y después a extenderse. Tres de las monjas me ayudaron a echarme y un sacerdote hizo la primera amputación.

Briar se estremeció.

—¿La primera?

—Sí. La primera no fue suficiente. Solo me cortaron la mano, hasta la muñeca. La segunda vez volvieron con la sierra y cortaron por encima del codo, y la tercera perdí el brazo hasta el hombro. Eso bastó. Cada una de las veces estuve a punto de morir. Cada vez la herida permaneció roja y caliente durante semanas, y deseé que la enfermedad me llevase, o que alguien me pegara un tiro, porque estaba demasiado débil para hacerlo yo misma.

Vaciló, o quizá solo estaba cansada.

Pero Briar preguntó:

—Y después ¿qué ocurrió?

—Después me puse mejor. Tardé bastante tiempo, alrededor de un año y medio, en volver a ser yo misma. Y después solo podía pensar en una cosa: tenía que volver y encargarme de Charlie. Aunque eso significara dispararle entre los ojos, se lo debía.

—Pero a esas alturas ya habían levantado el muro.

—Sí. Aunque hay más de una manera de entrar, como ya sabrás. Vine a través del túnel de desagüe, igual que tu hijo. Y acabé quedándome.

—Pero… —Briar negó con la cabeza—. ¿Qué hay de la otra mano? ¿Y del reemplazo?

—¿La otra mano? Oh. —Se removió de nuevo en la cama, y las plumas del colchón susurraron al rozar la manta. Bostezó, con la boca muy abierta, y aprovechó para apagar la vela junto a su cama de un soplido—. La otra mano la perdí unos dos años después, aquí abajo. Uno de los hornos nuevos explotó; mató a tres de los chinos que trabajaban con él, y dejó ciego a otro. La mano se me quedó atrapada bajo un pedazo de metal al blanco, y eso fue todo.

—Cielos —dijo Briar. Se inclinó hacia delante y apagó su vela—. Es terrible. Lucy, lo siento mucho.

—No es culpa tuya —dijo Lucy, hablándole a las tinieblas—. No es culpa de nadie, salvo mía por quedarme aquí abajo todo este tiempo. Y a esas alturas ya estaba por aquí el doctor, y él me fabricó el brazo.

Briar oyó el sonido de piernas cruzándose bajo la franela.

Lucy adornó un nuevo bostezo con una nota alta, casi satisfecha, parecida al silbido de una tetera.

—Le llevó bastante tiempo decidir cómo iba a hacerlo. Dibujó un montón de planos. Para él era un juego, recomponerme como si fuera un puzle. Y cuando terminó, y estaba listo para ponérmelo, me lo enseñó, y cuando lo vi quise morirme. Parecía tan pesado, y tan raro. Pensé que nunca podría soportar su peso, mucho menos vivir con él.

»Tampoco me dijo cómo planeaba hacerlo funcionar. Me dio algo para beber, y yo lo acepté. Me apagué como una vela, y me desperté gritando. El doctor y uno de sus ayudantes me sostenían con fuerza. Me habían atado a un tablero como si fueran a operarme, y estaban haciéndome un agujero en el hueso con un taladro para madera.

—Cielo santo, Lucy…

—Era peor que las otras veces, y peor que perder los brazos. Pero ahora, bueno… —Debió de girar sobre sí misma, o quizá intentó mover el brazo de nuevo, puesto que cencerreó bajo la manta, al golpear su pecho—. Ahora me alegro de tenerlo. Aunque me costara muy caro.

Briar oyó un matiz algo ominoso en las últimas palabras de Lucy antes de dormirse, pero era tarde y estaba demasiado agotada para hablar de ello. Había

pasado la práctica totalidad de su tiempo entre los muros huyendo, trepando o escondiéndose, y aún no había encontrado ni rastro de Zeke, que, por lo que sabía, quizá estuviera muerto ya.

Mientras Briar trataba de tranquilizar su mente, su estómago rugió, y comprendió que no había probado bocado en mucho tiempo. Siquiera pensar en ello hacía que su estómago saltara como un perro de presa en busca de comida. Pero no tenía ni idea de adónde iría, de modo que se tragó el hambre, se acurrucó y decidió preguntar por el desayuno por la mañana.

Briar Wilkes no era una mujer muy dada al rezo, y no estaba segura de creer en el Dios por el que juraba a veces. Pero, mientras cerraba los ojos y ahuyentaba de su mente el chillido incesante de las tuberías, rogó a los cielos que la ayudaran, y que ayudaran a su hijo…

… que, por lo que sabía, quizá estuviera muerto ya.

Y entonces despertó.

Ocurrió tan rápido que pensó que se había vuelto loca, y que no había dormido en absoluto, pero había algo diferente. Escuchó con atención; no oyó a Lucy en la otra cama, pero había una rendija de luz sucia y anaranjada que se filtraba por la puerta.

—¿Lucy? —susurró.

No llegó ninguna respuesta del otro colchón, de modo que palpó con las manos hasta que tocó la vela y algunas cerillas desperdigadas junto a ella.

Una vez encendida, la vela descubrió que en efecto estaba sola. Una hendidura con forma de media luna en la cama de plumas mostraba la silueta que ya no ocupaba Lucy, y las tuberías guardaban silencio, aunque cuando Briar las tocó con el dorso de la mano estaban calientes al tacto. La estancia era acogedora pero estaba vacía, y su solitaria vela no bastaba para ahuyentar las tinieblas.

Junto a la palangana había una linterna encerrada en un cristal. La encendió y añadió su luz a la de la vela, que abandonó en la mesa junto a la cama. Había agua en la palangana. Al verla sintió sed de inmediato, y estuvo a punto de beber, pero se contuvo y recordó que había barriles llenos de agua más fresca pasillo abajo.

Se echó un poco en el rostro, se puso los zapatos y se ató la cincha de la faja. Allí abajo, le gustaba llevarla; parecía una armadura, una especie de refuerzo que la mantenía erguida cuando estaba demasiado cansada o asustada para hacerlo por sí misma.

La puerta tenía una palanca por picaporte, lo que respondía a la pregunta de cómo había podido salir de allí Lucy sin ayuda. Briar se apoyó en ella y se abrió. Afuera, en el pasillo, había pequeñas llamas dispuestas a lo largo de los muros.

Estaba desorientada. ¿Por dónde había venido?

Por la izquierda, creía.

—Bien, a la izquierda —se dijo a sí misma.

No podía ver el final del túnel, pero tras unos metros al menos pudo oírlo. El horno no rugía, y los muelles no estaban bombeando a pleno rendimiento; refrigeraban en silencio, funcionando tranquilamente mientras las llamas incandescentes de su interior se atenuaban durante el periodo de inactividad cíclico del mecanismo.

Los barriles estaban junto a las puertas, como le habían prometido, y había varias tazas de madera amontonadas en un estante por encima de ellos.

Solo Dios sabía cuándo las habían lavado por última vez, pero eso le importaba muy poco. Cogió la que le pareció que estaba menos sucia y apartó la tapa del barril con la punta de los dedos. Dentro, el agua parecía negra, pero solo era así a causa de las sombras. No sabía peor que la que trataban en la planta de procesamiento, de modo que se la bebió.

Su estómago vacío engulló el líquido, y algo más abajo, en sus intestinos, otro rugido le sugirió que buscara el excusado. Al otro extremo de la estancia vio una puerta, y trató de abrirla. Volvió a salir unos minutos después, sintiéndose mejor que cuando se fue a dormir.

También se sintió como si la estuvieran observando, y no sabía bien por qué… hasta que reparó en las voces, cercanas, y comprendió que había confundido la sensación de apenas oír nada con la de ser oída… Si se quedaba muy quieta podía reconocer las voces. Si daba un paso a la derecha lo oiría mejor.

—Es una mala idea. Podríamos preguntárselo.

—He estado hablando con ella. No creo que esté dispuesta.

La otra voz pertenecía a Swakhammer, sin su máscara.

—Podríamos preguntárselo —repitió, enfatizando la última palabra—. No es una niña, y puede responder por sí misma. Quizá nos resulte útil: podría confirmarlo.

—Cree que ya está segura, y ahora mismo tiene otros problemas. Hablando de niños… —dijo Lucy.

Briar rodeó el recodo y apoyó la espalda en el muro junto a una puerta, que se había abierto un centímetro.

—Tengo la impresión de que sabe más de lo que dice, y si es así, entonces no es asunto nuestro obligarla a nada —dijo Lucy.

Swakhammer hizo una pausa.

—No tenemos que obligar a nadie a nada. Si lo ve, y él la ve a ella, entonces todo el mundo lo sabrá. Ya no podrá esconderse detrás de otra máscara; y la gente de aquí abajo que le tiene miedo tendrá una razón para plantarle cara.

—O quizá intente matarla, solo por lo que sabe de él. Y me matará a mí también, si la llevo ante él.

—Tienes que arreglarte el brazo, Lucy.

—Ya he pensado en eso, y creo que voy a pedirle a Houjin que me ayude. Se le

dan bien los artefactos mecánicos. Fue él quien arregló los hornos cuando se estropearon el mes pasado, y arregló el reloj de bolsillo de Squiddy. Es un tío listo. Quizá logre que funcione.

—Tú y esos chinos. Si sigues haciendo amigos como esos, la gente hablará de ello.

—Que digan lo que quieran. Los necesitamos, y lo sabes igual que yo. No podemos hacer funcionar toda esta maquinaria sin ellos, eso está claro.

—Aun así, me preocupan. Son iguales a esos cuervos que se posan en los tejados. No puedes entender lo que dicen, hablan entre ellos, y puede que sean amigos o enemigos, pero no lo sabrás hasta que sea demasiado tarde.

—Eres idiota —dijo Lucy—. Solo porque no entiendas lo que dicen no significa que vayan a por ti.

—¿Y qué hay de Yaozu?

Lucy resopló.

—Los demás no tienen la culpa de lo que haga uno solo. Si yo hiciera lo mismo, no volvería a ser cortés con otro hombre nunca más. Así que deja de decir tonterías, Jeremiah. Y deja en paz a la señorita Wilkes. No quiere hablar de Minnericht, y está muy claro que no quiere hablar con él.

—¿Lo ves?, a eso me refiero. Evita el tema, y no es tonta. Debe de preguntárselo. Si se lo preguntáramos, quizá querría…

Briar apoyó el pie en la puerta y la abrió de un empujón. Swakhammer y Lucy se quedaron muy quietos, como si les hubieran sorprendido haciendo alguna gamberrada. Estaban el uno ante el otro, cada uno a un lado de una mesa sobre la que había un cuenco de higos fritos y un montón de maíz seco.

—Podéis preguntarme lo que queráis —dijo, aunque no prometió nada respecto a las respuestas que daría—. Puede que sea el momento de que pongamos las cartas sobre la mesa. Quiero hablar de ese doctor vuestro, y quiero que le arreglen la mano a Lucy, y quiero uno de esos higos más de lo que nunca he querido un pastel en Navidad… pero sobre todo, quiero encontrar a mi hijo. Lleva aquí dentro… ¿cuánto tiempo? Un par de días ya, supongo, y está solo y quizá… quizá ya esté muerto. Pero no pienso dejarlo aquí abajo. Y no creo que pueda hacerlo yo sola. Creo que necesito vuestra ayuda, y estoy dispuesta a ayudaros a cambio.

Swakhammer cogió un higo grueso y blando del montón y se lo lanzó. Briar lo cogió y acabó con él de un bocado y medio, al tiempo que se sentaba al lado de Lucy y enfrente de Swakhammer, porque tenía la impresión de que le resultaría más sencillo interpretar las reacciones de él que las de ella.

Lucy estaba colorada, pero no a causa del enfado. Estaba avergonzada de que la hubieran descubierto chismeando.

—Cariño, no quería cuchichear a tus espaldas. Pero Jeremiah ha tenido una idea

muy mala, y no quería que te enteraras.

—Quiere que os acompañe a ver a Minnericht y pedirle que te arregle la mano —dijo tranquilamente Briar.

—En resumen, eso es, sí.

Swakhammer se inclinó hacia delante apoyado en los codos mientras jugueteaba con una mazorca de maíz, y le habló con un gesto de franca vehemencia en su rostro:

—Tienes que entenderlo: la gente te creerá si le echas un vistazo, y si tú dices que no es Blue, o que sí lo es, te creerán. Si Minnericht es Blue, entonces podremos hacerle responsable de la existencia de este lugar, y obligarlo a marcharse. Se lo entregaremos a las autoridades, y que hagan lo que crean necesario con él.

—No hablas en serio —afirmó Briar.

—¡Claro que sí! Eso sí, no puedo decirte si la gente de aquí dentro querría cogerlo y dárselo de comer a los podridos… Puede que sí, puede que no. Pero no me pareció que te preocupara demasiado que le hicieran daño.

—Ni lo más mínimo. —Briar cogió otro higo, y dio un sorbo a la taza de madera que aún sostenía. Swakhammer metió la mano en una caja colocada tras su silla y sacó una bolsa de manzanas secas, sobre las que se abalanzó Briar.

—La cosa es esta —dijo Swakhammer mientras masticaba, de nuevo con una expresión de intenso interés en su rostro—. Minnericht… es… es un genio. Un genio de los de verdad, no de esos de los que lee uno en los folletines, ¿entiendes? Pero también está loco. Y ha estado aquí abajo, tratando este sitio como si fuera su pequeño reino, durante los últimos diez o doce años, desde que comprendimos que lo necesitábamos.

No le gustaba hablar de ello; Briar lo supo por la manera en que abordó la palabra «necesitábamos», como si le costara trabajo decirlo. Añadió:

—Al principio, no estaba tan mal. No había mucha organización, y este lugar era un manicomio, porque aún no habíamos aprendido todos los trucos que conocemos ahora.

Lucy lo interrumpió para darle la razón:

—Al principio nos iba bien. Se ocupaba de sus propios asuntos y no molestaba a nadie, y podía ser realmente útil cuando se lo proponía. Algunos de los chinos lo trataban como si fuera una especie de mago. Pero… —aclaró rápidamente—, no lo trataron de esa manera para siempre.

—¿Qué cambió? —preguntó Briar entre bocados a una manzana—. ¿Y hay algo más de comer por aquí? No quiero ser maleducada, pero me muero de hambre.

—Espera un segundo —dijo Swakhammer, y se puso en pie para dirigirse hacia un grupo de cajas que al parecer hacían las veces de armario. Mientras rebuscaba, Lucy siguió hablando:

—Lo que cambió fue que la gente descubrió que se podía hacer mucho dinero con

el gas de la Plaga, si lo convertías en jugo. Y cuando digo «gente» me refiero al doctor Minnericht. Por lo visto, experimentaba con el gas, intentaba convertirlo en algo que no fuera tan malo. O puede que no. Nadie más que él lo sabe.

Swakhammer se dio media vuelta con un pequeño saco atado. Se lo lanzó a Briar, y aterrizó en la mesa ante ella.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Salmón seco —dijo el otro—. Lo que Lucy intenta decir es que Minnericht solía probarlo con sus amigos chinos. Creo que quería que lo consumieran como si fuera opio. Pero mató a unos cuantos de ese modo, y al final los demás se volvieron contra él.

—Excepto Yaozu —dijo Lucy—. Es el brazo derecho de Minnericht, y el que lleva el negocio. Es cruel como una serpiente, y, a su manera, es más inteligente que Minnericht, o al menos eso pienso yo. Los dos juntos hacen un montón de dinero, con su pequeño imperio basado en esa horrible droga amarilla, pero solo Dios sabe en qué se lo gastan.

—¿Aquí abajo? —Briar cogió un pedazo de salmón y lo engulló. Hizo que tuviera todavía más sed, y se le había acabado el agua, pero no dejó de comer.

—A eso me refiero —dijo Lucy—. El dinero no vale gran cosa aquí abajo. A la gente solo le importan las cosas que se pueden cambiar por agua limpia y comida. Y aún quedan muchas casas con un montón de cosas que saquear. Hay muchas zonas dentro de los muros que aún no hemos explorado. Lo único que se me ocurre es que esté usando el dinero para traer más metal aquí adentro, más engranajes, más piezas. Lo que sea. No puede fabricar las cosas a partir de la nada, y la mayor parte del metal que hemos encontrado en la superficie ya no vale para nada.

—¿Por qué?

—El agua y la Plaga lo oxidan a toda velocidad —respondió Swakhammer—. Puedes frenar el proceso si engrasas bien las piezas metálicas, y Minnericht usa un barniz especial, como el de un alfarero, supongo, que evita que el acero se resquebraje demasiado rápido.

—Suele estar por ahí afuera, en King Street —dijo Lucy—, o así lo llama él, porque él es el rey, o algo así. Nadie suele salir por allí, aunque algunos de los chinos viven cerca, en los límites del viejo distrito.

—Pero la mayoría de ellos se mudaron a zonas más altas —añadió Swakhammer—, cuando se cansaron de ser tratados como ratas. El asunto, señorita Wilkes, es el siguiente: el doctor Minnericht controla prácticamente todo lo que ocurre aquí abajo. Esos aviadores, Cly, Brawley, Grinstead, Winlock, le pagan impuestos, o algo parecido, para sacar la Plaga afuera; y todos los que la cocinan en las Afueras y obtienen jugo tuvieron que pagarle para que compartiera ese conocimiento con ellos.

»Y los mensajeros, los traficantes… los controla a todos. Les prestó dinero,

diciéndoles que podrían pagarle más tarde con sus beneficios. Pero de algún modo, nadie consigue pagarle lo que le debe. Siempre añade intereses, y tasas, y triquiñuelas, y antes o después todos comprenden que le pertenecen.

Briar contempló el solitario y roto brazo de Lucy, y dijo:

—Incluso tú.

Lucy se removió inquieta en el asiento.

—Han pasado… ¿cuántos? Trece, catorce años ya. Y nunca parece estar satisfecho. Parece que siempre hay algo más que le debo. Dinero, información, cosas así.

—¿Y si no se lo das?

Los labios de Lucy se tensaron durante unos segundos, y se separaron al fin.

—Viene a buscarlo. —Añadió rápidamente—. Y quizá pienses que no es motivo suficiente para que deje que me mangonee, pero tú tienes dos brazos en perfectas condiciones, y yo no tengo ni medio sin esta máquina.

—¿Y Swakhammer?

El otro carraspeó y dijo, atropelladamente al principio:

—Es difícil vivir aquí abajo sin ciertos suministros. Estuve a punto de morir más veces de las que puedo recordar antes de conseguir estos juguetes. Y antes de eso, perdí a un hermano y a un sobrino. Aquí abajo, las cosas funcionan de manera distinta. Aquí abajo, hacemos cosas que… si la gente de las Afueras se enterara, nos llevarían ante un juez. Y Minnericht se aprovecha de eso. Nos amenaza con echarnos a todos y dejarnos a merced de las leyes que aún queden ahí fuera.

—Y Maynard está muerto —dijo Lucy—. Así que no hay nadie al cargo en quien confiemos.

Swakhammer regresó a su idea original:

—Pero si pudieras decirnos si es Blue o no, entonces la gente sabría algo más de él. ¿Lo entiendes?

Briar volcó la taza y dejó que las últimas gotas de agua cayeran a su garganta. Dejó la taza en la mesa.

—Puede que esto sea una idiotez —dijo—, pero ¿se le ha ocurrido a alguien preguntarle? Es decir, plantarse ante él y decirle: «¿Es Minnericht tu verdadero nombre, o quizá te llamas Leviticus Blue?».

—Te traeré un poco más —dijo Swakhammer. Cogió la taza de Briar, que se la entregó. Salió de la habitación, y Lucy dijo:

—Hay gente que lo ha intentado, claro. Ni lo confirma ni lo niega. Prefiere dejar que el rumor siga extendiéndose sin fin. Quiere que estemos todos bajo su control, y cuanto menos sepamos de él, y más asustados estemos, mejor para él.

—Parece un auténtico capullo —dijo Briar—. Y estoy casi segura de que no es Levi, pero parece que están cortados por el mismo patrón. No me importa

acompañarte, Lucy. Puede que ni siquiera sepa quién soy. Has dicho que no llegó aquí hasta que levantaron los muros, así que quizá no sea de aquí.

Swakhammer regresó con una taza llena de agua, y tras él caminaba un chino de edad avanzada con las manos dobladas educadamente a la espalda.

—Aquí está tu agua, Wilkes —dijo Swakhammer—, y también un mensaje, Lucy. Habla tú con él. No entiendo ni una palabra de lo que dice.

Lucy improvisó una invitación a sentarse o a hablar, y el anciano comenzó a pronunciar un sinfín de sílabas que ninguno de los presentes más que Lucy comprendió. Al término de su discurso, Lucy le dio las gracias, y el hombrecillo se marchó tan silenciosamente como había llegado.

—¿Y bien? —preguntó Swakhammer.

Lucy se puso en pie.

—Dice que acaba de volver del túnel del este, de Maynard's. Dice que han dejado una marca allí, una gran mano negra que se ve perfectamente. Y todos sabemos lo que eso significa.

Briar los miró con gesto interrogante.

De modo que Swakhammer le dijo:

—Significa que el doctor está firmando su obra. Quiere que sepamos que los podridos eran su regalo especial para nosotros.

Capítulo 19

Con los oídos pitándole, Zeke pateó la escotilla hasta que estuvo lo bastante abierta para permitirle salir a la ciudad, que era justamente donde no quería estar. Pero, en igualdad de condiciones, prefería estar afuera, con la Plaga, antes que adentro con los piratas aéreos, que lentamente se desabrochaban los cinturones de seguridad y se lamentaban mientras se recuperaban del golpe.

No veía al silencioso e inescrutable Fang por ningún lado, hasta que logró localizarlo, de pie junto al capitán y mirando a Zeke con un solo ojo.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó el capitán.

—Ha sido divertido, pero ya es hora de que me vaya —dijo Zeke, queriendo dar impresión de estar bromeando, y no terriblemente asustado. Se le ocurrió que sería una gran frase de despedida, pero la escotilla aún no estaba lo bastante abierta para permitirlo salir. Metió los pies en la rendija, usando las piernas a modo de palanca.

El capitán se levantó de su asiento inclinado y le dijo algo en voz baja a Fang, que asintió. Después, el capitán preguntó:

—¿Cómo te llamas, chico?

Zeke no respondió. Levantó la tapa de la escotilla, dejando manchas de sangre en todo lo que tocaba.

—¿Chico? Fang, cógelo. Está herido. ¿Chico…?

Pero Zeke ya había salido. Saltó al suelo y se apoyó con los hombros en la compuerta, cerrándola tan solo temporalmente, pero durante el tiempo suficiente para permitirle echar a correr a lo largo del complejo.

Detrás de él, desde el interior de la malograda aeronave, a Zeke le pareció como si alguien lo llamara por su nombre.

Pero eso era ridículo. No les había dicho cómo se llamaba.

Debían de haber gritado alguna otra cosa, otra palabra que, en su estado de confusión, había tomado por su propio nombre.

Giró la cabeza a izquierda y derecha, pero lo que veía no le decía nada. Vio muros, los muros de la ciudad, pensó en un primer momento, pero no, estos muros eran más pequeños, y estaban hechos de grandes maderos verdes y llenos de musgo con puntas afiladas; y los huecos entre ellos los habían cimentado con algo más, de modo que tuvieran un aspecto uniforme,

Alguien en la nave había dicho algo de un fuerte.

Rebuscó en los mapas que había memorizado antes de salir y recordó algo sobre Decatur, donde los colonos solían refugiarse de los nativos cuando las cosas se ponían feas. ¿Se encontraba ahora mismo en ese lugar?

La empalizada de maderos que tenía ante sí no parecía muy resistente; de hecho, daba la impresión de que bastaría un buen soplo de aire para echarla abajo. Había

estado demasiado tiempo a la intemperie, pudriéndose debido a los efectos del aire venenoso y húmedo durante cien años, o al menos eso le pareció a Zeke en su estado actual. Habían pasado cien años, y la madera estaba ya verde y a punto de desmoronarse, pero el muro seguía en pie, y no veía nada a lo que pudiera agarrarse.

A su alrededor la Plaga lo ocupaba todo, y no podía ver más allá de unos pocos metros en cualquier dirección. Estaba jadeando de nuevo, perdiendo el control de su respiración bajo la máscara. Los sellos le hacían daño, y cada respiración que tomaba le sabía a bilis y a lo que quiera que hubiera comido por última vez.

Detrás de él, en algún lugar tras la niebla, alguien daba patadas en la puerta de una nave que se había estrellado. La tripulación saldría pronto de allí, e irían a buscarlo.

No le hacía ningún bien pensar en eso. Los muros de madera podrida eran ásperos al tacto; los tocó con las manos, a pesar de que le dolían y no sabía si tenía las manos llenas de heridas o los dedos rotos, o si tan solo estaban doloridos por el esfuerzo. Recorrió con los dedos cada rendija, tratando de encontrar una grieta o un umbral, o cualquier otra manera de entrar, aunque fuera a gatas. No era muy alto. Podía colarse por un agujero sorprendentemente pequeño si se veía obligado a hacerlo, pero sin un solo sonido y sin previo aviso…

No tuvo que hacerlo…

Una mano tan grande que ni siquiera parecía real aferró la máscara de Zeke, a la altura de la boca, tirando de él y alzándolo en vilo, arrastrándolo hacia un recoveco en el muro en el que la oscuridad era suficiente para ocultar prácticamente cualquier cosa.

Y los ocultó a ambos, al muchacho y a la mano que lo atrapó; y el hombre al que pertenecía la mano podría haber tenido perfectamente brazos hechos de hierro, de tan fuerte que lo sujetaba.

Zeke no se resistió por dos motivos. En primer lugar, ya se había dado cuenta de que no serviría de nada; quienquiera que lo sujetaba era más fuerte que él y algo más alto, y su respiración no era la de alguien que estuviera a punto de vomitar o desmayarse en cualquier momento; de modo que resultaba evidente que su oponente tenía las de ganar. Y, en segundo lugar, no tenía muy claro que no lo estuviesen ayudando. Después de todo, no quería que los otros lo atraparan, y ya comenzaban a salir de la aeronave, maldiciendo y gritando mientras comprobaban los daños sufridos, a unos cincuenta metros de donde Zeke se encontraba.

Justo cuando Zeke creía que estaban a punto de reanudar la búsqueda y llevarlo de vuelta hacia la nave caída, las manos que lo sostenían comenzaron a arrastrarlo hacia atrás y de costado.

Zeke se esforzó por cooperar, pero sus mayores esfuerzos consistían en una colección de tropiezos y tambaleos de camino al pozo de tinieblas al que lo estaban

llevando, ocultara lo que ocultara en su interior. Una diminuta rendija se asomaba a la oscuridad, y sintió un soplo de aire algo más fresco por encima de sus hombros.

Un par de pasos más, un nuevo tropiezo de sus pies chocando entre sí, y una puerta se cerró a su espalda. Estaba encerrado en una pequeña habitación que incluía unas escaleras y un par de velas consumiéndose débilmente sobre una barandilla.

Su captor, o su salvador, aún no lo sabía, lo soltó y le permitió que se diera la vuelta.

Dado que Zeke no estaba seguro de hasta qué punto estaba metido en un lío, trató de ser optimista y dijo:

—Gracias, señor. ¡Creo que querían matarme!

Un par de ojos pequeños parpadeó, mirándolo. Eran ojos oscuros, y de una relajada inteligencia, aunque totalmente indescifrables. Su propietario no habló, solo miró al muchacho, al que sacaba un buen puñado de centímetros de altura. Llevaba un largo chaleco, y tenía largos brazos cruzados ante el pecho. Llevaba lo que a Zeke le pareció un pijama, aunque limpio y sin arrugas, y más blanco que cualquier cosa que hubiera visto a este lado del muro.

Y porque el hombre seguía sin decir ni una palabra, Zeke murmuró:

—Iban a matarme, ¿no? Y tú… tú no, ¿verdad?

—¿Cómo te llamas? —preguntó el hombre, con un levísimo acento extranjero.

—Esa está siendo una pregunta muy popular hoy —dijo Zeke, y añadió a continuación, porque estaba atrapado en la semioscuridad con este hombre extraño y fuerte—: Me llamo Zeke. Zeke Wilkes. Se me está empañando la máscara, y no creo que pueda sobrevivir aquí mucho más tiempo. ¿Puedes… puedes ayudarme?

De nuevo siguió un largo silencio. Después, el otro dijo:

—Puedo ayudarte, sí. Ven conmigo, Zeke Wilkes. Sé de alguien a quien le encantaría conocerte.

—¿A mí? ¿Por qué a mí?

—Por tus padres.

Zeke se quedó muy quieto y trató de frenar el apresurado latir de su corazón.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó—. No estoy buscando problemas. Solo estaba buscando… solo quería… Escucha. Sé que mi padre causó muchos problemas y que no es exactamente un héroe local, pero…

—Te sorprenderías —dijo el hombre tranquilamente—. Por aquí, Zeke. —Señaló hacia las escaleras, y al pasillo, más abajo, donde aquellas se perdían.

Zeke lo siguió con piernas que le temblaban a causa del agotamiento, las heridas y el miedo.

—¿Qué significa eso? ¿Me sorprendería? ¿Quién eres, y de qué conoces a mi padre?

—Me llamo Yaozu, y no conocí a un hombre llamado Leviticus Blue. Pero

conozco al doctor Minnericht, que estoy seguro que podrá contarte muchas cosas. —Miró por encima de su hombro, buscando la mirada de Zeke.

—¿Qué te hace pensar que quiero preguntarle algo?

—Eres joven —dijo—. En mi experiencia, los muchachos jóvenes empiezan a cuestionarse el mundo con cierta edad, y todo lo que les han contado sobre él. Creo que el doctor te parecerá muy… interesante para tus pesquisas.

—He oído hablar de él —dijo Zeke con cautela.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí abajo? —preguntó Yaozu, tomando un recodo y deteniéndose ante una enorme puerta sacada de sus quicios rodeada de tiras de tela y sellos. Levantó un picaporte y tiró de él con fuerza, y la puerta se salió de su marco con un silbante jadeo.

—No lo sé. No mucho. Un día. O dos —supuso, aunque le parecía una semana.

Yaozu sostuvo la puerta abierta y le hizo una seña para que cruzara el umbral. Había luz al otro lado, de modo que dejó la vela en una grieta en el muro—. Si llevas aquí más de una hora, es lógico que hayas oído hablar del doctor Minnericht.

Zeke fue bienvenido por una inconfundible y pulsante brisa, y cuando estuvo en la sala contigua, Yaozu lo siguió.

—¿Así que es alguien importante?

—Muy importante, sí —dijo el hombre, aunque no parecía demasiado impresionado.

—¿Y tú trabajas para él?

El otro no respondió inmediatamente, pero, cuando lo hizo, dijo:

—Podría decirse así. Somos socios, en cierto modo. Se le da muy bien la electricidad, y los artefactos mecánicos, y el vapor.

—¿Y tú? —preguntó Zeke.

—¿Yo? —Emitió un leve sonido que pudo ser un mmm o un oh, y dijo—: Soy un hombre de negocios, más o menos. Me dedico a mantener la paz para que el doctor pueda trabajar en sus proyectos. —Y de inmediato cambió de tema—. Una puerta más y podrás quitarte la máscara. Estas puertas están selladas, tenemos que conservar todo el aire fresco que conseguimos.

—Claro. —Zeke miró al hombre mientras abría otra puerta. Al otro lado no había un pasillo, sino una pequeña estancia llena de lámparas que la iluminaban por completo. Y entonces dijo—: ¿Así que eres la ley aquí dentro? ¿El que la hace cumplir?

—Algo así.

—Mi abuelo también se dedicaba a eso.

—Lo sé —dijo Yaozu. Cerró la puerta tras ambos y se quitó la máscara, descubriendo una cabeza totalmente afeitada y un rostro amable que podía aparentar perfectamente tanto veinticinco como cincuenta y cinco años. Si le hubieran

preguntado, Zeke habría sido incapaz de adivinar su edad—. También puedes quitártela tú. Pero ten cuidado —dijo, señalando con un dedo al muchacho—. Parece que estás herido.

—Menos mal que tenéis un doctor aquí abajo, ¿no?

—Muy cierto. Ven conmigo. Te llevaré a verlo.

—¿Ahora?

—Ahora —dijo el otro.

Zeke no oyó una petición, sino una orden, y no sabía cómo negarse. Tenía miedo, desde luego, por lo que Angeline le había contado, y estaba nervioso, porque había algo en este asiático imperturbable que le provocaba un cierto desasosiego, aunque no sabía por qué. Había sido francamente amable con él, pero la fuerza de sus brazos y la insistencia de su voz no eran las herramientas de un negociador amistoso.

Este era un hombre acostumbrado a ser obedecido, y Zeke no estaba acostumbrado a obedecer.

Sin embargo, sentía una sensación extraña en el estómago, y prefería no averiguar qué ocurriría si echaba a correr, o si se resistía, y además, le dolía el pecho tan solo por el esfuerzo de respirar. Ya pensaría en algo más adelante. Si hacía falta, trazaría un plan para huir, pero por ahora, podía quitarse la máscara. Y eso era suficiente.

Los puntos en que las cintas de la máscara herían su piel parecían estar al rojo vivo, pero al instante siguiente, con un clic, el visor y los filtros cayeron de su rostro. Zeke dejó caer la máscara al suelo y se rascó las rozaduras con los dedos.

Yaozu sostuvo el antebrazo del muchacho y lo apartó.

—No te rasques. Solo lo empeorará. El doctor te dará un ungüento, y el picor desaparecerá con el tiempo. ¿Es la primera vez que llevas máscara?

—Durante más de un par de minutos, sí —admitió Zeke, bajando las manos y tratando de tenerlas bien quietas.

—Ya veo. —Yaozu cogió la máscara de Zeke y la inspeccionó, dándole la vuelta y toqueteando los filtros y el visor—. Es un modelo muy antiguo —dedujo—. Y hay que limpiarla.

Zeke se estremeció.

—Ya te digo. —Después, preguntó—: ¿Adónde vamos?

—Abajo. Bajo la vieja estación que nunca existió. —Miró a Zeke de arriba abajo, fijándose en su pelo enmarañado y sus ropas viejas—. Seguro que te parecen unas instalaciones excepcionales.

—¿Excepcionales?

—Claro. Hemos creado un hogar aquí abajo. Puede que te lleves una sorpresa.

—La mayoría de lo que he visto aquí abajo tenía un aspecto bastante cutre y viejo —dijo Zeke.

—Ah, pero aún no has estado en la estación, ¿verdad?

—No, señor.

—Bien, pues deja que sea el primero en darte la bienvenida. —Fue hacia el muro, donde tiró de otra palanca.

En algún lugar que Zeke no podía ver, repiquetearon cadenas, y giraron engranajes. Y enfrente de él, el muro se deslizó de costado, descubriendo una espléndida sala al otro lado, llena de luz.

También estaba llena de mármol y bronce, y de sillas de madera barnizada con cojines de pana. El suelo era un mosaico de baldosas y metal. Arrancaba reflejos de todas las superficies, de todos los espejos y de todas las velas. Sin embargo, cuanto más miraba Zeke a las luces, más se convencía de que quizá no fueran llamas en absoluto; que quizá fueran otra cosa. Después de todo, el precioso techo curvado no estaba manchado de quemaduras ni de hollín.

Cuando recuperó el aliento, y cuando el muro recuperó su posición, sin fisuras, a su espalda, Zeke preguntó:

—¿Qué son esas luces? ¿Cómo generan luz? No huelo a gas, y no veo humo.

—Esas luces son el futuro. —Era una respuesta críptica, pero no impertinente o arrogante—. Por aquí. Te prepararé una habitación, y un baño. Le preguntaré al doctor si hay algo de ropa para ti, y te traeré algo de comida y agua. Me parece que te hace falta un buen descanso, chico.

—Gracias —dijo Zeke sin sentirlo de veras. Pero le gustaba la idea de comer algo, y tenía más sed de la que había tenido en toda su vida, aunque no se había dado cuenta hasta que el otro habló de agua—. Este sitio es muy bonito —añadió—. Tenías razón. Estoy sorprendido. Impresionado.

—Le resulta sencillo ser un lugar bonito. Nadie lo ha tratado como si fuera una estación de tren. No estaba acabado cuando llegó la Plaga. El doctor y yo terminamos algunas partes, como este vestíbulo, con los materiales que ya habían traído para construirlo. Era casi perfecto, pero necesitaba algunas modificaciones. —Señaló al techo, donde había instalados en fila grandes conductos con aspas. En ese momento no estaban girando, pero Zeke pensó que, de estar encendidos, habrían producido un sonido fantástico.

—¿Eso es para el aire?

—Así es. Las aspas giran solo unas pocas horas al día, no necesitan más. Traemos el aire de arriba, por encima de la ciudad y de la Plaga. Conectamos tubos y mangueras por el exterior del muro —dijo—. Por eso se puede respirar aquí dentro. Pero esta zona no es donde hacemos vida; las habitaciones, cocinas y aseos están por aquí.

Zeke lo siguió casi con impaciencia, ansioso por descubrir nuevas maravillas. Pero reparó, antes de que lo guiaran al otro lado de la reluciente sala con su techo alto y sus sillas acolchadas, en que había una puerta al otro extremo de la habitación.

Estaba sellada como las otras, pero también tenía vigas de hierro y pesados cerrojos.

Yaozu guió a Zeke hacia una plataforma del tamaño de una letrina y tiró de una puerta baja que estaba cerrada, y después tiró de un asa en una cadena. De nuevo, el sonido del metal desplegándose resonó lejanamente.

La plataforma cayó, no como la aeronave estrellada, sino como un amable artefacto que tenía que cumplir una misión.

Zeke sostuvo la puerta y se aferró a ella.

Cuando la plataforma se detuvo, Yaozu sostuvo la puerta y puso la mano sobre el hombro de Zeke, guiándolo hacia la derecha, por un pasillo alineado con otras cuatro puertas, dos a cada lado. Todas estaban pintadas de verde, y todas tenían incrustada una lente grande como una moneda de penique, parar mirar afuera desde dentro y parar mirar adentro desde fuera.

La puerta más alejada se abrió sin necesidad de manipular el cerrojo, lo que confundió a Zeke un tanto. ¿Resultaba reconfortante saber que no querían encerrarlo? ¿O más bien era una mala señal, dado que implicaba que no iba a tener ninguna intimidad?

La habitación, eso sí, era más agradable que ninguna que hubiera visto antes, con gruesas mantas sobre una cama con un pesado colchón, y perfectamente iluminada por lámparas que colgaban del techo o que reposaban en las mesillas junto a la cama. Había cortinas largas que colgaban de una vara en el extremo más alejado de la habitación, lo que le resultó extraño.

Se quedó mirándolas hasta que Yaozu dijo:

—No, claro que no hay ventanas. Estamos a dos pisos bajo tierra. Pero al doctor le gusta cómo quedan las cortinas. Bueno, ponte cómodo. Hay una palangana en la esquina. Úsala. Le diré al doctor que estás aquí, y te echará un vistazo a la herida.

Zeke se lavó la cara en la palangana, y la suciedad de su rostro prácticamente convirtió el agua en barro. Cuando estuvo ya limpio, al menos tanto como podía llegar a estarlo, recorrió la habitación y tocó todas las cosas bonitas que veía, lo que le llevó un buen rato. Yaozu tenía razón; no había ventana, ni siquiera un muro de ladrillos, al otro lado de las cortinas. Tan solo otro pedazo desnudo de muro cubierto con el mismo tapiz que todo lo demás.

Comprobó el picaporte.

Giró fácil. La puerta se abrió, y Zeke asomó la cabeza al pasillo, donde no vio nada ni a nadie salvo unos cuantos muebles solitarios junto a la pared y una alfombrilla de moqueta que recorría todo el pasillo. La plataforma ascendente y descendente seguía inmóvil, y su puerta estaba abierta.

El mensaje era claro: podía marcharse si era capaz de averiguar cómo hacerlo, y si realmente lo deseaba. O al menos esa es la impresión que esperaban provocar. Por lo que Zeke sabía, quizá saltaría una alarma en cuanto subiera a la plataforma, y

empezarían a dispararse flechas envenenadas desde mil direcciones a la vez.

Dudaba que eso ocurriera, pero no estaba tan seguro como para arriesgarse.

Y entonces se fijó en que Yaozu se había llevado su máscara, y comprendió algo mejor la situación.

Se sentó en el borde de la cama. La superficie parecía más suave y más gruesa que un colchón de plumas, y rebotaba bajo su cuerpo cuando se movía. Seguía teniendo mucha sed, pero había ensuciado la única agua que había en la habitación. Le dolía la cabeza, pero no sabía qué podía hacer al respecto. Aún tenía hambre, pero no veía comida por ningún sitio, y, a decir verdad, estaba más exhausto que hambriento.

Se echó en la cama sin descalzarse. Encogió las rodillas, abrazó la almohada más cercana y cerró los ojos.

Capítulo 20

Briar se retiró para lavarse, y cuando regresó, Lucy estaba sentada en una silla con el brazo extendido sobre la mesa. El brazo estaba rodeado de tornillos, pernos y engranajes. Un muchacho asiático que no parecía mucho mayor que Ezekiel estaba aplicando un poco de aceite a la muñeca; en la otra mano tenía unas enormes pinzas.

Miró a Briar a través de unos elaborados anteojos con lentes ajustables e intercambiables anexas a las esquinas del artefacto.

—¡Briar! —dijo Lucy, bienhumorada, aunque tuvo cuidado de no mover el brazo —. Este es Huojin, pero yo lo llamo Huey, y no parece importarle.

—No, señora —dijo el chino.

—Hola… Huey —le dijo Briar—. ¿Qué tal con el brazo?

El muchacho apuntó con la cabeza a la maquinaria desperdigada sobre la mesa, para que las lentes visualizaran más eficazmente su espacio de trabajo.

—Ni mal ni bien. Este brazo es un artefacto estupendo, pero yo no lo inventé, ni lo construí. Tengo que familiarizarme con él —dijo. Tenía algo de acento, pero no demasiado, así que era sencillo entenderlo—. Si tuviera los tubos de cobre que necesito, creo que conseguiría que funcionara perfectamente otra vez. Pero he tenido que improvisar.

—Improvisar. ¿Has oído eso? —rió Lucy—. Lee libros en inglés, y, cuando era un niño, solía practicar hablando con nosotros. Ahora habla mucho mejor que la mayoría de los hombres que conozco.

Briar se preguntó qué estaría haciendo un niño en ese mundo subterráneo. Estuvo a punto de preguntarlo en voz alta, pero pensó que quizá no fuera asunto suyo, así que prefirió no hacerlo.

—Bueno, me alegro de que te esté ayudando —dijo—. ¿Puedes contarme algo más de esa marca que han dejado en la puerta de Maynard's? ¿Qué significa?

Lucy negó con la cabeza.

—Significa que a Minnericht le gusta marcar su territorio como si fuera un perro, meándose encima. Me pregunto por qué lo hizo en Maynard's. Nos ha dejado tranquilos durante bastante tiempo; puede que haya pensado que era el momento de armar un poco de lío para que no nos relajemos. O quizá Squiddy aún le deba dinero.

—Swakhammer cree que quizá alguno de los hombres de Minnericht me vio. Puede que el doctor esté enfadado porque fui a Maynard's sin ir a visitarlo antes.

Lucy no respondió. Fingió observar a Huey mientras el muchacho cerraba el panel de su brazo y lo sellaba de nuevo. Por fin, dijo:

—Puede ser. Tiene ojos en todas partes, el condenado. Y no podía simplemente tocar a la puerta y dejar una nota, cielos, no. En lugar de eso tiene que enviar a los muertos, cansarnos un poco y quizá matar a uno o dos de nosotros de paso para dejar

claro quién manda. Me pregunto qué le parecería si fuéramos a la estación y le rompiéramos todos los cerrojos. Que se enfrente él a los muertos a la puerta de su casa. Sería un acto de guerra. Y puede que nos viniera bien un acto de guerra.

Huey envolvió su obra y apretó el último tornillo. Se echó hacia atrás y tiró del pesado artefacto de cristal que llevaba atado a la frente. Las cintas se quedaron atrapadas tras las orejas y luego se soltaron con un chasquido.

—Ya está, señora O'Gunning. Ojalá pudiera hacer algo más, pero me temo que eso es todo de lo que soy capaz.

—Cielo, es estupendo. Ojalá pudiera agradecértelo como es debido. Si necesitas algo, lo que sea, dímelo. La próxima vez que los piratas vengan por aquí, puedo pedirles algo para ti.

—¿Más libros? —preguntó Huey.

—Más libros. Tantos como puedan traer —prometió Lucy.

El muchacho reflexionó unos segundos y dijo:

—¿Cuándo volverá la Naamah Darling? ¿Lo sabes?

—No tengo ni idea, cariño. ¿Por qué? ¿Quieres dejar un mensaje para Fang?

—Sí, señora —dijo el chico—. Quiero algunos libros en chino, y él sabría dónde conseguirlos. Y también sabrá qué libros son buenos.

—Se lo diré. Intentaré ir por la torre el martes, y se lo pediré por ti. —Lucy acarició con cuidado el cabello del chico con los dedos, y, aunque estaban algo rígidos, el gesto resultó tan amistoso como pretendía—. Eres un buen chico, Huey. Y además, inteligente.

—Gracias, señora —dijo el otro, y, con una reverencia, se marchó de vuelta hacia los pasillos de la cripta.

—Sí que habla bien —dijo Briar.

—Ojalá pudiera decir que es gracias a mí, pero me temo que no es así. Solo le di lo que tenía y dejé que aprendiera por sí mismo. —Torció el brazo a izquierda y derecha, y luego arriba y abajo—. ¿Sabes? —dijo—, creo que esto bastará por el momento. No es perfecto, pero está bastante bien.

—¿Significa eso que ya no quieres ir a ver a Minnericht? —preguntó Briar.

—Puede que sí, o puede que no —dijo Lucy—. Veamos qué tal funciona el brazo dentro de unas horas. ¿Y qué hay de ti? ¿Aún te interesa ir hasta King Street para conocerlo?

—Creo que sí —respondió Briar—. Además, si Swakhammer tiene razón, no podréis esconderme para siempre. Sabe que estoy aquí abajo, en algún sitio, y seguirá intentando encontrarme a menos que vaya allí y me presente. No quiero causaros problemas, Lucy.

—Estamos acostumbrados a los problemas, cielo. Los tenemos a diario, y si no fuera por ti, estaría molestándonos por otra cosa. Te diré qué vamos a hacer. He

avisado a Squiddy, y le he preguntado si quiere llevarte al distrito financiero. Se conoce esa zona mejor que nadie, te lo aseguro. Si tu chico está por allí, él lo encontrará.

Briar arqueó las cejas.

—¿De verdad? —Trató de recordar a cuál de los habituales del Maynard’s se refería—. ¿El hombre delgado con patillas y barba?

—Ese. Está un poco loco, pero aquí abajo todos lo estamos. Bien, escucha: cuando tenía la edad de Huey, e incluso antes de eso, Squiddy era un pequeño delincuente. Antes de que levantaran los muros, estaba trabajando en un plan para entrar por la fuerza en los bancos. Hizo todo tipo de planes, y aprendió dónde estaban todos los huecos y las entradas… y creo que, cuando la Boneshaker se le adelantó, se enfadó bastante. —Movió el brazo de nuevo y entrecerró los ojos—. Pero no me entiendas mal, es un buen tío. Es inteligente, a su manera, y le gusta echar una mano. No te dejará tirada ni te tomará el pelo.

—Muy reconfortante —dijo Briar.

—A mí me lo vas a decir. Bueno, deberías darte prisa. Pronto se hará de noche. De hecho, en esta época del año hay muy poca luz, así que ve a buscar a Squiddy y echa un vistazo mientras aún puedas. Te está esperando, ya le pedí que te llevara a dar una vuelta, y le pareció bien.

Briar encontró a Squiddy jugando a las cartas con Willard y Ed.

Squiddy torció la mano y tocó su sombrero a modo de saludo. Briar no sabía si debía hacer lo mismo en respuesta. De modo que asintió y le dijo:

—Hola. Lucy me ha dicho que serías tan amable de llevarme a echar un vistazo al distrito financiero durante una hora o dos, muy rápido, antes de que se ponga el sol.

—No hay problema. No me importa trabajar en el día del Señor. Solo tengo que coger mis cosas.

Squiddy Farmer era un hombre enjuto de la barbilla a los pies que vestía con estrechos pantalones y un jersey con botones tan ceñido que se podían contar sus costillas. Acompañaba el modelo un suéter de lana, y aunque era tan largo que le llegaba a las caderas, el cuello apenas dejaba espacio suficiente para que saliera por él su cabeza. Le clareaba el pelo, escaso, que parecía un aliño de sal y pimienta, y lucía pobladas patillas.

Sonrió, mostrando un juego de dientes prácticamente completo que no limpiaba muy a menudo. De una mesilla situada por detrás de aquella en la que repartían las cartas, cogió un casco redondeado con una abertura en la parte delantera.

Cuando vio cómo Briar lo miraba, totalmente perdida, dijo:

—Es uno de los modelos del doctor Minnericht. Dijo que podía quedármelo, porque a nadie le gustaba demasiado, y estaba acumulando polvo.

—¿Por qué? —preguntó Briar—. ¿Funciona?

—Funciona. Funciona estupendamente, pero es muy pesado, y tengo que cortarme los filtros. Pero no me importa. Me gusta ser capaz de ver casi todo lo que me rodea, ¿sabes? —Le enseñó la manera en que el cristal curvado iba de oreja a oreja, y Briar tuvo que admitir que parecía bastante conveniente.

—Quizá algún día alguien haga una versión más ligera.

—He oído que estaba trabajando en ello —dijo Squiddy—, pero si llegó a inventarlo, nunca me lo enseñó. ¿Estás lista?

Briar alzó la máscara y dijo:

—Lista.

El otro se puso su casco-máscara; le hacía parecer una enorme piruleta.

—Entonces, en marcha.

Briar se ajustó la máscara mientras lo seguía. Le daba la impresión de que acababa de quitársela, pero comprendía que era necesario, y, por extraño que pareciese, estaba empezando a acostumbrarse.

Caminaron a través de varios pasillos sumidos en tinieblas, y descendieron más peldaños en un nefasto estado, hasta llegar a un nivel en el que el murmullo de la maquinaria era casi ensordecedor.

Squiddy no era un hombre acostumbrado a hacer de guía turístico, de modo que no daba muchas explicaciones. Aunque se le ocurrió mencionar:

—Estamos poniendo más filtros aquí abajo. —Gesticuló hacia el entramado metálico bajo sus pies—. Es un experimento.

—¿Qué tipo de experimento?

—Verás, ahora mismo, si queremos conservar el aire limpio en los lugares seguros, tenemos que bombearlo desde arriba, al otro lado del muro. Pero el chico asiático dijo que quizá no hacía falta hacer eso. Dice que quizá podamos limpiar el aire sucio tan fácilmente como metemos el aire limpio. No sé si tiene razón o no, pero hay gente que cree que merece la pena intentarlo.

—Bombear todo ese aire tiene que ser muy trabajoso.

—Lo es, lo es —dijo el otro.

Las rejillas bajo sus pies resonaron cuando las pisaron, y no tardaron en llegar a un descansillo con tres puertas parapetadas por igual. Squiddy se ajustó el colosal casco y estiró la mano hacia una de las tres palancas fijadas al suelo.

—No podemos acercarnos más desde dentro, así que este es el final del camino —dijo—. Nos marcharemos y volveremos a entrar por la del centro. —Señaló la puerta—. Esas puertas no pueden verse desde fuera. Tomamos muchas precauciones. Tenía que estar todo perfectamente sellado, porque el gas es más peligroso por aquí.

—Claro —dijo Briar—. Es lógico que sea peor, aquí en el centro.

—¿Tus filtros son nuevos?

—Los cambié justo antes de que nos marcháramos de las criptas.

Squiddy tomó la palanca y se apoyó en ella.

—Bien. ¿A qué viene esa regla de las ocho o diez horas? Aquí abajo no es muy útil. Esos filtros no durarán más de un par de horas, puede que tres. Nos estamos acercando al epicentro.

—¿Ah sí?

—Claro. —La palanca cedió por completo, hasta casi tocar el suelo. Al moverse, una cadena invisible se movió con ella, y alrededor de la puerta del centro apareció una rendija—. Está justo debajo del viejo Primer Banco de América. Es la mayor profundidad que alcanzó la Boneshaker, y es donde parece concentrarse lo peor de la Plaga. Esas son las malas noticias.

—Hablas como si hubiera buenas noticias —dijo Briar mientras la puerta retrocedía pesadamente, hacia los distritos más viejos y destartalados, aquellos donde solían estar los bancos.

—Sí que las hay —insistió Squiddy—. Las buenas noticias son que no hay ni de broma tantos podridos aquí abajo como en otras partes. El gas acaba con ellos, de modo que se quedan bien lejos. Y los que no lo hacen no duran mucho. Tienes guantes, ¿no?

—Sí —dijo Briar, moviendo los dedos para enseñárselos.

—Vale. Bájate bien el sombrero. Si alcanza, cúbrete las orejas. Si puedes evitarlo, mejor que no dejes a la vista nada de piel. Te la quemará —dijo solemnemente—. Como si pusieras la mano en una estufa. Y te echará a perder el pelo, y ya tienes bastantes mechas rubias.

—Son naranjas —dijo Briar sin ánimo—. Solía ser negro, pero me están empezando a salir todas estas manchas naranjas por la lluvia tóxica.

—Mételo bajo la ropa si no tienes una bufanda. Te protegerá el cuello.

—Bien pensado —dijo Briar, e hizo lo que le sugerían.

—¿Lista?

—Lista.

El rostro afilado y arrugado de Squiddy se meció tras la curva imperfecta del frontal de su máscara acristalada, y dijo:

—Entonces, en marcha. Intenta no hacer nada de ruido, pero no te preocupes demasiado. Como ya te he dicho, lo más seguro es que estemos solos. —Miró al Spencer de Briar—. Jeremiah dice que eres buena tiradora.

—Soy muy buena.

—Bien —dijo—. Pero, para que lo sepas, lo más probable es que, si tienes que disparar a alguien, no será a podridos. Minnericht tiene amigos; o al menos tiene empleados. A veces patrullan por aquí. Este es el límite entre la zona de los chinos y la vieja cochera. ¿Recuerdas que estaban construyendo una nueva estación de tren cuando levantaron los muros?

—Sí —dijo Briar, y añadió enseguida—: He oído que Minnericht vive allí, bajo la estación a medio construir.

—Sí, yo también lo he oído. —Se apoyó contra la puerta para abrirla unos centímetros más; se abrió más o menos tanto como se abría hacia fuera. No fue hasta que cayó a un lado que Briar comprendió que habían estado ascendiendo.

—¿Lo has visto alguna vez? —preguntó—. Al doctor Minnericht, quiero decir.

—No, nunca —le dijo Squiddy sin mirarla.

—¿De verdad?

Sostuvo la puerta para ella, y llegaron a un lugar que aún estaba bajo tierra, pero que daba a una rota porción de calle por encima de sus cabezas. La luz de la tarde recortaba sus afilados bordes e iluminaba el foso en que se encontraban.

—Pues sí —dijo Squiddy—. ¿Qué tiene de raro?

—Es que antes dijiste que te dio el casco. Y he oído que quizá le debías dinero. Pensé que quizá lo habías visto. Sentía curiosidad, nada más. Me preguntaba qué aspecto tiene. —Supuso que su interlocutor conocía los rumores, como, al parecer, el resto del mundo, y dado que Squiddy no sabía lo que Briar había estado hablando con Swakhammer y Lucy, no sabría que Briar ya había tomado una decisión acerca del misterioso doctor.

Su guía dejó que la puerta cayera hacia abajo. Cuando se cerró, resultaba casi imposible distinguirla; habían camuflado el lado exterior con escombros, y cuando se giraba sobre esos escandalosos goznes, debía de parecer como si la misma tierra se estuviese abriendo para dejarlos salir.

—Le he debido dinero un par de veces —dijo al fin Squiddy—, es cierto. Aunque más bien es a sus hombres a quien les debo dinero. Solía ir con ellos, a veces. No muchas veces —añadió rápidamente—. Nunca he trabajado para él realmente. En ocasiones hacía algún recado a cambio de comida o whisky, nada más.

Se quedó junto a la puerta y pareció estar a punto de rascarse la cabeza, si la alcanzara.

—Cuando los muros nos incomunicaron la primera vez, tardamos un tiempo en aprender. Los primeros años fueron duros. Bueno, ahora también lo son. Pero antes podías morir solo por respirar. En aquellos días teníamos que pelearnos con los podridos por pieles de fruta podrida y carne cruda.

—Hacíais lo que teníais que hacer. Lo entiendo.

—Bien. Me alegra que seas comprensiva. —Esbozó una nueva sonrisa amarillenta—. No me equivocaba contigo. Vienes de una buena familia.

Al principio Briar no entendió lo que quiso decir, pero entonces recordó por qué la habían acogido tan rápidamente.

—Bueno —dijo, porque no estaba segura de qué otra cosa podía decir. Había pasado veinte años tratando de demostrar que no se parecía en nada a su padre, y

ahora tenía que dar las gracias por la reputación que le precedía, puesto que le otorgaba protección en un lugar muy extraño. Se preguntó qué hubiera pensado, su padre, de haberlo sabido. En su fuero interno, creía que hubiera estado consternado, pero a decir verdad se había equivocado respecto a él más de una vez.

De modo que dijo:

—Te agradezco que digas eso. —Y no le hizo más preguntas. Prefería escuchar su silencio que escuchar sus mentiras.

—Dime, Briar, ¿qué estamos buscando, en concreto?

—Cualquier señal —dijo Briar—. De mi hijo, quiero decir. Cualquier cosa que demuestre que ha estado aquí.

—¿Como qué?

Briar pensó en ello mientras se abría paso a través de los escombros. Pedazos de madera podrida que hacían las veces de aceras colgaban en lo alto, por encima de las calles de bordes afilados, y caían astillas sobre su sombrero. No había viento, y tampoco sonido alguno. Era como estar bajo el agua, en un lago estancado. A su alrededor el aire sucio y amarillo lo ocupaba todo. En cualquier momento, se le ocurrió, el mundo se congelaría, y ella se quedaría allí, muy quieta, congelada en ámbar.

—Como algo distinto de la última vez que estuviste aquí —dijo—. Pisadas, o… o cosas así. No lo sé. Dime qué estoy mirando, ¿quieres? No lo entiendo. ¿Dónde estamos exactamente?

—Aquí es donde la Boneshaker atravesó la calle bajo tierra. La calle se derrumbó. Estamos sobre ella ahora mismo, pero allí arriba… —señaló el techo dentado— está el resto de la calle. Y las aceras. Y lo que quiera que hubiera ahí arriba hace dieciséis años.

—Fantástico —dijo Briar—. Está muy oscuro aquí abajo. No veo nada.

—Lo siento de veras. No he traído linterna.

—No te disculpes —le dijo Briar. Se dirigió a un punto que parecía ser la parte trasera, o el reborde, de una esquina lejana del foso. Directamente enfrente de ella, un abismo negro se abría en forma de un círculo quebrado, y desaparecía en las profundidades de la tierra. A partir de cierta distancia, ya no veía adónde podía llevar o qué podía contener.

—¿Hola? —gritó hacia el foso, aunque no en voz demasiado alta, y le hubiera sorprendido bastante recibir una respuesta.

No obtuvo ninguna.

—Podemos subir a la calle, si quieres. Por aquí —dijo Squiddy. La guió hacia una cornisa de borde afilado y señaló los maderos y ladrillos que se habían amontonado unos sobre otros—. Hay que trepar un poco, pero no mucho. Podrás ver mejor desde ahí arriba.

—Vale. Te sigo.

Squiddy escaló la pendiente sin esfuerzo, a zancadas más propias de un hombre de la mitad de su edad, hasta que coronó la cima y allí se quedó, dibujado contra la luz del exterior. Briar lo siguió y tomó su mano cuando el otro se la ofreció. Squiddy la acercó al borde y sonrió tras su casco-máscara.

—Es bonito, ¿no?

—Mucho.

Si le hubieran pedido que eligiese diez palabras para describir la escena que tenía ante sí, «bonito» no habría estado entre ellas.

Si no supiera que no era así, hubiera pensado que había habido una guerra en otro tiempo, una terrible conflagración que había devastado todo el paisaje. Donde una vez hubo majestuosos edificios donde se almacenaba dinero y que albergaban el ajetreo de los clientes, ahora solo había un enorme agujero en el suelo, una gran herida de rebordes puntiagudos y que estaba empezando a llenarse de escombros.

En un punto había lo que parecía ser un montón de cantos rodados de río. Al mirarlos más de cerca comprendió que eran cráneos, costrosos y grises. Se habían acumulado en un pequeño cauce, tras alejarse rodando de sus respectivos cuerpos.

Briar se esforzó por respirar. Le resultaba difícil, como era de esperar dada la advertencia de Squiddy sobre el aire de ese lugar. Sin embargo, estaba costándole un tremendo esfuerzo aspirar a través de los filtros, que se resistían ante el flujo incesante de impurezas. Era como respirar a través de un colchón de plumas.

¿Y cómo iba a averiguar si su hijo había pasado por ahí?

Cuando miró abajo, hacia el foso, no vio ningún rastro, ni siquiera el que ella misma acababa de dejar. El terreno no era adecuado para seguir las huellas de pisadas. Aunque un elefante se hubiera dado un paseo por allí, no habría dejado ni una marca.

Una oleada de desesperanza la invadió, y se estremeció, temerosa de considerar las posibilidades. Se le habían acabado las ideas. Si un ejército de Zekes fuera directo hacia ella, no se habría enterado. Lo único que pudo hacer fue repetirse, una y otra vez, que su hijo no estaba atrapado bajo ese foso de dentados bordes, grande como el tejado de una casa. No, no podía estar tendido, ahogándose, en el fondo de un foso que su padre había cavado antes incluso de que él naciera. No, no importaba que Zeke no pudiera saber nada de cómo era el aire en este lugar. No, no y mil veces no.

—No está aquí —dijo, y las palabras parecieron resonar dentro de su máscara.

—Eso es bueno, ¿no? —preguntó Squiddy. Sus pobladas cejas se agitaron tras la placa de cristal—. Mejor no encontrarlo aquí, la verdad.

—Supongo que no —dijo Briar.

—Podríamos volver con algo de luz, mañana temprano. Podríamos mirar dentro del túnel. No tendrías que ir gateando ni nada. Si ha entrado por ahí, no puede haber

ido muy lejos.

—Puede —dijo Briar con un hilo de voz—. Sí. No lo sé. Puede. Está anocheciendo. —Añadió ese apunte porque no parecía ser capaz de decidirse por una respuesta—. ¿Qué hora es?

—Siempre está oscuro por aquí —dijo el otro—. No sé qué hora es. Falta poco para comer, eso es todo lo que sé. ¿Qué quieres hacer ahora?

Tampoco tenía respuesta para esa pregunta.

—¿Se te ocurre algo? —dijo—. ¿Algún sitio donde podríamos mirar? ¿Hay más sitios seguros o donde se pueda respirar aire limpio cerca de aquí?

La notable cabeza de Squiddy se agitó de un lado a otro mientras inspeccionaba la zona y pensaba en ello.

—Me veo obligado a responder que no, señorita Wilkes. No hay ningún lugar donde se pueda respirar hasta llegar a la zona donde duermen los chinos. Viven cerca de sus viejos barrios, por allí —señaló.

—¿Y el doctor Minnericht?

—Por ahí. —Squiddy señaló hacia un punto situado a noventa grados del primero —. Más o menos a la misma distancia. El camino por el que hemos venido es el más seguro para respirar un poco de aire fresco, y no creo que nadie lo encontrara si no supiera que está ahí.

A decir verdad, Briar apenas podía ver ya el lugar por el que habían emergido.

—Estoy segura de que tienes razón —dijo. Y se alegró por que no pudiera ver su rostro igual de bien que ella veía el suyo.

Mientras el cielo blanco azulado que tenían sobre sus cabezas adquiría un matiz algo más oscuro, Briar y Squiddy volvieron por donde habían venido y entraron en el túnel bajo la cornisa. La puerta se cerró tras ellos con un chirrido, encerrándolos una vez más en el submundo tenuemente iluminado de maquinaria y filtros.

—Lo siento mucho —le dijo Squiddy, aún a través del casco, puesto que no habían dejado atrás los suficientes sellos para respirar tranquilamente—. Ojalá hubiéramos encontrado algo. Es una pena.

—Gracias por traerme hasta aquí —le dijo Briar—. No tenías por qué hacerlo, y te lo agradezco. Quizá deberíamos ir a ver qué tal le va a Lucy. Si aún quiere, podemos visitar a ese doctor vuestro.

Squiddy no respondió enseguida, como si estuviera dando vueltas en su cabeza a las palabras antes de escupirlas.

—Quizá sea una buena idea —dijo al fin—. Es posible que el doctor Minnericht encontrara a tu chico, o puede que lo hiciera uno de sus hombres. Están por todos lados.

Briar tragó saliva, aunque tenía la garganta bien cerrada. Esa posibilidad ya se le había ocurrido, y aunque estaba totalmente, cien por cien segura de que el doctor no

era el que fue su marido… aun así sentía una cierta inquietud. Si por algo estaba agradecida era por el hecho de que Zeke nunca hubiera conocido a su padre; y no tenía intención de permitir que un impostor se adueñase de ese papel.

Sin embargo, en lugar de decir todo aquello, que era lo que más deseaba, se aclaró la garganta y dijo:

—¿Así que tiene hombres repartidos por todos lados, el doctor? He oído hablar de ellos, pero aún no he visto a ninguno.

—Bueno, no llevan uniformes ni nada —dijo Squiddy—. Pero no es difícil distinguirlos a simple vista. Suelen ser aviadores caídos en desgracia, o traficantes que van y vienen. Algunos son farmacéuticos o científicos que trabajan con él. Siempre está buscando nuevas maneras de hacer jugo, o de hacerlo más fácilmente. Algunos son tíos enormes, matones de fuera de los muros, y otros son adictos al jugo que le hacen favores, recados, esas cosas. Tiene un pequeño ejército aquí abajo, la verdad. Pero nunca actúa el mismo ejército dos veces.

—Parece que la gente va y viene. ¿Es que es difícil trabajar con él?

—Ya te digo —murmuró el otro—. Al menos eso he oído. Pero tú eres nueva aquí, y no estás creando problemas. Solo estás buscando a tu chico, eso es todo, y no creo que quiera fastidiarte. Es un hombre de negocios, a fin de cuentas, y si te hiciera daño no creo que fuera muy bueno para su negocio. El tipo de gente que trabaja con él guarda un buen recuerdo de tu padre.

Briar salió delante de él y lo guió durante unos metros. Sin girarse para mirarlo, dijo:

—Por lo que he oído, no siempre es así. Por lo visto el doctor no le tiene mucho aprecio a la paz, y puede que yo no le guste mucho.

—Puede —concedió Squiddy—. Pero, por lo que he visto, puedes cuidar de ti misma. Yo no me preocuparía demasiado.

—¿No? —El Spencer tocaba un paciente soniquete contra su espalda.

—Bah. Si no quiere nada de ti, lo más probable es que te deje en paz.

Y ese era el problema, en el fondo. Lo más probable es que sí quisiera algo de ella. Solo Dios sabía el qué, pero quizá se había enterado de que había llegado a la ciudad y, si tenía una reputación que mantener, quizá ahora contara con un enemigo favorito nuevo. Frunció el ceño hasta que atravesó el siguiente sello y oyó el incesante y poderoso silbido de los fuelles reconduciendo el aire a través de los túneles.

—Voy a quitármela ya —dijo.

—Ahora que lo dices, creo que yo también voy a quitarme la mía.

Briar levantó el sombrero y se quitó la máscara de cuajo.

—No tan rápido, cielo. —Lucy apartó las tiras al otro extremo del pasillo y dijo —: Yo no me pondría tan cómoda si fuera tú, de momento. No si quieres conocer al

buen doctor.

—Señora. —Squiddy la saludó tocando con dos dedos el casco. Se quitó la máscara y dijo—: Espero que no estés hablando conmigo. Creo que ya he tenido bastante superficie para hoy. Cada vez que asomo la cabeza es más difícil respirar.

—No, Squiddy, no hablaba contigo. Me alegra haberos encontrado a tiempo. Pensé que volveríais más o menos ahora. Si no te importa que te lo diga, Wilkes, no tienes mal aspecto, considerando lo malo que podría ser. ¿No habéis encontrado nada?

—No, nada. No buscamos mucho tiempo, pero no había mucho que ver.

—Que Dios te oiga —dijo Lucy—. Parece como si hubiera habido una explosión ahí fuera, y cada vez está peor, porque, claro, ¿quién se iba a molestar en arreglarlo? Tenemos mejores cosas que hacer aquí abajo, y desde luego no tenemos ni los filtros ni la mano de obra necesarios. Así que todos esos escombros, y todos esos viejos edificios derruidos, ahí se quedan, hasta que terminan por convertirse en ruinas.

—No tiene remedio —dijo Briar—, pero la verdad es que me sorprende verte por aquí.

—Mi brazo está empezando a fallar de nuevo. Los conductos temporales que Huey usó para arreglarlo son más provisionales de lo que esperaba. Tengo un cabestrillo para tratar de sostenerlo. —Se tomó algo más de tiempo en pronunciar las palabras siguientes, como si le costara trabajo seguir hablando—. La verdad es que no puedo vivir sin tener al menos un brazo en condiciones. Y no quiero obligarte a que me acompañes hasta allí. Nunca haría algo así, y si no quisieras ir, no se me ocurriría insistir, pero después de lo que hablamos esta mañana, pensé que quizá…

—No pasa nada. No me importa. La verdad es que empiezo a sentir bastante curiosidad por el doctor, así que no me importaría echarle un vistazo por mí misma. —Golpeó el interior de la máscara para mullirla de nuevo—. Si parezco sorprendida, es solo porque está empezando a anochecer ahí fuera, y pensé que todo el mundo prefería quedarse bajo tierra cuando caía la noche.

Squiddy respondió antes de que pudiera hacerlo Lucy.

—Bueno, llegar a King Street desde aquí es bastante fácil —dijo—, y no hace falta salir afuera. Lucy, ¿llevas un par de linternas en la mochila?

Señaló la abultada bolsa de tela que llevaba colgada a la espalda.

—He traído dos, sí, y aceite extra por si acaso.

—Pero ¿no es mala idea llevar luces? —preguntó Briar—. Atraeremos a los podridos, ¿no?

—¿Y qué si lo hacemos? —dijo Lucy—. Estaremos lejos de su alcance. Y de todos modos, para ir a ver al doctor no conviene andarse con subterfugios. Es mejor dejarte ver, para que no piense que estás intentando esconderte. Por eso he venido a buscaros. El camino más corto, por el que haremos más ruido y habrá más luz es a

través de un túnel al sur de aquí, y no tenía sentido hacerte retroceder.

Aunque Briar estaba técnicamente dispuesta, su motivación empezaba a desvanecerse.

—Pero se está haciendo tarde, ¿no?

—¿Tarde? No, solo lo parece. Es por la época del año, y la sombra de los muros, y la espesura de la Plaga. Da la impresión de que el sol nunca llega a salir del todo, así que resulta difícil asegurar cuándo se pone. —Torció el hombro, y la bolsa reposó sobre su cintura—. Escucha, cielo, si no quieres hacerlo, no pasa nada. Iré a por Jeremiah, y él me acompañará por la mañana. Tengo cierta prisa, pero no tanta para no poder sobrevivir otra noche sin una mano en condiciones. Si prefieres no exponerte aún, no pasa nada, de verdad.

El sentimiento de culpa prevaleció sobre la inquietud, y cuando Briar recordó que quizá Minnericht podría indicarle dónde estaba Zeke, no tuvo más remedio que decir:

—No, no, iremos esta noche. Ahora mismo. Solo tengo que cambiar los filtros. No eran nuevos del todo, pero no han tardado mucho en llenarse ahí fuera.

—Lo sé. Espero que Squiddy no olvidara recordártelo.

Mientras desatornillaba los filtros y los sustituía por otros limpios que sacó de su bolsa, Briar dijo:

—Sí que me advirtió. Ha sido un guía espléndido, y he disfrutado de su compañía.

—Lamento que no encontráramos ningún rastro de tu chico —dijo Squiddy de nuevo.

—Pero no es culpa tuya, y merecía la pena intentarlo, ¿no? Y ya no me quedan más ideas, solo el doctor Minnericht. —Puso de nuevo la tapa sobre el filtro, que se ajustó con un clic en su sitio—. Lucy, ¿necesitas ayuda para llevar todo eso?

—No, cariño, no hace falta. Aunque, si me lo preguntas otra vez dentro de una hora, puede que te dé una respuesta diferente. —Estaba visiblemente aliviada por marchar, y Briar no se preguntó el motivo. Debía de resultar realmente terrible sentirse tan vulnerable en un lugar tan peligroso.

—Si ya estáis listas —dijo Squiddy—, creo que me marcho. Hay partida de cartas junto a la sala de hornos del oeste, y algunos de esos chinos apuestan oro de cuando en cuando. Puede que no gane, pero al menos quiero echarle un vistazo —dijo, sonriente.

—Pues no pierdas el tiempo. Nosotras nos pondremos en camino enseguida, y, si todo va bien, volveremos para la hora de acostarse —prometió Lucy.

Squiddy retrocedió por el camino por el que había llegado Lucy, y desapareció tras las tiras marrones, de vuelta hacia las criptas. Las dos mujeres se quedaron solas, escuchando el soniquete de sus pisadas sobre el túnel, perdiéndose poco a poco.

Capítulo 21

En cuanto Squiddy se marchó, Lucy se giró hacia Briar y dijo:

—¿Estás lista?

—Lista —respondió Briar—. Adelante.

Lucy se estaba peleando con su máscara, tratando de conseguir que se quedara en su sitio.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció Briar.

—Puede que sea buena idea.

Briar ajustó la máscara de Lucy hasta que quedó firmemente anclada tras sus orejas. Se fijó en que Lucy había cambiado el modelo de una hora que llevaba antes por otro más elaborado.

—No se ha quedado enganchada en tu pelo, ¿verdad?

—No, cielo. Está bien. Gracias. —Esbozó una valiente sonrisa, se irguió y dijo—: Ahora, en marcha. Arriba, y afuera. Puede que necesite que abras una puerta o dos, y el sendero es lo bastante ancho para que podamos caminar la una junto a la otra la mayor parte del camino, así que lo mejor será que te quedes cerca de mí.

—¿Cuánto vamos a caminar?

—No más de un kilómetro, creo, pero resulta difícil decirlo, dado que vamos a estar subiendo escaleras y atravesando pasillos todo el rato. Parece bastante más, te lo aseguro.

Y Lucy no estaba bromeando. Tampoco podía sostener una linterna como era debido, de modo que Briar mantuvo una encendida y bien cerca, para que las dos pudieran ver con su luz. Tras pasar por varios túneles, sellos y tiras de tela, llegaron a un lugar con un tramo de escaleras torcidas y una puerta sellada. Briar la abrió y empezó a subir sosteniendo la linterna, sin perder de vista a Lucy, que la seguía de cerca. La integridad del brazo empeoraba, y resultaba cada vez más inútil.

Por fin, a petición de Lucy, Briar fijó el brazo al cabestrillo tanto como pudo. A partir de ese momento, Lucy se puso al frente cuando el camino era demasiado estrecho. De este modo, avanzaron poco a poco, como jugando a la rayuela, hasta que llegaron a estar tan cerca del muro que su silueta cubrió todo el cielo cuando emergieron al tejado de un nuevo edificio.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Briar. No se parecía a los otros tejados que había visto hasta ahora; el suelo estaba cubierto de planchas de madera contrachapada y las bases profundamente enraizadas de postes metálicos. Por encima de ellos, había una estructura de pasajes suspendidos de trapecios que se movían al tirar de una palanca.

—¿Este lugar? Ni idea. Creo que era un hotel hace tiempo. Ahora… bueno, es casi como una estación de tren. No quiero decir con eso que haya trenes, porque es

evidente que no es así, pero…

—Pero es una intersección —concluyó Briar.

Retrocedió, apartándose de un laminado formado por planchas de madera grandes como un carro y sostuvo la linterna en alto para poder leer mejor el mensaje escrito sobre ellas con pintura roja. Era una lista de instrucciones y flechas que señalaban en varias direcciones, casi como un compás.

—¿Lo ves? —dijo Lucy, señalando al mismo sitio—. Vamos a King Street. Esa flecha de allí dice de qué dirección debes tirar.

—¿A la derecha?

—Eso es. Al lado, ¿lo ves? Hay una palanca. Tira fuerte de ella.

Briar tiró con fuerza de una palanca que en otro tiempo fue el palo de una escoba; tenía un extremo cubierto de pintura verde que coincidía con la flecha que apuntaba hacia ella, lo que le pareció un bonito detalle. En algún sitio, más arriba, el rechinar de una cadena deslizante acompañó a las quebradizas protestas del metal oxidado. Una sombra de extremos afilados pasó por encima de sus cabezas y vaciló, después se asentó, y por fin bajó, y detrás de la sombra llegó una plataforma de madera bañada en pez.

—No es demasiado pegajoso —dijo Lucy antes de que Briar tuviera oportunidad de preguntar—. El alquitrán evita que la madera se desintegre por la humedad y la Plaga; pero la espolvoreamos con serrín de vez en cuando. Vamos, arriba. Es más robusta de lo que parece.

La plataforma estaba rodeada por todos lados de un raíl que se abría en la parte trasera y en la delantera, y que ahora descansaba en una vía que parecía lo bastante sólida como para soportar el peso de un rebaño de ovejas.

—Adelante —le dijo Lucy—. Sube. Soportará el peso de las dos, incluso más.

Briar hizo lo que le pidió, y Lucy subió tras ella, tambaleándose levemente hasta que Briar la cogió del brazo para evitar que cayera.

—¿Así que ahora seguimos este camino?

—Exacto —dijo Lucy.

El pasaje desaparecía en otra maraña de plataformas, ascensores y otros artefactos diseñados para transportar gente. Al cabo de un rato daba a una bifurcación, y Lucy señaló la flecha verde que apuntaba a un sendero que comenzaba con cuatro planchas de madera verdes. Sus ojos se movieron rápidamente de un lado a otro tras la máscara, y dijo en voz mucho más baja:

—No mires ahora, pero no estamos solas. En el tejado, a la derecha; y en la ventana de la izquierda.

Briar mantuvo la cabeza muy quieta, pero siguió las indicaciones. Lucy tenía razón. Sobre ellos, en el siguiente tejado, un personaje enmascarado con una enorme arma se apoyaba en una esquina y contemplaba a las mujeres mientras se

aproximaban. Debajo de ellas, en una ventana de cristal sin mácula, se dibujaba la silueta oscura de un hombre con el rostro cubierto y sombrero, también armado, y también mostrándose a plena vista, sin preocuparse en exceso de si alguien lo veía o no.

—¿Guardias? —preguntó Briar.

—No te pongas nerviosa. Lo estamos haciendo bien, acercándonos sin escondernos y sin cuchichear. No nos molestarán.

—Pero están vigilando, ¿no?

—Por si vienen recién llegados, y por si se acercan podridos. Y clientes contrariados —dijo Lucy.

—Yo soy una recién llegada —apuntó Briar.

—Sí, pero a mí me conocen.

—Quizá debería preguntarles… —comenzó a decir Briar.

—¿Preguntarles qué?

—Por Zeke. Son vigilantes, ¿no? Puede que hayan visto a mi hijo mientras patrullaban las calles.

Lucy negó con la cabeza.

—Aún no. No estos hombres. No hablarán contigo, aunque puedan hacerlo. Son solo mercenarios, la mayoría. Y no son amistosos. Déjalos en paz. —Bajó la voz de nuevo, y caminó por delante de Briar.

Briar vio a un tercer hombre armado en otro tejado cercano, y después a un cuarto.

—¿Siempre hay tantos? —preguntó.

Lucy estaba mirando en otra dirección, porque había visto un quinto hombre.

—A veces —dijo, pero no parecía demasiado convencida—. La verdad es que son demasiados para un comité de bienvenida. Me pregunto a qué viene todo esto.

No eran palabras muy tranquilizadoras, pero Briar tomó la firme determinación de no aferrarse aún más a su rifle ni de caminar más rápidamente por los estrechos pasillos sembrados de planchas de madera y tubos metálicos que la sostenían por encima de las calles envenenadas.

—Al menos no nos están apuntando —dijo.

—Es verdad. Puede que hayan tenido problemas. Puede que estén buscando a otro. Cielo, ¿me haces un favor?

—Dime.

—Quédate un poco más cerca de mí. Esta parte es desigual, y me cuesta caminar en línea recta sin mi brazo.

Briar cambió de sitio la bolsa y el rifle, de modo que no golpearan a Lucy en la cara, y después rodeó con un brazo a Lucy y la ayudó a caminar por las planchas de madera. Al final del camino tiró de otra palanca, y otro ascensor cayó en respuesta.

—Es el último —dijo Lucy—. Nos llevará hasta el sótano. ¿Ves la estación, allí?

Briar entrecerró los ojos y creyó ver un lejano punto negro y un círculo cruzado por dos líneas a través del aire cuajado.

—¿Por allí?

—Sí. Esa es la torre del reloj. Acababan de construirla cuando llegó la Plaga. Este lugar de aquí —dijo mientras los engranajes que sostenían la plataforma en vilo repiqueteaban y comenzaban a descender—, supuestamente era una cochera donde los vagones se guardarían cuando nadie los necesitara. Se ha convertido en una especie de enorme recibidor.

—¿Un recibidor?

—Claro. Piensa en este sitio como un hotel. Dentro es bastante cómodo —dijo Lucy—. Más que las criptas, desde luego. Incluso aquí abajo, el dinero cuenta, y Minnericht tiene mucho.

Piso a piso, el destartalado ascensor llevaba a las dos mujeres hacia abajo. Mientras atravesaban el esqueleto de la enorme estación que nunca llegó a existir, sus estómagos se inquietaron, amenazando con llegar antes que ellas al sótano. Allí, las puertas se abrían hacia más inquietantes desnudeces, nuevos recordatorios de que ya no había trenes, ni viajeros. Este era un lugar que nunca había llegado a ser nuevo, y que ahora parecía tan viejo como las alas de las moscas atrapadas en ámbar.

Una nube de polvo acompañó la llegada del ascensor a su destino.

Briar estornudó, y Lucy levantó el brazo para sonarse la nariz en la manga, pero la máscara impedía que esa empresa tuviera éxito.

—Vamos, cielo —dijo Lucy—. No queda mucho, y, cuanto más bajemos, más cómodas estaremos.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí? —preguntó Briar mientras las dos mujeres bajaban de la plataforma.

—No lo sé, ¿diez años? Ha tenido tiempo de sobra para adaptar este sitio a sus gustos, eso está claro.

Caminaron sobre piedra lisa sin brillo o lustre, y sus pisadas creaban un eco que anunciaba su llegada. La vasta y desierta estancia terminaba contra unas puertas dobles rojas que estaban selladas con tiras negras en todas sus rendijas. Briar tocó una de las tiras y la miró con más atención. Parecía más limpia y mejor manufacturada que los sellos, de aspecto improvisado, de otras zonas.

—¿Cómo entramos? ¿Tenemos que llamar de una manera especial, o tocar un timbre? —preguntó Briar, al fijarse en que la puerta no tenía cerrojos ni picaportes a la vista.

—Ayúdame a sacar el brazo del cabestrillo, ¿quieres?

Briar así lo hizo, y cuando terminó, Lucy golpeó con el brazo tres veces la puerta situada más a la derecha, produciendo al hacerlo un sonido afilado y repiqueteante, de

metal contra metal.

—Las puertas…

—Son de acero, creo. Alguien me contó que las fabricó a partir de la carrocería de un vagón de tren. Pero también me han contado que las arrancó de la entrada, así que no sé de dónde han salido realmente.

—¿Y van a dejarnos entrar con solo llamar?

Lucy se encogió de hombros, y su brazo casi inservible golpeó levemente su estómago.

—Los podridos no llaman a la puerta. De todos los demás se pueden encargar.

—Estupendo —murmuró Briar, y pronto el chirrido de un mecanismo interior les informó de que las habían oído.

La puerta tardó medio minuto en abrirse, puesto que hubo que desplazar, levantar y apartar barrotes y cerrojos de todo tipo; y después resonó el aullido de bisagras descontentas cuando el umbral se abrió del todo. Al otro lado, un hombre delgado con una enorme máscara contemplaba con aire receloso la zona que Lucy había llamado recibidor. Era un personaje de estatura media, y vestía como un vaquero, con pantalones de tela, una camisa con botones bien cerrada y un par de cintos con fundas para pistolas que se cruzaban sobre sus caderas. Otra funda, que albergaba un arma más, del tamaño del rifle de Briar, le recorría el pecho. Era más joven que muchas de las personas que Briar había visto dentro de la ciudad amurallada, pero no más que su hijo. Quizá tuviera alrededor de treinta, aunque resultaba difícil decirlo con seguridad.

—Hola, Richard —dijo Lucy.

No se le veía la cara tras la máscara, de modo que Briar no supo si respondió al saludo con una sonrisa o todo lo contrario.

—Señorita Lucy —dijo—. ¿Problemas con el brazo?

—Pues sí —le dijo ella.

El hombre miró a Briar con interés y dijo:

—¿Cómo ha entrado tu amiga en la ciudad?

Lucy frunció el ceño.

—¿A qué viene eso?

—Puede que a nada. ¿Cómo ha entrado?

—Sabes, estoy aquí mismo. Podrías preguntarme a mí —se quejó Briar—. La verdad es que vine con la Naamah Darling. El capitán Cly se ofreció a traerme.

Lucy se quedó muy quieta, como un pequeño animalillo de presa temeroso de que lo hayan descubierto. Después, añadió hablando despacio:

—Lleva aquí desde ayer. Iba a traerla antes, pero hemos tenido algunos problemas con los podridos. Pero bueno, aquí está.

Briar había supuesto que sería más tiempo, pero cuando pensó en ello comprendió

que solo llevaba en la ciudad una noche y dos días casi enteros. Dijo, antes de que el otro tuviera oportunidad de preguntar:

—Estoy buscando a mi hijo. Creo que entró hace un par de días. Es una larga historia.

El hombre la miró sin parpadear durante un momento que pareció durar demasiado.

—Ya me imagino. —Tras echarle otro largo vistazo de arriba abajo, dijo—: Mejor que paséis. —Les dio la espalda para guiarlas, y ellas lo siguieron.

Las puertas dobles rojas dejaron escapar un soplo de aire cuando se cerraron de golpe.

—Por aquí —dijo Richard. Las llevó a una angosta estancia que apenas merecía el nombre de pasillo. Desperdigadas por los muros, había lámparas de gas que parecían haber sido sacadas de un barco. Le recordaron a Briar a las linternas de la Naamah Darling, y se le ocurrió que, si las tocaba, comenzarían a balancearse de un lado a otro.

Caminaron juntos en silencio durante tanto tiempo que Briar se sobresaltó cuando Richard habló de nuevo:

—Creo que te estaban esperando —dijo.

Briar no sabía si sentirse esperanzada o asustada.

—¿Perdón? —preguntó, esperando recibir una explicación.

Su guía no le dio ninguna.

—Lucy, ¿te has golpeado la mano al ir a darle un buen puñetazo a Willard otra vez?

Lucy soltó una risilla, aunque encerraba más nervios que buen humor.

—No, eso solo pasó una vez. No suele causar problemas. Solo esa vez… —Su voz se desvaneció, y terminó por regresar—: No, ha sido por unos podridos. Hemos tenido algunos problemas en Maynard's.

Briar se preguntó si Richard ya estaba al tanto de esos problemas, incluso si había podido tomar parte en ellos. El otro no dijo nada, y Lucy no quiso prolongar la conversación; y muy pronto el espacio que recorrían terminó en un conjunto de telas hechas del mismo caucho negro, pero colgadas como si fueran un juego de cortinas normal y corriente.

—Ya podéis quitaros las máscaras, si queréis —dijo Richard—. Aquí el aire es bueno. —Se quitó la suya y la guardó bajo el brazo, descubriendo al hacerlo una ancha nariz repleta de cicatrices y hoyuelos, además de unas mejillas tan hundidas que habrían cabido ciruelas en ellas.

Briar ayudó a Lucy a quitarse la máscara antes de nada, y la guardó en el interior del cabestrillo. Después se quitó la suya y la guardó en su bolsa.

—Lista cuando tú lo estés —anunció.

—Vamos entonces —dijo el hombre, mientras apartaba la tela y al hacerlo casi cegaba a Briar a causa de la luz que había al otro lado.

—Debería haberte advertido —dijo Lucy, entrecerrando los ojos—. El doctor Minnericht está algo obsesionado con la luz. Le encanta, y le encanta producirla. Está trabajando en unas lámparas que funcionen con electricidad o gas; no solo con aceite. Y aquí es donde las prueba.

Briar dejó que sus ojos se ajustaran a la luz y echó un vistazo a su alrededor. Lámparas de todos los tamaños y formas refulgían por toda la estancia, elevadas sobre pilares y postes. Estaban conectadas a los muros y entre sí, y agrupadas por cercanía. Algunas funcionaban con una fuente de alimentación obvia, y sus llamas amarillentas proyectaban una luminosidad clásica; otras, en cambio, emitían una luz más extraña. Aquí y allá una lámpara relucía en azul y blanco, o generaba un halo verde.

—Iré a decirle que estáis aquí. Lucy, ¿queréis esperar en el vagón?

—Claro —dijo ella.

—Ya conoces el camino.

Y se marchó para luego desaparecer tras un recodo. El sonido de una puerta abriéndose y cerrándose les indicó que estaría fuera un buen rato, de modo que Briar se giró hacia Lucy y le dijo:

—¿Qué vagón?

—Se refiere al viejo vagón del tren. O a uno de ellos en concreto. Minnericht los vació, y mete muebles dentro o los usa para almacenar cosas, o para trabajar. Algunos los convierte en pequeñas suites de hotel bajo tierra.

—¿Cómo logró meter los vagones bajo tierra? —preguntó Briar—. ¿Y qué hacían aquí, si la estación no estaba terminada cuando levantaron los muros?

Lucy pasó junto a una fila de candeleros que, sin duda, aguardaban su momento para prender fuego a todo aquel lugar.

—Llegaban trenes antes de que terminaran la estación. Creo que varios de los vagones cayeron aquí tras el terremoto. Aunque no estoy segura. La verdad es que es muy posible que los arrastrara hasta aquí él mismo, o quizá pagó a alguien para que lo hiciera. Cielo, ¿te encargas tú de la puerta?

Briar se apoyó sobre un picaporte, y otro juego de dobles puertas se abrió. Al otro lado solo había tinieblas, o eso parecía tras el brillo reinante en la sala anterior. Sin embargo, había antorchas rodeadas de cristal que iluminaban tenuemente la estancia, y placas relucientes y cálidas de metal deslustrado proyectaban tenues parches de luz contra el techo y los muros.

Cuando Briar levantó la cabeza, vio demasiadas cosas, y demasiado cerca de ella.

Lucy no lo pasó por alto.

—No te preocupes. Sé que parece un derrumbe, y lo es. Pero ocurrió hace mucho

tiempo, y no se ha vuelto a mover desde entonces. Minnericht lo ha reforzado, y también los vagones de debajo.

—¿Así que los vagones están enterrados?

—Algunos. Mira, aquí. Este es al que van las visitas. O, al menos, es el vagón en el que me recibe a mí. Quizá lo hagamos aquí, porque es donde guarda sus herramientas extras, no lo sé. Pero es donde vamos.

Inclinó la cabeza hacia una puerta que Briar casi había pasado por alto, dado que estaba cubierta de escombros y suciedad. Una estructura de vigas de vías de tren la enmarcaba como un arco, y junto a esa puerta había otras dos, una a cada lado.

—La de en medio —dijo Lucy.

Briar abrió la puerta. Parecía tremendamente frágil, tras los portales tan pesadamente reforzados que había atravesado recientemente. El picaporte era tan solo una diminuta barra que cabía en la palma de su mano. La sostuvo con cuidado, por temor a romperla.

Hizo clic, y la puerta se deslizó hacia fuera.

Briar la mantuvo abierta mientras Lucy pasaba; en el interior, más lámparas resplandecientes iluminaban una colección de baratijas, herramientas y todo tipo de artefactos cuya función Briar ni siquiera podía imaginar. Habían quitado los asientos interiores, aunque habían vuelto a colocar unos pocos alineados contra los muros, para que no ocuparan demasiado espacio en filas. En el centro se extendía de forma perpendicular al vagón una larga mesa, casi totalmente sepultada bajo los extraños cachivaches que se amontonaban encima.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Son… es… son herramientas, nada más. Esto es un taller —concluyó Lucy, como si eso lo explicara todo.

Briar tocó con los dedos los tubos y las llaves de tamaños tan extraordinarios que ni se le ocurría qué tipo de tuercas podían girar. A lo largo de los bordes exteriores de la estancia, había más artefactos abandonados o almacenados, y todos parecían tremendamente extraños, como si no pudieran hacer otra cosa que chirriar o emitir pitidos. Pero no había relojes, solo piezas y manos de relojes; y Briar no veía armas, solo instrumentos afilados con diminutos cables que los recorrían como venas.

El inconfundible ritmo de pisadas que se acercaban llegó a sus oídos, atravesando la vieja puerta del vagón.

—Ya viene —jadeó Lucy. Un gesto de pánico apareció en su rostro, y su brazo averiado se sacudió en su regazo. Y añadió rápidamente—: Lo siento. No sé si esto ha sido una buena idea, pero, si no lo ha sido, lo siento mucho.

Y entonces se abrió la puerta.

Capítulo 22

Briar contuvo el aliento sin apartar la vista.

La máscara del doctor Minnericht era tan elaborada como la de Jeremiah Swakhammer, pero no le hacía parecer un animal mecánico, sino más bien un cadáver con mecanismo de relojería, con un cráneo de acero formado de diminutos tubos y válvulas. La máscara lo cubría todo desde la coronilla a sus clavículas. La placa frontal incluía unos anteojos tintados de un profundo matiz azul, pero iluminados desde dentro, de modo que daba la impresión de que sus pupilas estaban en llamas.

Por mucho que se esforzara, no podía ver su rostro. No era ni alto ni bajo, ni gordo ni delgado. Todo su cuerpo estaba cubierto por un abrigo, casi un guardapolvo, pero de terciopelo granate oscuro.

Fuera quien fuera, la estaba mirando fijamente, igual que ella a él. El sonido de su respiración se filtraba a través de los conductos de su máscara, produciendo una minúscula melodía de silbidos y jadeos.

—¿Doctor Minnericht? —dijo Lucy—. Te agradezco que me hayas recibido. Te presento a una nueva amiga. Ha venido en la Naamah Darling, y me ayudó a llegar hasta aquí, dado que el brazo me está dando problemas de nuevo.

—Lamento oír lo de tu brazo —dijo el doctor, pero sin apartar la vista de Briar. Su voz estaba alterada, como la de Swakhammer. Sin embargo, el efecto no era tanto el de hablar a través de un bote de hojalata, sino más bien el soniquete de un viejo reloj funcionando bajo el agua.

Entró en el taller cálidamente iluminado, y Lucy parloteó nerviosamente mientras el doctor cerraba la puerta tras de sí.

—Se llama Briar —dijo—, y está buscando a su hijo. Esperaba que quizá tú lo hubieras visto o supieras algo de él, dado que tienes tantos hombres por las calles.

—¿Puede hablar por sí misma? —preguntó, casi con inocencia, el doctor.

—Cuando le apetece —respondió Briar, y no dijo nada más

El doctor no se relajó exactamente, pero adoptó una postura deliberadamente imperturbable bajo su enorme abrigo. Gesticuló hacia la mesa, invitando a Lucy a sentarse en el banco que había junto a ella y a que colocara el brazo sobre la superficie para que pudiera echarle un vistazo.

—Toma asiento, señorita O’Gunning, ¿quiere?

Detrás de la puerta había una caja que Briar no había visto antes. El doctor la cogió y se acercó al sitio en el que Lucy se había sentado. Briar se apartó de ambos, sin separarse de los abarrotados muros, hasta llegar a un punto despejado junto a una ventana.

Era un juego horrible, preguntarse si él lo sabría, y preguntarse si iba a decir algo

o no. Ella, desde luego, estaba segura, o casi segura: no era Leviticus Blue. Estaba tan segura ahora que lo tenía ante sí como antes de ponerle la vista encima, pero no podía negar que se conducía con una especie de contoneo controlado que le resultaba casi familiar. Y cuando hablaba, en su voz había una cadencia que había oído antes en algún sitio.

Minnericht abrió la caja hebilla a hebilla, y después añadió un par de lentes articuladas a la placa frontal de su máscara.

—Déjame echar un vistazo —dijo, como si no tuviera intención de hacerle ningún caso a Briar—. ¿Qué le has hecho esta vez?

—Podridos —dijo Lucy, con voz temblorosa.

—¿Podridos? No puedo decir que me sorprenda.

Briar se mordió la lengua para no decir: «Claro que no te sorprende, tú eres el que los envió».

—Estábamos marchándonos de Maynard’s cuando Hank enfermó —murmuró Lucy—. No tenía bien puesta la máscara, y nos metimos en líos. Tuve que abrirme paso hasta las criptas con la ayuda de Briar.

El otro emitió un sonido tras su máscara que sonó como la amable regañina de un padre preocupado.

—Lucy, Lucy. ¿Y tu ballesta? Cuántas veces tengo que recordártelo: este brazo es un artefacto muy delicado, no una cachiporra.

—La ballesta… no la tenía… no tuve tiempo. Todo ocurrió tan rápido, ya sabes… creo que la perdí.

—¿La has perdido?

—Bueno, estoy segura de que está ahí abajo, en algún sitio. Pero cuando pude ponerme en pie de nuevo, ya no estaba. La buscaré otro día. Seguro que aún está de una pieza. —Se estremeció cuando el doctor abrió el panel de su brazo y comenzó a manipular el interior con un largo y delgado destornillador.

—Has dejado que alguien más meta mano aquí —dijo el doctor, y Briar oyó el fruncimiento de ceño que no pudo ver.

Lucy parecía estar a punto de echar a correr, pero se mantuvo inmóvil y casi lloriqueó:

—Fue una emergencia. No funcionaba, solo daba espasmos y se sacudía, y no quería hacer daño a nadie, así que dejé que Huey echara un vistazo.

—¿Huey? —repitió el doctor—. Te refieres a Huojin. He oído hablar de él. Se está ganando toda una reputación por allí, según tengo entendido.

—Tiene mucho talento.

Sin apartar la mirada de su trabajo, el doctor dijo:

—Me interesa mucho el talento. Deberías traerlo aquí. Me gustaría conocerlo. Pero, cielos, fíjate en esto. ¿De qué está hecho este tubo, Lucy?

—Yo… no lo sé. —Lucy se había quedado sin palabras, pero Minnericht aún no había dado carpetazo al asunto.

—Ya entiendo lo que intentaba hacer. Pero claro, no sabía qué clase de calor puede generar la fricción interna, así que no podía saber que no funcionaría. Aun así, me gustaría conocerlo. Sería un pago justo, ¿no crees, Lucy?

—No sé. —La voz de Lucy sonaba como si se estuviera ahogando—. No sé si su abuelo le dejará…

—Entonces, trae también a su abuelo. Cuantos más seamos, más nos reiremos, ¿no? —Sin embargo, a Briar no le parecía motivo de risa; solo deseaba que el vagón fuera algo más espacioso, para poder alejarse un poco más de esa presencia.

—Señorita Briar —dijo Minnericht, centrando su atención repentinamente en ella —. ¿Puedo pedirle un pequeño favor?

—Claro —dijo Briar. Tenía la garganta demasiado seca para mantener la fachada de frialdad.

Minnericht señaló un lugar con el destornillador.

—Detrás de usted, allí. Si se da la vuelta, verá una caja. ¿Podría traérmela, por favor?

La caja era más pesada de lo que parecía, y Briar habría preferido estampársela en la cabeza antes que entregársela; sin embargo, la levantó de la mesa y la llevó junto al doctor. A su lado había un espacio despejado en el banco, así que la dejó allí y retrocedió de nuevo.

Minnericht seguía sin mirarla.

—¿Sabe, señorita Briar?, no puedo morderle a través de esta máscara.

—Ya me lo imaginaba —dijo ella.

—Me veo obligado a preguntarme qué le ha contado mi querida Lucy de mí para que se ponga tan lejos. ¿Quiere sentarse?

—¿Quiere decirme usted si ha visto a mi hijo?

La mano del doctor se inmovilizó, y el destornillador se quedó congelado a mitad del movimiento. Lo bajó de nuevo, lo retorció, y cogió un nuevo tubo de la caja.

—Lo siento. ¿Estábamos hablando de su hijo?

—Creo que lo he mencionado.

—¿He dicho que lo haya visto?

—No —admitió Briar—. Pero tampoco ha dicho que no lo haya visto. Así que perdóneme si soy demasiado directa.

Minnericht cerró el panel que exponía las entrañas del brazo de Lucy, que lo puso a prueba. Su rostro mostró un profundo alivio cuando vio que funcionaba como debía. Levantó los dedos por separado, uno a uno, como si estuviera contándolos, y después torció la muñeca hacia delante, hacia atrás, y hacia ambos lados.

El doctor se deslizó de costado, pivotando sobre su cadera para encararse con

Briar sin ponerse en pie.

—¿Les ha preguntado a los piratas? El capitán Cly… de la Naamah Darling, ¿verdad? Ve y oye más que la mayoría de la gente. Quizá se deba a lo increíblemente alto que es.

—No diga tonterías —dijo Briar, y se odió a sí misma por ser tan grosera y de manera tan infantil. No le serviría de nada, y no lo convencería para que la ayudase, pero estaban jugando a un viejo juego, y Briar no conocía otra manera de jugar. Estaba enfadada, y asustada también, y en esas condiciones se convertía en una persona que no le gustaba—. Se lo pregunté, y le pregunté a todos los viajeros que encontré y que quisieron hablar conmigo. Nadie lo ha visto ni ha oído hablar de él, lo que no resulta extraño, dado que llegó a través de los túneles de desagüe, no por el cielo.

Una diminuta alteración de las oscilantes luces azuladas tras su máscara sugirió que el doctor había arqueado una ceja.

—Entonces —dijo—, ¿por qué no hizo usted lo mismo? Sin duda habría sido una entrada mucho menos… traumática en nuestra hermosa ciudad.

—El terremoto de la otra noche. Derrumbó el túnel, y tuve que venir por otro camino. Créame, dejarse caer trescientos metros por una tubería y aterrizar en un horno no es mi idea de una excursión divertida.

—No son trescientos metros —murmuró el doctor—. Solo unos doscientos. Pero me alegra saber lo que le ocurrió al túnel. Tendré que repararlo, y cuanto antes, mejor. Me sorprende que sea usted la primera en decir algo al respecto. Hubiera pensado…

Fuera lo que fuera lo que iba a decir, prefirió decir, en cambio:

—Me encargaré de que lo arreglen. Pero dígame, señorita Briar, ¿cómo planeaba salir de la ciudad? Si sabía que el túnel se había derrumbado, ¿cómo planeaba sacar a su hijo de aquí?

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Briar bruscamente, obligándolo de nuevo a cambiar de tema.

La respuesta de Minnericht pareció casi demasiado teatral para encerrar significado alguno:

—¿Qué le hace pensar que lo sé?

—Porque, si no lo supiera, ya lo habría dicho. Y si sabe dónde está, y me está haciendo perder el tiempo de esta manera, debe de quererlo para algo…

—Señorita Briar —la interrumpió Minnericht, en voz más alta de lo que parecía estrictamente necesario. La fuerza de su voz, cargada de extraños matices y campanas de bronce, la hizo callar de una manera que la aterrorizó—, no hay necesidad de emplear tanta brusquedad. Si quiere, podemos hablar de su hijo, pero no pienso someterme a sus acusaciones, o a sus exigencias. Ahora es usted una invitada en mi hogar. Siempre que se comporte con educación, podrá esperar que la traten de igual

manera.

Lucy respiraba a jadeos frenéticos y asmáticos que contaban el tiempo como el segundero de un reloj de bolsillo. Seguía sentada en el banco, y ya no parecía capaz de ponerse en pie en absoluto. Su piel estaba casi verde a causa del miedo, y Briar pensó que iba a vomitar en cualquier momento.

Pero no lo hizo, por ahora. Guardó la compostura, y dijo:

—Briar… creo que… por favor, creo que deberíamos tratar de no perder la calma. No hay por qué comportarse así. Como ha dicho, somos sus invitadas.

—Ya lo he oído.

—Entonces te pido que me hagas este favor y aceptes su hospitalidad. Dice que podéis hablar, así que hacedlo. Lo único que te estoy pidiendo, como te lo pediría una madre, es que vigiles tus modales.

La manera en que le pedía contención no era en absoluto propia de una madre; más bien era el temeroso intento de un niño de apaciguar a sus padres que discuten a gritos.

Briar se tragó lo que iba a decir. Le llevó un momento hacerlo; estaba conteniendo muchas cosas que quería decir a gritos. Y después dijo, con palabras medidas hasta el milímetro:

—Me gustaría tener la oportunidad de hablar con usted. Ya sea aquí, en su casa, como su invitada, o en otro sitio. Me es indiferente. Pero solo he venido aquí por un motivo; no a hacer amigos, ni a ser un huésped agradecido. He venido a buscar a mi hijo, y hasta que lo encuentre, tendrá que perdonarme si no presto demasiada atención a mis modales.

Las luces azules tras la máscara del doctor, esas protuberancias de luz que hacían las veces de ojos, no parpadearon, ni siquiera se movieron.

—Lo entiendo —dijo—, y estoy dispuesto a disculpar sus modales. —E, inmediatamente después, se oyó un leve sonido metálico cerca de su pecho.

Por un loco instante, Briar pensó que quizá se tratara de su corazón, un mecanismo implantado en su torso sin pizca de alma o sangre; sin embargo, sacó un reloj dorado y circular de un bolsillo, le echó un vistazo y emitió un pequeño gruñido.

—Señoras, se está haciendo tarde. Permítanme que les facilite aposentos para pasar la noche. Esto no son las criptas, pero espero que sea de su agrado.

—¡No! —dijo Lucy, en voz demasiado alta, y con excesiva urgencia—. No, no queremos causarte molestias. Ya nos marchamos.

—Lucy —dijo Briar—, voy a quedarme hasta que me diga lo que sabe sobre Zeke. Y me quedaré como invitada, si eso es lo que quiere. Pero tú no tienes que hacerlo, si no quieres —añadió. Miró a los ojos de Lucy con lo que esperaba que fuera una mirada llena de significado, y dijo en voz baja—: No me lo tomaré como algo personal si prefieres volver, ahora que tu brazo está bien.

En el rostro de Lucy había algo más que tan solo miedo. También había sospecha, y una curiosidad demasiado poderosa para que el temor la extinguiese.

—No te dejaré aquí sola —dijo—. Y, de todos modos, no quiero volver sin compañía.

—Pero podrías hacerlo, si no quedara más remedio. Me alegra que estés a mi lado —dijo Briar—, pero no te pediré que te quedes si no quieres hacerlo.

Minnericht se puso en pie de nuevo. Briar estaba ahora más cerca de él, y no pudo decidir si era igual de alto que Levi, o si se parecía físicamente a él.

—A decir verdad, Lucy —dijo—, me gustaría que me hicieras un favor.

—Has dicho que querías que te trajera a Huey, y que eso ya sería suficiente pago por arreglarme el brazo. —La idea de hacer algo más por él no parecía en absoluto del agrado de Lucy.

—Y me he dado cuenta de que no te has comprometido a nada —dijo Minnericht con cierto desagrado—. Pero eso da igual. Lo traerás aquí, o desearás haberlo hecho. Pensaba que le tenías cariño a Maynard's, Lucy. Pensaba que era un lugar valioso para ti, que querrías conservarlo.

—Eres un bastardo —escupió Lucy, olvidando sus propios modales a la luz de amenazas tan descaradas.

—Seré un bastardo y seré cosas peores, si me apetece. —Briar creyó ver una cortina descorriéndose; podía ver una máscara alejándose lentamente, incluso mientras la suya parecía clavada a su rostro—. Mañana, o pasado, me traerás a Huey, para que podamos hablar tranquilamente. Y esta noche vas a ir a mi fuerte.

—¿Decatur? —preguntó Lucy, como si esa perspectiva la sorprendiera genuinamente. A Briar no le gustó cómo habló Minnericht del lugar, como si le perteneciera.

—Sí. Quiero que vayas allí y transmitas un mensaje en mi nombre —dijo Minnericht—. Tenemos más huéspedes inesperados aparte de tu amiga, y quiero asegurarme de que sepan comportarse como es debido.

—¿Y cómo deben comportarse? —preguntó Lucy.

—Como yo diga. —El doctor se llevó una mano enguantada a un bolsillo interior de su chaleco y sacó una carta sellada—. Entrégale esto al capitán que encuentres allí, sea el que sea. Al parecer, alguien está usando mis propiedades para efectuar reparaciones.

Lucy estaba furiosa, pero no era tan estúpida como para demostrarlo.

—Cualquiera puede llevar ese mensaje —dijo—. No tiene sentido hacerme salir a la calle, de noche, a través de manadas de podridos hambrientos, solo para quitarme de en medio. Me marcharé, si es lo que quieres, y si a Briar no le importa.

—Lucy. —Minnericht suspiró como si tanta protesta estuviera empezando a desquiciarlo—. Los dos sabemos que no vas a salir a la calle esta noche. Si aún no

sabes cómo recorrer los túneles del fuerte, creo que te he estado sobreestimando durante muchos años. Toma el túnel del sur en la tercera bifurcación, si no estás segura. Está marcada en amarillo. Si prefieres no volver hasta las criptas, puedes volver aquí si quieres, y Richard te preparará un sitio para quedarte en el ala de bronce.

Pronunció la última frase acompañándola de un gesto despreciativo. Su mano aún sostenía el sobre que contenía instrucciones o peticiones de soborno, o quizá ambas cosas.

Lucy miró fijamente su mano, no su máscara. Aferró el sobre y contempló a Briar con ojos cargados de significado, aunque un significado francamente indescifrable.

—Hazlo —dijo Briar—, si esto funciona así. No me importa, Lucy. Estaré bien. Te veré en las criptas por la mañana.

Minnericht no estaba de acuerdo con esa afirmación, pero no quiso contradecirla, aunque Lucy le dio tiempo de sobra para hacerlo.

—Bien. Si le ocurre algo… —Lucy señaló a Briar—. No podrás deshacerte de nosotros tan fácilmente. Ya no podrás fingir que somos amigos.

—Me da igual que seamos amigos o no —respondió él—. ¿Y qué te hace pensar que va a pasarle algo? No pienso dejar que me amenaces, no en mi propia casa. Márchate antes de que te pongas en ridículo.

—Briar… —dijo Lucy. Era tanto una súplica como una advertencia.

Briar comprendió que la conversación estaba cargada de referencias que no lograba desentrañar, y cuyo contexto le era totalmente desconocido. Estaba perdiéndose algo, y fuera lo que fuera, parecía algo peligroso. Pero ya se había cavado su propia tumba, y moriría en ella si no le quedaba más remedio.

—No pasa nada —dijo—. Te veré por la mañana.

Lucy respiró hondamente. Los mecanismos de relojería de su brazo chasquearon, como si estuvieran sufriendo una cierta tensión.

—No voy a dejarte así —dijo.

—Sí lo harás —la corrigió el doctor Minnericht mientras la guiaba hacia el umbral y la obligaba a salir.

Lucy se dio media vuelta con furia en los ojos.

—Esto no ha terminado —dijo, pero se marchó, y dejó que la puerta golpeara sonoramente el marco tras ella. Desde el otro lado, gritó—: ¡Volveré esta noche!

—No te lo recomiendo —dijo el doctor Minnericht, pero Lucy ya no podía escucharlo. Sus pisadas se alejaban, entre furiosas y humilladas.

Briar y el doctor Minnericht se dieron algo de espacio, y un silencio lo bastante extenso para pensar en algo de lo que pudieran hablar sin que la tensión fuera excesiva.

—En cuanto a mi hijo —dijo Briar—, quiero que me digas dónde está, o cómo

está. Quiero saber si está vivo.

Ahora fue el turno de Minnericht de girar la temática de la conversación ciento ochenta grados sin preámbulo.

—¿Sabes?, este no es el edificio principal de la estación.

—Ya lo sé. Estamos en un vagón enterrado, nada más. No sé dónde vivís aquí abajo, ni qué hacéis. Solo quiero a mi hijo. —Briar cerró los puños y los abrió de nuevo, y después usó las manos para alisarse los bolsillos. Rodeó con los dedos de una mano la cinta de su bolsa, como si tratara de evaluar su peso, casi como si conocerlo pudiera otorgarle una cierta posición de poder en la negociación.

—Deja que te lo enseñe —dijo Minnericht, pero no aclaró a qué se refería. Abrió la puerta del vagón y la sostuvo para ella como un perfecto caballero.

Briar salió afuera y de inmediato se giró para encararse con él, porque no podía tolerar la idea de que caminase por detrás de ella. Por su mente desfilaban sin cesar pensamientos con los que trataba de tranquilizarse a sí misma; sabía, en lo más profundo de su corazón, que este hombre no era su marido, que su marido estaba muerto. Pero eso no cambiaba el modo en que el doctor caminaba, o el modo en que se erguía, o el modo en que la miraba con educado desprecio. Briar se moría de ganas por arrancarle el casco y ver su rostro, para acallar de una vez por todas las incesantes dudas que la atormentaban. Deseaba con todas sus fuerzas que dijera algo, cualquier cosa, que confirmara o negara que sabía quién era Briar, y que pretendía hacer uso de ese conocimiento en su beneficio.

Pero no.

Echó a andar por delante de Briar hacia un pasillo que terminaba en un bosque de luces, y la llevó hasta otra plataforma sostenida por poleas. Esta plataforma no se parecía a las de afuera, hechas de toscas planchas de madera; esta había sido ensamblada con más cuidado, y su diseño era incluso elegante.

El doctor Minnericht tiró de una palanca, y una reja de barras de hierro se cerró, dejándolos atrapados en un habitáculo del tamaño de un armario.

—Aún tenemos que bajar un nivel más —explicó. Extendió el brazo hacia una manivela por encima de su cabeza y tiró de ella.

Una cadena se soltó, y el ascensor comenzó a caer, deteniéndose en el suelo tan solo unos segundos después.

Al otro lado de la compuerta de hierro, que se deslizó de costado con un estruendo metálico, Briar vio un lugar parecido a una sala de baile, resplandeciente en oro, con suelos relucientes como espejos y candelabros que colgaban del techo como diáfanos títeres de cristal.

Briar recuperó el aliento, y dijo:

—Lucy me dijo que este lugar era más agradable que las criptas. No estaba bromeando.

—Lucy no conoce este nivel —dijo el otro—. Nunca la he traído aquí. Y este no es nuestro destino, solo es un lugar de paso.

Briar caminó bajo las deslumbrantes luces, que parecieron girar como si trataran de seguirla. No eran cristales sino bombillas y tubos de cristal unidos por medio de cables y engranajes. Trató de no quedarse mirando embobada, pero no pudo evitarlo.

—¿De dónde han salido? Son… son… increíbles. —Deseaba decir que le recordaban a otra cosa, pero no podía confesarlo.

Mientras la luz caía en destellos quebrados, cubriendo el suelo de pautas blancas que entablaban extraños diálogos con las sombras, Briar recordó un adorno que Levi fabricó cuando comenzaron a hablar de tener hijos.

Cuando la Boneshaker arrasó la ciudad, Briar aún no sabía nada de la existencia de Zeke. Ni siquiera la sospechaba, pero habían estado hablando de ello.

De modo que Levi fabricó un adorno de luces, tan ingenioso y resplandeciente que aunque ya no era una niña, quedó fascinada por el artefacto. Lo colgó en una esquina del recibidor, y planeaba usarlo como lámpara hasta que tuvieran un sitio para colocarlo, la habitación donde dormiría el bebé, aunque nunca llegó a existir.

Pero estas luces eran mucho más grandes, lo bastante para ocupar cada una una cama. Nunca cabrían encima de una cuna. Aun así, Briar no pudo negar que el diseño era bastante parecido, lo bastante como para inquietarla.

Minnericht se fijó en cómo las miraba y dijo:

—La primera está aquí. —Asintió en dirección a la luz central, la mayor de todas —. Iban a usarla en la terminal de la estación. Como ves, no es igual a las otras. La encontré en un vagón, metida en una caja y enterrada, como todo lo demás, en el cuadrante sur de la ciudad. Tuve que ensamblar el resto.

—Ya imagino —dijo Briar. La familiaridad era excesiva. Era demasiado extraño, el modo en que parloteaba de las cosas que le agradaban, igual que solía hacer Levi.

—Es un experimento, lo admito. Esas dos de ahí funcionan con queroseno, pero el queroseno tiene un olor demasiado fuerte, y no resulta muy agradable. Las dos de la derecha funcionan con electricidad, que en mi opinión va bastante mejor. Pero es más difícil de controlar, y puede ser tan peligrosa como el fuego.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Briar, tanto para romper el conjuro de su meloso entusiasmo como por un genuino deseo de saberlo.

—A un lugar donde podamos hablar.

—Podemos hablar aquí.

Minnericht inclinó la cabeza, casi encogiéndose de hombros, y dijo:

—Cierto, pero no hay ningún lugar donde sentarse, y preferiría estar cómodo. ¿Tú no?

—Sí —dijo Briar, aunque sabía perfectamente que eso no iba a ocurrir.

No importaba que el doctor hubiera reasumido la educada personalidad de la que

se desprendió por unos instantes cuando se enfrentó a ella. Briar sabía qué aguardaba al otro lado de su civismo: algo siniestro, que olía a muerte, y que ansiaba la carne de los vivos; no iba a dejarse cautivar.

Por fin llegaron a una puerta de madera tallada y muy oscura, demasiado elaborada para ser un pedazo de madera recuperada de las ruinas. Era de ébano, del color del café, y estaba adornada con escenas de guerra, y con soldados vestidos con uniformes que quizá fueran griegos, o romanos.

Briar habría necesitado un buen rato para descifrar la decoración, y Minnericht no le concedió este tiempo.

El doctor atravesó el umbral y entró en una sala con una alfombra bien gruesa, del color de la avena. Un escritorio de madera algo más ligera que la de la puerta reposaba ante una chimenea que no se parecía a nada que Briar hubiera visto antes. Estaba hecha de ladrillos y de cristal, con tubos transparentes que burbujeaban con agua hirviendo, calentando la estancia sin producir ni humo ni cenizas.

Había un sofá rojo y redondo, realmente mullido, junto al escritorio, en escorzo, y al lado un sillón igualmente mullido.

—Elige —invitó Minnericht.

Briar eligió el sillón.

Y el sillón la engulló entre sus remaches de bronce y cuero.

Minnericht se sentó ante el escritorio, asumiendo la posición de autoridad como si fuera un derecho innegociable. Cruzó los brazos y los dejó reposar sobre el escritorio.

Briar empezaba a tener calor, especialmente tras las orejas. Supo, sin necesidad de verlo, que estaba enrojeciendo, y que el rosa oscuro de su piel estaba adquiriendo un matiz escarlata en su cuello y su torso. Dio gracias por el abrigo y la camisa de cuello alto. Al menos Minnericht solo podía ver sus mejillas enrojecidas, y quizá pensara que tan solo tenía algo de calor.

Detrás del doctor, el agua de la resplandeciente chimenea de tubos borboteaba, y de cuando en cuando emitía pequeños soplos de vapor.

Minnericht la miró fijamente y dijo:

—Este juego es un poco absurdo, ¿no crees, Briar?

El hecho de que pronunciara su nombre con tanta familiaridad hizo que contuviera la respiración por un segundo, pero se negaba a dejarse cautivar.

—Sí que lo es. Te he hecho una pregunta muy sencilla, y no parece que tengas ningún interés por ayudarme, aunque creo que puedes hacerlo.

—No me refería a eso, y lo sabes. Sabes quién soy, aunque finjas no conocerme, y no entiendo por qué. —Descruzó los dedos y dejó que sus manos cayeran sobre la mesa en un golpecito impaciente—. Me reconoces —insistió.

—No es cierto.

El doctor intentó un nuevo enfoque.

—¿Por qué te escondiste de mí? Ezekiel debió de nacer… muy poco después de que levantaran los muros, o al mismo tiempo. Mi presencia aquí dentro no ha sido precisamente un secreto. Incluso el chico se enteró de que había sobrevivido; me resulta difícil creer que tú no.

¿Había mencionado Briar a Zeke? Estaba casi segura de que no, y, por lo que ella sabía, Zeke nunca había dejado caer que pensara que su padre aún vivía.

—No sé quién eres. —Briar se mantuvo firme en su posición, y habló en voz fría e imperturbable, al menos tanto como pudo—. Y mi hijo sabe que su padre está muerto. Me temo que tu comportamiento me parece algo fuera de lugar…

—¿Fuera de lugar? No creo que estés en posición de hablarme en ese tono. Te marchaste, cuando deberías haberte quedado con tu familia; huiste y abandonaste tus responsabilidades.

—No sabes lo que dices —dijo Briar con mayor confianza—. Si es la peor acusación que tienes contra mí, más vale que confieses de una vez tus mentiras.

El doctor fingió estar ofendido, y se recostó en la silla.

—¿Mis mentiras? Eres tú la que ha venido aquí actuando como si no fuera a reconocerte, por mucho tiempo que haya pasado. Lucy también sabe lo que está ocurriendo, supongo. Debe de saberlo, o en caso contrario te habría presentado usando tu nombre completo.

—Estaba siendo precavida porque temía por mi seguridad en tu presencia, y al parecer tenía buenos motivos para ello.

—¿Te he amenazado? ¿Te he mostrado otra cosa que no fuera simpatía?

—Aún no me has dicho lo que sabes de mi hijo. Eso me parece bastante maleducado, dado que sin duda sabes lo mucho que me he preocupado por él estos últimos tres días. Me estás atormentando, y jugando conmigo. Hay muchas cosas que te guardas para ti mismo.

Minnericht soltó una risilla condescendiente.

—¿Atormentándote? Cielos, menuda acusación. De acuerdo. Ezekiel está a salvo. Está bien. ¿Es eso lo que querías oír?

Lo era, pero Briar no tenía manera de saber si era cierto. Parecía difícil de creer, dadas las mentiras y la actitud, deliberadamente delusoria, de Minnericht.

—Quiero verlo —dijo Briar sin responder a su pregunta—. No te creeré hasta que no lo vea. Dilo de una vez. Di lo que parece que estás deseando decir, a menos que no te atrevas… y, en mi opinión, lo mejor sería que no lo hicieras. La mitad de tu poder sobre esta gente te lo otorga la máscara, y el engaño. Te temen porque no están seguros de quién o qué eres.

—¿Y tú sí?

—Bastante.

El doctor se puso en pie como si no pudiera tolerar seguir sentado ni un segundo

más. Abandonó su asiento con tanto vigor que empujó la silla hacia atrás, golpeando el escritorio. Dándole la espalda a Briar, y con su máscara enfrentando la extraña chimenea, dijo:

—Eres una estúpida. Siempre lo has sido.

Briar se quedó sentada, y siguió hablando con voz sombría:

—Puede, pero he sobrevivido hasta ahora siéndolo, y con suerte sobreviviré algo más. Así que dilo. Di quién eres, o quién finges ser.

El abrigo del doctor se sacudió cuando se giró para mirarla. Al hacerlo, algunos papeles de los que reposaban en el escritorio revolotearon, y los cristales de la lámpara sobre la mesa repiquetearon como campanillas.

—Soy Leviticus Blue, tu marido entonces y tu marido ahora, al que abandonaste en esta ciudad hace dieciséis años.

Briar aguardó unos segundos para que Minnericht se deleitara en su revelación, y dijo, en voz baja:

—No abandoné a Levi aquí. Si fueras él realmente, lo sabrías.

Tras la máscara del doctor, algo crujió y silbó, aunque no dio ninguna señal evidente de haber escuchado las palabras de Briar.

—Puede que tengamos conceptos distintos de lo que significa ser abandonado.

Briar se echó a reír entonces, porque no pudo contenerse. No fue una risa escandalosa, sino una risa de pura incredulidad.

—Eres increíble. No eres Levi, pero, seas quien seas, eres increíble. Los dos sabemos que no lo eres, y, ¿sabes qué?, ni siquiera me importa quién seas. No me importa en absoluto cuál es tu verdadero nombre. Solo quiero a mi hijo.

—Mala suerte —dijo el otro, y abrió rápidamente un cajón del escritorio. En menos tiempo del que habría necesitado Briar para empuñar su Spencer, el doctor Minnericht la estaba apuntando con un pesado y reluciente revólver a la cabeza. Lo inclinó un tanto, manteniéndolo firme.

—Porque tu hijo va a quedarse aquí conmigo. Está empezando a acostumbrarse a este sitio… y me temo que tú también vas a quedarte.

Briar se obligó a sí misma a relajarse, dejando que su cuerpo se hundiera un poco más en el sillón. Le quedaba una carta más que jugar, e iba a jugarla sin darle el gusto de verla asustada.

—Zeke no va a quedarse —dijo—, y yo tampoco. Y si no eres estúpido, no me dispararás.

—¿Eso crees?

—Llevas mucho tiempo preparando esto, intentando que la gente crea poco a poco que quizá seas Levi, y poniéndoles tan nerviosos que eso te ha hecho poderoso. Bueno, en Maynard’s han estado hablando de todo esto, en las criptas, y también en las salas de los hornos, intentando que yo viniera aquí para echarte un vistazo, porque

quieren estar seguros, y creen que yo podré decirles si están en lo cierto o no.

Minnericht rodeó el escritorio, acercando el arma a la cabeza de Briar, aunque sin dispararla aún. Y no le dijo que se callara, de modo que Briar siguió hablando.

—Has intentado convencerme de que eres Levi, así que supongo que eso es lo que quieres, hacerlo oficial. Me parece una identidad muy extraña para robar, pero si la quieres, es tuya.

El revólver se agitó en la mano del doctor; la apuntó al techo y torció el cuello como un perro que pide algo.

—¿Perdón?

—Como he dicho, puedes quedártela. Puedes ser Levi si quieres, me da igual. Les diré que es cierto, si es lo que quieres, y me creerán. No hay nadie más que pueda confirmarlo. Si me matas, supondrán que yo sabía que eras un mentiroso, y que quisiste hacerme callar. Pero si dejas que Zeke y yo nos marchemos, entonces podrás ser la leyenda que quieras ser. No pienso interponerme.

Puede que solo fuera su imaginación, pero a Briar se le ocurrió que los destellos azules parecían ahora casi artificiosos.

—No es mala idea —dijo Minnericht.

—Es una idea estupenda. Solo pido una cosa a cambio.

El otro no bajó el arma. Tampoco la apuntó de nuevo al rostro de Briar.

—¿Qué?

Briar se inclinó hacia delante en el sillón, que crujió al dejar de soportar su peso.

—Zeke debe saberlo. No dejaré que piense que eres su padre, pero se lo contaré todo, y no te descubrirá. Él es el único que debe saber la verdad.

De nuevo, las luces azules parpadearon. Minnericht dijo, al cabo de unos segundos:

—Deja que me lo piense.

Y, más rápidamente de lo que Briar hubiera creído posible, la golpeó con la culata en la cabeza.

Una punzada de intenso dolor atravesó su sien.

Todo quedó a oscuras.

Capítulo 23

Cuando Zeke despertó en la espléndida habitación situada bajo la estación ferroviaria, las luces se habían atenuado un tanto, y el regusto algodonoso en su boca sugería que había dormido durante más tiempo del que pretendía. Cerró los labios y trató de humedecerlos.

—Ezekiel Wilkes —dijo una voz, antes incluso de que Zeke comprendiera que no estaba solo. Giró sobre la cama y pestañeó.

Sentado en una silla junto a la falsa ventana había un hombre con los brazos cruzados y una monstruosa máscara. Tamborileaba con una mano enguantada en su rodilla. Llevaba un abrigo rojo que parecía haber sido diseñado para un monarca extranjero, y botas negras y relucientes.

—¿Señor? —dijo Zeke, no sin cierto esfuerzo.

—Señor. Me llamas señor. Así que tienes modales, contrariamente a lo que uno podría pensar a juzgar por tu aspecto. Lo tomaré como una buena señal.

Zeke pestañeó de nuevo, pero la extraña visión no cambió, y el hombre de la silla no se movió.

—¿De qué?

—De cómo la sangre puede sobreponerse a la crianza. No —dijo, cuando Zeke empezaba a incorporarse—. No te levantes. Ahora que estás despierto, me gustaría echar un vistazo al corte de tu cabeza, y al de tu mano. No quería hacerlo mientras dormías, para no despertarte, y al ver esto… —Señaló su máscara—. Al verlo te asustaras. Sé que da un poco de miedo.

—Entonces, ¿por qué no te la quitas? Yo puedo respirar aquí.

—Podría hacerlo, si quisiera. —Se puso en pie, y fue a sentarse al borde de la cama—. Pero tengo mis motivos.

—¿Estás lleno de cicatrices o algo así?

—He dicho que tengo mis motivos. No te muevas. —Presionó con la palma de la mano la frente de Zeke y con la otra apartó el pelo sobre sus ojos. Sus guantes eran cálidos al tacto, y estaban tan ceñidos que casi parecían sus propios dedos—. ¿Cómo te pasó?

—¿Eres el doctor Minnericht? —preguntó Zeke, en lugar de responder a la pregunta que le acababan de formular.

—Sí, soy el doctor Minnericht —dijo el otro, sin modificar su tono de voz ni un ápice. Presionó otro punto en la frente de Zeke, y después masajeó otro—. Al menos así me llaman ahora, aquí abajo. Deberíamos darte puntos, pero creo que sobrevivirás sin ellos. Ha pasado mucho tiempo desde que te hiciste la herida; el pelo te la ha apelmazado, y al menos ya no sangra, y no parece inflamada. Aun así, deberíamos echarle un ojo. Ahora déjame ver la mano.

Si Zeke oyó algo más tras el «sí», no lo demostró.

—Yaozu dice que conoces a mi padre.

Las manos del doctor se retiraron, y se irguió, aún sentado.

—Eso te dijo, ¿eh? ¿Usó esas palabras exactas?

Zeke frunció el ceño, tratando de recordar con mayor exactitud. Al hacerlo, estiró la piel de la frente, y cerró los ojos por el dolor.

—No me acuerdo. Dijo algo más o menos así. Dijo que podrías hablarme de él.

—Ya lo creo que puedo —dijo el doctor—. Sin embargo, me gustaría saber qué te ha contado tu madre.

—No mucho. —Zeke se incorporó hasta quedar sentado en la cama, y casi resolló al ver al doctor desde ese nuevo ángulo. Habría jurado que no tenía ojos, pero tras el visor de la elaborada máscara, dos luces azules se consumían allí donde deberían estar sus pupilas.

Las luces brillaron con mayor intensidad, y después se atenuaron un tanto. Zeke no tenía ni idea de qué podría significar. El doctor tomó la mano del muchacho y comenzó a envolverla en un paño ligero y fino.

—No mucho. Ya veo. ¿Debo suponer que no te ha contado nada en absoluto? ¿Y debería suponer además que todo lo que sabes lo has leído en los libros de historia, o te lo han contado tus compañeros de escuela, o tus vecinos de las Afueras?

—Más o menos, sí.

—Entonces, no sabes casi nada. No sabes ni una pequeña parte. —Las luces parpadearon como si estuviera pestañeando, y sus palabras fueron más lentas, más calmadas—. Lo culparon por lo de la Boneshaker, porque son unos ignorantes, ¿entiendes? Lo culparon por lo de la Plaga porque no saben nada de geología, ni de ciencia, ni de cómo es la Tierra bajo la corteza. No entendieron que él solo quería comenzar una nueva industria aquí, una que no tuviera nada que ver con el sucio, violento y sangriento negocio de la tala forestal. Quería dar inicio a una nueva era para esta ciudad y sus habitantes. Pero esos habitantes… —Minnericht hizo una pausa para recuperar el aliento, y Zeke se recostó más profundamente en las almohadas que tenía a la espalda—. No sabían nada de cómo trabajan los científicos, y no comprendieron que el éxito se construye sobre los huesos de los fracasos.

Zeke deseó poder retroceder algo más, pero ya no podía, de modo que pensó que no sería mala idea darle conversación:

—Así que lo conocías bien, ¿no?

Minnericht se puso en pie y se alejó lentamente de la cama, cruzando los brazos y caminando a pasos medidos.

—Tu madre —dijo, como si se dispusiera a cambiar de tema.

Sin embargo, no dijo nada más, y Zeke pensó que quizá debería decir algo.

—Seguramente está muy preocupada por mí —dijo.

El doctor no se giró.

—Discúlpame si eso me trae sin cuidado. Que se preocupe, después de todo lo que ha hecho… escondiéndote, y abandonándome en este lugar, entre estos muros, como si hubiera construido una prisión para ella, en lugar de un palacio.

Zeke contuvo el aliento. Ya estaba quieto, y no sabía qué otra cosa hacer aparte de quedarse más quieto aún. Su corazón latía a toda velocidad en su pecho, y su garganta se cerraba más y más a cada segundo que pasaba.

El doctor, como según decía él mismo lo llamaban ahora, dio al muchacho el tiempo suficiente para que asimilara sus palabras, y lo que aquellas implicaban, antes de darse la vuelta. Cuando lo hizo, su abrigo rojo siguió el movimiento grácilmente.

—Debes entenderlo —dijo—. Tuve que elegir. Tuve que establecer prioridades. Ante esta gente, y ante la catástrofe y las pérdidas que habían sufrido, que no fueron culpa mía, me vi obligado a esconderme y preparar mi vuelta a mi manera.

»Después de lo que ocurrió —continuó, componiendo con su voz una melodía de pesar—, no podía simplemente reaparecer y proclamar mi inocencia. No podía levantarme entre los escombros y decir a gritos que yo no tenía culpa de nada, que no había sido cosa mía. ¿Quién me habría escuchado? ¿Quién habría creído mis palabras? Me veo obligado a confesar, jovencito, que lo más probable es que yo tampoco lo hubiera creído.

—Estás intentando decirme… que eres…

El impertérrito monólogo de Minnericht tocó a su fin abruptamente, y su voz modificó el tono de inmediato cuando dijo:

—Eres un chico muy listo. Y si no lo eres, deberías serlo. La verdad es que no lo sé. Tu madre —y de nuevo envenenó la palabra—, supongo que no puedo saber hasta qué punto te ha echado a perder.

—Eh —protestó Zeke, olvidando de repente todos los consejos de Angeline—. No hables de ella así. Trabaja duro, y para ella no es fácil, porque… por ti, supongo. Me dijo, hace un par de días, que la gente de las Afueras nunca la perdonaría por tu culpa.

—Bueno, si ellos no están dispuestos a perdonarla, no hay motivo para que yo lo haga, ¿no te parece? —preguntó el doctor Minnericht. Sin embargo, al ver el gesto desafiante de su protegido, añadió—: Pasaron muchas cosas, cosas que no espero que entiendas. Pero no hablemos de esas cosas ahora, aún no. No cuando acabo de recuperar a un hijo. Esto debería ser motivo de celebración, ¿no crees?

A Zeke le estaba costando trabajo tranquilizarse. Había tenido demasiado miedo y había experimentado demasiada tensión desde que cruzó el muro. No sabía si estaba a salvo, pero sospechaba que no. ¿Y ahora su captor estaba insultando a su madre? Era demasiado, la verdad.

De hecho, tanto era así que casi le daba lo mismo que este tal doctor Minnericht

asegurara ser su padre. No estaba convencido de por qué le costaba tanto creerlo. Y entonces recordó lo que le dijo la princesa cuando se despidieron:

«Te diga lo que te diga él, no es de aquí, y no es quien dice ser. Nunca te dirá la verdad, porque le sale a cuenta mentir».

Pero ¿y si Minnericht no estaba mintiendo?

¿Y si era Angeline la que mentía? Después de todo, a ella no le costaba ningún trabajo decir que Minnericht era un monstruo y que el mundo entero le tenía miedo, pero ella misma se llevaba bastante bien con esos piratas aéreos.

—Te he traído algunas cosas —añadió Minnericht, sacando una bolsa, ya fuera para romper el silencio de Zeke e interrumpir su debate interno o a modo de regalo de despedida—. Cenaremos en una hora. Yaozu vendrá a buscarte, y te acompañará. Podremos hablar todo lo que quieras. Responderé a tus preguntas, porque imagino que tienes muchas. Te contaré todo lo que quieras saber, porque yo no soy tu madre, y no tengo secretos, al contrario que ella. Ni para ti ni para nadie.

Mientras se dirigía hacia la puerta, añadió:

—Deberías cerrar la puerta. Si te fijas, está reforzada por el interior. Estamos teniendo algunos problemas arriba. Al parecer hay podridos vagabundeando más cerca de lo que nos gustaría de nuestro perímetro de defensa.

—¿Eso es malo?

—Claro que es malo, pero no es terrible. La posibilidad de que lleguen a entrar es muy baja. Pero aun así, más vale prevenir que curar —dijo.

Y con esas palabras salió de la habitación.

De nuevo, Zeke no vio ningún cerrojo. Era evidente que la puerta podía cerrarse desde dentro; y, de nuevo, recordó que ya no tenía máscara. ¿Hasta dónde llegaría sin una? Amargamente, concluyó:

A ningún sitio.

Se preguntó si lo estaban vigilando, o si alguien lo estaba escuchando. Cerró la boca para no arriesgarse y se aproximó al paquete envuelto en tela. El doctor lo había dejado al lado de la palangana, junto con una jarra de agua fresca.

Sin importarle si daría una impresión terrible, o si sería horriblemente maleducado hacerlo, Zeke hundió el rostro en la jarra y bebió hasta que no quedó ni una gota. Lo sorprendió la sed que tenía; y después se sorprendió del hambre que sentía. Todo lo demás también lo sorprendía: las naves, el accidente, la estación, el doctor… pero no sabía de cuáles de esas cosas podía fiarse. De su estómago, sin embargo, sí podía fiarse, y lo que decía era que no había probado bocado en varios días.

Pero ¿cuántos? ¿Cuánto tiempo había pasado? Había dormido dos veces, una bajo los escombros de la torre y otra vez bajo la estación.

Pensó en su madre, y en los cuidadosos planes que supuestamente debían sacarlo

de allí a tiempo para volver a casa y que ella no se preocupara en exceso. Esperaba que estuviera bien, y que no hubiera hecho ninguna locura, y que el miedo no la hubiera vuelto loca; sin embargo, tenía la sensación de haber cometido un tremendo error.

Dentro de la bolsa que Minnericht le había dado encontró unos pantalones limpios, una camisa y calcetines sin un solo agujero. Se quitó la ropa sucia que llevaba y se puso las nuevas prendas, que sentía limpias y nuevas contra su piel. Incluso los calcetines de lana eran suaves, y no le rozaban en absoluto. Era extraño llevarlos puestos junto con sus viejas botas. Las botas sabían que sus antiguos calcetines estaban gastados, y se habían acomodado para arropar los callos de sus pies. Ahora ya no tenían nada que arropar.

Encima de la palangana, en un estante, Zeke encontró un espejo. Lo usó para inspeccionar la herida de su frente, y para examinar los lugares que le dolían pero que no podía ver.

Aún parecía un niño que había estado jugando en el barro, pero ahora lo parecía algo menos que en los últimos años. Le gustaban sus nuevas ropas, aunque la mano vendada echara a perder en cierto modo el conjunto.

Yaozu llegó y abrió la puerta sin hacer ruido. A Zeke estuvo a punto de caérsele el espejo cuando vio el reflejo distorsionado y diminuto, en una de las esquinas, del asiático. El muchacho se dio media vuelta y dijo:

—Podías llamar a la puerta.

—El doctor desea que lo acompañes en la mesa. Ha pensado que quizá tengas hambre.

—Ya lo creo que tengo hambre —dijo Zeke, aunque se sintió tonto al hacerlo. Había algo en la espléndida habitación y las ropas limpias que le hacía pensar que debería comportarse mejor, o hablar con más educación, o tener mejor aspecto… pero no podía mejorar tanto con tan escaso aviso previo. De modo que añadió:

—¿Qué vamos a cenar?

—Pollo asado, creo. Puede que también haya patatas, o fideos.

A Zeke se le hizo la boca agua. Ni siquiera recordaba la última vez que había visto un pollo asado.

—¿A qué esperamos? —apremió con un genuino entusiasmo que eclipsó cualquier temor que le quedara aún. La advertencia de Angeline y su propia inquietud se desvanecieron mientras seguía a Yaozu hacia el pasillo.

Pasaron por otra puerta sin cerrojos, esta vez con dragones tallados en las esquinas, y llegaron a una sala que parecía un recibidor sin ventanas; y al otro lado, había un comedor que no hubiera desentonado en un castillo.

Una mesa larga y estrecha con un mantel blanco por encima recorría longitudinalmente la estancia, y a intervalos regulares había sillas de altísimos

respaldos. Solo había dos asientos preparados, no en extremos opuestos, de modo que los que iban a cenar apenas se vieran la cara, sino bien cerca el uno del otro, en el cabecero de la mesa.

El doctor Minnericht ya estaba sentado a la mesa. Por encima del hombro le susurró algo a un extraño hombre vestido de negro con el ojo izquierdo ciego, pero Zeke no pudo oír lo que decían. La conversación tocó a su fin cuando Minnericht mandó retirarse a su conspirador y se dirigió a Zeke.

—Debes de estar hambriento. Desde luego, pareces famélico.

—Sí —dijo Zeke, sentándose en la silla sin preguntarse dónde iba a comer Yaozu. Le daba lo mismo. Ni siquiera le importaba si Minnericht era un nombre falso o no, o si este hombre solo fingía ser su padre. Lo único que le importaba era el apetitoso pedazo de ave que tenía ante sí.

Junto al plato había una servilleta doblada en forma de cisne. Zeke ni la tocó; fue directamente a por la pata de pollo.

Minnericht cogió un tenedor, pero no criticó la vehemencia del muchacho. En lugar de eso, dijo:

—Tu madre debería haberte alimentado mejor. Sé que las cosas no son fáciles en las Afueras, pero, francamente, los chicos de tu edad tienen que comer bien.

—Me da de comer —dijo Zeke entre bocados al muslo. Y de repente las palabras de Minnericht se quedaron atascadas entre sus dientes como un minúsculo hueso del ala del pollo. Estaba a punto de pedir explicaciones cuando Minnericht hizo algo realmente sorprendente.

Se quitó la máscara.

Tardó un rato en hacerlo, y pareció un procedimiento francamente complicado, uno que implicaba desabrochar varias hebillas. Sin embargo, cuando el último broche quedó suelto y la pesada máscara cayó, el doctor tenía un rostro humano después de todo.

No era un rostro apuesto, y no estaba completo. Una cicatriz tan grande como la huella de una mano iba de su oreja hasta su labio superior. Uno de sus ojos tenía dificultades para abrirse y cerrarse, puesto que la piel destrozada se aproximaba demasiado a su borde.

Zeke trató de no mirar fijamente, pero no pudo evitarlo. Y tampoco pudo dejar de comer. Su estómago se había apoderado de todo su cuerpo, y controlaba su rostro y sus manos. En esos momentos, le habría resultado inconcebible dejar el muslo en el plato.

—Puedes mirar si quieres —dijo Minnericht—, y deberías sentirte un privilegiado. Solo me quito la máscara en dos lugares: en este comedor y en mis aposentos privados. Puedo contar con los dedos de una mano la cantidad de gente que conoce el aspecto que tengo bajo la máscara.

—Gracias —dijo Zeke, y estuvo a punto de puntuar la palabra con un signo de interrogación, porque no sabía si sentirse halagado o preocupado. Y después mintió —: No está tan mal. He visto cosas peores en las Afueras, gente quemada por la Plaga.

—Esto no son quemaduras de la Plaga. Solo son quemaduras por fuego, que tampoco están mal. —Abrió lentamente la boca y empezó a comer, a bocados más pequeños que su acompañante, que se habría metido la pata entera en la boca si no lo estuviera mirando nadie. El rostro del doctor estaba parcialmente paralizado; eso era evidente, a juzgar por el modo en que sus labios se movían y una de sus fosas nasales se negaba a moverse cuando respiraba.

Y cuando el doctor habló sin la máscara filtrando sus palabras, Zeke detectó el cierto esfuerzo que le suponía hablar claramente.

—Hijo —dijo, y Zeke se estremeció, pero no dijo nada—. Me temo que tengo noticias… bastante malas.

Zeke masticó lo que pudo y tragó el resto antes de que se le escapara.

—¿Cuáles?

—Ha llegado a mi conocimiento que tu madre te está buscando, aquí en la ciudad. Una manada de podridos atacó el lugar donde buscaba información, y no hay ni rastro de ella. Como dije antes, estamos teniendo bastantes problemas con ellos ahora mismo, así que supongo que no podemos llamarla imprudente por toparse con ellos.

El muchacho dejó de comer.

—Espera, ¿qué? ¿Qué? ¿Está bien? ¿Ha venido aquí a buscarme?

—Eso me temo. Supongo que hay que reconocerle su persistencia, aunque no sea la mejor madre del mundo. ¿Es la primera vez que ves una servilleta?

—No… ¿dónde está?

El doctor pareció reconsiderar su enfoque, y recompuso rápidamente la explicación:

—Nadie me ha dicho que esté muerta, y no hay pruebas de que la hayan mordido y se haya convertido. Simplemente… ha desaparecido… después del ataque. Puede que aún aparezca.

No quedaba gran cosa en su plato, pero Zeke ya no se veía capaz de terminárselo.

—¿Vas a buscarla? —preguntó, pero no estaba seguro de qué respuesta prefería, de modo que no quiso insistir cuando Minnericht se tomó unos segundos en responder.

—Tengo hombres buscándola, sí —dijo.

A Zeke no le gustó el matiz de forzada cautela que oyó en sus palabras, y tampoco el tono que Minnericht empleó.

—¿Qué quiere decir eso? —Su voz aumentó en tono y volumen cuando prosiguió —: Sé que no es una madre perfecta, pero yo tampoco soy un hijo perfecto, y nos las

hemos arreglado hasta ahora. Si está aquí, y si está en problemas, tengo que ayudarla a salir. Tengo que… ¡Tengo que salir de aquí, y buscarla!

—De ninguna manera —dijo Minnericht con autoridad, aunque su lenguaje corporal era inexistente, como si no supiera cómo actuar—. No lo harás.

—¿Quién lo dice? ¿Tú?

—No es seguro salir de la estación. Ya debes de haberte dado cuenta de eso, Ezekiel.

—Pero es mi madre, y todo esto es culpa mía, y…

Minnericht rompió su hieratismo al fin y se puso en pie, empujando su silla hacia atrás y dejando que su servilleta cayera al suelo.

—Por muy culpa tuya que sea, soy tu padre, y te quedarás aquí hasta que yo decida que no hay peligro.

—¡No!

—¿Crees que no podré retenerte? Muchacho, estás muy equivocado.

—No, tú no eres mi padre. Creo que me estás mintiendo. Aunque no sé por qué ibas a querer que nadie creyera que eres Leviticus Blue, porque todo el mundo lo odia. —Zeke se puso en pie y estuvo a punto de plantar la mano en el plato debido a las prisas—. Hablas de mi madre como si la conocieras, pero no es cierto. Apuesto a que ni siquiera sabes su nombre.

Minnericht cogió su máscara y comenzó a ponérsela. Se la puso como si fuera una armadura, como si fuera a protegerlo de los ataques verbales.

—No seas ridículo. Se llamaba Briar Wilkes cuando me casé con ella, y Briar Blue después.

—Todo el mundo sabe eso. Dime cuál es su segundo nombre —demandó, triunfante, Zeke—. ¡Apuesto a que no lo sabes!

—¿Qué tiene eso que ver con todo esto? Tu madre y yo… fue hace mucho tiempo. ¡Más tiempo del que tú llevas en este mundo!

—Menuda excusa, doctor —dijo Zeke, y las lágrimas que había estado reteniendo se transformaron en sarcasmo—. ¿De qué color son sus ojos?

—Cállate. No sigas, o te callaré a la fuerza.

—No la conoces. Nunca la has conocido, y tampoco me conoces a mí.

El casco finalmente se cerró sobre el rostro del doctor, aunque apenas había probado bocado.

—¿Que no la conozco? Muchacho, la conozco mejor que tú. Conozco secretos que nunca ha compartido contigo…

—Me da igual —dijo Zeke, y las palabras iban acompañadas de una cierta desesperación—. Tengo que ir a buscarla.

—Te he dicho que mis hombres están buscándola. ¡Esta es mi ciudad! —añadió con cierto fervor—. Es mía, y si está en algún lugar…

Zeke lo interrumpió:

—Entonces, ¿también es de tu propiedad?

Para su sorpresa, Minnericht no lo contradijo. En lugar de eso, dijo fríamente:

—Sí. Igual que tú.

—No voy a quedarme.

—No tienes elección. O, para decirlo de otro modo, sí la tienes, pero no es una gran opción. Puedes quedarte aquí y vivir cómodamente mientras otros buscan a tu madre extraviada, o puedes salir a la superficie sin máscara y asfixiarte, o convertirte, o morir de alguna otra manera horrible. Eso es todo. No hay otra cosa que puedas hacer, así que más vale que vuelvas a tu cuarto y te pongas cómodo.

—Ni hablar. Voy a salir de aquí.

—No seas idiota —escupió Minnericht—. Te estoy ofreciendo todo lo que ella te ha negado durante toda tu vida. Te estoy ofreciendo un legado. Sé mi hijo, y descubrirás que es una posición envidiable, independientemente de viejos rumores o prejuicios, o de malentendidos entre esta ciudad y yo.

Zeke estaba pensando rápido, pero no estaba pensando mucho. Necesitaba una máscara; eso lo sabía. Sin máscara estaba bien jodido, Minnericht tenía razón en eso.

—No quiero… —comenzó a decir, pero no sabía cómo terminar la frase. Lo intentó de nuevo, menos apasionadamente y con algo de la frialdad que veía en la máscara del doctor—. No quiero quedarme en mi cuarto.

Minnericht detectó un principio de acuerdo, de modo que se calmó un poco.

—No puedes ir arriba.

—Ya —concedió Zeke—, eso lo entiendo. Pero quiero saber dónde está mi madre.

—No menos que yo, te lo aseguro. Si te prometo algo, ¿te comportarás como un muchacho educado?

—Puede.

—Bien, me arriesgaré. Te prometo que si encontramos a tu madre, la traeremos aquí sana y salva y podrás verla. Y después los dos podréis marcharos, si queréis. ¿Te parece justo?

Pero ese era el problema, la verdad. Parecía demasiado justo.

—¿Cuál es el truco?

—No hay ningún truco, chico. Y si lo hay, será cosa de tu madre. Si le importas tanto como dice, te animará a quedarte. Eres un chico muy listo, y creo que podríamos aprender mucho juntos. Puedo darte una vida mucho mejor que ella, y, a decir verdad…

—Ah, ya lo entiendo. Vas a pagarla para que se marche.

—No seas vulgar.

—De eso se trata, ¿no? —preguntó Zeke, que ya ni siquiera estaba enfadado. Solo

estaba sorprendido, y decepcionado, y confundido. Pero ahora tenía una promesa, y fuera a mantenerla Minnericht o no, al menos era un comienzo—. Y me da igual. Arreglaos entre vosotros. Me da lo mismo. Lo único que quiero saber es si está bien.

—Entonces podemos entendernos, ¿lo ves? La encontraré y la traeré aquí. Ya discutiremos los detalles más adelante. Pero, por ahora, creo que este primer intento de cena familiar… pongámosle fin —dijo, mirando más allá de Zeke, hacia un hombre que estaba de pie en el umbral de la puerta.

Era el mismo hombre de negro con el ojo lechoso. Alzó la barbilla como si quisiera llamar la atención del doctor Minnericht.

—Quiero una máscara —dijo Zeke antes de que el momento pasara por completo y el doctor dejara de prestarle atención.

—No te hace falta.

—Me estás pidiendo que confíe en ti. ¿Cómo voy a hacerlo si tú no confías en mí ni un poco? —argumentó Zeke.

—Eres muy listo. Me alegra que sea así. Pero el único motivo por el que podrías necesitar una máscara es para salir de las instalaciones, y aún no estoy dispuesto a creer en tu palabra si me dices que te quedarás aquí por voluntad propia. Así que temo que voy a tener que rechazar tu muy razonable propuesta.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Zeke, que comenzaba a irritarse a causa de la grandilocuencia de su interlocutor.

—Quiere decir que no necesitas máscara. Pero también quiere decir que no tendrás que quedarte en tu cuarto. Puedes ir adonde quieras. Sé adónde podrás y adónde no podrás ir, y créeme, mientras estés en mi reino, no habrá ningún lugar donde no pueda encontrarte. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —dijo Zeke, abatido, con un encogimiento de hombros.

—Yaozu… mierda, Lester, ¿dónde se ha metido Yaozu?

—No sabría decirlo, señor —respondió Lester, y lo que sus palabras significaban no era que no supiera dónde estaba, sino que prefería no decirlo delante de Zeke.

—Espléndido. Sencillamente espléndido. Bueno… da igual. Tú. Ven conmigo —le dijo Minnericht a Lester—. Tú —le dijo a Zeke—, ponte cómodo. Explora las instalaciones. Haz lo que quieras, pero te recomiendo que te quedes cerca del núcleo, en este piso. Cuando encuentre a tu madre, te reuniré con ella. Pienses lo que pienses o creas lo que creas respecto a mí, puedo asegurarte que, aunque de un modo u otro logres llegar a la superficie y la busques por ti mismo, yo la encontraré antes. Si quieres verla, será mejor que te quedes por aquí, en casa.

—No es mi casa —dijo Zeke con cierto desagrado—. He dicho que lo entendía, ¿vale?

—Bien —dijo Minnericht. Lo dijo casi como si estuviera ordenándole que se retirara, pero fue él el que salió de la habitación, casi arrastrando a Lester consigo.

Cuando los dos se marcharon, Zeke dispuso de todo el comedor para él solo. Lo recorrió, de un lado a otro, y regresó a su sitio, aunque no se sentó. Tenía que pensar, y le resultaba más fácil hacerlo con el estómago lleno y en movimiento, de modo que se llevó un pedazo de pollo consigo. Lo mordisqueó hasta que no quedó ni un pedazo de carne en los pequeños huesos; después se dirigió hacia la comida que Minnericht había dejado en su plato.

Después de limpiar también ese plato, y de preguntarse dónde estaría la cocina, Zeke soltó un gigantesco eructo y pensó de nuevo en máscaras de gas.

El doctor Minnericht, que Zeke se negaba a considerar su padre, sin duda tenía máscaras por aquí, en algún sitio. Era evidente que su modelo estaba hecho a medida, exclusivamente para él, pero Zeke había visto a más gente aquí abajo. Estaba Yaozu, para empezar, y el hombre negro de un solo ojo. Y con tantas habitaciones, estuvieran o no cerradas con cerrojo, sin duda tenía que haber mucha más gente por allí. Arriba, Zeke oía pisadas, y muy pesadas, de hombres con botas. A veces caminaban como si siguieran un curso fijo, de guardia, y otras veces corrían en grupos.

Fueran quienes fueran, no estaban atrapados aquí abajo. Iban y venían. Debían de guardar las máscaras en algún sitio, y si Zeke pudiera encontrar un almacén o un armario lo bastante grande donde guardaran ese tipo de cosas, no tendría ningún problema en robar.

Si es que encontraba una máscara, claro.

Sin embargo, tras vagabundear un buen rato, no encontró ningún alijo de máscaras, ni a nadie más. Esta parte de la estación ferroviaria estaba totalmente desierta, a excepción del ruido de fondo de pisadas intermitente, algunas conversaciones inaudibles y tubos en los muros que silbaban y se esforzaban por acomodar el flujo de agua o de vapor.

Sin duda alguien, en algún sitio, se ocupaba de las habitaciones de invitados; y alguien tenía que haber cocinado, y tendría que volver dentro de un rato a limpiar y quitar la mesa. Al menos, eso se repetía a sí mismo Zeke mientras recorría los pisos que su anfitrión había indicado como permitidos.

Al cabo de un rato, su olfato lo llevó hasta la cocina, y saqueó las alacenas. Su botín consistió en pedazos de cecina envueltos en papel de cera, un par de relucientes manzanas rojas y algunas cerezas secas que le supieron a caramelos cuando las mordisqueó. No pudo descubrir el origen de la comida caliente que le habían servido para cenar, pero se dio por satisfecho. Se llevó su tesoro de vuelta a su cuarto para comérselo más tarde, quizá a medianoche.

No había encontrado lo que buscaba, pero su necesidad de recolección había quedado temporalmente apaciguada. Regresó a su cuarto, se sentó en el borde de la gruesa cama y comenzó a preocuparse por lo que sucedería a continuación, con el estómago lleno y saciado. El peso de la cena lo invitaba a echarse en la cama, a

meterse bajo las sábanas. Y, aunque solo quiso cerrar los ojos por un segundo, no se despertó de nuevo hasta la mañana siguiente.

Capítulo 24

La mañana siguiente, Zeke despertó decidido a hacer efectivas las últimas cláusulas de su plan del día anterior. Se llenó los bolsillos con la comida que había reunido (menos un par de bocados para desayunar) y regresó al pasillo y al ascensor. La puerta estaba cerrada, pero era sencillo moverla; cuando estuvo dentro ya no supo qué hacer. Había cuatro palancas que colgaban del techo sembrado de cables, y no tenía ni idea de si alguna de ellas sería una alarma.

Tenía que haber escaleras.

En algún sitio.

También tenía que haber más gente, o al menos en eso pensaba cuando un chino francamente alto y un blanco francamente bajo pasaron delante de él, tomando un recodo y hablando en conspiratorios susurros. Cuando vieron a Zeke, se callaron y se detuvieron para mirarlo con notable interés.

—Hola —les dijo.

—Hola —respondió el blanco. Era un tipo rechoncho, de la misma altura de Zeke pero tres veces más grueso, con un cinturón que rodeaba su cintura como un ecuador y un gorro militar sobre su enmarañado cabello—. ¿Tú eres el chico de Blue?

—Me llamo Zeke —dijo Zeke, sin confirmar ni negar—. ¿Quiénes sois vosotros?

Su respuesta no fue mucho más clarificadora que la que había dado Zeke:

—¿Adónde vas? Hay podridos arriba, chaval. Si tienes algo de cerebro, te quedarás aquí abajo, a salvo.

—No iba a ningún sitio. Solo estaba echando un vistazo. El doctor dijo que podía.

—¿Eso dijo?

—Sí, eso dijo.

El chino alto y delgado se agachó un poco para ver mejor a Zeke, y preguntó en voz áspera:

—¿Dónde está Yaozu? Cuidar de niños no es nuestro trabajo.

—¿Es trabajo de Yaozu?

El más bajo dijo:

—Puede que le guste ser la mano derecha del doctor. O puede que no. No tengo ni idea, pero la pura verdad es que eso es lo que es.

Zeke asintió, tratando de archivar esa información en su mente por si le resultaba útil más adelante.

—Vale, entonces respondedme a esta pregunta: ¿cómo puedo ir arriba? Ya he visto casi todo lo que merece la pena aquí abajo.

—¿Es que no me has oído? ¿No oyes el alboroto? Hay podridos ahí arriba, chaval. Puedo oírlos desde aquí.

El hombre alto de ojos castaños y afilados dijo:

—El piso de arriba es peligroso. Los fiambres y los podridos son una mala combinación.

—Vamos, muchachos —dijo Zeke, que empezaba a darse cuenta de que sus interlocutores estaban ya más interesados en la tarea que hubieran dejado a medias que en él—. Echadme una mano. Solo quiero echar un vistazo a mi nuevo hogar.

Los hombres se encogieron de hombros, mirándose, hasta que el más alto se marchó y dejó al otro solo, negando con la cabeza.

—Ni lo sueñes. Y no vayas al piso de arriba, si sabes lo que te conviene. Los podridos no dejan de llegar, como si alguien los estuviera dejando entrar a sabiendas. Y tenemos otros problemas.

—¿Como cuáles?

—Como que tu papaíto no tiene muchos amigos fuera de esta estación, y los que tiene a veces tocan un poco las narices. Mejor no verse envuelto en eso. Y no quiero ser yo el que reciba las culpas por haberte ayudado a salir.

—Si subo ahí arriba y me matan, no le diré a nadie que me ayudaste. ¿Trato hecho?

El hombre se echó a reír, y metió los pulgares tras su cinto.

—Bien pensado. No voy a decirte cómo funciona el ascensor, porque no es mi trabajo y no me gusta estar tirando de esos hilos; pero si tomas el pasillo a mi espalda, y lo sigues hasta que tuerce a la izquierda, encontrarás unas escaleras. Pero si alguien te pregunta, no te he dicho nada. Y si te quedas por aquí, acuérdate de quién te ha hecho un favor.

—¡Gracias! —dijo Zeke, entusiasmado—. Y me acordaré, no te preocupes. Te lo agradezco, tío.

—De nada, hombre.

Zeke ya se encaminaba pasillo abajo, a mitad de camino entre el trote y un *sprint*. Encontró las escaleras enseguida, y subió con renovado ímpetu. Quizá hubiera problemas arriba, pero también habría gente con máscaras. No importaba de qué tipo, y no importaba a quién tuviera que robársela, Zeke estaba decidido a conseguir una, aunque eso terminara matándolo.

No había iluminación en las escaleras, y no encontró ninguna manera evidente de iluminarlas, pero solo le quedaba un tramo de escaleras y podría perseguir el ruido que cada vez sonaba más intensamente por encima de su cabeza.

Sonaba como si hombres muy pesados corrieran de un lado a otro. Al caos reinante se sumaban gritos, y, mientras seguía ascendiendo entre tinieblas, tropezando cada dos pasos, una explosión hizo temblar el suelo.

Zeke se tambaleó y buscó un apoyo o barandilla, pero no había nada. Cayó de bruces.

Las últimas vibraciones se disiparon y se puso en pie de nuevo. Se limpió el

polvo de las manos y tocó con ellas el muro hasta que una línea blanca en el suelo anunció la presencia de una puerta por debajo de cuyo marco se filtraba algo de luz. Si había un picaporte, sin embargo, no era capaz de encontrarlo. Mientras se apoyaba en la puerta y trataba frenéticamente de abrirla, la conmoción de afuera se intensificó, y tuvo que preguntarse si realmente quería seguir subiendo.

La inconfundible percusión de la artillería se unió a los gritos y a las pisadas apresuradas.

Zeke dejó de buscar una salida y se quedó inmóvil, conmocionado por los disparos y a punto de cambiar de opinión. Sonaba como si hubiera dos ejércitos enfrentándose ahí fuera, en contraste con la tranquilidad y el silencio que reinaban apenas un nivel por debajo. ¿Era de esto de lo que le habló Lester a Minnericht al oído?

Aún no había visto a un podrido de cerca, no a uno de verdad, a uno realmente hambriento, y desde luego mucho menos a una manada de ellos.

Una irracional curiosidad hizo que se pusiera a buscar el picaporte de nuevo.

Sus dedos rodearon algo que podía ser una manivela, aunque situada a una altura algo mayor de lo que habría estado un picaporte corriente. La giró y tiró de ella, pero no ocurrió nada. Lo intentó de nuevo, ayudándose de su peso para empujar la manivela hacia abajo, pero la puerta no se movió.

Y entonces la golpearon desde el otro lado.

Algo enorme y pesado la golpeó, haciéndola retroceder con fuerza y atrapando a Zeke entre la misma puerta y el muro de atrás. La violencia del golpe lo dejó sin aliento. Se revolvió en el suelo, aferrándose la cabeza dolorida, aunque ya era demasiado tarde para protegerla. Jadeó, y respiró aire que olía a pólvora y a residuos de la Plaga. El aire era pegajoso en su garganta, y tosió, produciendo un diminuto sonido que nadie debería haber oído a causa del sonoro tumulto que reinaba al otro lado de la puerta.

Pero alguien lo oyó.

Alguien echó la puerta a un lado y miró tras ella, descubriendo a Zeke, echado en el suelo, tratando de protegerse con las manos el rostro y la cabeza. El recién llegado proyectaba una enorme sombra; a pesar de que Zeke solo miraba a través de sus dedos, pudo ver cómo ese cúmulo de oscuridad bloqueaba toda la puerta.

—Tú, ¿qué estás haciendo? ¡Levántate! —dijo un hombre a través de un dispositivo que convertía su voz en un murmullo mecánico. Era como si cada una de sus palabras fuera filtrada por un tamiz metálico.

—Yo… em… cierra la puerta, ¿Quieres? —Zeke estaba asustado y aturdido, y más tiros estallaban en los muros, disparados desde muy poca distancia a un volumen ensordecedor. Movió las manos y miró hacia arriba, pero no vio nada más que una silueta oscura que no era del todo humana. Se trataba de la silueta de un hombre

vestido con armadura, o con ropa hecha de acero y una máscara con forma de cabeza de buey.

El hombre de la máscara no dijo nada durante unos segundos, mientras las balas silbaban a su alrededor, bien cerca de sus hombros. Después, dijo:

—Este no es lugar seguro para un niño. ¿Qué estás haciendo aquí? —Lo preguntó lentamente, como si la respuesta fuera muy importante.

—¡Estoy intentando salir de aquí! —dijo Zeke—. Me quitaron la máscara en el piso de arriba. Pensé…

Sus pensamientos fueron interrumpidos por algo más sonoro que el simple disparo de un revólver, algo que ocurrió a espaldas del hombre de la armadura.

—¿Qué ha sido eso? —casi gritó Zeke.

El hombre se tambaleó en respuesta al estallido; se ayudó de la puerta derribada, tratando de mantener el equilibrio con sus enormes brazos.

—Ese es el Soplido Sónico del doctor Minnericht. Dispara sonido a la gente, como un cañón. —Por un instante pareció tener algo más que decir al respecto, pero cambió de idea y dijo—: Salir de aquí es buena idea. Pero no por aquí. Mejor que no… —Y después añadió—: Ezekiel. Eres tú, ¿verdad?

—¿Y tú quién eres? ¿Y qué te importa?

—Conozco a alguien que te está buscando —dijo el hombre, pero su respuesta no fue demasiado reconfortante. El primer rostro que acudió a la mente de Zeke fue el del gigante que pilotaba la nave que se estrelló en el fuerte.

Este hombre, que bloqueaba su camino tan solo en virtud de su tamaño, podía ser un familiar, o algo peor. Podía ser tripulante o mercenario, y de todas las cosas que Zeke quería hacer, volver a enfrentarse al gigante de manos enormes era la última cosa de la lista. Además, lo preocupaba que este ser enmascarado conociera su nombre, lo que únicamente empeoraba las cosas; ahora el pirata aéreo sabía a quién estaba buscando, y mandaba soldados en su busca.

—No —dijo Zeke, como una especie de respuesta genérica a todo lo que le preguntaban—. No, olvídalo. Me marcho.

El otro negó con la cabeza, y las fisuras de su máscara crujieron cuando el metal chocó con los refuerzos de sus hombros.

—Puedes irte si quieres, pero no por aquí arriba. Te matarán.

—¡Tengo que conseguir una máscara!

—Te diré qué vamos a hacer —dijo el otro. Miró por encima de su hombro y vio algo prometedor—. Tú quédate aquí, y yo iré a buscar una.

El hombre enmascarado parecía tan infranqueable como el foso de un castillo, por mucho empeño que le pusiera Zeke. Pero si estaba dispuesto a darse un paseo un buen rato, le daría tiempo a Zeke para huir.

—Vale —susurró, y asintió.

—¿Te quedarás aquí, y no te moverás?

—No, señor, no me moveré —le aseguró Zeke.

—Bien. Vuelvo en un minuto.

Sin embargo, en cuanto el de la armadura giró sobre sus talones, Zeke saltó a su espalda y se encaminó al corazón de las revueltas.

Demasiado asustado para quedarse inmóvil y demasiado vulnerable para quedarse quieto, se agachó y echó a correr hacia la cobertura más cercana que pudo encontrar: un montón de cajas que estaba desintegrándose, astillándose pedazo a pedazo mientras las balas las consumían. Algo afilado y rápido recorrió como una llama su espalda, desgarrando su camisa de paso.

Se esforzó por doblar los brazos de manera que llegara a tocar la ardiente línea que recorría sus omoplatos, pero le resultó imposible, y se rindió cuando llegó a la conclusión de que no estaba muerto, y tampoco muriéndose. A decir verdad, la cabeza aún le dolía bastante más que cualquier otra parte de su cuerpo, incluida su mano herida.

Zeke se encogió sobre sí mismo, horrorizado por la escena que tenía lugar ante él.

A su alrededor, la estancia se había dividido en facciones. Era justamente lo que parecía al oírlo desde el piso de abajo: toda una guerra. Sin embargo, contrariamente a lo que todo el mundo le había estado contando, no vio podridos; no vio tambaleantes y silbantes criaturas como las que le habían descrito. Solo vio hombres, armados, con cara de pocos amigos y disparando sin cesar en una estancia de suelo agrietado que fue en otro tiempo de perfecto mármol. A un costado había un grupo de tres chinos, acompañados de un par de hombres que vestían como los tripulantes de la Clementine. Al otro lado, Zeke vio a Lester y a un puñado de hombres que parecían proceder de la estación de tren.

Del techo caía una cascada de relucientes luces como las formaciones rocosas de una cueva, prestando luz de sobra para iluminar los terribles sucesos que tenían lugar en cada esquina de la estancia.

A lo largo de los muros sin ventanas había sillas acolchadas y plantas hechas de seda que nunca sería necesario regar, aunque tendrían que remendarles los agujeros de las balas. Detrás de ellas, y amontonados bajo los asientos y tras las filas de sillas que estaban unidas y atornilladas al suelo en ordenadas líneas como las que se encuentran en una sala de espera, había hombres con el ceño fruncido que hacían todo lo posible por obligar a sus oponentes a rendirse, o por matarlos sin más.

Zeke no estaba muy seguro de dónde estaba. Parecía el vestíbulo de una estación de tren. Y no conocía a ninguna de esas personas, salvo a Lester, ni sabía por qué combatían. Algunos llevaban máscaras y otros no, y al menos tres de ellos habían muerto, y yacían en la reluciente superficie, dos bocabajo y uno boca arriba. Al que estaba boca arriba le faltaba la mayor parte de la garganta, y sus ojos estaban abiertos,

mirando vacíos el cielo al otro lado del techo.

Sin embargo, uno de los que estaban bocabajo llevaba máscara.

Y, para sorpresa de Zeke, el gigantesco tipo con armadura con el que se había topado en el pasillo estaba en esos momentos quitándosela. El cuello del difunto se agitó como un calcetín vacío, y con un tirón final, la máscara cayó por fin.

El hombre de la armadura se dio media vuelta, buscando la entrada del pasillo y la puerta situada justo detrás. Al ver que la puerta estaba abierta y que Zeke ya no estaba allí, blasfemó en voz alta y giró sobre sí mismo. Una bala rozó su omoplato produciendo un sonido leve, como un platillo, pero no pareció hacerle ningún daño.

Vio a Zeke escondido tras las cajas.

Por un instante, Zeke pensó que iba a desenfundar una enorme pistola de su mochila y a dispararla, y después Zeke se desintegraría en mil pedazos, y ni siquiera su madre lo reconocería ya.

En lugar de eso, el hombre hizo una bola con la máscara y la dejó en el regazo del muchacho antes de darse media vuelta y desenfundar un gigantesco revólver de su cinto y comenzar a disparar sin cesar. Creó una barrera de balas de un extremo a otro de la estancia, protegiendo de ese modo su propia huida o la de Zeke; ya no estaba seguro de cuál.

En el extremo más alejado de la estancia había otra puerta, y algo enorme la estaba golpeando desde fuera. O quizá no era algo grande, sino varias cosas de tamaño normal.

No era un golpeo violento, como el de un ariete o un artefacto mecánico, sino una presión más constante, más trabajada e intensa, que trataba una y otra vez de abatir la puerta; que, por cierto, parecía estar fuertemente reforzada. Incluso desde su limitado punto de vista, Zeke se daba cuenta de que la puerta había sido trabajada casi como si se esperara que un ejército se diera de bruces contra ella.

¿Era este ese ejército?

La puerta resistía por el momento, pero el hombre de la armadura estaba gritando:

—¡Vamos, vuelve abajo! ¡Busca otro camino, Ezekiel! —Y añadió, por si no había quedado claro a quién se dirigía—: ¡Sal de aquí!

Zeke cogió la máscara y se puso en pie.

A su izquierda, tras una cortina, un hombre chillaba y caía al suelo, arrastrando consigo la cortina, que lo cubrió como una mortaja. Alrededor de los ribetes de adorno surgía un charco rojo que se extendía por los remolinos grabados en el pulcro suelo.

Capítulo 25

Los ojos de Zeke fueron de un lado a otro, inspeccionando la estancia de parte a parte en busca de alguna otra salida. ¿No era eso lo que le acababa de decir el hombre de la armadura; que buscara otra salida? Pero, a excepción de la puerta que trataba de resistir los vigorosos envites que llegaban del otro lado, y el pasillo por el que había llegado hasta aquí en un principio, no veía ninguna otra manera de salir.

El hombre de la armadura de acero se había quedado sin balas.

No, solo una de sus armas se había quedado sin balas. Guardó la pistola vacía en el cinto, contra su vientre, que estaba protegido por una placa metálica. Tenía otra arma guardada entre el cinto y la cadera; la sacó y comenzó a disparar mientras retrocedía.

Zeke contó a otros ocho hombres que disparaban sus armas desde detrás de sillas y trincheras improvisadas. Supuso que antes o después todos ellos se quedarían sin munición y tendrían que detener el conflicto. Pero, de momento, el plomo estallaba sin cesar, de un lado a otro, como granizo empujado por el viento.

Zeke quería salir de allí. Y la espalda del de la armadura comenzaba a aproximarse al pasillo; estaba intentando que Zeke regresara al piso de abajo, y puede que esa no fuera una idea tan mala después de todo.

El camino era francamente sencillo, y contaba con un tío enorme con una armadura atrayendo toda la atención. Por otro lado, sin duda iba a seguirlo abajo. Pero ahí arriba, solo había muerte y confusión.

Decidió jugársela.

Dio un salto que se convirtió en un corto, muy corto vuelo de las cajas al centro del suelo, y terminó la maniobra con una voltereta en carrera que lo mandó escaleras abajo de cabeza. Quince segundos después, el hombre de la armadura fue tras él, más grácilmente de lo que Zeke habría esperado.

Sostuvo la puerta y la cerró con toda la fuerza que le permitía su constitución en el mismo momento en que alguien más chocaba contra ella desde el otro lado.

Zeke cayó de bruces, tropezando, y rodó hasta que ya no pudo ver lo que estaba ocurriendo por encima de él, tan solo oírlo. Estaba en el piso de abajo de nuevo. Allí todo estaba mucho más tranquilo; incluso los disparos quedaban amortiguados por el techo y los muros de piedra que lo rodeaban.

Estaba donde había empezado, y sintió una cierta sensación de fracaso, hasta que se acordó de la máscara que llevaba en la mano como si fuera un chaleco salvavidas.

Minnericht predijo que Zeke no tendría máscara, y parecía que se había equivocado. Cierto, se la había arrebatado a un difunto, pero el muchacho trató de no pensar demasiado en el tipo de destino que el visor había ocultado recientemente. Intentó razonar y concluyó que el otro ya no podía usarla, así que no había nada de

malo en cogerla, y eso tenía sentido. Sin embargo, no hizo que se sintiera mejor cuando recorrió con el dedo la parte interior del cristal y notó la humedad que había dejado el último aliento de otro hombre.

Ahora que tenía máscara, no sabía adónde ir o qué hacer con ella. Se preguntó si debería esconderla, quizá en su cuarto, y esperar a que las cosas se calmaran un poco. Pero eso no parecía la mejor opción.

Escaleras arriba, el hombre de la armadura se mantenía firme, pero Zeke no podía saber cuánto más iba a aguantar.

Escaleras abajo, en el pasillo con la fila de puertas y el ascensor al final, no había nadie salvo Zeke.

No tenía ni idea de si eso era bueno o malo. No podía dejar de pensar que algo había ido terriblemente mal, y que la tranquila cena de la que había disfrutado hacía muy poco había desembocado en una situación francamente desagradable. El caos reinante arriba comenzaba a amainar, lentamente, y lo mantenía a raya tan solo una puerta que estaba siendo sometida a un violento asalto.

Zeke, paralizado por la indecisión, escuchó atentamente mientras los disparos se espaciaban cada vez más en el piso de arriba. Los golpes y las sacudidas sonaban lejanos a sus oídos, y la sensación de urgencia era cada vez menor. Los gruñidos del hombre de la armadura, que sostenía la puerta, eran severos y voluntariosos.

En el otro extremo del vestíbulo, el ascensor comenzó a moverse con un traqueteo metálico de cadenas. Zeke aún sostenía en la mano la máscara extraviada. La hizo una bola y la guardó bajo su camisa. Y, para que nadie pudiera acusarlo de escabullirse, gritó:

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Doctor Minnericht? ¿Yaozu?

—Estoy aquí —dijo Yaozu antes de que Zeke pudiera verlo.

El asiático saltó del ascensor antes incluso de que hubiera tocado el suelo. Vestía con un largo abrigo negro que Zeke no le había visto llevar hasta entonces. Su rostro no expresaba demasiada alegría, y cuando vio a Zeke su humor no mejoró.

Extendió un largo brazo y aferró el hombro de Zeke.

—Ve a tu cuarto y cierra la puerta. Está reforzada por dentro, con cerrojo. Haría falta una catapulta para echarla abajo. Estarás a salvo allí, de momento.

—¿Qué está pasando?

—Problemas. Haz lo que te digo y aguarda. Ya pasará. —Empujó a Zeke por el pasillo, alejándolo de la puerta por la que había bajado y del hombre de la armadura, que seguía resistiendo escaleras arriba.

—Pero no quiero… estar encerrado. —Zeke miró por encima de su hombro, y se preguntó qué estaría pasando al otro lado de las escaleras y la puerta.

—La vida es dura —dijo Yaozu sin más. Se detuvo ante la puerta del cuarto de Zeke, giró al muchacho para encararse con él, y siguió hablando rápidamente—: El

doctor tiene muchos enemigos, pero no están bien organizados, y no suponen una verdadera amenaza para nuestro pequeño imperio. No sé por qué, pero esas fuerzas dispersas parecen haberse unido de repente. Sospecho que tiene algo que ver contigo, o con tu madre. Sea como sea, ahora están unidos, y están montando un buen jaleo.

—¿Jaleo? ¿Qué tiene eso que ver con nada?

Yaozu alzó un dedo y apuntó con él al techo. Después, murmuró:

—¿Has oído eso? No son armas, ni gritos. Los lamentos, los gruñidos. Esos no son hombres. Son podridos. El jaleo atrae su atención. Les hace saber que hay comida cerca. —Y entonces insistió—: Si quieres sobrevivir esta noche, cierra la puerta y déjala cerrada. No te estoy amenazando, solo quiero que sigas vivo, como gesto de cortesía profesional.

Y después se marchó pasillo abajo y desapareció tras el recodo seguido por los faldones de su abrigo.

Zeke abandonó de inmediato el umbral de su cuarto y corrió de vuelta hacia la escalera, esperando averiguar algo nuevo o encontrar la puerta abierta y el camino hacia arriba despejado. Por lo que sabía, los combates podían haberse desplazado a otro lugar, y así podría seguir buscando una salida.

Podía oír aún el tumulto, y después escuchó un aullido que pareció más el rugido de un león que la exclamación de un hombre.

Casi hizo que echara a correr, pero un nuevo sonido llamó su atención, uno menos amenazante. Parte jadeo y parte lamento, el tenue aullido procedía de algún lugar cercano, del otro lado de una puerta que no estaba del todo cerrada pero que tampoco parecía una invitación clara a investigar.

Investigó de todas maneras.

Empujó la puerta y descubrió una pequeña cocina que no parecía una cocina en absoluto. Pero ¿qué otro tipo de cuarto iba a tener tantos cazos, sartenes y ollas?

Dentro hacía demasiado calor a causa de los fuegos encendidos. Zeke entrecerró los ojos por el calor y trató de escuchar, entonces oyó el inquietante jadeo una vez más; procedía de debajo de una mesa que estaba medio cubierta con un mantel de loneta que en otro tiempo fue un saco. Apartó el pedazo de tela y dijo:

—Eh, ¿qué estás haciendo ahí abajo? ¿Estás bien?

Porque Alistair Mayhem Osterude estaba debajo de la mesa, escondiéndose, y encogido en posición fetal con los ojos tan abiertos que no parecían ver nada en absoluto, o absolutamente todo.

Estaba babeando, y en las comisuras de la boca tenía varias llagas recientes que parecían quemaduras. Silbaba con cada respiración. Era el sonido de la cuerda de un violín que se tañe lentamente en toda su longitud.

—¿Rudy?

Rudy abofeteó la mano extendida de Zeke, y después retiró el brazo y se arañó el

rostro. Murmuró una palabra que quizá fuera «no» o cualquier otra sílaba que expresara resistencia.

—Rudy, pensé que habías muerto. Cuando chocaron con la torre, pensé que habías quedado sepultado en algún lugar. —No añadió que parecía medio muerto. No se le ocurría ninguna manera educada de mencionarlo.

Cuanto más lo miraba, más se convencía de que Rudy estaba malherido; puede que no tanto como para estar muerto, pero lo suficiente. Tenía la nuca llena de heridas, y su brazo derecho pendía de su cuerpo de manera algo extraña. Su hombro sangraba tanto que tenía toda la manga húmeda y teñida de escarlata. Su bastón estaba fracturado; había una enorme grieta a lo largo de uno de sus costados. No parecía que funcionara ya, ni siquiera para ayudarse a caminar, y desde luego no como arma. Rudy lo había dejado caer a un lado, y no le prestaba la menor atención.

—¿Rudy? —preguntó Zeke, mientras golpeaba con el nudillo una botella apoyada en el torso del caído—. ¿Qué es eso? ¿Rudy?

Su respiración había pasado a ser de trabajosa y superficial a casi imperceptible. Las enormes pupilas negras, que no miraban nada y lo miraban todo al mismo tiempo, comenzaron a menguar hasta convertirse en diminutos puntos. Una extraña sacudida hizo que el estómago de Rudy se hinchara de repente, y ascendió hasta que le tembló la garganta y después la cabeza. Había babas en la parte inferior de la mesa, y en las mangas de Zeke.

El muchacho retrocedió.

—Rudy, ¿qué te está pasando?

Rudy no respondió. Alguien lo hizo por él, desde el umbral.

—Se está muriendo. Justamente lo que quería.

Zeke se giró y se incorporó tan rápidamente que su hombro tropezó con el borde de la mesa, que se tambaleó, aunque logró evitar que cayera.

—Maldita sea, señorita Angeline, ¿no podía llamar a la puerta? Lo juro por Dios, aquí nadie llama nunca.

—¿Por qué debería hacerlo? —preguntó ella, entrando en la estancia y adoptando una postura en cuclillas que hizo que sus rodillas crujieran sonoramente—. No ibas a asustarte y dispararme, y él ya ni siquiera sabe que estoy aquí.

Zeke imitó la postura, aferrándose al borde de la mesa y agachando la cabeza para mirar por debajo.

—Deberíamos hacer algo —dijo sin vigor.

—¿Cómo qué? ¿Ayudarlo? Chico, ya no podemos ayudarlo, aunque quisiéramos. Diablos, lo más decente sería pegarle un tiro en la frente.

—¡Angeline!

—No me mires así. Si fuera un perro, no lo dejarías sufrir. La cosa es que no es un perro, y me da igual que sufra. ¿Sabes qué hay en la botella? ¿La que tiene ahí,

como si fuera su retoño?

—¿Qué es? —Zeke la cogió de manos de Rudy, que no lo evitó.

El líquido en el interior del cristal sucio era denso y no demasiado claro. Tenía un matiz entre amarillo y verdoso, y olía un poco a la Plaga, y un poco a sal, y puede que a queroseno.

—Solo Dios sabe. Esto es un laboratorio, aquí experimentan con el gas y tratan de convertirlo en algo que se pueda beber, o fumar, o esnifar. La Plaga es una cosa terrible, y es muy difícil convertirla en algo que la gente pueda tolerar. Rudy, este viejo desertor, lleva años enganchado a ella. Intenté decírtelo, en el túnel. Intenté meterte en la cabeza que solo te estaba trayendo aquí porque creía que Minnericht lo recompensaría por ello. Estaba escrito que ese miserable veneno lo mataría antes o después, y creo que ha llegado el momento. —Frunció el ceño, mirando la botella, y también al hombre tendido en el suelo.

—Deberíamos ayudarlo —dijo Zeke, que parecía oponerse a la muerte de su antiguo compañero como si se opusiera a cualquier otro formalismo absurdo.

—¿Quieres dispararle entonces?

—¡No!

—Yo tampoco. No creo que se lo merezca. Merece sentir el dolor, y morir por su causa. Ha hecho cosas horribles en el pasado para conseguir esa horrible bebida, o esa pasta, o ese polvo, o lo que sea. Déjalo en paz. Tápalo si crees que sería lo más adecuado. No va a salir de esta.

La señorita Angeline se puso en pie, golpeó con la mano la mesa y dijo:

—Apuesto a que ni siquiera sabía qué estaba tomándose. Probablemente llegó aquí, buscando colocarse en paz, y empezó a tragarse lo primero que encontró.

—¿Eso cree?

—Sí, eso creo. Alistair nunca fue muy listo, y las pocas neuronas que tenía se las comió el jugo.

Zeke también se puso en pie, y tapó con el mantel de lona el punto en que las vibraciones que producía la cabeza de Rudy estaban reproduciendo una melodía ominosa en los maderos del suelo. No podía soportar mirarlo. Le preguntó a Angeline:

—¿Qué está haciendo aquí? —Lo preguntó en parte porque quería saberlo, pero también porque sentía la necesidad de hablar de alguna otra cosa.

—Te dije que iba a matarlo, ¿te acuerdas?

—¡Creía que no hablaba en serio!

—¿Por qué no? —preguntó ella con lo que parecía genuina confusión—. No es el primer hombre al que he querido matar aquí abajo, y estaba dispuesta a incluirlo en la lista.

Antes de que Angeline pudiera decir algo más, Zeke se fijó en que el tumulto del

piso de arriba iba convirtiéndose gradualmente en un rumor tenue y esporádico. Ya no oía los golpes contra la puerta al final del pasillo, ni siquiera lejanamente.

—Las escaleras —dijo en un jadeo—. Había un hombre en las escaleras.

—Sí, Jeremiah. Un tipo enorme, grande como un muro de ladrillos. Con armadura.

—Ese. ¿Es… de fiar? —preguntó Zeke.

La princesa comprendió a qué se refería.

—Tiene sus defectos, como todos los hombres, pero está aquí para ayudar.

—¿Ayudar a quién? ¿A mí? ¿A usted? —Zeke sacó la cabeza por el hueco de la puerta, mirando de derecha a izquierda—. ¿Adónde ha ido?

Angeline se unió a él en el umbral, y salió al vestíbulo.

—Creo que ha venido a ayudar a tu madre —dijo—. Está aquí, en la estación, en algún sitio. ¡Jeremiah! —gritó.

—¡No grites! —Zeke trató de hacerla callar—. ¿Y está aquí por mi madre? ¡Creía que nadie sabía dónde estaba!

—¿Por qué pensaste eso? ¿Es lo que te ha contado Minnericht? ¿Es que no recuerdas lo que te dije, tonto? Te dije que es una serpiente mentirosa. Tu madre lleva aquí dentro un día o dos, y Jeremiah ha venido porque tiene miedo de que el doctor le haya hecho algo. ¡Jeremiah! —gritó de nuevo.

Zeke cogió a Angeline del brazo y la sacudió.

—¿Está aquí? ¿Todo este tiempo ha estado aquí abajo?

—Sí, está aquí, en algún sitio. Se suponía que debía estar de vuelta en las criptas por la mañana, pero no regresó, y los fiambres decidieron venir a buscarla. Y no creo que estén dispuestos a marcharse sin ella. —Y una vez más gritó—: ¡Jeremiah!

—¡No! —dijo Zeke—. ¡Deje de gritar! ¡Tiene que dejar de gritar!

—¿De qué otra manera voy a encontrarlo? No pasa nada, aquí abajo no hay nadie más, al menos que yo sepa.

—Yaozu estuvo aquí hace unos minutos —dijo Zeke—. Lo he visto.

Angeline lo miró fijamente.

—No me mientas, chico. He visto a ese maldito asiático en el piso de arriba. ¿Bajó hasta aquí? Si es así, tengo que saber por dónde fue.

—Por aquí. —Zeke señaló hacia un recodo—. Y luego a la derecha.

—¿Hace cuánto?

—Unos minutos —repitió Zeke, y antes de que Angeline se marchara, la cogió del brazo y preguntó—: ¿Dónde tienen a mi madre?

—No lo sé, muchacho, y no tengo tiempo de averiguarlo. Tengo que seguir a ese cabrón asesino.

—¡Pues encuentre el tiempo! —Zeke no llegó a gritar, pero las palabras sonaron imperiosas, en un tono que nunca se había oído a sí mismo usar. Después, en voz más

calmada y controlada, soltó el brazo de la mujer y dijo—: Me ha dicho que todo lo que me dijo Minnericht es mentira. Pues me dijo que mi madre había venido a buscarme. ¿Es cierto?

Angeline retrajo el brazo y miró a Zeke de una manera que el muchacho no pudo descifrar.

—Es cierto —dijo ella—. Vino a buscarte. Minnericht la atrajo hasta aquí, junto con Lucy O’Gunning. Lucy salió de la estación ayer, y volvió a las criptas en busca de ayuda.

—Ayuda. Lucy. Criptas. —Zeke repitió las palabras que parecían importantes, aunque no le dijeran gran cosa—. Quién…

La paciencia de Angeline comenzaba a agotarse.

—Lucy es una mujer con un solo brazo —dijo—. Si la ves, dile quién eres y hará todo lo posible por sacarte de aquí.

Dio un paso, alejándose de él, y se puso en marcha, como si diera por zanjado el tema.

Zeke agarró su brazo de nuevo, con fuerza.

A Angeline no le gustó. Dejó que lo atrajera hacia sí, pero llevó consigo un cuchillo que le puso en el estómago. No era una amenaza, aún no. Solo era una observación, y una advertencia.

—Quítame la mano de encima —dijo.

Zeke la soltó, como le ordenaba, y después preguntó:

—¿Dónde tiene a mi madre?

Angeline miró nerviosamente el recodo y después a Zeke con impaciencia.

—No sé dónde está tu madre. Pero supongo que la tienen encerrada en algún sitio. Puede que en una de estas habitaciones, o quizá en los niveles de abajo. He estado un par de veces aquí, pero no me conozco este lugar como si se tratara de mi casa ni nada por el estilo. Si encuentras a Jeremiah otra vez, quédate con él. Da un poco de miedo, pero te mantendrá de una pieza si se lo permites.

Zeke supuso que no iba a conseguir nada más, de modo que echó a correr; a su espalda, oyó las pisadas de Angeline, que se alejaban en la dirección opuesta.

Corrió hacia la primera puerta que encontró y la abrió.

Solo había una cama, una palangana y una cómoda; la estancia era bastante parecida a la que le habían cedido, aunque no tan limpia ni tan elegante. Algo en el olor a polvo y lino le hizo pensar que hacía mucho tiempo que nadie la usaba. Salió de la habitación, y llamó a Angeline antes de recordar que se había marchado sin él. Ya ni siquiera podía oír sus pisadas, y estaba solo en el pasillo repleto de puertas.

Pero ahora sabía qué hacer.

Fue a la siguiente puerta; estaba cerrada con cerrojo.

De vuelta en el laboratorio, Rudy no respiraba ya; y si lo hacía, su respiración era

tan débil que Zeke no pudo oírla cuando se acercó a la mesa. Sin mirar bajo el mantel de lona, apartó los pies de Rudy de una patada y encontró el bastón.

Era muy pesado. Incluso a pesar de la larga fractura de su costado, lo sentía abrumador y robusto.

Corrió de vuelta hacia la puerta cerrada, y golpeó el picaporte con el pesado y afilado bastón hasta que el mecanismo se rompió y la puerta se abrió hacia dentro.

Zeke entró sin pensárselo en una sala llena de cacharros. No había nada que pareciera importante; la mayoría de las cosas parecían muy viejas, y algunas peligrosas. A una de las cajas le faltaba la tapa. Dentro había piezas de armas, cilindros y rollos de alambre. La caja abierta más cercana estaba repleta de serrín y tubos de cristal.

No podía ver nada más. No había suficiente luz.

—¿Madre? —dijo, aunque ya sabía que no estaba allí. No había nadie ahí dentro, y nadie había estado allí desde hacía bastante tiempo—. ¿Madre? —dijo una vez más, por si acaso. Nadie respondió.

La siguiente puerta estaba abierta, y tras ella Zeke encontró otro laboratorio, lleno de mesas muy juntas entre sí y de luces con reguladores que podían ajustarse para lograr una mejor iluminación.

—¿Madre? —gritó de nuevo, casi por inercia. Nadie respondió, y continuó.

Se dio media vuelta y se detuvo con la nariz a un milímetro del torso cubierto de metal del hombre al que Angeline llamaba Jeremiah. Zeke no tenía ni idea de cómo había logrado moverse tan silenciosamente con esa pesada armadura, pero allí estaba, y allí estaba Zeke, sin aliento y con un propósito impulsando sus pasos por primera vez en días.

—Apártate de mi camino —dijo—. ¡Tengo que encontrar a mi madre!

—Estoy intentando ayudarte, idiota. Sabía que eras tú —añadió el otro mientras daba un paso atrás, permitiendo que Zeke saliera del laboratorio hacia el pasillo—. Sabía que tenías que ser tú.

—Felicidades. Acertaste —dijo Zeke.

Solo quedaba una puerta por abrir. Zeke fue hacia ella, pero Jeremiah lo detuvo.

—Es un armario. No puede haberla encerrado ahí. Imagino que la llevó un nivel más abajo, donde él reside —dijo.

—¿En estas habitaciones no vive gente?

—No. Son las habitaciones para invitados.

—¿Has estado aquí antes?

—Sí, he estado aquí antes. ¿De dónde crees que saqué todo esto? Sube al ascensor.

—¿Sabes cómo hacerlo funcionar?

Jeremiah no respondió; tan solo subió a la plataforma y empujó la puerta a un

lado. La sostuvo abierta para Zeke, que tuvo que correr para no quedarse atrás; el ascensor estaba descendiendo antes de que el muchacho pusiera los dos pies en él.

Mientras el ascensor se sacudía y descendía, Zeke preguntó:

—¿Qué está pasando? Nadie quiere decírmelo.

—Lo qué está pasando… —Jeremiah tomó una palanca que debía de funcionar a modo de freno—. Es que ya nos hemos hartado de ese maldito doctor.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué ahora?

Jeremiah negó con la cabeza, haciéndola crujir.

—Es un momento tan bueno como cualquier otro, ¿no crees? Le hemos dejado que nos trate como a perros durante años, y nos hemos aguantado. Pero ahora ha cogido a la chica de Maynard, y ni un solo fiambre o chatarrero piensa tolerar esa mierda.

Zeke sintió un repentino alivio, y una genuina gratitud, además.

—¿De verdad has venido a ayudar a mi madre?

—El único motivo por el que vino aquí fue para buscarte. Podría haberla dejado fuera de todo esto, y también a ti. Pero, obviamente —dijo, apoyando su peso en la palanca y deteniendo el ascensor—, no lo hizo. Ninguno de los dos debería estar aquí, pero aquí estáis. Y eso no está bien.

Apartó la puerta con tanta fuerza que la rompió, y quedó colgando de las bisagras.

Zeke la apartó de una patada y llegaron al enésimo pasillo lleno de alfombras, luces y puertas. Podía oler una hoguera en algún sitio, y un aroma cálido, hogareño, como el crujido de los maderos en una chimenea.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto? ¿Madre? ¿Madre, estás aquí? ¿Puedes oírme?

Arriba, algo terrible sucedió; un estallido escandaloso que hizo que Zeke se acordara del momento en que la Clementine se estampó contra la torre. Sintió la misma estremecedora urgencia, y estar bajo tierra solo hizo que el temor fuera aún mayor. El techo se agrietó sobre él, y cayeron sobre ellos nubes de polvo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—¿Cómo coño voy a saberlo?

Un creciente rugido resonó arriba, tras la explosión, e incluso Zeke, que hasta hacía bien poco consideraba una verdadera lástima marcharse sin ver a un solo podrido, adivinó qué lo producía.

—Podridos —dijo Jeremiah—. Y muchos. Creía que los pisos de abajo estaban mejor reforzados. Suponía que para eso servían todos estos niveles. Parece que Minnericht no es infalible. Será mejor que suba y los contenga.

—¿Vas a contenerlos tú solo?

—Puede que algunos de los hombres de Minnericht me echen una mano; no quieren atraer a los podridos, y la mayoría solo están aquí porque les pagan por estar. Por cierto, si oyes una gran explosión dentro de unos minutos, no te asustes.

—¿Qué significa eso?

Jeremiah ya estaba de vuelta en el ascensor, tratando de encontrar la palanca adecuada.

—Quédate aquí y busca a tu madre —dijo—. Puede que necesite ayuda.

Zeke corrió a la entrada del ascensor y preguntó:

—¿Y después qué hago? ¿Adónde voy cuando la encuentre?

—Arriba —dijo el otro—. Y afuera. Las cosas van a empeorar por aquí antes de mejorar. Los podridos se mueven más rápidamente de lo que esperábamos. Volved a las criptas, o id a la torre y esperad a la próxima nave.

Y entonces el ascensor dio una sacudida, y comenzó a ascender cargando con Jeremiah. Pronto, incluso sus botas se habían perdido ya de vista. Zeke estaba solo de nuevo.

Pero había más puertas que abrir, y su madre estaba en algún sitio, así que al menos tenía algo en lo que cavilar para no tener que pensar en el tumulto de arriba. La puerta al otro extremo de la estancia estaba abierta, y dado que esa puerta representaba la ruta más sencilla, o al menos la más rápida, corrió hacia ella y entró de un salto.

Allí encontró el origen del olor a humo: una chimenea de ladrillos con leños incandescentes que derramaban una luz anaranjada por toda la habitación. Había un escritorio negro en mitad del suelo, sobre una alfombra oriental con dragones tejidos en las esquinas. Tras el escritorio había una pesada silla de cuero con un asiento acolchado, y delante había otras dos sillas. Zeke nunca había estado antes en el despacho de nadie, y no sabía para qué podía servir; pero estaba en una habitación agradable, y cálida. Si tuviera una cama, sería un lugar estupendo para vivir.

Dado que nadie lo estaba mirando, rodeó el escritorio y abrió el cajón superior. Dentro encontró documentos escritos en un idioma que no entendió. En el segundo cajón, algo más profundo, y con un cerrojo que no estaba echado, dio con algo más interesante.

Primero creyó que era su imaginación, que hacía que aquella bolsa le resultara familiar. Quería creer que la había visto antes, al hombro de su madre, pero no podía estar seguro tras echarle tan solo un vistazo, de modo que la abrió y metió las manos en el interior. Encontró munición, anteojos y una máscara. No había visto ninguna de esas cosas antes. Y entonces encontró la insignia con las iniciales «MW» algo gastadas y la bolsita de tabaco de su madre, que nadie había usado en días, y supo que nada de lo que había en la bolsa le pertenecía al doctor.

La sacó del cajón; cuando se agachó para cerrarlo, vio un rifle bajo el escritorio, donde no podía ser visto salvo desde detrás de la silla de alto respaldo donde probablemente Zeke no debería sentarse.

También cogió el rifle.

La habitación estaba vacía y silenciosa, a excepción del incansable chisporroteo de la chimenea. Zeke lo dejó todo como estaba y salió de nuevo al pasillo con sus nuevos tesoros.

Encontró otra puerta de camino, pero no pudo abrirla. La golpeó con el bastón de Rudy, pero cuando el picaporte se rompió tan solo cayó, y fuera lo que fuera lo que mantenía la puerta cerrada al otro lado, se mantuvo firme. Golpeó con su cuerpo la puerta un par de veces, hasta hacerse daño en el hombro. La puerta no se movió. Pero había otras puertas que abrir, y podía volver a esta más tarde si resultaba necesario.

En la siguiente que encontró abierta había un dormitorio vacío. Y ni siquiera consiguió abrir la siguiente. Zeke golpeó el picaporte hasta romperlo en pedazos con el bastón. El cerrojo opuso bastante resistencia, pero Zeke siguió insistiendo, y medio minuto después el marco se astilló y la puerta se abrió con violencia.

Capítulo 26

Briar soñaba con terremotos y máquinas tan enormes que se desplazaban por debajo de las ciudades. En algún lugar, justo en el límite del mundo que percibía su sentido del oído, detectó el sonido de disparos y algo más… o quizá nada más, porque, fuera lo que fuera, no sonó de nuevo. En algún otro lugar el mundo era mullido y las luces tenues, y la cama era lo bastante amplia para acomodar a una familia de cuatro.

Olía a polvo y a queroseno, y a viejas flores secas dejadas en un florero junto a la palangana.

Levi estaba allí.

—Nunca se lo dijiste, ¿verdad? —preguntó.

Desde la cama, Briar respondió, sin abrir los ojos de tanto que le pesaban:

—Nunca le dije nada. Pero lo haré, en cuanto pueda.

—¿De verdad? —No parecía convencido; sonreía irónicamente.

Llevaba el grueso delantal de lino que a veces se ponía para trabajar en el laboratorio, y también un ligero abrigo que le llegaba hasta las rodillas. Tenía las botas desabrochadas, como solía; parecía que nunca se acordaba de abrochar los cordones. Rodeaba su frente una estructura de varios anteojos superpuestos, que marcaban en rojo una huella en su frente que nunca llegaba a desaparecer del todo.

Briar estaba demasiado cansada para protestar cuando Levi fue a sentarse al borde de la cama. Tenía exactamente el mismo aspecto que Briar recordaba, y estaba sonriendo, como si todo fuera bien y nunca nada hubiera ido mal. Le dijo:

—De verdad. Voy a decírselo, cueste lo que cueste. Estoy cansada de guardar tantos secretos. Ya no puedo más. No puedo.

—¿No? —Levi trató de coger su mano, pero ella no se lo permitió.

Briar giró sobre sí misma, dándole la espalda y llevándose la mano al estómago.

—¿Qué quieres? —le preguntó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Soñando, creo —dijo él—. Igual que tú. ¿Lo ves, amor mío? Nos reunimos aquí, ya que no lo hacemos en ningún otro sitio.

—Entonces, esto es un sueño —dijo Briar, y una sensación amarga, enfermiza, se extendió por su estómago, como un ácido—. Por un minuto pensé que quizá no lo era.

—Puede que fuera la única cosa que hiciste bien —dijo él, sin apartarse ni acercarse a ella. Su peso en el borde de la cama doblaba el colchón y la hacía sentirse como si estuviera cayendo hacia su zona de influencia.

—¿Qué? ¿No decírselo?

—Si lo hubieras hecho, lo habrías perdido mucho antes.

—No lo he perdido —dijo Briar—. Es solo que no puedo encontrarlo.

Levi negó con la cabeza. Briar sintió el movimiento, aunque no pudo verlo.

—Ha encontrado lo que quería, y nunca lo recuperarás. Quería saber qué pasó. Quería un padre.

—Estás muerto —le dijo Briar, como si él no lo supiera.

—Pero a él no lo convencerás de eso.

Briar cerró los ojos con fuerza y hundió la cabeza en la almohada, y su aroma cálido y agradable hizo que quisiera abrazarla con fuerza por siempre.

—No tendré que convencerlo, si se lo demuestro.

—Eres una tonta. Siempre lo has sido.

—Mejor ser tonta y estar viva que…

—¡Madre! —dijo él.

Briar abrió los ojos.

—¿Qué?

—¡Madre!

Lo oyó de nuevo. Briar torció el cuello para apartar la cabeza de la almohada, y la alzó.

—¿De qué estás hablando?

—Madre, soy yo.

Le pareció como si atravesara un túnel, a causa de la velocidad y de la sacudida con la que despertó. La estaban arrastrando de una cálida oscuridad hacia algo más frío, más feroz, e infinitamente menos confortable. Pero había una voz al otro lado, y gateó hacia ella, o cayó, mientras trataba de alcanzarla.

—¿Madre? Mierda. ¿Madre? ¿Madre? Vamos, despierta. Tienes que despertarte, porque no voy a poder cargar contigo, y quiero salir de aquí.

Briar rodó hasta quedar boca arriba y trató de abrir los ojos, y entonces comprendió que ya estaban abiertos, pero que no podía ver. Todo el mundo estaba borroso, aunque una luz parpadeaba a su derecha, y por encima de ella se erigía una sombra bien definida.

La sombra decía, una y otra vez:

—¿Madre?

Y el terremoto de sus sueños rugió de nuevo, o quizá solo era que él la estaba sacudiendo. Las manos de la sombra sostuvieron sus hombros y la agitaron de un lado a otro hasta que le crujió el cuello, y dijo:

—Ay.

—¿Madre?

—Ay —dijo de nuevo—. Para. No sigas con… Para.

Cuanto más clara era su visión, más la acompañaba una sensación de quemazón, y otra de humedad sobre su mejilla. Tocó la herida con la mano, y, cuando la retiró, estaba mojada.

—¿Estoy sangrando? —le preguntó a la sombra. Después, dijo—: Zeke, ¿estoy

sangrando?

—No demasiado —dijo él—. No tanto como lo hice yo. Solo estás magullada. Hay sangre por toda la almohada, pero no es nuestra, así que me da lo mismo. Vamos. Levántate. Venga.

Zeke colocó el brazo bajo su madre y la levantó de la cama, que estaba tan blanda como sugería su sueño. La habitación también era la misma, de modo que debía de haber estado despierta al menos a ratos. Pero estaba sola, a excepción del muchacho, que tiraba de ella y la obligaba a ponerse en pie.

Sus rodillas chocaron entre sí. Se puso en pie, apoyándose en Zeke.

—Eh —dijo—. Zeke. Eres tú. Eres tú, ¿verdad? Estaba teniendo un sueño rarísimo.

—Soy yo, vieja loca —dijo Zeke con afecto y un gruñido—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿En qué estabas pensando para venir a este lugar?

—¿Yo? Espera. —Por mucho que hiciera que la herida de su cabeza le doliese aún más, agitó la cabeza y trató de aclararla lo bastante como para protestar—. Espera un momento, estás apropiándote de todas las cosas que iba a decir. —Lentamente al principio, y después de improviso, comprendió—. Tú. Eres tú, niño estúpido. Tú eres el motivo por el que estoy aquí.

—Yo también te quiero, mamá —dijo Zeke con una sonrisa tan amplia que apenas pudo pronunciar las palabras.

—Pero te encontré, ¿no?

—Más bien te he encontrado yo, pero ya lo discutiremos más adelante.

—Pero he venido a buscarte.

—Lo sé. Ya hablaremos de eso. Antes, tenemos que salir de aquí. La princesa nos está esperando. En algún sitio. Creo. Deberíamos ir a buscarla, y a ese tal Jeremiah.

—¿La qué? ¿Quién? —La herida de su mejilla le escocía, y se preguntó si quizá se había equivocado con respecto a su estado y estaba soñando después de todo.

—La princesa, la señorita Angeline. Ha sido de gran ayuda. Te gustará. Es muy lista. —Zeke soltó a Briar y dejó que se mantuviera en pie por sí sola.

Briar se tambaleó, pero no cayó.

—Mi arma…, ¿dónde está? —dijo—. La necesito. Y también tenía una bolsa. Tenía algunas cosas. ¿Dónde están? ¿Se las ha llevado?

—Sí, se las llevó, pero las he recuperado. —Zeke le ofreció el rifle y la bolsa; prácticamente se los puso en las manos—. Tendrás que encargarte tú de esta cosa, porque yo no sé dispararla.

—Nunca te enseñé.

—Ya me enseñarás otro día. Vámonos —ordenó Zeke, y Briar quiso reírse, pero no pudo.

Le gustaba el aspecto que tenía, aunque pareciera frenético y lo intentara

controlar todo, aunque la tratara como a una niña mientras se recuperaba. Alguien le había dado ropas limpias, puede que un baño.

—Estás muy limpio —dijo Briar.

—Ya lo sé —dijo Zeke—. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Sobreviviré —le dijo Briar.

—Más vale. Parece que eres todo lo que tengo.

—¿Dónde estamos? —preguntó Briar, dado que Zeke parecía estar más al tanto de la situación que ella—. ¿Estamos… bajo la estación? ¿Dónde me ha encerrado ese bastardo mientras dormía?

—Estamos bajo la estación —confirmó Zeke—. A dos niveles por debajo de la gran sala llena de luces en el techo.

—¿Hay otro nivel por debajo?

—Uno por lo menos, puede que más. Este sitio es un laberinto, mamá. No te lo creerías. —Se detuvo ante la puerta y la abrió rápidamente, y después miró a un lado y a otro del pasillo. Extendió la mano y dijo—: Espera. ¿Oyes eso?

—¿Qué? —preguntó Briar. Fue junto a él y dejó que escuchara con atención y entrecerrara los ojos mientras ella comprobaba el rifle. Aún estaba cargado, y dentro de la bolsa todas sus pertenencias parecían seguir en su sitio—. No oigo nada.

Zeke escuchó de nuevo y dijo:

—Puede que tengas razón. Me pareció haber oído algo, pero ya me he equivocado antes. Hay un ascensor al otro lado del vestíbulo, por allí. ¿Lo ves?

Briar torció la cabeza y dijo:

—Sí. Ese, ¿verdad?

—Sí. Iremos corriendo hacia allí. Tenemos que hacerlo; si no, Yaozu va a cogernos, y no queremos que eso pase.

—¿Ah, no? —Briar no quiso que sonara como una pregunta, pero se estaba recuperando lentamente, y de momento era la manera más sencilla de participar en la conversación. Además, estaba tan contenta de verlo que lo único que quería hacer era tocarlo y hablar con él.

A lo lejos oyó un disparo, uno pesado y sonoro, el de un rifle, no de un revólver. Otros disparos le respondieron, balas procedentes de un arma más pequeña capaz de disparar más rápido.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Es una larga historia —replicó Zeke.

—¿Adónde vamos?

Zeke tomó su mano y la guió hacia el pasillo.

—A la torre Smith, donde atracan los dirigibles.

Un recuerdo se abrió paso en la mente de Briar mientras seguía las frenéticas pisadas de su hijo.

—Pero aún no es martes, ¿verdad? No puede ser. No podemos salir de ese modo, no creo que sea buena idea. Deberíamos regresar a las criptas.

—Pero sí podremos salir de ese modo, por la torre —prometió Zeke—. Jeremiah me ha dicho que hay naves allí.

Briar se soltó del brazo de su hijo, que trataba de sujetarla, cuando llegaron al ascensor. La rejilla de hierro era la misma del ascensor que Briar había tomado para bajar; la hizo a un lado y empujó a Zeke a la plataforma. Cuando ella misma subió, y tras cerrar la puerta, dijo:

—No. Tengo que ir a ver a Lucy. Tengo que saber si está bien. Y además…

Sonaron más disparos, algo más cerca.

—Y además, ahí arriba está ocurriendo algo horrible. —Giró el Spencer sobre el hombro y lo empuñó mientras el ascensor se elevaba hacia el siguiente piso—. Deberíamos bajar aquí. Será mejor que no nos acerquemos más, a menos que sea necesario.

—Probablemente solo sean podridos —dijo Zeke, y trató de hacer que su madre se quedara en la plataforma, a pesar de que seguía sosteniendo la compuerta abierta —. Pero no podemos marcharnos aún. ¡Puede que la princesa esté ahí arriba!

—No lo está.

Briar apuntó con el rifle a una mujer pequeña de brazos delgados y cabello largo y gris que llevaba una cuerda atada a la muñeca. Parecía nativa, aunque Briar no habría sido capaz de asegurar de qué tribu procedía, y llevaba un traje azul de hombre con un abrigo y pantalones que le quedaban demasiado grandes.

Se sujetaba el costado. De entre sus dedos caía sangre.

—¡Señorita Angeline! —Zeke corrió hacia ella.

Briar bajó el rifle, y después cambió de idea y lo empuñó de nuevo, preparada por si llegaban problemas de cualquier otra dirección. Después de todo, estaban en mitad de una amplia habitación llena de puertas, todas ellas cerradas. No había nada que indicase que esta era distinta de las otras, o que cumpliera un propósito diferente. Estaba prácticamente vacía, a excepción de un montón de maderos apilados contra el muro y varias sillas amontonadas las unas sobre las otras y abandonadas en un rincón acumulando polvo.

—Señora —preguntó Briar por encima de su hombro—, ¿necesita ayuda?

La respuesta fue francamente impaciente:

—No. Y no me toques, chico.

—¡Estás herida!

—Es un arañazo, aunque me ha arruinado el traje nuevo. Eh —le dijo a Briar, tocándola el hombro con un dedo huesudo—, si ves a un chino calvo con un abrigo negro, dispárale entre los ojos por mí. Eso me haría muy feliz —dijo.

—Lo tendré en cuenta —prometió Briar—. ¿Eres tú la princesa?

—Soy una princesa. Y estoy de muy mal humor, pero tenemos que salir de aquí. Si nos quedamos, nos cogerán.

—Vamos hacia las criptas —dijo Briar.

—¡O a la torre! —insistió Zeke.

—Las dos opciones están bien, pero deberíais ir al fuerte. Cuando arreglen la Naamah Darling, Cly os sacará de aquí, si es que eso es lo que queréis.

Briar frunció el ceño.

—¿Cly está aquí? ¿En el fuerte?

—Está haciendo algunas reparaciones.

La intensificación del tumulto escaleras arriba le indicó a Briar que lo mejor sería discutirlo más adelante.

—Espera —dijo Zeke—. ¿Vamos a volver a esa nave? ¿Con ese enorme capitán? No, me niego. No me gusta.

—¿Cly? —preguntó Briar—. Es un buen tipo. Nos sacará de aquí, no te preocupes.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Zeke.

—Nos debe un favor. O al menos eso cree él.

Tras el recodo algo cayó y se rompió, y al otro lado de los muros, no cesaban de acudir las oleadas de pisadas trabajosas de los podridos.

—La cosa no pinta muy bien —apuntó Briar.

—Peor de lo que crees —dijo Angeline, aunque no parecía demasiado preocupada. Desenfundó una pistola con un enorme cañón de una funda que llevaba a la espalda y la comprobó para asegurarse de que estaba cargada. La herida de su costado sangraba, pero no a borbotones, de modo que pudo apartar la mano de encima.

—¿Conoces bien este lugar? —le preguntó Briar.

—Mejor que vosotros —respondió la otra—, pero no mucho. Sé entrar y salir, y poco más.

—¿Puedes llevarnos a las criptas?

—Sí, pero sigo pensando que deberíais ir hacia el fuerte. —Angeline le dio un empujón a Zeke para que no la ayudara a caminar—. Apártate, chico. Puedo andar perfectamente. Escuece un poco, pero no acabará conmigo.

—Bien —dijo Briar—. Porque estamos metidos en un buen lío.

Un quejumbroso lamento resonó, procedente del interior del ascensor. Un montón de manos golpeaba al otro lado del techo, o en algún otro lugar alrededor del habitáculo. Después sonó un estallido, de algo astillándose… y entraron a trompicones en el ascensor. Uno o dos abrieron el camino, y después llegaron muchos más, abriéndose paso hacia el habitáculo.

Los tres primeros podridos que salieron del ascensor al pasillo fueron, en otro

tiempo, un soldado, un barbero y un chino. Briar apuntó con el rifle a toda velocidad, acertando a los dos primeros en los ojos y volándole una oreja al tercero.

—¡Madre! —gritó Zeke.

—¡Detrás de mí, los dos! —ordenó ella, pero Angeline no estaba dispuesta a obedecer y usó su arma para abatir al tercero.

A los tres que habían caído ya los pisoteaban otros, una oleada compuesta por seis filas de otra media docena de cuerpos por lo menos.

—¡Atrás! —gritó Angeline—. ¡Atrás, por aquí! —dijo, sin dejar de disparar.

El ruido en el pasillo era ensordecedor, y las sienes de Zeke y Briar latían ya pesadamente. Pero no había elección: se trataba de disparar o de sentarse a morir; de modo que las dos mujeres siguieron disparando sus armas mientras Zeke retrocedía, tomando el recodo y ejerciendo a modo de vigía y explorador, tratando de seguir las instrucciones de Angeline.

—¡A tu derecha! A tu otra derecha, quiero decir —se corrigió a sí misma—. Debería haber una puerta por ahí, al final del pasillo. ¡Junto al despacho!

—¡Está cerrada! —gritó Zeke. La segunda palabra quedó sepultada bajo el sonoro estallido del Spencer de su madre, pero Angeline entendió lo suficiente.

—Cúbreme —dijo—. Solo será un segundo.

Antes de que Briar pudiera obedecer, Angeline se dio media vuelta y apartó a Zeke de en medio. Descargó el contenido del segundo cañón en la cerradura, y la puerta cedió hacia dentro, venciéndose sobre sus bisagras.

—Es una salida trasera —explicó la princesa—. Le dice a todo el mundo que es un callejón sin salida, pero es su ruta de escape personal. Bastardo.

Zeke dio una patada a la puerta caída y deseó poder cerrar algo tras de sí, pero no iba a ser posible, y no tenía tiempo para quejarse. Trató de dejar que las mujeres pasaran primero, pero él no iba armado, y no le dejaron hacerlo.

Su madre lo cogió del punto situado entre cuello y hombro y prácticamente lo lanzó hacia el pasillo; después, el retroceso de su siguiente disparo hizo que estuviera a punto de tropezar con él. Angeline le dijo:

—¡Date prisa! —Y recargó mientras retrocedía. El pasillo estaba sumido en tinieblas, pero Zeke pudo ver escaleras ascendiendo en una dirección, y bajando en la opuesta.

—¿Por dónde? —preguntó, colgándose del punto en que ambos tramos de escaleras se encontraban.

—Arriba, por todos los cielos —protestó casi a gritos Angeline, y apuntó de nuevo su arma—. Estamos atravesando el núcleo del conflicto, y si bajamos, nos atraparán allí. Tenemos que subir e ir hacia afuera si queremos sobrevivir.

—No podemos seguir así —jadeó Briar, y disparó una vez más desde el umbral.

Abatió al podrido más adelantado con una bala; su frente estalló mientras caía al

suelo. Eso dejó al menos diez metros de distancia entre la oleada de carne en descomposición y el estrecho cuello de botella de la huida de emergencia.

—Arriba, vale —dijo Zeke mientras comenzaba a subir.

—Hay otra puerta en el piso de arriba. Está muy oscuro. Ayúdate de las manos y la encontrarás. No debería estar cerrada, no suele estarlo. Espero que no lo esté. —Angeline daba instrucciones desde un rincón sumido en tinieblas que Zeke no podía ver. En cuanto hubieron dejado atrás el primer descansillo y comenzado el descenso propiamente dicho, una completa oscuridad los rodeó. Brazos, codos y cañones de armas humeantes golpeaban con hombros y costillas mientras el trío trataba de retroceder hacia arriba, al más sencillo caos de los vivos.

—¡He encontrado la puerta! —anunció Zeke. Tiró de ella, y casi cayó adentro cuando se abrió. Briar y la princesa salieron tras él, y después cerraron la puerta de un sonoro portazo. Había una abrazadera gruesa como la cabeza de Briar, apoyada en el muro, y entre todos la colocaron bajo el picaporte para reforzarlo.

Cuando la horda de frenéticos podridos chocó contra la puerta, el artefacto se sacudió, pero resistió. De hecho, cayó ligeramente hacia el suelo, pero Angeline le dio una patada y lo miró fijamente, desafiándolo a moverse de nuevo.

—¿Cuánto tiempo resistirá? —preguntó Zeke. Nadie le respondió.

—¿Dónde estamos, princesa? —preguntó Briar—. No reconozco este lugar.

—Ponte la máscara —dijo en respuesta Angeline—. Vas a necesitarla pronto. Chico, eso también va por ti. Póntela. Vamos a tener que echar a correr a la superficie, así que más vale que podáis respirar.

La bolsa de Briar no colgaba de su hombro de la manera que a ella le gustaba; la había cogido con tanta prisa que no le había dado tiempo a colocarla bien. Lo hizo ahora, acomodándola a su torso. Sacó la máscara y se la puso, mirando a Zeke mientras hacía lo mismo.

—¿De dónde la has sacado? —le preguntó—. Esa no es la máscara con la que te marchaste.

—Me la dio Jeremiah —dijo Zeke.

—¿Swakhammer? —dijo Briar—. ¿Qué está haciendo aquí? —Briar no le preguntaba a nadie en concreto, pero fue Angeline quien respondió:

—Tardabas demasiado en volver a las criptas. Lucy fue allí a buscar a tus amigos, y luego vinieron aquí a armar este escándalo. —Suspiró pesadamente, y pareció como si estuviera herida, como si sus pulmones quedaran atascados en algo afilado. Cuando Briar miró su costado, vio que la sangre que había allí era fresca.

—¿Vinieron a por mí? ¿A rescatarme?

—Eso, o a comenzar la guerra que llevaban años esperando. No digo que no quisieran ayudarte, seguro que sí… pero parece que estaban deseando tener una excusa para montar una buena, y tú se la diste.

Más arriba, un desvencijado pedazo de cuerda estaba atado alrededor de luces colgantes que no parecían tener ninguna fuente de energía a la vista. No eran demasiado brillantes, pero mostraban el camino lo suficiente para evitar que se pisaran o se dispararan los unos a los otros por error. Grandes lonas cubrían cosas con forma de monstruosas máquinas que habían sido arrinconadas, y había montones de cajas apiladas en los extremos de la estancia, que era húmeda, fría y de techos bajos.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Briar.

—Un almacén —dijo Angeline—. Aquí guarda todo tipo de cosas. Cosas que ha robado, cosas que usará más adelante, si tiene oportunidad. Si tuviéramos tiempo o ganas, deberíamos prenderle fuego a este sitio antes de marcharnos. Aquí solo hay cosas diseñadas para mutilar y matar.

—Como esos laboratorios de los pisos de abajo —murmuró Briar.

—No. Estas son cosas que podría vender en un mercado distinto, si pudiera averiguar cómo funcionan. Son desechos del concurso que celebraron los rusos, buscando una máquina minera capaz de atravesar el hielo y sacar oro. Será un hombre muy, muy rico si la guerra dura un poco más.

—Ya es rico, ¿no? —dijo Zeke.

—No tanto como le gustaría. Nunca se dan por satisfechos, ¿verdad, señorita Wilkes? Ahora está convirtiendo estas cosas en máquinas de guerra, dado que no servían de mucho como aparatos de perforación. Quiere venderlas en el este, al mejor postor.

Briar solo la escuchaba a medias. Había cogido la esquina de la lona más cercana y estaba mirando debajo, como si levantara la falda de una dama. Tras contemplar la semioscuridad marrón que allí se escondía, dijo:

—He visto esto antes. Sé lo que es… o lo que se suponía que debía ser. Pero estas cosas no son todas restos del gran concurso.

—¿Qué? —preguntó Zeke—. ¿Qué quieres decir?

—Ha estado robando los inventos de Levi y rediseñándolos para sus propósitos. Estas son las cosas de tu padre. Esta máquina de aquí debajo… —Apartó la lona, descubriendo un largo y fantasmagórico dispositivo con forma de grúa repleto de ruedas y placas—. Esto era un dispositivo pensado para ayudar a construir barcos de gran tamaño, o al menos así quiso venderlo. Se suponía que… no me acuerdo. Algo relacionado con mover piezas enormes de un lugar a otro en los muelles, para que no hubiera que cargar con ellas a mano. No me lo creí entonces, y no me lo creo ahora.

—¿Por qué no? —quiso saber Zeke.

—Porque —dijo Briar—, ¿cuántos constructores de barcos conoces que necesiten munición de artillería y depósitos de pólvora? No soy idiota. Supongo que no quería darme cuenta.

—Entonces, Minnericht no es… —empezó a decir Zeke.

—Claro que no —dijo Briar—. Me asustó por un segundo, no me importa decirlo. Mide más o menos lo mismo, y es… no sé, es el mismo… tipo de persona. Pero no es él.

—Sabía que no lo era. Lo supe desde el principio.

—¿Ah, sí?

Zeke se giró hacia Angeline y dijo con orgullo:

—Me dijo que no creyera nada de lo que me dijera, y no lo hice. Sabía que estaba mintiendo.

—Bien —dijo su madre—. ¿Y qué hay de ti, princesa? ¿Qué te hace estar tan segura de que el buen doctor no es mi difunto marido? Yo tengo mis motivos. ¿Cuáles son los tuyos?

Angeline se tocó la herida y entrecerró los ojos. Después, la tapó con la mano. Guardó la pistola de nuevo en su funda y dijo:

—Porque es un hijo de perra. Siempre lo ha sido. Y yo… —Angeline comenzó a alejarse de la puerta abatida y siguió el pasillo alineado de luces que iluminaban el camino—. Bueno, yo soy esa perra.

Zeke abrió mucho la boca.

—¿Es su hijo?

—No quería decir eso exactamente. Hace mucho, estuvo casado con mi hija Sarah. La volvió loca, y la mató. —No tragó saliva, y sus ojos no estaban húmedos a causa de lágrimas nacientes. Esto era algo que había sabido y masticado durante años, y decirlo en voz alta no hacía que esa verdad resultase más dura. De modo que continuó—: Mi hija se colgó en la cocina, de la viga del techo. Puede que no le disparara, ni cortara sus muñecas, ni la envenenara… pero la mató igual que si hubiera hecho cualquiera de esas cosas.

—Entonces, ¿cuál es su verdadero nombre? —preguntó Briar—. No puede ser Minnericht. No se parece a ninguno de los hessianos que he conocido.

—Se llama Joe. Joe Foster. El nombre más aburrido del mundo, y supongo que no le gustaba mucho. Si hubiera podido, creo que habría querido apoderarse de la vida de Blue desde el principio, después de la Plaga y los muros. Pero resultó herido en la huida. Si has visto su rostro, ya sabes a qué me refiero; se quemó en un incendio, cuando la gente pensaba que la Plaga podía quemarse. Así que lo hizo lentamente, robando la vida de otro hombre pedazo a pedazo, igual que robaba todas estas cosas, estos juguetes y estas herramientas. Tardó bastante tiempo en aprender a usarlas.

Briar no podía creer que el siniestro doctor Minnericht se llamara en realidad Joe Foster. No tenía sentido. Ese nombre no acompañaba al personaje extraño y de poderosa personalidad que tanto le recordaba a su difunto marido. Pero no tenía tiempo para detenerse a pensar en esas cosas.

—Escucha —dijo Angeline, llevándose los dedos sangrientos a los labios—.

Escucha, aún se pueden oír.

Se refería a los podridos, que seguían golpeando la puerta que habían dejado atrás.

—Aún puedo oírlos —admitió Briar.

—Bien, bien. Mientras podamos oírlos, sabremos dónde están. ¿Oís algo ahí arriba? —Usó los dos dedos que tenía ante los labios para señalar el techo.

—¿Qué hay ahí arriba? —preguntó Briar.

—Estamos bajo el vestíbulo, donde empezaron todos los problemas.

—Ah, sí —dijo Zeke—. Jeremiah subió por ahí porque había podridos.

En ese preciso instante, una explosión ensordecedora sacudió todo el complejo de la estación, y tras ella se oyó el ruido de ladrillos, mampostería y escombros cayendo de algún otro lugar, como respondiendo a la explosión.

El trío se detuvo. Angeline frunció el ceño y dijo:

—Eso no me ha sonado como Daisy. ¿Sabes de qué te estoy hablando? —le preguntó a Briar.

—Sí, lo sé. Y es cierto, ha sonado muy extraño.

—He oído eso antes —dijo Zeke—. Jeremiah lo llamó Soplido Sónico, creo.

—Eso no suena nada bien —murmuró la princesa—. Cielos, espero que esté bien. Pero es un hombre tan grande, y tiene tanto armamento… Seguro que lo está —dijo —. Nos detendremos, no haremos nada de ruido, y echaremos un vistazo.

—No puedo dejarlo aquí —dijo Briar—. Me ha ayudado mucho. Si está herido…

—No nos adelantemos, señorita Wilkes. Aún no. No oigo más combates ahí arriba.

—Yo tampoco —dijo Briar.

—Ni yo —agregó Zeke—. Puede que estén en otro sitio, o que todos hayan muerto.

—Preferiría que no lo expresaras de ese modo —se quejó su madre—. Me gusta esa gente. La gente de Maynard's y las criptas ha sido muy buena conmigo, y no tenían por qué serlo. Me ayudaron a buscarte. No sé si habría sobrevivido tanto tiempo sin ellos.

Tras otra puerta sin leyenda alguna, Angeline señaló otro tramo de escaleras. Briar pensó que no le importaría no volver a ver más escaleras en su vida, pero empezó a subir, con Zeke en la retaguardia. Briar cada vez estaba más preocupada por la mujer india y su estómago herido; lo reconocía, era dura, pero no estaba engañando a nadie. Necesitaba un médico, uno de verdad, y de los buenos, y no tenían ninguno a mano.

El único doctor del que Briar había oído hablar dentro de los muros era… bueno, Minnericht. Y tenía la sensación de que, si se topaban con él, no sería de mucha ayuda.

Capítulo 27

Briar se apoyó contra la puerta y trató de escuchar. Al otro lado solo oía silencio, de modo que se detuvo y recargó allí mismo, en las tinieblas, a tientas. Tardó un poco más que de costumbre, pero estaba dispuesta a perder ese tiempo.

Finalmente, dijo:

—Iré yo primero. Echaré un vistazo.

—Puedo ir yo —dijo Angeline.

—Pero mi arma puede disparar más de dos veces, si tiene que hacerlo. Échale un ojo a mi hijo, ¿quieres? —dijo Briar, y empujó el picaporte para que la barrera de madera saliera de su marco con un crujido.

Briar avanzó abriendo el camino con el cañón de su rifle, seguido por su rostro enmascarado, echándose de un lado a otro para contemplar todo lo que la rodeaba a pesar de las limitaciones de su visor. Oía sus propias respiraciones, amplificadas bajo su máscara, y tenía la misma sensación que cuando se la puso por primera vez y se deslizó por la tubería. No creía que llegara a acostumbrarse nunca a ella.

La estancia en la que se encontraba tenía un aspecto muy distinto de la última vez que la había visto. El majestuoso aunque inacabado vestíbulo estaba sembrado de los restos de una batalla contenida en un pequeño espacio pero muy sangrienta. Había cadáveres tendidos por el suelo y sobre las regias filas de sillas; contó once de un rápido vistazo, y vio un enorme orificio en la pared que parecía haber sido practicado por la mismísima Boneshaker.

Y, justo al otro lado del orificio, allí donde el muro había sido arrancado de un bocado y dejaba a la vista sus indecentes entrañas, Briar vio un pie, sobre los escombros, como si su dueño hubiera creado el agujero y ahora descansara en su interior.

No olvidó inspeccionar el resto de la estancia, pero la exploración subsiguiente fue mecánica y apresurada. Sin advertir a su hijo o a la princesa, que seguían en la penumbra de su cubil, corrió hacia el pie y trepó los afilados restos de ladrillos y mampostería hasta que llegó al que allí yacía tendido.

Dejó que el Spencer cayera de su hombro, y apartó la bolsa.

—Swakhammer —dijo, golpeando suavemente su máscara—. Swakhammer.

No respondió.

La máscara parecía intacta, y en su mayor parte también él, hasta que Briar comenzó a introducir los dedos en las grietas de su armadura buscando algo que pudiera estar roto. Encontró sangre, y mucha. Su pierna estaba doblada de manera antinatural, rota en algún lugar por debajo de la rodilla, bajo la pesada bota con puntera de acero.

Estaba quitándole la máscara cuando Zeke se cansó de esperar junto a las

escaleras. Fue al borde del muro y preguntó, hacia el agujero:

—¿Hay alguien ahí?

—Es Jeremiah.

—¿Está bien? —preguntó Zeke.

—No —gruñó ella. Logró quitarle el casco, pero seguía pegado a su rostro por medio de varios muelles y tubos. Se desprendió, pero no fue muy lejos.

—¿Swakhammer? ¿Jeremiah?

Había sangre dentro de la máscara; manaba de su nariz y, lo que resultaba más preocupante, de uno de sus oídos.

—¿Está muerto? —quiso saber Zeke.

—Los muertos no sangran —dijo Briar—. Pero está muy mal. Cielos, Swakhammer. ¿Qué te ha pasado? ¿Me oyes? Eh. —Abofeteó suavemente su rostro, en ambas mejillas—. Oye, ¿qué te ha pasado?

—Se interpuso en mi camino.

La voz filtrada y enmascarada de Minnericht resonó como el martillo de Dios, produciendo un sonoro eco en toda la estancia llena de almas muertas y muros partidos en dos. Briar sintió un repentino temor, y quiso gritarle a Zeke, reñirlo por abandonar la relativa seguridad de su escondrijo. Estaba ahí mismo, de pie, junto al orificio en el muro, tan vulnerable como podía llegar a estarlo cualquiera.

Briar miró a Swakhammer, cuyas pupilas se agitaban bajo sus párpados cerrados, manchados de sangre seca. Aún estaba vivo, pero no por mucho. Ella alzó la vista y dijo, en voz lo bastante alta para que pudieran oírla en todo el vestíbulo:

—No eres Leviticus Blue. Pero podrías haber sido su hermano —añadió con tanta apatía como pudo conjurar—. Tienes su mismo sentido de la oportunidad, eso está claro.

Donde se encontraba, en el interior de la madriguera practicada en el muro, sabía que no contaba con demasiada cobertura, pero el doctor, desde donde estaba, no podía ver qué estaba haciendo, al menos no claramente. Aprovechó esa pequeña ventaja para menear ligeramente a su amigo, por si llevaba algo útil encima. Había echado el Spencer a un lado. Aunque podía alcanzarlo fácilmente, nunca lograría empuñarlo, apuntarlo y dispararlo antes de que Minnericht tuviera tiempo de hacer algo mucho peor.

Había un enorme revólver tendido junto a las costillas de Swakhammer, pero no estaba cargado.

—Nunca dije ser Leviticus Blue.

Briar gruñó mientras trataba de levantar a Swakhammer lo bastante para mirar debajo de él.

—Sí lo hiciste.

—Me dijiste que lo eras —dijo Zeke.

—Shh, Zeke —lo hizo callar su madre. Quería decirle algo más a su hijo, pero se encaró con el doctor de nuevo antes de que pudiera responder.

—Todo el mundo sabe que eso es lo que querías que pensaran estos infelices. Querías que te tuvieran miedo, pero no lo conseguirías solo con tu nombre. Puede que seas cruel como una serpiente, pero no das tanto miedo como ellas.

—Cállate, mujer. Yo he convertido este lugar en lo que es hoy —dijo, enojado y a la defensiva, probablemente dolido por la diminuta herida sufrida en su orgullo.

Briar confió en que estuviera resentido; en que se pareciera tanto a Levi como daba a entender.

—No pienso callarme —dijo—, y no me harás callar, Joe Foster, por mucho que lo intentes. Y supongo que lo intentarás. Eres el tipo de hombre a quien le gusta hacer daño a las mujeres, y tengo entendido que no soy la primera.

—Me da igual lo que tengas entendido o quién te lo haya hecho entender —ladró Minnericht—. Pero quiero saber, y quiero que me lo digas ahora mismo, dónde has oído ese nombre.

Briar se puso en pie y se irguió. En lugar de responder a sus exigencias, dijo:

—Y yo quiero saber quién demonios te crees que eres, arrastrándonos a tu pequeña guerra, hijo de perra. —Tomó prestada la expresión que había usado Angeline.

Cuando se puso en pie, pudo ver a Minnericht claramente, igual que él la veía a ella. La pistola de tres cañones que sostenía en la mano era sin duda terrorífica. No apuntaba a Briar, sino a Zeke, que, para ser justos, había cerrado la boca como le había ordenado su madre, aunque Briar no sabía si lo había hecho en respuesta a sus órdenes o al enorme revólver que lo apuntaba, y le importaba poco.

Esperaba que la amenazara a ella, pero Minnericht era demasiado listo para eso, y más cruel de lo que parecía. No importaba. También ella podía ser lista y cruel.

—¿Tú has convertido este lugar en lo que es hoy? —dijo—. Desde luego te comportas como si eso fuera cierto, pero es una sarta de mentiras, ¿verdad? Todo es una gran mentira para que la gente crea que eres el más listo y el que más dinero tiene. Pero no es así. Si fueras la mitad de listo de lo que finges ser, no habrías tenido que robar los inventos de Levi, o acumular los desechos del concurso de minería. Lo he visto todo allí atrás, en tu almacén. ¿Crees que no sé de dónde han salido?

—¡Cállate! —rugió el otro.

Pero Briar estaba decidida a mantener la atención de Minnericht sobre ella, en lugar de sobre Zeke, o sobre la mujer delgada y poco distinguida que en ese preciso instante salía a hurtadillas del hueco de la escalera para sorprenderlo. Briar siguió hablando, en voz aún más alta:

—Si fueras la mitad del hombre que finges ser, no me necesitarías para confirmar tus mentiras, y no tendrías que atraer a niños, como haces. Levi estaba loco y era una

mala persona, pero era demasiado inteligente para que tú recojas sus juguetes y eches a correr con ellos. Necesitas a Huey porque es inteligente; y has intentado convencer a mi hijo para que se quede contándole un montón de mentiras. Pero si realmente hubieras hecho de este lugar lo que es, no tendrías que hacer nada de eso.

Minnericht desplazó el arma; ahora el cañón triple apuntaba entre los pechos de Briar, que nunca había sido más feliz.

—Si dices una sola palabra más… —empezó Minnericht.

—¿Qué harás? —gritó Briar. Pronunció las siguientes palabras de corrido, frenética, desesperadamente, sin parar para respirar, tratando de mantenerlo enojado, porque Angeline casi había llegado hasta él—: Apuesto a que ni siquiera sabes cómo funciona eso. Probablemente no lo inventaste tú. Todas tus ideas las robaste de Levi; fue él quien lo diseñó y construyó todo. Tú solo sabes lo suficiente para aparentar ser un rey, y lo único que puedes hacer es rezar a Dios para que nadie se dé cuenta de lo inútil y débil que eres en realidad.

Minnericht ya no gruñó, ni rugió; tan solo gritó:

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué habéis venido? ¡Nunca deberíais haber aparecido! Esto no era asunto vuestro. ¡Deberíais haberos quedado en casa, en ese pequeño y asqueroso agujero de las Afueras, os ofrecí algo más, a los dos, mucho más de lo que merecéis, y no tenía por qué hacerlo! ¡No os debía nada, a ninguno de los dos!

Briar replicó a gritos, igual que él:

—¡Claro que no! Porque no eres mi marido, y no eres su padre, y esta no era nuestra lucha, ni nuestro problema. Pero no lo averiguaste a tiempo, Joe Foster.

—¡Deja de usar ese nombre! ¡No quiero ese nombre, odio ese nombre, y no quiero oírlo! ¿Dónde lo has oído?

Angeline estaba allí para responder a esa pregunta.

Antes de que Briar pudiera parpadear siquiera, la mujer estaba encima de él, con la agilidad de un gato montés, y uno muy letal. Tenía uno de sus cuchillos en la mano, y al instante siguiente el filo estaba bajo la barbilla de Minnericht, en ese mínimo resquicio en que su piel se unía a su máscara.

Angeline usó su peso para echarle la cabeza hacia atrás y agrandar el resquicio, dejando a la vista la nuez de Minnericht y su garganta. Mientras lo hacía, Briar jadeó y Zeke saltó por encima de los escombros hacia el refugio que ofrecía el agujero en la pared, junto a su madre.

—Esto es por Sarah Joy Foster, cuya vida tomaste hace veinte años.

Y de un corte, rápido y profundo, desgarró la piel y la carne que el cuchillo encontró en su camino.

Minnericht disparó dos de los tres cañones de su arma, pero no apuntó bien a causa del *shock* y la pérdida de equilibrio. Se tambaleó, tropezó y estuvo a punto de

caer de bruces en el suelo de mármol que estaba manchado con su propia sangre, que manaba de dos fabulosos borbotones que surgían de ambos lados de su cuello, porque Angeline le había rebanado la garganta de oreja a oreja. Lo cabalgaba como un caballo salvaje mientras su víctima se sacudía, tratando de respirar, buscando con las manos a su asesina, o cualquier cosa a la que agarrarse. Pero estaba sangrando demasiado, y demasiado rápido.

Su sufrimiento no iba a durar mucho, y quería aprovechar al máximo el tiempo que le quedaba. Trató de girar el arma en sus manos, de apuntarla hacia atrás, por encima de su hombro, pero era demasiado pesada. Había perdido gran cantidad de sangre, y se encontraba débil. Cayó de rodillas, y, por fin, Angeline lo soltó.

Después le dio una patada a su arma, para apartarla de su alcance, y lo miró mientras Minnericht escupía sangre y su espléndido abrigo rojo se teñía aún más de escarlata.

Briar se dio la vuelta. No le importaba la muerte de Minnericht; le importaba Swakhammer, que no sangraba tan profusamente como el otro, pero cuya vida se estaba desvaneciendo de igual modo. Puede que ya fuera demasiado tarde.

Zeke dio un par de pasos hacia atrás. Hasta que lo hizo, Briar no se fijó en que prácticamente había estado escondiéndose tras ella.

Zeke abrió la boca para decir algo, y después la cerró cuando un repentino alboroto hizo que su madre empuñara y apuntara el Spencer.

—Abajo —dijo, y Zeke obedeció.

Angeline fue hacia el agujero en el muro, escaló los escombros caídos y empuñó su arma justo a tiempo para apuntar a Lucy O'Gunning en el mismo instante en que tomaba el recodo y accedía a la estancia en la que acababa de terminar una batalla.

Lucy había encontrado o arreglado su ballesta, y estaba anexa a su brazo, lista para disparar. La apuntó a Angeline antes de comprender quién era. Después, la bajó y dijo:

—Señorita Angeline, ¿qué…? —Por fin, vio a Briar, y casi se echó a reír cuando siguió hablando—: ¡Vaya, menuda pareja! Una cosa está clara: no hay muchas mujeres entre estos muros, pero desde luego no me gustaría buscarle las cosquillas a las que tenemos.

—Eso también te incluye a ti, Lucy —dijo Briar—. Pero no cantes victoria aún. —Señaló a Swakhammer, a quien Lucy no podía ver a causa del montón de escombros y maderas—. Tenemos un problema, y es enorme, y muy pesado.

—¡Es Jeremiah! —exclamó Lucy cuando miró más allá del montón de escombros.

—Lucy, se está muriendo. Hay que sacarlo de aquí, y llevarlo a un lugar seguro.

—Y no sé si eso lo salvará —dijo Angeline—. Está muy malherido.

—Ya lo veo —dijo Lucy, algo bruscamente—. Tendremos que llevarlo a… —

Pareció pensárselo, como si antes o después tuviera que ocurrírsele una buena idea. Y así fue—: A las minas.

—Bien pensado —dijo Angeline aprobatoriamente—. Será más sencillo bajarlo que subirlo, y si podemos meterlo en un carro, podremos llevarlo de vuelta a las criptas sin demasiados problemas.

—Si, si, si. ¿Cómo vamos a…? —dijo Briar.

Lucy la interrumpió:

—Dadme un minuto —dijo, y se dirigió también a Swakhammer—: No te vayas a ningún sitio, grandote. Aguanta. Enseguida vuelvo.

Si Swakhammer la oyó, no lo demostró. Su respiración era tan superficial que apenas resultaba perceptible, y el temblor de sus pupilas bajo los párpados se había atenuado hasta resultar apenas visible.

Medio minuto después Lucy regresó con Squiddy, Frank y Allen, si Briar recordaba bien sus nombres. Frank no parecía en su mejor momento. Tenía un moratón en el ojo que casi se extendía hasta su nariz, y otro en la frente; y Allen acunaba una mano que había resultado herida. Sin embargo, entre los dos, treparon al agujero, levantaron al hombre de la armadura y comenzaron a arrastrarlo hacia abajo, medio en vilo medio a rastras.

—Podemos llevarlo al ascensor —dijo Lucy—. En el piso inferior debería haber carros de minería. Allí es donde terminaban todos los túneles cuando Minnericht llegó. Vamos, daos prisa. No tenemos mucho tiempo.

—¿Adónde lo llevamos? —preguntó Squiddy—. Necesita un médico, pero…

Y fue entonces cuando repararon en el charco sangriento con un villano enmascarado tendido en su centro.

—Cielos, está muerto, ¿no? —preguntó Frank con incredulidad.

—Está muerto, gracias al cielo —le dijo Angeline. Fue a por uno de los pies de Swakhammer, el que no parecía roto, y se lo colocó sobre el hombro—. Os ayudaré a llevarlo. Y no me vendría mal que me viera un médico a mí también —confesó—. Pero este pedazo del viejo Jeremiah no es tan pesado. Puedo echar una mano.

—Conozco a un hombre —dijo Lucy—. Es un anciano, un chino que vive cerca de aquí. No se dedica a la medicina a la que estamos acostumbrados, pero algo es algo, y ahora mismo los dos tendréis que contentaros con lo que podáis encontrar.

—¿La medicina a la que estamos acostumbrados? —gruñó Allen—. Preferiría morir, la verdad.

—Puede que Swakhammer prefiera morir antes que dejar que un chino se encargue de él —dijo Lucy mientras usaba la fuerza fuera de lo común de su brazo mecánico para apuntalar la espalda de Jeremiah—. Les tiene un miedo mortal. Pero estoy dispuesta a darle un susto si eso le mantiene de una pieza.

—¿Mamá?

—¿Qué pasa, Zeke?

—¿Qué pasa con nosotros?

Briar vaciló, aunque no se atrevió a vacilar durante demasiado tiempo. Se estaban llevando a Swakhammer con gran esfuerzo, y su cuerpo malherido dejaba un rastro de sangre como una madeja deshilachándose poco a poco. Arriba, los lamentos y las pisadas de los podridos proseguían. Sus insistentes y hambrientas exigencias eran cada vez más intensas, a medida que su número crecía, y seguían esforzándose por encontrar una manera de abrirse paso hacia ellos.

—Están por todos lados —dijo Briar, sin responder a la pregunta de su hijo.

—Abajo no va a irnos mucho mejor que arriba. No sé cómo ha podido este sitio librarse de ellos —dijo Lucy con un gruñido—. ¿Dónde está Daisy?

—¡Aquí! —dijo Briar rápidamente, como si se le hubiera ocurrido la misma idea en el mismo preciso instante. El enorme cañón de hombro estaba medio enterrado bajo un pedazo de techo, pero logró sacarlo y alzarlo, no sin esfuerzo—. ¡Cielos! —exclamó—. Zeke, esta cosa pesa casi tanto como tú. Lucy, ¿sabes cómo funciona?

—Más o menos. Gira ese tirador, a la izquierda. Llévalo hacia arriba, hasta el final; vamos a necesitar todo el jugo que le quede a esa cosa.

—Ya está. ¿Y ahora qué?

—Ahora tiene que calentarse. Jeremiah dice que tiene que acumular energía. Acumula electricidad para poder disparar. Nos la llevamos. Vamos, hacia el ascensor, dispárala dentro, ese será el mejor sitio, ¿no te parece?

—Tienes razón —dijo Briar—. El sonido se extenderá a todos los pisos, no solo a uno. Eso funcionará, si podemos llegar al ascensor. —Tras pronunciar esas palabras, le lanzó la Daisy a Zeke, que tuvo que hacer un gran esfuerzo para sostenerla—. Toma —le dijo—. Voy a adelantarme para despejar el camino. Antes hubo podridos ahí, puede que aún los haya.

Preparó el Spencer y echó a correr por delante de los que cargaban con Swakhammer y de su hijo, cuya espalda casi estaba partida en dos a causa del peso del arma, aunque trataba de hacerla oscilar para poder sostenerla mejor.

Briar abrió la puerta del pasillo que daba a la escalera de una patada y cargó sin encontrar resistencia.

—¡La escalera está despejada! —gritó al grupo que la seguía—. Zeke, adelántate con el arma. Lucy, ¿cuánto tiempo tiene que pasar hasta que pueda dispararse? ¡Dime que no hace falta un cuarto de hora!

—No, si no la ha disparado. Dale un minuto. —La respuesta resonó por todo el hueco de la escalera.

Briar no oyó la última parte. El pasillo en el piso de los invitados estaba sembrado de podridos en distintos estados de descomposición. Contó a cinco, caminando por encima de los cadáveres de sus compañeros y mordisqueando los miembros de los

que habían caído hace poco. Estaban ensimismados, de modo que no repararon en Briar, que acabó con ellos rápidamente, uno a uno.

El suelo estaba cubierto de miembros que deberían apestar, pero entonces recordó que aún llevaba la máscara, y por eso solo olía a carbonilla y a sellos de caucho. Por primera vez desde que había llegado, le alegraba el singular aroma de su propio rostro.

Aquí y allá un brazo había caído por pura descomposición; y en un rincón, las siluetas decapitadas de cadáveres semidesnudos y en putrefacción se acumulaban como si hubieran caído unos sobre otros. Sintió una cierta inquietud, al preguntarse quién los habría decapitado. Y después llegó a la conclusión de que le daba lo mismo. Todos los vivos, incluso los que combatían entre sí, tenían en los podridos un enemigo común, y fuera quien fuera el que había separado sus cabezas de sus torsos contaba con su gratitud.

Pateó los miembros que podía mover fácilmente, tratando de despejar el camino, y también para comprobar el estado de los cuerpos tendidos. Uno que fingía abrió el único párpado que le quedaba y mostró los dientes, que Briar procedió a volarle de un tiro.

Zeke emergió del hueco de la escalera con Daisy a la espalda y abrazándola para que no se le cayera.

—Mamá, ¿qué vamos a hacer? —preguntó con genuina urgencia, y Briar oyó una pregunta que aún no estaba preparada para responder.

—No lo sé —dijo—, pero tenemos que salir de aquí, eso está claro. Empezaremos por eso.

—¿Vamos con ellos? ¿A Chinatown?

—No lo hagáis —dijo Angeline.

Fue la que se unió a ellos en primer lugar, aún con la pierna de Swakhammer por encima de su hombro. Tras ella llegó Frank con la otra pierna, y después Squiddy y Lucy, que cargaban con el resto del cuerpo.

—¿Perdona?

—Id al fuerte. A esa nave, la que arreglaron allí. Debería estar lista para echar a volar —añadió Angeline, acentuando y acortando cada una de las palabras a causa del agotamiento—. Os sacará de aquí.

—¿De la ciudad? —preguntó Zeke.

—De esta parte de la ciudad al menos —dijo Lucy, hablando casi desde debajo del cuello de Jeremiah—. Ayudadnos a meterlo en el ascensor, y después mandadnos hacia abajo. En cuanto nos hayamos marchado… —Cambió de lado el peso de Jeremiah, que emitió un diminuto lamento—. Sube al ascensor, Briar Wilkes, y coge esa maldita arma y dispárala. Y después subid y salid de aquí.

Aún indecisa, Briar obedeció la primera parte de la orden y ayudó a meter al

hombre de la armadura en el ascensor. Lo apoyaron en Frank y Squiddy mientras Lucy se afanaba con las palancas que tenían sobre sus cabezas.

—Cuando lleguemos abajo del todo y dejemos a Jeremiah en las vías, lo volveré a hacer subir, ¿entendido? —dijo—. Tendréis que saltar, porque no va a pararse.

—Entiendo —dijo Briar—. Pero no estoy segura…

—Yo tampoco estoy segura de casi nada —le dijo Lucy—. Pero una cosa está clara: has encontrado a tu chico, y una manada de podridos está a punto de invadir esta estación, y todo el que se quede aquí acabará devorado.

—¿Eres tú la que los dejó entrar? —preguntó Zeke.

Lucy hizo un gesto con la cabeza en la dirección de Frank y Allen y dijo:

—La rueda sigue girando, ¿no? Aunque me hubiera gustado saber que iban a profundizar tanto. No me lo esperaba.

—Podríamos ir con vosotros. Y ayudaros —insistió Zeke.

Briar estaba pensando exactamente lo mismo.

—Al menos podríamos asegurarnos de que volvéis sanos y salvos —añadió.

—No, no podéis. Puede que lo logremos, o puede que no. Puede que Jeremiah sobreviva, o puede que no. No necesitamos a nadie más para llevarlo. Pero vosotros dos… Bueno, tú, Briar Wilkes. Tienes que ir a decirle al capitán que no has muerto aquí dentro. Necesita saber que ha pagado su deuda, no que ha incurrido en otra todavía mayor. Está en el fuerte Decatur, donde le han arreglado la nave y está esperando para despegar y salir de la ciudad. Y sabe que tu hijo está aquí dentro. Me lo dijo cuando le di el mensaje de Minnericht.

Los hombros de Swakhammer se encogieron, y produjo un sonido extraño, como si estuviera intentando respirar a través de un torso lleno de alquitrán. Al final, sonó casi como un gimoteo, y a Briar se le partió el corazón. Se suponía que Jeremiah Swakhammer no debía producir ese tipo de sonidos.

—Se está muriendo —dijo—. Oh, cielos, Lucy, sacadlo de aquí. Llevadlo a ese médico chino. Te doy las gracias, y juro que volveré a verte pronto.

—Vamos —dijo Lucy, que ni siquiera se molestó en cerrar la rejilla de hierro; tan solo tiró de una palanca sobre su cabeza. El ascensor comenzó a descender. Mientras los que lo ocupaban desaparecían centímetro a centímetro, Lucy dijo de nuevo:

—Siempre habrá un sitio para ti entre nosotros, en las criptas, si lo quieres. En caso contrario, ha sido todo un honor luchar a tu lado, Wilkes.

Y a continuación el engranaje de cables y cadenas los apartó de su vista.

Briar estaba sola con su hijo.

La enorme arma era casi demasiado para él. Trataba de no dejarse vencer por ella, aunque se le doblaban las rodillas y le quemaba la nuca a causa del metal, que estaba cada vez más caliente.

En la base, al pie del hueco del ascensor, algo se detuvo.

Briar y Zeke oyeron a Lucy gritar órdenes; estaban sacando a Swakhammer del ascensor y adentrándolo en las entrañas de los niveles más subterráneos. Briar deseó con todas sus fuerzas que hubiera un carro en algún sitio; y que Lucy consiguiera llevarlo a algún lugar donde pudieran ayudarlo.

Con un crujido de cables y cadenas, el ascensor comenzó a elevarse de nuevo, hacia Briar y Zeke.

Contuvieron el aliento y se dispusieron a saltar adentro.

Briar y Zeke sostenían a Daisy entre los dos, y cuando el ascensor apareció, la echaron a la plataforma y saltaron tras ella. Cuando estuvieron a bordo, el ascensor siguió elevándose, lento pero seguro, recortando en segmentos los pisos. Briar giró el arma y la apoyó sobre su extremo posterior.

Un gatillo grande como un pulgar humano sobresalía de la sección inferior.

El artefacto entero bullía de energía acumulada, listo para que lo disparasen.

—Tápate los oídos, Zeke —dijo Briar—. Y lo digo muy en serio. Tápatelos bien. Esto aturdirá a los podridos, pero solo durante unos minutos. Tendremos que actuar con rapidez.

Apartándose tanto del arma como pudo, Briar aguardó hasta que el piso superior comenzó a ser visible, y después apretó el gatillo.

El estallido retumbó e inmediatamente se desvaneció. Comprimido por el eje, resonó y rebotó y estalló, trazando un curso de arriba abajo y derramándose por todos los pisos en una serie de ondas que podrían haber ampliado su poder, o que podrían haberlo dispersado. El ascensor se sacudió, los cables que lo sujetaban se tensaron y protestaron, y por un cegador instante Briar temió que fuera demasiado. Temió que el ascensor no pudiera soportar la tensión y que ambos cayeran hacia su muerte.

Pero el ascensor resistió, y siguió ascendiendo hacia las tinieblas del enésimo habitáculo sin iluminación.

Zeke estaba aturdido, tanto como lo estuvo Briar la primera vez que oyó a Daisy. Pero su madre lo levantó mucho más fácilmente de lo que había levantado el arma, y lo empujó fuera de la plataforma, hacia una puerta.

Sin saber qué había tras ella, Briar la abrió enseguida, arrastrando al tambaleante muchacho tras ella y apuntando con su Spencer, trazando un amplio arco que comprendió todo el horizonte.

Las relucientes burbujas anaranjadas de una docena de hogueras sembraban las calles, y alrededor de cada una de ellas había un anillo de espacio vacío. Nadie le había dicho a Briar que los podridos se mantenían bien alejados del fuego, pero parecía lógico, de modo que no se le antojó extraño o curioso.

Unos hombres enmascarados habían encendido las hogueras, y también se ocupaban de mantenerlas vivas. No parecían importarles demasiado los combates que seguían produciéndose bajo la estación. Esos hombres estaban conmocionados, pero

se estaban recuperando. También ellos habían oído a Daisy, y supieron lo que era cuando la oyeron. Estaban lo bastante lejos, aquí arriba, y resguardados en parte gracias al sonoro chisporroteo de las hogueras, de modo que solo unos pocos habían llegado a caer al suelo. Algunos sacudían la cabeza o se tapaban las orejas, tratando de ahuyentar el abrumador poder del Deslumbrante Aturdidor del doctor Minnericht.

Briar no sabía que estarían allí, pero, de haberlo sabido, probablemente habría disparado a Daisy igualmente. Después de todo, los vivos se recuperaban antes que los muertos.

Briar vio una coleta, y después otras dos o tres sobresaliendo de las partes posteriores de algunas máscaras. El barrio chino estaba cerca de la estación, junto al muro; y estas personas vivían aquí, y defendían sus calles para tratar de protegerse a sí mismas.

Ni uno solo de ellos prestó atención a Briar, ni a Zeke.

—Suelta el arma —le dijo Briar.

—Pero…

—No tendremos oportunidad de usarla de nuevo. Tardará demasiado en cargarse, y solo hará que vayamos más despacio. Bien —dijo, porque se le ocurrió de repente que no tenía ni idea de dónde estaba—, tenemos que encontrar ese fuerte. ¿Sabes dónde está?

Briar apenas veía nada a causa del humo y la Plaga, y quería preguntarle a alguien cómo llegar al fuerte, pero todos aquellos hombres, tremendamente ocupados en mantener con vida los fuegos, ni miraron en su dirección cuando gritó pidiéndoles ayuda. Dudaba que hablaran inglés.

Zeke la tiró del brazo.

—No está lejos de aquí. Sígueme.

—¿Estás seguro? —Briar no parecía dispuesta a seguirlo, pero Zeke la cogió de la mano y tiró de ella.

—Sí, estoy seguro —dijo—. Aquí es donde Yaozu me trajo, y recuerdo este sitio por mis mapas. Vamos. Está al otro lado de la calle, por aquí. Las hogueras son de gran ayuda —añadió—. ¡Puedo ver por dónde voy!

—Vale —dijo Briar, y dejó que la alejara de las hogueras y de los chinos armados hasta los dientes con sus máscaras y sus palas.

Zeke tomó el recodo más próximo y se detuvo de repente.

Briar chocó con su espalda, haciéndolo avanzar un par de pasos sobre un pequeño mar de podridos. Todos estaban echados en el suelo, pero algunos de ellos comenzaban a dar las primeras sacudidas tentativas que los despertarían del todo. Había docenas agolpadas allí, y puede que cientos más tras ellos, más allá, donde la oscuridad y la Plaga ya no les permitían ver nada.

—No te pares —dijo Briar, y se puso por delante—. Tenemos menos de un

minuto. Por todos los cielos, Zeke, ¡corre!

Zeke no la contradijo, y no vaciló; echó a correr tras ella, saltando sobre los cuerpos, buscando la calle que había debajo de ellos, cuando podía. Briar siguió avanzando en la dirección que Zeke le había indicado, y para dar ejemplo pisoteaba todas las cabezas y torsos que se interponían en su camino. Tropezó en una ocasión, al pisar una pierna que rodó bajo ella como el tronco de un árbol, pero Zeke la ayudó a no perder el equilibrio, y pronto abandonaron esa calle y su legión de cadáveres enojados e inmovilizados.

—A la derecha —dijo Zeke.

Briar aún estaba al frente, de modo que abría el camino y seguía las indicaciones de Zeke al mismo tiempo. El olor dentro de su máscara era un elixir de miedo y esperanza, de caucho y cristal y carbón. Lo respiró profundamente, porque no tenía elección; estaba jadeando, y había olvidado lo difícil que era correr y respirar al mismo tiempo con la cabeza atrapada bajo el artefacto. Zeke también jadeaba, pero era más joven, y, a su manera, más fuerte.

Briar no sabía si lo era realmente, pero desde luego así lo esperaba.

El tiempo que habían comprado con Daisy estaba consumiéndose ya; y aunque no fuera así, se estaban alejando tanto del lugar de la detonación que los podridos no lo habrían oído, y no los habría detenido.

Dos calles más, y otra carrera.

Zeke se detuvo y trató de orientarse.

—Por favor, dime que no estamos perdidos —rogó Briar. Se acercó al muro más próximo y pegó la espalda en él, indicándole a Zeke que hiciera lo mismo.

—No estamos perdidos —dijo Zeke—. No. Allí está la torre, ¿la ves? Es la cosa más alta que hay por aquí. Y el fuerte estaba por ahí. Estamos justo encima, más o menos.

Tenía razón. Se abrieron paso a tientas por la calle, que se encontraba sumida en tinieblas y bañada en la Plaga, hasta que dieron con la puerta principal, cerrada con cerrojo desde dentro. Briar le dio un golpe, sabiendo que se arriesgaba a atraer atenciones no deseadas, pero sabiendo también que debía correr ese riesgo. Tenían que entrar, porque los podridos se acercaban. Briar ya podía oírlos, aproximándose, y ya no podían correr más.

La bolsa que colgaba a lo largo de su pecho y que golpeaba su cadera era peligrosamente ligera, y no se atrevía a mirar cuánta munición le quedaba. La respuesta era «no mucha», y mucho se temía que eso ya bastaba para provocarle náuseas, sin necesidad de conocer más detalles.

Zeke se unió a ella, y golpeó la puerta con puños y pies.

Entonces, del otro lado de la puerta llegó el sonido de cosas pesadas que se apartaban y se echaban al suelo. Las filas de maderos que conformaban las paredes y

las puertas del fuerte comenzaron a moverse, y la grieta entre los maderos se abrió lo suficiente para que cupieran una mujer y un muchacho, justo antes de que la primera avanzadilla de podridos tomara la esquina y cargara.

Capítulo 28

Briar reconoció a los hombres por sus siluetas antes incluso de ver sus rostros.

Fang, un hombre pequeño y perfectamente inmóvil.

El capitán Cly, un gigante a quien nadie jamás habría confundido con ningún otro hombre.

La luz no inundaba el complejo amurallado, pero se filtraba lo bastante para poder ver. Había linternas repartidas a la manera china, atadas con cuerdas, iluminando el camino desde las alturas. Dos hombres trabajaban con una herramienta que escupía fuego y chispas, y un tercero bombeaba un generador de vapor que jadeaba y expulsaba nubes calientes, sellando las fisuras abiertas de la Naamah Darling.

La nave sorprendió a Briar, no había sido capaz de verla a través del aire espeso como la miel, pero ahí estaba: casi majestuosa, a pesar de sus numerosos parches.

Le dijo a Cly:

—Creía que no ibais a volver por un tiempo.

—No pretendía hacerlo… —dijo el otro. Señaló con el dedo a otro hombre, que les daba la espalda y contemplaba las reparaciones en curso—. Pero el viejo Crog se metió en un lío.

—¿Que me metí en un lío? —El capitán se dio media vuelta; parecía tan enojado que Briar vio cómo enrojecía su rostro incluso a través de su máscara—. No me metí en ningún lío. ¡Un idiota hijo de perra se marchó con la Cuervo Libre!

—Hola, eh… capitán Hainey —dijo Briar—. Lamento mucho oír eso.

—Tú lo lamentas, yo lo lamento, y todos los hijos de Dios lo lamentan —dijo con furia—. La nave más poderosa en kilómetros a la redonda. ¡La única nave de guerra que alguien logró robar de cualquiera de los dos bandos, y han tenido las narices de robármela a mí! Y tú no sabes la suerte que tienes —dijo, señalando con el dedo a Briar.

—Lo sé, lo sé. Últimamente soy muy consciente de eso —le dijo Briar—. ¿Y por qué?

—Ahora que me han robado la Cuervo Libre —respondió Hainey—, no podría sacarte afuera, y solo Dios sabe con quién te habrías tenido que contentar. Pero este capullo dijo que me ayudaría a recuperarla, así que aquí estamos.

—Como ves —añadió Cly—, a Crog no le fue muy bien, pero me alegra que al menos tú pudieras salir. Sufrimos algunos daños —dijo, inclinando la cabeza para referirse a los trabajadores, que habían abandonado sus herramientas y se deslizaban por cuerdas que descendían por un costado de la nave—. Podrías preguntarle a tu chico qué pasó. ¿Qué coño hacías a bordo de la Cuervo Libre? He estado intentando averiguarlo desde que comprendí quién eras.

Zeke, que había mantenido la boca cerrada con la esperanza de que no le prestaran atención, dijo tímidamente:

—Me dijeron que la nave se llamaba Clementine. Y solo estaba intentando volver a las Afueras. Fue idea de la señorita Angeline. Dijo que me sacarían y me dejarían en las Afueras. No sabía que era una nave robada, ni nada —murmuró.

—Bueno, pues es una nave robada. Yo la robé primero, y como es debido. La reparé. La convertí en un pájaro espléndido. La convertí en la Cuervo Libre, y es mía porque yo la reconstruí, vive Dios.

—Lo siento mucho —dijo Zeke en voz baja.

—Así que fue Angeline quien te llevó allí, ¿eh? Pero ella nos conoce a la mayoría de nosotros —dijo Cly, arañando con gesto ausente un punto en el que su máscara no era lo bastante holgada para ajustarse cómodamente por encima de su oreja—. No creo que te metiera en una nave cuyo capitán no conocía.

—Dijo que lo conocía —explicó Zeke—. Pero creo que no lo conocía demasiado bien.

—¿Y dónde está? —casi gritó Croggon Hainey—. ¿Dónde está esa india loca?

—Está regresando a las criptas —dijo Briar, tratando de otorgar un cierto aire de irrevocabilidad a sus palabras—. Y creo que deberíamos ir pensando en despegar. Las cosas están bastante feas allá, en la estación, y solo van a empeorar.

—Eso no me preocupa —dijo Hainey—. Este fuerte puede bloquear prácticamente cualquier cosa. Voy a encontrar a esa mujer y…

Porque quería resultar de ayuda, Zeke dijo:

—El nombre del capitán era Brink. Era pelirrojo, con los brazos llenos de tatuajes.

Hainey se quedó muy quieto mientras asimilaba esta información, y después sus brazos se agitaron de nuevo, y volvió a golpear el aire.

—¡Brink! ¡Brink! ¡Conozco ese nombre! —Se dio media vuelta, aún pateando y golpeando todo y nada, y caminó de vuelta hacia la nave, blasfemando y profiriendo amenazas que Brink no podía escuchar.

Andan Cly contempló a su colega recorrer el patio del fuerte a amplias zancadas hasta desaparecer tras la Naamah Darling. Después, se giró hacia Briar y comenzó a decir algo. Pero ella se le adelantó.

—Capitán Cly —dijo—, sé que no planeabas volver a atravesar el muro tan pronto, pero me alegra verte igualmente. Y… —Hizo una pausa, pues no sabía cuál sería la mejor manera de formular su solicitud—. Espero poder pedirte otro pequeño favor. Puede resultarte muy rentable, y no tendrás que desviarte de tu camino.

—¿Rentable, eh?

—Totalmente. Cuando despeguemos, quiero hacer una parada en mi vieja casa. Quiero que Zeke vea dónde vivía su madre. Y, como quizá recuerdes, mi marido era

un hombre rico. Sé dónde está escondido parte de su dinero, y estoy segura de que ni siquiera los saqueadores más exhaustivos habrán logrado encontrarlo. Hay… escondites. Me encantaría compartir contigo lo que pueda sacar de allí.

Como si no hubiera oído el resto, Zeke dijo:

—¿De verdad? ¿Vas a llevarme allí? ¿Me enseñarás la vieja casa?

—De verdad —dijo Briar, aunque decirlo hizo que se sintiera más cansada de lo que cabría esperar por su edad—. Te llevaré allí, y te lo enseñaré todo. Todo —repitió —. Si el buen capitán es tan amable como para llevarnos, claro.

Croggon Hainey apareció tras el costado de la Naamah Darling, aún visiblemente furioso.

—¡Espero que Brink se lo haya pasado de puta madre con mi nave, porque cuando lo coja voy a romperle el cuello!

Cly miró a Hainey y entrecerró los ojos, un gesto que se acercaba más a una sonrisa que a un fruncimiento de ceño.

—Si existe la posibilidad de sacar beneficios —dijo—, creo que podré convencerlo para hacer una parada no prevista. Además, es mi nave. Iremos a tu casa si quieres. ¿Hay algún sitio donde podamos atracar, o al menos atar un ancla?

—Hay un árbol en el patio, un viejo roble. Ya está muerto, sin duda, pero debería de bastar para anclaros unos minutos.

—Te tomo la palabra —dijo el otro. La miró de arriba abajo, y también a Zeke, antes de decir—: Podemos despegar cuando queráis.

—Cuando esté listo, capitán —dijo Zeke, y rodeó con el brazo a su madre, lo que la sorprendió y agradó a partes iguales.

Sin duda la alegraba, pero también hacía que se sintiera un poco triste. Siempre supo que Zeke crecería algún día, pero no esperaba que sucediera tan pronto, y no estaba segura de cómo reaccionar.

Estaba infinitamente cansada, y le dolían los ojos a causa de tantos días de preocupaciones y de dormir poco, por no hablar de uno o dos golpes en la cabeza. Se apoyó en el muchacho, y, si no llevara el viejo sombrero de su padre, le habría recostado la cabeza en el hombro.

Cly echó un vistazo a su espalda, y, al ver que sus hombres habían terminado las últimas reparaciones, le preguntó a Fang:

—¿Está Rodimer a bordo de nuevo?

Fang asintió.

—Ah, Rodimer —dijo Briar—. Lo recuerdo. Me sorprende que no haya estado aquí fuera parloteando.

Sin ceremonia, Cly dijo:

—Ha muerto. Cuando chocamos, se rompió algo… dentro de él, quiero decir. Se encontró bien al principio, pero después empeoró. Y ahora… no lo sé. Supongo que

lo llevaremos a casa. Que su hermana decida qué hacer con él.

—Lo siento mucho —dijo Briar—. Me caía bien.

—Y a mí —admitió el capitán—. Pero ya no hay nada que podamos hacer. Venga, vámonos de este lugar. Estoy harto de esta máscara, y de este aire. Quiero salir de aquí. Vamos —dijo—. Es hora de volver a casa.

Y, en menos de media hora, la Naamah Darling había despegado.

Se elevó con cautela mientras el capitán comprobaba los propulsores, los depósitos, y la dirección. Ascendió bastante ligera para ser un vehículo tan grande, y pronto dejaron el fuerte bien abajo.

Croggon Hainey ocupó el asiento de Rodimer y cumplió con sus deberes de navegación en malhumorado silencio, por medio de gestos con las manos y movimientos de la cabeza. Briar y Zeke se acurrucaban juntos en el extremo más apartado del cristal frontal, ligeramente agrietado, y contemplaban la ciudad desde las alturas.

—Vamos a quedarnos dentro de la Plaga por el momento —dijo Cly—. Si subimos más, encontraremos vientos cruzados, y no quiero exponerla a ese tipo de cosas hasta que esté seguro de que está preparada. Mirad, abajo a la izquierda. ¿Veis la estación?

—La veo —dijo Briar.

Veía las aceras entrelazadas como dedos, permitiendo a los transeúntes entrar y salir del barrio en el que la estación a medio construir se erigía junto a las llanuras de barro en el límite de Seattle, junto al gran muro. Las hogueras de abajo iluminaban la escena, y los hombres que se encargaban de ellas parecían ratoncitos.

La Naamah Darling pasó quizá demasiado cerca de la torre del reloj de la estación. El rostro vacuo de un reloj grande como un dormitorio los contempló ociosamente, sin mecanismos que midieran el tiempo y sin manos que lo comunicaran. Era un fantasma de algo que nunca había llegado a ocurrir.

Por encima de las calles volaba la aeronave; los podridos las invadían. Se movían en grupos, chocando como idiotas de pared en pared, como si fueran canicas caídas de una bolsa. Briar sintió una enorme lástima por ellos, y deseó que alguien, algún día, les diera descanso de nuevo. En otro tiempo fueron personas. Merecían algo mejor.

Mientras el vehículo se elevaba aún más, junto a la colina más alta de la ciudad, Briar pensó en Minnericht, y ya no estuvo tan segura. Puede que no todos ellos se merecieran algo mejor. Pero algunos sí.

Y miró a su hijo a su pesar. Él miraba por la misma ventana, y contemplaba la misma ciudad arrasada. Sonreía, no porque le pareciera bonita, sino porque la había vencido, y ahora tendría la única recompensa que había querido. Briar lo miró mientras sonreía, tratando de que no se diera cuenta de que lo estaba mirando. Le

gustaba que sonriera, y se preguntó durante cuánto tiempo seguiría haciéndolo.

—Briar, voy a necesitar que me des algunas indicaciones —anunció el capitán Cly—. Sé que vivías en esta colina, pero no sé dónde exactamente.

—Por allí —apuntó Briar—. Por Denny, colina arriba, a la izquierda. La casa grande —dijo.

Se erigía más allá del manto sórdido de pesado gas como un diminuto castillo; gris y de rebordes afilados, aferrándose a las laderas de la colina como un percebe a un barco. Briar podía ver la torre plana y la balaustrada, y los flecos de jengibre que adornaban los bordes de los canalones. Los pocos colores que la casa conservaba de los viejos tiempos bastaban para iluminarla en la oscuridad.

La fachada exterior estuvo pintada en otro tiempo de un matiz grisáceo de lavanda, porque ese era el color favorito de Briar. Incluso le había confesado, únicamente a Levi, que siempre le había gustado Heather[2] como nombre, y que deseaba que a sus padres se les hubiera ocurrido ponérselo. Pero Levi le había dicho que su casa podía ser de ese color, y que quizá, si llegaban a tener una hija, Briar podría ponerle el nombre que le viniera en gana.

Esa conversación la atormentaba. Era un recuerdo áspero y afilado, como si se hubiera congelado y quedado atascado en su garganta.

Miró de nuevo a Zeke por el rabillo del ojo. En aquel entonces ni siquiera sospechaba que llegaría a existir. Habían pasado tantas cosas antes incluso de que pensaran en concebirlo… y, cuando llegó a entender por qué se sentía tan mal, y por qué tenía ese apetito por cosas tan extrañas… estaba en las Afueras, tras enterrar a su padre por segunda vez. Vivía de la cubertería que había sacado de casa de Levi, vendiéndola pieza a pieza para sobrevivir mientras se levantaban muros alrededor de la ciudad a la que una vez llamó hogar.

—¿Qué? —Zeke la descubrió mirándolo—. ¿Qué pasa?

Briar soltó una risilla nerviosa tan insignificante que podría haberse confundido con un sollozo.

—Solo pensaba. Si hubieras sido una niña, íbamos a llamarte Heather. —Después, se dirigió a Cly—: Ahí está el árbol. ¿Lo ves?

—Lo veo —dijo él—. Fang, coge uno de los ganchos, ¿quieres?

Fang desapareció tras la bodega.

Al otro lado, un panel retrocedió, y rodearon con la cuerda lastrada la copa del árbol muerto hace tanto tiempo. Briar podía verlo desde la ventana, veía cómo sus ramas se habían roto y habían caído; sin embargo, cuando tiraron de la cuerda, no cedió. La Naamah Darling se tambaleó, y vaciló, pero quedó anclada.

Junto al árbol, una escala de cuerda se desenrolló y cayó hasta quedar a apenas un par de metros del suelo.

Fang regresó al panel de mando.

—Eso no nos da demasiado tiempo —dijo Cly—, pero aguantará unos minutos.

El capitán Hainey, que había asumido a regañadientes las labores del primer oficial, preguntó:

—¿Necesitáis ayuda?

Briar entendió lo que quería decir en realidad, y dijo:

—¿Nos podríais dejar solos un rato? Después venid dentro, y os ayudaré a encontrar el oro que aún quede. Tú también, capitán Cly. Te debo mucho, así que todo lo que encuentres ahí abajo es tuyo.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Hainey.

—¿Diez minutos? —dijo Briar—. Quiero buscar algunos efectos personales, eso es todo.

—Que sean quince —le dijo Cly—. Lo ataré si no queda más remedio —añadió.

—Me gustaría verte intentarlo —dijo Hainey.

Y Cly replicó:

—Ya me lo supongo. Pero, por ahora, démosle a la señorita el tiempo que necesita, ¿vale? Venga, antes de que los podridos se den cuenta de que no todo el jaleo se concentra en la estación y tomen las colinas de nuevo.

Zeke no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Fue hacia la compuerta y la escala de cuerda, y antes de que Briar pudiera alcanzarlo, Cly se había levantado de su puesto, la había cogido con suavidad del brazo y le decía:

—¿Están bien tus filtros?

—Sí, lo están.

—¿Hay algo…? ¿Alguna cosa…?

Fuera lo que fuera lo que quería preguntar, Briar no tenía tiempo para eso, y se lo dijo:

—Iré con él, ¿vale?

—Lo siento —dijo Cly, y la soltó—. Necesitas algo de luz, ¿no?

—Ah, sí. Gracias.

Cly le entregó un par de linternas y algunas cerillas, y Briar le dio las gracias. Metió la muñeca por las asas de las linternas y las sostuvo con el antebrazo para poder aferrarse sin problema a la escala de madera.

Instantes después estaba en el patio de su antigua casa.

La hierba estaba tan muerta como el viejo roble, y el patio solo era barro y una capa gastada y seca de lo que quedaba de la hierba seca y las flores muertas. La misma casa había adquirido un matiz amarillento de gris pardo, como todo lo demás que llevaba dieciséis años expuesto a la Plaga. Alrededor del porche, donde antes crecían los rosales, solo quedaban restos esqueléticos y quebradizos de flora envenenada.

Dejó las linternas en el suelo del porche y encendió las cerillas.

La puerta delantera estaba abierta. Junto a ella, una ventana estaba rota. Si lo había hecho Zeke, Briar no le había oído, pero habría resultado muy sencillo para cualquiera abrir desde dentro y entrar sin mayores problemas.

—Madre, ¿estás ahí?

—Sí —dijo ella, en voz no muy alta.

No podía respirar, y no era por la máscara.

Dentro, las cosas no estaban tal como las había dejado, pero por poco. Había entrado gente, eso estaba claro. Había cosas rotas, y habían saqueado los objetos más apetitosos a primera vista. Había un jarrón de tramado japonés, azul y blanco, en pedazos en el suelo. Habían arrasado el armario de la porcelana, y todo lo que contenía o no estaba o estaba destrozado. Bajo sus pies, la alfombra oriental tenía los extremos retorcidos, a causa de los que la habían levantado para mirar debajo; y había muchas pisadas sucias en el suelo, por todo el recibidor y en la cocina, y también en la sala de estar, donde estaba Ezekiel, de pie, mirándolo todo, queriendo asimilarlo todo de una vez.

—Madre, ¡mira este sitio! —dijo, como si Briar no lo hubiera visto antes.

Mientras le entregaba una linterna, Briar dijo:

—Ten, toma una luz para que veas algo.

Ahí estaba el sofá de terciopelo, cubierto de una capa de polvo tan gruesa que resultaba imposible asegurar cuál era su color original. El piano con la partitura aún en su sitio, listo para que lo tocaran. Y allí, sobre la puerta, una herradura que nunca le había dado buena suerte a nadie.

Briar contempló la sala de estar y trató de recordar qué aspecto tenía hace dieciséis años. ¿De qué color era ese sillón? ¿Y la mecedora de la esquina? ¿Tuvo en otro tiempo un chal o un echarpe por encima?

—Ezekiel —susurró.

—¿Mamá?

—Hay algo que quiero enseñarte.

—¿El qué?

—En el piso de abajo. Tengo que enseñarte el lugar donde ocurrió todo, y cómo ocurrió. Tengo que enseñarte la Boneshaker.

El rostro de Zeke se iluminó de inmediato. Resultó obvio incluso detrás de la máscara.

—¡Sí! ¡Enséñamelo!

—Por aquí —dijo Briar—. Quédate cerca. No sé si el suelo aguantará.

Mientras lo decía, vio una de las viejas lámparas de aceite colgando del muro, como si nunca se hubiera marchado. El recipiente de cristal estaba intacto, sin una sola grieta o mancha. Cuando caminó junto a él, la luz de su barata linterna industrial parpadeó, iluminando la vieja lámpara y haciendo que pareciera cobrar vida

brevemente.

—Las escaleras están por aquí —dijo Briar, y le dolieron las piernas solo de pensar en más escaleras; pero abrió la puerta con las puntas de los dedos, y las bisagras crujieron con un familiar soniquete. Estaban oxidadas, pero aguantaban, y cuando se abrió la puerta chirriaron produciendo exactamente las mismas notas que antes.

Zeke estaba demasiado emocionado para hablar. Briar lo notaba en la manera en que caminaba nerviosamente tras ella, y en su perenne sonrisa bajo la máscara, y en los jadeos rápidos y ansiosos que silbaban a través de los filtros, rápidos como los de un conejo.

Briar sintió la necesidad de explicarse.

—Hubo un concurso, hace años. Los rusos buscaban una manera de extraer oro del hielo del Klondike. Tu padre ganó, así que le pagaron para que construyera una máquina que pudiera taladrar treinta metros de hielo. —A cada peldaño que descendía, añadía un nuevo dato a su historia, tratando de frenar su descenso, a pesar de que seguía adelante—. El hielo casi nunca se derrite por allí, supongo, y la minería es un negocio difícil. Le dieron a Levi seis meses para construirla y mostrársela al embajador cuando viniera a visitar la ciudad, pero dijo que iba a probar el motor del taladro antes de que se cumpliera el plazo, porque había recibido una carta donde le pedían que lo hiciera.

Llegó al sótano.

Levantó la linterna y dejó que la luz llenara la estancia. Ezekiel fue a su lado.

—¿Dónde está? —preguntó.

Los haces de la linterna de Briar iluminaron una habitación en su mayor parte vacía, repleta de lonas tiradas que en otro tiempo cubrieron máquinas y artefactos.

—Aquí no. Esto no es el laboratorio, solo el sótano. Aquí solía almacenar todas las cosas en las que estaba trabajando mientras esperaba que alguien las comprara, o mientras trataba de decidir qué iba a hacer con ellas.

—¿Qué pasó con todas esas cosas?

—Supongo que el doctor Minnericht se llevó todo lo que pudo. La mayoría de lo que vi en la estación, o al menos muchas de las cosas que vi, procedían de aquí. Esas cosas tan hermosas… ¿las viste? Funcionaban con electricidad, o Dios sabe con qué. ¿Viste el arma de Minnericht? ¿La de tres cañones? Nunca había visto una de esas aquí abajo, pero recuerdo haber visto planos para construirla. Estaban en ese escritorio.

Había un mueble alargado y achaparrado pegado a la pared. Estaba completamente desnudo, sin un solo papel o pedazo de lápiz en su superficie.

—Minnericht, o Joe Foster, o quien fuera… parece que se llevó todo lo que no estaba atornillado al suelo. Al menos, se llevó todo lo que vio. Todo lo que pudo

mover. Pero no habría podido mover esa endemoniada Boneshaker, aunque hubiera llegado a encontrarla.

Abrió el estante superior derecho y deslizó los dedos bajo un panel oculto, donde pulsó un botón.

Con un crujido, apareció un marco de puerta en la pared.

Zeke corrió hacia ella.

—Ten cuidado —le advirtió su madre—. Deja que te lo enseñe. —Fue hacia la forma rectangular y recorrió con las manos la depresión recién revelada. Presionó el panel en un cierto punto, y aquel se retiró, deslizándose con un chirrido, para descubrir otro tramo de escaleras.

—Bueno —dijo Briar. Levantó la linterna por encima de su cabeza e iluminó con ella la estancia—. Parece que el techo ha aguantado.

Pero, al parecer, había sido lo único.

Parte del muro y todo el suelo habían desaparecido por completo. Cables gruesos como dedos colgaban partidos en dos del techo, y yacían desperdigados entre montones de escombros, que había apartado de su camino con facilidad la máquina gigante que sobresalía de las profundidades subterráneas de la colina, asomando su lomo en el viejo laboratorio.

La Boneshaker estaba intacta, cubierta por los escombros que ella misma había generado con tanta eficiencia. Estaba en el mismo centro de la habitación, como si estuviera enraizada allí.

Las linternas no bastaban para ahuyentar las tinieblas, pero Briar podía ver los paneles de acero arañados entre los restos de mampostería, y los gigantescos taladros aún alzados, como las pinzas de un monstruoso cangrejo. Solo dos de los cuatro taladros estaban a la vista.

El motor taladrador, más que romper, había desintegrado prácticamente tres largas mesas que relucían con fragmentos de cristal. Había abatido y demolido estantes y gabinetes enteros; todo con lo que había entrado en contacto, por superficialmente que hubiera sido, se había astillado en mil pedazos.

—Es increíble que no destruyera la casa entera —susurró Briar—. Te lo aseguro, hubo un momento en que pensé que lo haría. —Incluso a través de la máscara, el aire estaba viciado, y era frío, y estaba repleto del polvo, el moho y la Plaga acumulados durante dieciséis años.

—Sí —dijo Zeke, que parecía estar de acuerdo con cualquier cosa que dijera su madre.

A primera vista, parecía que la máquina estaba tendida de costado, pero solo era una ilusión producida por las proporciones de la estancia. Estaba boca arriba, y un tercio de su masa sobresalía del suelo. Sus taladros, cada uno del tamaño de un poni, habían triturado todo lo que había cerca de ellos; a Briar le recordaban a tenedores

enormes acumulando espagueti en un plato. Y aunque el óxido había erosionado los filos, seguían pareciendo terroríficos, como algo salido del averno.

Briar tragó saliva. Zeke se agachó un poco, como si fuera a saltar, pero Briar se lo impidió con un gesto.

—¿La ves, ahí arriba, una cúpula de cristal grueso, con forma de bala?

—Sí.

—Ahí es donde se sentaba para conducirla.

—Quiero sentarme. ¿Puedo? ¿Aún se puede abrir? ¿Crees que sigue funcionando?

Zeke saltó antes de que su madre pudiera impedírselo, aterrizando en los peldaños al borde de la estancia repleta de escombros.

—¡Espera! —dijo Briar, y fue tras él—. Espera, ¡no toques nada! Hay cristales por todas partes —advirtió. La linterna que sostenía todavía se balanceaba a causa de su salto, de modo que parecía como si la habitación polvorienta y medio derruida estuviera llena de estrellas.

—Tengo los guantes puestos —dijo Zeke, y comenzó a trepar, en un ascenso que lo llevaría junto a los taladros, hasta coronar el asiento del piloto.

—Espera —dijo Briar, imperiosa y urgentemente.

Zeke se detuvo.

—Deja que te lo explique, antes de que me pidas que lo haga.

Briar bajó las escaleras y trepó tras él, sobre los montones de escombros y rocas y lo que quedaba de los muros que envolvían a la Boneshaker como el caparazón de una langosta.

—Me juró que fue un accidente —dijo Briar—. Dijo que hubo un problema con la dirección y la propulsión, que la cosa se le escapó de las manos. Pero, como puedes ver, dejó la máquina aquí de nuevo, en el sótano, cuando terminó con ella.

Zeke asintió. Se arrodilló y apartó toda la arenilla y el polvo que pudo con las manos, descubriendo más porciones de la armadura de acero con sus bordes dentados del tamaño de puños.

—Me juró que no sabía qué pasó con el dinero porque no lo cogió, y me juró que nunca tuvo intención de hacerle daño a nadie. Y, lo creas o no, durante un par de días pudo esconderse aquí. Nadie sabía exactamente adónde había ido la máquina. Al principio, nadie sabía que la había traído de vuelta a casa, como si empujara un carrito.

»Pero entonces, tu abuelo vino a buscarlo. Es decir, todos estaban buscándolo, pero si alguien sabía adónde había ido Levi, sería yo, así que aquí es donde vino.

»No había hablado con él desde que me marché para casarme. A mi padre nunca le gustó Levi. Creía que era demasiado mayor para mí, y supongo que tenía razón. Pero, sobre todo, creía que Levi no era un buen hombre, y supongo que también tenía

razón acerca de eso. Así que, la última vez que hablé con tu abuelo, lo llamé mentiroso por decir que mi marido era un criminal; y le mentí en su cara cuando le dije que no sabía dónde estaba. Pero estaba aquí mismo, en este laboratorio.

—Ojalá hubiera llegado a conocerlo —dijo Zeke—. A tu padre, quiero decir.

Briar no sabía cómo responder a eso, y la respuesta que no encontraba se atascó en su garganta hasta que logró decir:

—Ojalá lo hubieras conocido, sí. No era siempre un hombre afectuoso, pero creo que le habrías gustado. Creo que habría estado orgulloso de ti.

Después, se aclaró la garganta y dijo:

—Pero para él fue horrible, la última vez que nos vimos. Lo eché a patadas, y nunca volví a verlo con vida. —Añadió, más para sí misma que hablándole a Zeke—: Y pensar que fue Cly quien lo trajo a casa. Realmente, este mundo es un pañuelo.

—¿El capitán Cly?

—Sí, el capitán Cly, aunque entonces era más joven, y no era capitán, imagino. Puede que te lo cuente cuando volvamos a la nave. Te contará cómo ocurrió en realidad la fuga de la prisión, dado que siempre has tenido tantas ganas de saberlo. Si alguien puede contarte cómo pasó todo en realidad, es él, porque estuvo allí.

»Pero, esa noche, más tarde, cuando mi padre vino aquí buscando a Levi, bajé al laboratorio, aunque sabía que no debía. Tu padre se enfadó bastante, y dijo que no debía bajar allí sin su permiso. Pero bajé y entré cuando no miraba. Estaba bajo esa cúpula, trabajando con llaves o tuercas, con la espalda sobresaliendo y la cabeza enterrada en las entrañas de la Boneshaker. Así que no me vio.

Zeke comenzaba a trepar hacia el panel del piloto, hacia esa burbuja de cristal que era más grueso que el ancho de la palma de su mano. Alzó su linterna por encima de la cabeza tanto como pudo y miró a través de la superficie arañada.

—Hay algo dentro.

Briar siguió hablando más rápido:

—Abrí la puerta del laboratorio, y justo allí había un montón de bolsas en las que ponía «Primer Banco Escandinavo». Allí, donde está esa mesa partida en dos, había varios sacos, puestos en fila y repletos de dinero.

»Me quedé quieta, pero me vio igualmente. Se enderezó en ese asiento y me miró como si no me conociera de nada, y empezó a gritar. Me dijo que me fuera, pero, cuando se dio cuenta de que también había visto el dinero, intentó otra cosa: admitió que lo había robado, pero me dijo que no sabía nada del gas. Juró que había sido un accidente.

—¿Qué pasó con el dinero? —preguntó Zeke—. ¿Aún queda algo por aquí? —Inspeccionó lo que quedaba en pie de la estancia, y, al no ver nada, comenzó a escalar hacia el asiento de la Boneshaker.

Briar continuó:

—Ya había escondido la mayoría. Lo que vi fue solo una pequeña parte que no había escondido aún. Me llevé un poco cuando me marché, y aproveché cada centavo. Así era como comíamos cuando eras pequeño, antes de que empezara a trabajar en la planta de tratamiento de aguas.

—¿Y el resto?

Briar suspiró profundamente.

—Lo escondí en el piso de arriba.

Y añadió, rápidamente, antes de que Zeke tuviera oportunidad de verlo por sí mismo:

—Levi intentó convencerme de que huyéramos juntos y empezáramos de nuevo en otro sitio, pero yo no quería ir a ningún otro sitio. Y, de todos modos, era evidente que había estado haciendo planes para huir sin mí. Empezó a gritar, y yo estaba enfadada, y estaba asustada. Y en esa mesa, en la que solía estar allí, vi uno de los revólveres que estaba intentando convertir en algo más grande y más extraño.

—¡Madre!

Briar no dejó que la interjección la detuviera.

—Lo cogí —dijo—, y le apunté con él, y se rió de mí. Me dijo que fuera arriba y que cogiera todo lo que quisiera llevarme, porque nos íbamos a marchar en la Boneshaker, que nos marchábamos de la ciudad en una hora. Si prefería, podía quedarme aquí y morir como todos los demás. Y me dio la espalda; se puso a trabajar de nuevo en la máquina, como si yo no estuviera allí. A él nunca le importé una mierda —dijo, como si acabara de ocurrírsele—. Creía que era joven y tonta, y lo bastante bonita para no desentonar en su salón. Creía que no tenía arreglo. Pues se equivocaba.

Zeke estaba tan cerca del cristal que, cuando levantó la linterna e iluminó el interior de la cúpula, vio una silueta allí.

—Madre —dijo.

—Y no estoy diciendo que me amenazara, ni que intentara pegarme. No ocurrió nada de eso. Lo que pasó fue que entró de nuevo en la Boneshaker, y yo me acerqué a él por la espalda, y le disparé.

La mano de Zeke había encontrado una palanca junto a su rodilla. Extendió el brazo hacia ella, y vaciló.

—Adelante —dijo Briar—. Mira dentro, o pasa el resto de tu vida preguntándote si Minnericht te decía la verdad.

Zeke echó otro vistazo a la puerta, donde Briar estaba, inmóvil, con su linterna; y después empujó la palanca y la puerta se retiró. La cúpula de cristal siseó sobre un par de goznes y comenzó a elevarse.

En el interior había una momia sentada, inclinada hacia delante y con el rostro estampado en los controles.

Le faltaba la parte posterior de la cabeza, aunque aquí y allá se veían pedazos de ella, pegados al interior del cristal, y desparramados en el panel de control. Esos pedazos estaban negros y grises, pegados a dondequiera que hubieran caído. El cadáver seco estaba vestido con un guardapolvo de color claro y guantes de cuero que le llegaban hasta los codos.

Briar dijo, en voz más baja, y más lentamente:

—Ni siquiera puedo decir que estaba protegiéndote. Tardé unas semanas en saber que iba a tenerte, así que no puedo usar esa excusa. Pero así fue. Lo maté —dijo—. Si no fuera por ti, supongo que no habría importado. Pero estás aquí, y eres mi hijo, y también su hijo, te mereciera o no. Y, me guste o no, eso tiene importancia.

Aguardó, expectante por saber qué haría su hijo a continuación.

En el piso de arriba, oyeron el sonido de pisadas que recorrían la sala de estar. El capitán Cly gritó:

—Wilkes, ¿estáis ahí?

—¡Estamos aquí abajo! —gritó ella—. ¡Danos un segundo, enseguida subimos!

Después, Briar dijo:

—Di algo, Zeke. Te lo ruego, muchacho. Di algo.

—¿Qué puedo decir? —preguntó él, y pareció que realmente no sabía qué decir.

—Di que no me odias —dijo Briar—. Di que lo entiendes, y, si no lo entiendes, di que no pasa nada. Di que te he contado lo que siempre te preguntaste, y que ahora ya no puedes acusarme de ocultarte nada. Y, si no puedes perdonarme, ¡por todos los cielos, dímelo! Dime que te he hecho daño, igual que se lo hice a él hace años. Dime que no lo entiendes, y que desearías haberte quedado con Minnericht en su guarida. Dime que no quieres volver a verme, si es lo que sientes. Di lo que tengas que decir, pero di algo, por el amor de Dios.

Zeke le dio la espalda y contempló de nuevo la burbuja de botones, palancas y luces. Miró el cuerpo consumido cuyo rostro nunca vería. Después, extendió la mano hacia la cúpula de cristal y la bajó hasta que quedó enganchada y bien cerrada.

Se dejó caer por el costado de la enorme máquina y se detuvo a un par de metros de su madre, que estaba demasiado aterrorizada para llorar, aunque era lo que más deseaba.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Zeke.

—¿Ahora?

—Sí. ¿Qué hacemos ahora?

Briar tragó saliva, y soltó por fin su férrea presa sobre la cinta de la bolsa. Quiso saber:

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es, ¿cogemos todo lo que encontremos en la casa, y volvemos a las Afueras?

—¿Es que crees que quizá deberíamos quedarnos aquí? ¿Es eso?

—Es lo que te estoy preguntando. ¿Crees que podemos volver a las Afueras después de todo esto? Llevas días fuera; supongo que yo también. Quizá deberíamos coger el dinero que quede y averiguar si el capitán quiere llevarnos al este. La guerra no puede continuar para siempre, ¿no? Quizá si vamos lo bastante hacia el norte, o lo bastante hacia el sur… —La idea se desvaneció, y también su enumeración de sugerencias—. No lo sé —concluyó.

—Yo tampoco.

—Pero no te odio —añadió Zeke—. No puedo. Viniste aquí para buscarme. Y a nadie más en todo el mundo le importo tanto como para intentarlo.

Los ojos de Briar se llenaron de lágrimas, y trató de limpiárselas, y de secarse la nariz, pero olvidó que llevaba máscara.

—Vale. Bien. Muy bien. Me alegra que digas eso.

—Vámonos de aquí —dijo Zeke—. A ver qué podemos encontrar arriba. Y después… después… ¿qué quieres hacer?

Briar rodeó con el brazo la cintura de su hijo y lo abrazó con fiereza mientras subían las escaleras el uno junto a la otra.

En el piso de arriba, se oía a los piratas aéreos rebuscando en los estantes, vitrinas, y armarios.

—Vamos a echarles una mano —dijo Briar—. Hay una caja fuerte en el suelo del dormitorio, bajo la cama. Siempre pensé que terminaría volviendo a por ella algún día, aunque no sabía cuánto tiempo tardaría en hacerlo. —Sorbió por la nariz, y pareció casi feliz—. De todos modos, estaremos bien, ¿no?

—Seguro que sí.

—Y sobre qué vamos a hacer ahora… —Briar se adelantó y guió a Zeke al pasillo, donde la luz combinada de sus linternas hizo que el estrecho habitáculo se llenara de calidez—. Nos queda poco tiempo para decidirlo. Pero no podemos quedarnos aquí. Este no es sitio para un adolescente.

—Tampoco para una mujer, por lo que he oído.

—Puede que tampoco para una mujer, no —concedió Briar—. Pero puede que eso no sirva para nosotros. Puede que yo sea una asesina, y tú un fugitivo. Puede que nos merezcamos esta ciudad, y esta gente, y puede que saquemos algo bueno de todo esto. No puede ser mucho peor que la vida que tenemos tras los muros.

La sombra del capitán Cly los recibió en el saloncito, y Croggon Hainey apareció por la puerta principal, ajustándose la máscara y aún blasfemando a cuenta de su nave perdida. Hizo una pausa lo bastante extensa para decir:

—Esto es muy raro, señorita Wilkes. Creo que es la primera vez que alguien me invita a saquear su casa.

Briar contempló las tiras retorcidas y húmedas del papel de la pared, las

alfombras mohosas y los recuadros de un extraño color allí donde habían estado colgados sus cuadros. Esqueletos de muebles languidecían junto a las paredes y el hogar, y los afilados rebordes de los cristales rotos de las ventanas trazaban curiosos dibujos de sombras a lo largo de los sucios muros. A través de las ventanas, podía ver el sol, que comenzaba a salir, aunque apenas lo suficiente para iluminar la penumbra que reinaba adentro, no lo bastante para que la escena pareciera verdaderamente trágica.

Zeke había perdido la sonrisa, pero la recuperó de nuevo, como si fuera un estandarte, y dijo:

—Resulta difícil creer que quede algo de valor en este sitio. Pero mamá dice que hay dinero escondido en el piso de arriba.

Briar mantuvo su brazo alrededor de su hijo, y se quedó bien cerca de él. A los dos capitanes les dijo:

—Esta es mi casa. Si queda algo que merezca la pena llevarse, vamos a por ello. Si no, he terminado aquí. He cogido lo que he podido, y ya es bastante.

Zeke se quedó quieto mientras su madre le acariciaba el pelo; después, se giró hacia el capitán Cly y le preguntó:

—¿Es cierto que estuviste en la fuga de la prisión? Mamá dice que fuiste uno de los que trajo a mi abuelo de vuelta a casa.

Cly asintió y dijo:

—Es cierto. Mi hermano y yo lo hicimos. Vamos a limpiar este lugar, y después te hablaré de ello, si quieres. Te lo contaré todo.

Epílogo



En la planta, un supervisor de gesto malhumorado y guantes muy gruesos le dijo a Hale Quarter que no, que la señora Blue no había ido a trabajar hoy. La verdad es que no había trabajado un solo turno en casi una semana, y, por lo que a él respectaba, ya no trabajaba allí. Tampoco sabía qué había sido de ella. Y no, no tenía ni idea de adónde podía haber ido, o qué estaba haciendo ahora.

Pero, si Hale estaba realmente interesado, o desesperado, o no tenía nada mejor que hacer, podía echar un vistazo si quería a los efectos personales que había dejado allí. Que el supervisor supiera, nadie había tirado sus cosas o despejado su cuchitril.

Briar no tenía nada que nadie quisiera.

El joven biógrafo asintió y escondió el dedo entre el cuello de la camisa y su propio cuello, porque allí hacía un calor espantoso. El vapor silbaba, se filtraba, y a veces era expulsado en soplos por las rendijas de las enormes máquinas; y el agua hirviendo para procesar caía de crisol en crisol en cascadas humeantes y espumosas de pesado calor. El resto de trabajadores lo contempló con recelo e incluso sincero desprecio, aunque nadie les había dicho a quién venía buscando Hale. Bastaba que vistiera ropas de su talla, y que llevara un cuaderno de apuntes bajo el brazo. Bastaba que llevara gafas, que se empañaban con cada vertido de uno u otro crisol por encima de su cabeza. No era como ellos, y no estaban preparados para ser educados con él. Lo querían fuera de allí, fuera de su espacio.

Hale los complació. Salió de la zona de procesamiento principal, tropezando ligeramente en las rejillas empapadas de vapor de agua que hacían las veces de suelo entre las plataformas. Antes de marcharse, preguntó en un grito roto por la tos, por encima del hombro:

—¿Cómo sabré cuáles son sus cosas?

El supervisor ni se molestó en apartar la vista de las válvulas que estaba comprobando. Una gruesa aguja roja oscilaba entre una zona azul y una amarilla. Tan solo dijo:

—Lo sabrá.

Hale fue a la entrada trasera del cuarto donde los empleados guardaban sus efectos personales, y enseguida comprendió a qué se refería el supervisor. Encontró

un estante con el nombre de Briar escrito… o al menos, ese fue el plan inicial; ahora estaba sembrado de tachones y mensajes que cubrían el pequeño frontal del estante, de modo que ya no resultaba nada fácil descifrar su primera leyenda.

Sobre el estante había un par de guantes, pero cuando Hale intentó cogerlos para echarles un vistazo, descubrió que estaban fijados a la superficie.

Se puso de puntillas y miró por encima del borde, donde vio el charco de pintura azul que se había solidificado ya, y era tan resistente como cola de pegar. Dejó los guantes donde estaban y, dado que la pintura estaba lo bastante seca como para permitirlo, rebuscó tras ellos, esperando dar con algún rastro de la vida de Briar. En los rincones más alejados del estante encontró una solitaria lente procedente de unos anteojos baratos, una tira rota de una bolsa de viaje y un sobre con el nombre de Briar escrito en el exterior, pero vacío.

No encontró nada más, de modo que puso los talones en el suelo de nuevo. Golpeó con el nudillo el borde de su cinturón, porque lo ayudaba a pensar, pero no se le ocurrió nada. Estuviera donde estuviera Briar Wilkes, se había marchado sin previo aviso. No se despidió formalmente, ni dejó su trabajo, ni recogió sus cosas, ni le dijo ni una sola palabra de lo que planeaba absolutamente a nadie.

Tampoco había ni rastro de su hijo.

Decidió ir a su casa por última vez. Aunque no hubiera nadie, quizá podría averiguar si alguien había estado allí, o si había ido alguien de visita. Quizá, al menos, alguno de los amigos de Ezekiel estuviese vagabundeando por allí. Al menos podría mirar por una ventana, o dos, y confirmar lo que parecía ya obvio: dondequiera que hubiera ido Briar Wilkes, no iba a volver.

Hale Quarter se colocó el cuaderno bajo el brazo y comenzó el largo paseo colina arriba, atravesando las empapadas calles de las Afueras, hasta llegar al vecindario en el que Maynard Wilkes fue enterrado en su propio patio. Aún era temprano, y la incesante pero débil lluvia no era demasiado molesta. El sol se filtraba a duras penas por venosas grietas entre las nubes, proyectando sombras inversas sobre las huellas de carros y pezuñas de caballo que sembraban el camino. Sentía el viento frío a su espalda, pero no lo abofeteaba como otros días, y tan solo logró que unas pocas gotas de lluvia mojaran sus papeles.

Para cuando llegó a la casa de los Wilkes, la tarde se estaba oscureciendo antes de tiempo, como solía hacer en esa época del año. Calle abajo, unos niños encendían las lámparas de la calle por un penique cada una, y lo que quedaba de la luz del día permitía que Hale contemplara la casa en toda su ausente gloria.

Era un edificio bajo y gris, como todo lo demás. Los muros estaban cubiertos de franjas de lluvia teñida de Plaga, y lo mismo ocurría con las ventanas, que parecían empapadas en ácido.

La puerta principal estaba cerrada, pero no con llave. Hale ya lo sabía. Puso la

mano sobre el picaporte, pero no lo giró.

En lugar de eso, se tomó un instante para echar un vistazo por la ventana más próxima. No vio nada, de modo que volvió a la puerta. Su mano húmeda rodeó el frío picaporte metálico. Lo giró a medias, pero cambió de opinión por enésima vez y lo soltó.

La lluvia se intensificó, y finas agujas congeladas agujerearon sus orejas. El porche no le ofrecía demasiado refugio, ni se lo ofrecería durante mucho tiempo. Abrió el cuaderno, ofreciendo sus tapas de cuero a las inclemencias del tiempo; y consideró abrir la puerta principal una vez más. El viento hacía que los árboles se retorcieran alrededor de la pequeña y abandonada casa, y la lluvia iba y venía como si uno corriera y descorriera el telón de un teatro.

Hale Quarter humedeció un lápiz con la lengua y comenzó a escribir.

— FIN —

Nota de la autora

Creo que la premisa de Boneshaker lo deja bien claro; esta es una obra de ficción, pero siempre me ha gustado incluir elementos del mundo real en mis novelas, y esta no es una excepción. A pesar de todo, me tomaré un momento en dejar claro que soy muy consciente de la manera, absolutamente desvergonzada, en que este libro retuerce la historia, la geografía y la tecnología a su capricho.

Mis motivos son muy sencillos, y egoístas: necesitaba una Seattle que estuviera mucho más poblada en mi versión de 1863 que en el 1863 real. De modo que, como se explica en el primer capítulo, adelanté la fiebre del oro del Klondike unas cuantas décadas, y de esa manera conseguí que la población de la ciudad aumentara exponencialmente. Por tanto, cuando hablo de miles de podridos y de una gran zona urbana evacuada y sellada, hablo de una población de alrededor de 40.000 almas, no las escasas 5.000 que la historia me cedió muy maleducadamente.

Puede que los más versados en la historia de Seattle hayan notado que además he decidido omitir un par de sucesos históricos cruciales en su historia: el incendio de 1889 que arrasó la mayor parte de la ciudad y la recalificación de Denny Hill. Dado que ambos ocurrieron mucho después de la trama de este libro (alrededor de 1880), me tomé ciertas libertades al recrear mi versión de Pioneer Square y la zona circundante.

A modo de referencia usé un plano de Sanborn de 1884 para asegurarme de que seguía, aunque no a rajatabla, la disposición de la ciudad en aquella época, aunque me temo que aquí y allá me pueda haber excedido en mi licencia creativa.

Ergo.

Suponiendo que mucho antes la población también era mucho mayor, creo que no resulta del todo inadmisible que algunos de los edificios más característicos de Seattle ya se estuviesen construyendo en la década de 1860, antes de que se levantara el muro.

Así lo pienso yo, y me reafirmo.

Por tanto, no hay necesidad de enviarme serviciales correos electrónicos explicándome que la estación de King Street no se construyó hasta 1904, que la torre Smith no empezó a construirse hasta 1909, o que Commercial Avenue es, en realidad, First Avenue. Conozco muy bien los hechos, y si los he falseado ha sido deliberadamente.

En cualquier caso, gracias por leer, y gracias por suspender vuestra incredulidad durante unos cientos de páginas. Sé que la trama exige una cierta inmersión en un mundo irreal, pero, a fin de cuentas, ¿no consiste el *steampunk* precisamente en eso?

Agradecimientos

Tengo muchas personas a las que dar las gracias, así que, si me lo permitís, haré una lista.

Gracias a mi editora, Liz Gorinsky, por su pericia, su inagotable paciencia, y su inquebrantable determinación; gracias al equipo de publicidad de Tor, en concreto a Dot Lin y Patty Garcia, los dos sois la caña; gracias a mi incansable y siempre alentadora agente, Jennifer Jackson.

Y gracias a los de casa también, en especial a mi marido, Aric Annear, que tiene que someterse a lecturas agotadoramente detalladas de todas estas historias antes de que estén terminadas; a mi hermana Becky Priest, por ayudarme a escanear todas las pruebas; a Jenny y Donna Priest, por ser mis mayores admiradoras; y a mi madre, Sharon Priest, por conseguir que siga siendo humilde.

Gracias al ya mencionado Equipo Seattle, y a nuestros amigos Duane Wilkins, de la librería de la Universidad de Washington, y a la incomparable Synde Korman, de Barnes & Noble. Hablando de Barnes & Noble, también quiero enviarle todo mi cariño y agradecimiento a Paul Goat Allen. Él sabe por qué.

También tengo que dar las gracias a mi licántropa favorita, Amanda Gannon, por dejarme usar su alias de LiveJournal para dar nombre a un dirigible (ella es la Naamah Darling original); a los guías de la excursión subterránea de Seattle, que siguen ofreciéndome un trabajo allí, porque no dejo de ir; y a mi vieja amiga Andrea Jones y sus sospechosos habituales, porque siempre me presta apoyo en las cuestiones históricas, y además me consigue estupendas citas introductorias. También quiero dar las gracias a Talia Kaye, la bibliotecaria de la biblioteca pública de Seattle, que tanto disfruta de la ciencia ficción especulativa; a Greg Wild-Smith, mi intrépido webmaster; a Warren Ellis y a todos los del club; y a Ellen Milne, por las galletas.

Notas

[1] En inglés, «Caos». *[N. del T.]*
[2] En inglés, aparte de un nombre de mujer, significa «brezo». *[N. del T.]*